Diván de terciopelo rojo

Montse Arispón

Diván de terciopelo rojo

Montse Arispón

Título original: *Diván de terciopelo rojo*
Autora: Montse Arispón (@montsearispon)

1ª edición: noviembre 2017

Diseño portada: Hugo Barrero (@hugob_b)

http://montsearispon.es/
montse@montsearispon.es

Dedicado a aquellas amigas
con quienes compartí ratos de risas,
sueños, anhelos y confidencias
que inspiraron esta historia.

Índice

Capítulo 1

Cati

Metí la mano en el bolsillo de mi pantalón. Necesitaba asegurarme de que el billete de cinco euros aún seguía dentro de él. Ese arrugado trozo de papel era cuanto me quedaba para terminar la semana.

Caminaba a paso lento por el Paseo de Consolación. A principios de abril, el sol mañanero comienza a calentar por el sur de Andalucía, desterrando el agarrotamiento anquilosado en los huesos y articulaciones durante los meses de invierno. Bajo aquellos primeros rayos primaverales, olvidé, por un segundo, como en el último año había arrojado mi vida al cubo de la basura, sin reciclar. Deseché los pensamientos que aniquilaban mi cabeza, como si llevara adosada a ella una ametralladora, que proyectaba, cada poco, augurios catastróficos de un futuro incierto. Por unos instantes, necesité olvidar la separación y cómo saldría adelante con dos hijos, desempleada, sin formación y superados ya los cuarenta.

En verdad, necesitaba evadirme un poco de los problemas propios y de los endosados. Pensándolo bien, quizás ese fue uno de los motivos por los que no opuse demasiada resistencia ante la invitación de mi amiga Sherezade, cuando telefoneó a casa la noche anterior.

—Necesito que nos veamos: no me encuentro bien. ¿Te apetece que desayunemos juntas mañana?

Noté cierta agitación en el tono de su voz. La conocía bastante bien. Al menos, eso creía por aquel entonces. Enseguida sospeché que algo le ocurría.

—No puedo, Ade.

Los familiares y amigos, a excepción de su marido, Pedro, la llamábamos con el nombre acortado. Ella lo prefería así: lo sentía más cercano, menos formal.

—Hazlo por mí, Cati: estoy fatal, necesito hablar con alguien, y nadie mejor que tú.

—Pero…

—No te preocupes, yo te invito.

—No, Ade, ya basta de invitaciones, pareces mi mecenas.

—Solo quiero que estés conmigo, Cati, lo demás no importa: es solo dinero.

«Es solo dinero», pensé. Entonces, como una iluminación divina, comprendí de golpe la famosa Teoría de la Relatividad de Einstein.

Durante unos segundos se produjo un silencio pesado entre las dos. De un lado, yo buscaba alternativas no monetarias. Por el suyo, mujer paciente y respetuosa, acostumbrada a medir cada una de sus palabras, cada uno de sus actos, quiso darme tiempo para la reflexión.

—Por favor, Cati, por favor… —Me alertó tanta insistencia.

—Muy bien —cedí—. Pero voy desayunada de casa.

—Ni se te ocurra —replicó—, ya sabes cuánto odio comer sola.

—De acuerdo… Dejo a los niños en el colegio y nos vemos.

—¿En la Taberna Irlandesa a las nueve y cuarto…?

—Sí. Quien llegue primero espera.

—Hasta mañana. Descansa. ¡Ah!

—Dime.

—Que te quiero.

Sonreí

—Lo sé, tonta, lo sé.

Así que, a la hora señalada, como el título de la magistral película protagonizada por Johnny Depp y Christopher Walken, llegué a nuestro punto de encuentro. De inmediato, realicé un barrido visual rápido por la terraza de la cafetería. Supuse que no habría llegado aún. Sin embargo, para cerciorarme, entré y pregunté a una de las camareras, y, en efecto, lo corroboró:

—No, no ha venido todavía. ¿Quieres ir pidiendo mientras?

—No, gracias, prefiero esperarla.

Volví a salir y ocupé una de las mesitas. La agradable temperatura invitaba a permanecer fuera, además, desde mi posición, podía observar El Paseo en su pleno apogeo. Frente a mí, el verde de los árboles, cuyas copas parecían entrelazarse unas con las otras; además, la brisa matutina traía a bocanadas el perfume a azahar de los naranjos situado a mi espalda. Por momentos, la paz añorada en los últimos tiempos de guerra conyugal regresaba a mi vencido interior.

Por más que aquella bella estampa se repitiera cada comienzo de primavera, no dejaba de maravillarme. Daba la impresión de que los habitantes de Utrera abandonaban el letargo invernal para reaparecer con renovado vigor y alegría. Resultaba curioso observar como la mayoría de quienes deambulaban por allí podían dividirse en varios grupos bien definidos. Uno, los de mujeres jóvenes que, enfundadas en ropa deportiva ajustada, trotaban a buen ritmo. En contraposición a estos, los formados por las señoras veteranas en eso de bajar los niveles de colesterol en sangre y cuyo

caminar comenzaba a ser cada vez más cadencioso. No menos pintoresco me parecían los conjuntos de hombres ya jubilados; estos, más que prestar atención al deporte, centraban las energías en criticar al gobernante de turno. Siempre llevaban tras ellos un par de perrillos de tamaño pequeño, que seguían con dificultad a sus dueños. De vez en cuando se colaba en la escena alguna que otra joven con diminutos reproductores de música en las manos, al tiempo que practicaba *jogging*; y no pocas parejas de corredores. En definitiva, mucha vida.

De todos ellos, el que más atrajo mi atención fue el compuesto por unas señoras de edad bastante avanzada. Calculé que algún científico loco las había clonado en su afán por encontrar a la abuelita ideal. Todas lucían cuerpos rollizos. Llevaban el pelo, además de corto y rizado, teñido en un futurista gris violáceo. Sin embargo, lo más curioso en ellas no radicaba en el color de los cabellos, sino en la indumentaria, que, como buen uniforme, debería componerse de: rebeca, falda por debajo de la rodilla, medias y zapatillas deportivas. De inmediato decidí que quería ser como ellas cuando llegara a esa edad sabia, edad en la que todo se relativiza.

Mientras contemplaba la singularidad de la fauna paseante, a lo lejos, como surgida de la nada, comencé a vislumbrar la silueta curvilínea de Sherezade. Por la forma de contonearse al caminar, su figura destacaba entre la multitud de gente que baja hasta el Santuario de Consolación.

Sherezade poseía una hermosura de otra época. Le gustaba embutirse en vestidos insinuantes o faldas ajustadas: jamás llevaba pantalones. Solía calzar tacones de vértigo, que aún conferían mayor sensualidad a sus movimientos. Pese a su altura inusual y el físico exuberante, lo que destacaba en su belleza, por encima del resto de virtudes, era la cabellera de rizos negros, larga y

frondosa.

Cuando se acercó, me levanté para abrazarla. Siempre me inspiraba ternura.

—¡Ay! ¿Qué le pasa a mi niña? —Sherezade dibujó un mohín en su cara, como si quisiera poner pucheros. Pese a ser mayor que yo en centímetros y en edad, en esos momentos la sentía como a una hermana pequeña y desprotegida. La achuché con dulzura durante unos segundos—. Vamos, siéntate.

La camera se acercó y pedimos nuestros respectivos desayunos.

—¡Qué buen día hace! ¡Ay, Dios!, ¡cómo huelen estos naranjos! —dijo Sherezade, respirando la belleza del lugar.

—Sí. Es maravilloso. Somos afortunadas por poder disfrutar de El Paseo en esta época del año.

La camarera depositó en la mesa los dos cafés y las tostadas. Noté que mi amiga quería comenzar a irse por las ramas.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté para que se centrara.

—Nada.

—Pues eso no es lo que parecía anoche.

—Nada, solo que soy idiota.

—¿Por qué te hablas así, mujer?

—Para empezar, no debería ser tan egoísta. —La miré inquisitiva—. Sí, no me mires de ese modo. Estoy aquí contándote mis problemas, con la situación tan difícil por la que estás pasando.

—No te creas, me viene bien despejarme un poco. —Intenté que no se preocupara por mí—. Anda, dime, ¿qué te pasa?

—No lo sé… No lo sé… Soy idiota… No tiene otra explicación.

—A ver… ¿Por qué eres idiota?

—Porque lo tengo todo. —Asentí con la cabeza—. Estoy casada con un buen hombre; mis hijos estudian en facultades prestigiosas; nuestro piso es una preciosidad; el de Rota, ni te cuento…; Pedro gana dinero suficiente para vivir con holgura; se nos aprecia entre nuestras relaciones sociales… Tengo amigas leales… Salud… No puedo pedir nada más.

—¿Y por eso eres idiota?

—Sí, por no valorarlo.

—¡Claro que lo valoras, mujer! Ahora mismo acabas de hacerlo.

—¿Entonces, por qué me siento tan triste y desdichada?

—Pues… No sé… Tendrás otros motivos… Tener cosas no implica que la felicidad esté incluida en el lote.

—Entonces, ¿qué da la felicidad?

Sonreí.

—Ojalá hubiese encontrado la fórmula mágica. No lo sé. Si lo supiera… —Reí—. Si lo supiera sería la gurú de la dicha y el bienestar, y me dedicaría a impartir conferencias por el mundo entero.

—También es verdad. —Rio. Sin embargo, el destello en sus ojos se apagó de nuevo—. ¡Ay, Cati! ¿Por qué me encuentro tan mal? Desde que se fueron mis hijos, doy vueltas por la casa como un alma en pena. No hay nada que limpiar, nada que recoger. Ya sabes que Pedro se queda muchas tardes en la oficina. Algunas veces, no te ofendas, me aburre quedar con amigas. Me pesa, no te imaginas cuanto, la misma rutina de todos los días. Solo quiero tirarme en el sofá, comer… ver programas tontos en televisión, hasta que pierden su sentido. Ya me asquean hasta las redes sociales o internet.

Creí entenderla.

—Es normal, Ade, a muchas mujeres les sucede lo mismo. Han dedicado sus vidas a los hijos, al marido, la casa…, así que cuando estos se hacen mayores y abandonan el hogar, descubren, de golpe, que sus propias existencias están carentes de sentido. Se han volcado tanto en los demás, que han descuidado su jardín.

—En parte tienes razón, Cati, pero… no me sucede exactamente eso. —Clavó los ojos en mí y acercó la cara para que nadie pudiera escuchar sus palabras—. Hay mucho que tú no sabes. Ni tú ni nadie, y necesito contarlo a alguien.

—Somos amiga, sabes de sobra que puedes contar conmigo

—Necesito hacerlo, Cati, necesito confesarte un secreto que tengo enmarañado en la mente. —Miró el reloj—. ¿Tienes prisa?

—No, Marcos recoge hoy a los niños del comedor. Les toca tarde de *papi* —dije con un hilo de amargura, que Sherezade no captó.

—Te invito a comer. Pedro no vendrá hoy hasta tarde, y quiero tenerte para mí el día entero. ¿Te apetece que vayamos a Sevilla? ¡Cuántas veces hemos dicho que tenemos que pasear por la calle Betis cuando los naranjos estén en flor! Pues… ha llegado el día. —La miré sorprendida. Colocó las manos juntas, a modo de súplica—. Por favor —Volví a meter la mano en el bolsillo, saqué el billete de cinco euros arrugado—. Guarda eso. Te vienes y ya está.

Capítulo 2

Cati

Fuimos hasta la estación de trenes dando un agradable paseo matutino. No tuvimos que esperar, ya que *el cercanías* con destino a la capital andaluza nos aguardaba en el andén principal. Así que compramos los billetes y accedimos a él. Una vez dentro, nos sentamos una frente a la otra; y ambas, al lado de la ventana. Llamaron al móvil de Sherezade. Rebuscó en el bolso hasta encontrarlo:

—Es Pedro —me informó con una sonrisa.

Mientras hablaba con su marido y le explicaba que íbamos a pasar el resto del día en Sevilla, escudriñé por enésima vez su rostro: Sherezade me parecía una mujer bastante guapa, y no menos atractiva. Sin embargo, no podía discernir si la visión de dicha belleza se debía al inmenso cariño que le profesaba o era fruto de la objetividad. Me detuve en las cejas, lo primero que llamaba la atención en su cara, y que le conferían gran personalidad. Eran negras, arqueadas, marcadas y finas, sin excesos, sin perder su forma; se me recordaban a las de *Joan Crawford*. Bajo estas, unos ojos de un chocolate intenso, antiguos, profundos; siempre, amparados por unos párpados cansados por la edad, que terminaban en una fila de pestañas frondosa. Poseía un cutis limpio y claro. Aunque ya no conservara la frescura y la lozanía de años atrás, continuaba viéndose saludable e hidratado. El paso del tiempo comenzaba a surcar una hilera de arruguitas sobre las mejillas sonrosadas. En medio, la nariz, fina y recta, elegante, de recio abolengo. Los labios suculentos como las

sandías en verano. A Sherezade le gustaba ir siempre bien maquillada y peinada; de hecho, solía dedicar bastante tiempo al cuidado de su aspecto.

En esa ocasión, como en tantas otras, me pregunté de cuál de los dos progenitores habría heredado el físico. Nunca los había visto en persona, por lo que no podía juzgar por mí misma. Ella solo conservaba una fotografía añeja del día de la boda de sus padres. Y a eso había que añadir que a ella no le agradaba sacar el tema *familia*. Algo enquistado en su interior le causaba un daño inmenso.

«Mi madre murió cuando yo aún no había cumplido los seis años, y poco recuerdo de ella, salvo que siempre estaba en la cama. Alguna vez escuché a Aadina murmurar que había muerto de pena. Supersticiones. Supongo que debió enfermar de algún tipo de cáncer», me explicó un día.

Del padre prefería no hablar, salvo en contadas ocasiones y bajo los efectos embriagadores de alguna copilla. «Cati, algo tuve que hacer, no sé cuándo ni cómo ni dónde, que a él le disgustó sobremanera; si no, no puedo comprender la indiferencia hacia mí. Sé que es de carácter agrio, seco y recto; pero yo he hecho lo posible e imposible para que se sintiera orgulloso de mí, para que me quisiera. He sido obediente, estudiosa, disciplinada… Nada le complació jamás, nada estaba a la altura ¿Qué más quiere? Si hasta creo que me enamoré de Pedro por el parecido físico con él y la rectitud».

Como norma, evitaba sacar esta conversación, porque al final, acababa echa un mar de lágrimas. Sherezade adoraba a su padre desde niña, pero en vista del rechazo, ese amor se transformó en rabia contenida y en rebeldía. Mi amiga no recordaba que este le hubiese dado un beso nunca, ni de pequeña, y ese desapego se agravó mucho más tras la muerte de su madre. Cuando regresó al pueblo, se olvidó de su única hija. No quiso viajar ni para conocer a

sus nietos. Así que ella, tras subir un par de veces, y ceder ante la evidencia: el padre no la quería allí, guardó el dolor en lo más profundo de su corazón y decidió no volver a verlo. Tan solo se limitó a telefonearle alguna vez que otra. Aun así, Wenceslao no siempre contestaba a sus llamadas.

Sherezade se cansó de buscar explicaciones, de ir al psicólogo; no lograba entender ese comportamiento. Sabía que de alguna forma su padre la quería. Jamás le había faltado de nada, e incluso de adulta, cada cierto tiempo, depositaba en su cuenta una suculenta cantidad económica. Sin embargo, no entendía tanta frialdad. No se lo explicaba, por mucho que el carácter fuera el típico de un hombre aguerrido del norte.

Quizás, las respuestas no se encontraban en ella, sino en el período durante el cual Wenceslao vivió en Melilla con su mujer, María de los Ángeles.

Capítulo 3

Wenceslao y María de los Ángeles

Wenceslao Guzmán se embarcó destino a Melilla un mes antes que su mujer. Necesitaba tenerlo todo preparado para cuando llegara María de los Ángeles.

La relación entre la joven sevillana, perteneciente a la alta sociedad, y el leonés surgió de una forma accidental.

Wenceslao, en su etapa de miliciano, bajó a Sevilla para pasar unos días con su amigo del alma, Miguel Ramón de Quesada Mújica. Se habían conocido años atrás, en el cuartel de León, donde ambos se instruían. Entre los dos se trabó un cariño fraternal que perduraría durante más de sesenta años.

Una tarde, decidieron pasear por el centro de la ciudad hispalense. Se sentaron en una cafetería para tomar unos chocolates con churros. Y fue allí donde Wenceslao se tropezó, literalmente, con ella y sus amigas.

María de los Ángeles lucía una melena larga de color avena, sujeta por unas moñas de jazmines a los lados, que marcaban una cara pequeña de pómulos prominentes y sonrosados. Los ojos dulces y tranquilos, pequeños, celeste hortensia. La piel era tan clara, que se confundía con el vestido blanco que llevaba puesto. Él creyó que acababa de toparse con un ángel.

Los dos jóvenes se unieron al grupo de chicas esa tarde, y, desde entonces, todas las demás tardes durante la estancia del padre de Sherezade en la capital andaluza.

Para cuando el militar tuvo que regresar a su pueblo, el amor entre él y María de los Ángeles ya había comenzado. Así que mantuvieron una relación *amorosa-epistolar* durante cuatro años. Al cabo de estos, contrajeron matrimonio y él pidió destino en Sevilla.

Capítulo 4

Cati

Llegamos al apeadero de San Bernardo. Nos bajamos del tren. Los pasajeros salieron en tropel, como esos dibujos animados en los que no se ven los pies. Siempre he deseado saber si la gente llega antes a su destino por correr más. Subimos a la planta superior por las escaleras mecánicas. Sherezade y yo nos apretujamos a la derecha, por cortesía.

Entre un amasijo de piernas que remontaban con ímpetu un escalón tras otro, descubrí unos vaqueros holgados reflejados en el panel inferior de la barandilla. Costaba reconocerme en aquella imagen. Sabía que había perdido peso, ¿pero tanto? Mi cuerpo siempre había sido menudo, y en los últimos tiempos había perdido bastante el apetito; sin embargo, me asusté.

Mi amiga y yo accedimos a la calle detrás del grupo de hormiguitas que corrían a sus respectivos quehaceres. Nos detuvimos instintivamente para contemplar la avenida de Carlos V. Lo primero que llegó hasta nosotras fue un intenso chorro de luz clara y limpia. Dolorida, tuve que entrecerrar los ojos; Sherezade, por el contrario, hábil, se colocó unas bonitas gafas de sol. Tras el primer impacto, llegó el segundo, más dulce y suave. Como las olas de un mar en calma, el olor a las flores de los árboles que daban sombra a lo largo de la avenida nos entró por la nariz para henchir nuestros pulmones con su aroma. Y lo tercero, pero no menos apetecible, fue la agradable y reconfortante temperatura de la ciudad.

—Cada vez que salgo de esta estación, no puedo evitar acordarme de

Cecilia y de los buenos ratos que pasamos aquí juntas.

Una sombra oscura cayó sobre mi cabeza, y oprimió mi corazón.

—No, por favor, Ade: aún no estoy preparada para hablar de ella.

Se hizo un pesado, pero corto, silencio entre nosotras, como si un yunque hubiese caído frente a nuestros pies.

—¡Ay! —Cambió inmediatamente de registro— ¡Me encanta Sevilla en primavera! —Escuché la profunda y sonora exhalación de Sherezade—. ¿Cogemos un autobús o vamos andando? —me preguntó con gran entusiasmo —. Paseamos —no necesitó palabras para comprender mi deseo.

Nos agarramos del brazo, como dos comadres alcahuetas, y comenzamos a caminar animadas.

—¡Cuánto necesitaba un día así, solo para ti y para mí! —dijo achuchándome.

—¡Sí! —suspiré.

Parecía como si hubiese abandonado el pesar en Utrera, como si hasta la capital no pudieran seguirme los problemas que me atosigaban en los últimos meses.

—¿Sabes, Cati?, pienso que este es uno de los mejores lugares del mundo para estar en primavera. Todo el mundo debería venir una vez en la vida a Sevilla por estas fechas.

—¡Ya! —Sonreí—. Como a la Meca, ¿no? —Nos acercábamos al cruce con la avenida de la Borbolla—. Bueno, ¿qué era eso tan importante que tenías que contarme, Ade? Estoy en ascuas. No quise preguntarte en el tren porque no hemos estado solas ni un instante.

—¡Ay, Cati! No sé por dónde empezar, de verdad. No quiero que pienses mal de mí.

Sonreí.

—Ade, a estas alturas…

—Ya, ya lo sé…

—Vamos, no seas tontina, mujer.

—¿Nos sentamos en un banco de El Prado?

—Vale. —Levanté la mirada, y la mancha de espesura verde me indicó que casi habíamos llegado—. ¡Si estamos aquí! —exclamé sorprendida.

Esperamos a que el semáforo de la calle Diego de Riaño permitiera el paso a los peatones, y cruzamos. Las yemas de los árboles ya habían eclosionado proporcionando un color tierno y cálido a las nuevas hojas. Las flores regalaban una tenue fragancia a la estampa. Y en ese momento, la vida nos regalaba la oportunidad de poder estar ahí, y no en ningún otro lugar del planeta, nos brindaba el privilegio de poder contemplar un estallido sordo de la naturaleza. Respiré profundamente y me sentí dichosa; la pena esperaría algunos segundos más fuera de mí, necesita disfrutar de tanta belleza.

Un banco solitario aguardaba bajo una copa que enmarañaba sus ramas para ofrecer su sombra.

—¿Te he dicho que me encanta Sevilla en primavera? —volvió a preguntar Sherezade. Su candidez solía arrancarme algunas carcajadas fugaces.

—¡Sí! —Reí con paciencia.

—Sé que suelo repetir mucho lo mismo —y con voz de niña malcriada, añadió—; pero es que me encanta.

Un par de chicas jóvenes, con pinta de estudiantes, vestidas con faldas coloridas de cíngara y pañuelos en el pelo, pasaron por delante de nosotras. Nos distrajimos durante unos segundos siguiéndolas con la vista.

—Cati, ¿sabes una cosa?

—Dime.

—Odio a *Barry White* —confesó rotunda.

Comencé a desternillarme de risa. Con lágrimas en los ojos, le pregunté:

—¡Dios, Ade, pobre hombre! ¿Por qué le odias? Y ¿a qué viene eso!

—Es el culpable de lo que sucede entre Pedro y yo. —Intenté controlar el impulso de reír de nuevo, puesto que Sherezade comenzó a ponerse seria—. ¡Odio a *Barry White*! ¡Lo odio! —gritó sin mirar hacia los lados para asegurarse de que nadie se acercaba. Lo hice yo por ella—. Necesito *gritaaaaarlo*. ¿Sabes lo que es escuchar a este señor para hacer el amor!

—¡Ay, Dios mío, Ade! ¡Qué cosas dices! —Los músculos de la cara querían rebelarse contra mí para estallar en una risotada; pero puede controlarlos—. Su música es bastante sugerente, comprendo que a algunas personas les resulte excitante para mantener relaciones.

—Y yo también lo comprendo. Las cincuenta primeras veces fue así; sin embargo, ¿crees que te resultaría tan sugerente tras escucharlo cada vez que fueses a acostarte con tu marido?

—¡Anda ya, Ade!, ¡qué exagerada eres, hija!

Sherezade me miró fijamente a los ojos.

—Cada vez, Cati, cada vez durante *veinticinco* años —me confesó, enfatizando el tiempo transcurrido.

No supe qué responder, estaba más ocupada en apartar de mis pensamientos la imagen de Pedro, el equipo de música…

—Estoy desesperada, Cati. Yo quiero a mi marido con toda mi alma y aún le deseo; pero...

—Habla con él. —Me miró con cara de circunstancia—. Vale, ¿y…?

—Nada, no ha servido de nada. ¡Él necesita el maldito ritual de los cojones! Pone la música, baja la persiana, siempre dejando cuatro rayitas para que entre la luz de la calle. ¡Siempre cuatro, Cati! Y se mete en la cama dejándose puesto los calcetines negros de ejecutivo —«Fuera Pedro, fuera Pedro de mi mente», repetí en silencio como un mantra para borrar aquella imagen de la cabeza—. ¡Le quiero tanto… es tan bueno…! Pero —balanceó el cuello de un lado a otro, negando—… no sé qué voy a hacer.

Me asusté.

—¿Vas a separarte?

—¡No!

Resoplé aliviada: yo apreciaba bastante a Pedro.

—Hay más, Cati…

Se llevó un dedo a la boca y comenzó a morderse la uña; con un gesto instintivo, se lo aparté.

—Dime.

—Por favor, Cati, necesito que escuches hasta el final; y que lo comprendas —no le respondí, simplemente deposité toda la atención en ella —. No me satisface por completo. ¿O sí? No lo sé. —Giró la cabeza hacia ambos lados, como una espía torpe—. Cuando mantengo relaciones con él, a pesar del protocolo de marras, consigo meterme en faena y llego a disfrutar. Sin embargo, nada más que Pedro se da la vuelta y se queda dormido… —Resopló, agobiada. A continuación, bajó el tono de la voz a modo de confidente—. No sé cómo decirte… A ver, necesitaría que hubiese otro hombre esperando su turno para poder continuar más y más tiempo. —Indagó en mi rostro, en busca de cualquier tipo de reproche. No lo encontró. No sería yo la que juzgara a mi amiga. Prosiguió con el relato—: Así que con sigilo me

giro, coloco la almohada entre las piernas y los pechos y termino desahogándome yo sola.

Se puso las manos por la frente, apesadumbrada. Tras reponerme del pudor que aquella imagen me causaba, pregunté:

—¿Y él qué dice?, ¿qué hace?

—Nada, se lía la sábana como una *croquetilla* y a dormir. ¡Ay, Cati, soy muy desgraciada! ¿Se puede amar a una persona y desear a otra?

—No lo sé —dudé—. ¡¿Estás con alguien?! —Saltaron las alarmas.

—¡Nooooo! —De nuevo resoplé aliviada, el corazón comenzó a latir bajo mi pecho algo más a prisa—. No, pero el problema es que quiero. —Abrí mucho los ojos, sentí como si me arrojaran agua fría a la cara—. Y eso es mucho peor, te lo aseguro. Él es tan bueno, que aún me hace sentir más traidora, ruin, sucia... Culpable.

—¿Con quién quieres…?

—¿Con quién…? No existe un quién, Cati, más bien, muchos *quiénes*.

Creí no haberla entendido.

—¿Qué…?

—Que no hay un *quien*, que son muchos *quienes*.

—Me pierdo —confesé.

—Yo culpo a *Barry White*, pero creo que el pobre hombre solo ha sido la punta del iceberg; pienso que necesito una lobotomía, o cualquier intervención que ayude a reiniciar mi cerebro, pues deber existir algún componente que no funciona muy bien. —Volvió a llevarse la uña a la boca. En esa ocasión no reaccioné, la contemplaba absorta. Si ella quisiera, la voluptuosidad de sus formas y la sensualidad de sus gestos resultaría un razonable hándicap contra su fidelidad—. Te estoy asustando, ¿verdad?

Negué con firmeza. En algunas ocasiones me molestaba bastante que pensaran en mí como en una puritana retraída. ¿A alguien se le había ocurrido pensar en que tenía dos hijos y que no habían sido concebidos por obra y gracia del Espíritu Santo? Pero, no era el momento para presentar un alegato en defensa de una lascivia que ni yo afirmaría poseer. Sherezade continuó con la narración de los pesares que la abatían.

—Lo que te voy a contar estaba guardado en lo más profundo de mis pensamientos; esto no se lo he confesado jamás a nadie.

Respiró profundamente. Un hombre de mediana edad cruzó por delante de nosotras corriendo a ritmo constante. Lo contemplé ensimismada, ver a la gente realizando ejercicio físico siempre me reconfortaba.

—Recuerdo la primera vez que unos traidores pensamientos libidinosos derrotaron la muralla en torno a la esposa buena, modosita y tímida, dedicada a los quehaceres hogareños y al maridito, que era yo por aquellos entonces. Hasta ese día, tú sabes, los típicos comentarios de jovencitas: «me gusta tal o cual famoso». Pero son personajes tan inalcanzables que no parece ni grave ni pecaminoso verlos y desear que estuvieran delante para lanzarte sobre ellos.

Me invadieron de nuevo las dudas; yo nunca quise saltar sobre nadie. Marcos solía tacharme de remilgada; así que, tras escuchar con atención cuanto mi amiga iba relatando, comencé a preguntarme qué había de diferente en mí con respecto a los demás no puritanos.

—¿Te aburro?

—¡No, para nada!

—¿Sigo?

—Sí, claro.

—Pues como te decía. Pedro y yo llevábamos muy poco casados.

Asistimos a la boda de un colega que había estudiado con él. Por aquel entonces, yo aún no había aprendido a desahogarme sola…; pero intuía que algo no marchaba bien en mi vida conyugal.

—¿Y eso cómo se sabe, Ade?

—Se sabe —respondió categórica. La seguridad de ella cada vez dejaba más al descubierto las dudas que yo albergaba sobre el sexo—. Bueno, sigo. Antes de partir la tarta, el padrino, en plan película americana, tomó un micrófono y comenzó a hablar sobre la pareja.

»Cati, ¡no te puedes hacer una idea! No solo era guapo, un *tiarrón* de más de metro ochenta, deportista, moreno… Si no también simpático, divertido y muy pillo. Hubo un momento en el que pareció como si se dirigiera a mí. No veas cómo me ruboricé, de hecho, busqué alrededor y nada, no había nadie más; tenía que ser a mí. Una de las veces lanzó una mirada de aquellas que ¡uf!, te atraviesa el alma y te sobrecoge ahí *abajo* —con las palmas de las manos hizo como una flecha que indicaba hacia la entrepierna.

—¿Qué pasó?

—A ver…, pasar, lo que se dice pasar, no pasó nada. Pero yo imaginé que me levantaba para ir al baño, que él me seguía, que entraba tras de mí y que me acorralaba contra la puerta y que, mientras las demás señoras intentaban acceder, él me subía la falda, me baja las preciosas bragas de encaje negro que llevaba, y no dejaba que la puerta se abriera. ¿Entiendes…? —aspiró profundamente por la nariz, y los ojos se le volvieron como si estuviera deleitándose de nuevo con la evocación de la escena.

—¿Pero, pasó algo? —le pregunté, tal vez, deseando que, al menos, su cuerpo continuara siendo fiel a Pedro.

—Nada. Él terminó de hablar, se sentó junto a la que supuse sería la novia,

y ya está —con gesto algo soberbio y pícaro puntualizó—; aunque creo que continuó mirándome el resto de noche. Eso sí, a partir de ahí aprendí a sacarle provecho a mi imaginación, a la almohada…

Como si de un despertador matutino se tratara, sonó el desagradable sonido de mi móvil.

—¿Sí? Dime. ¡Qué! ¡No, Marcos, ¡no puedes hacerme eso! Marcos, Marcos, no, no cuelgues… Estoy en Sevilla, no me da tiem…

El pavor paralizó mi cuerpo e imagino que palidecí. Apreté los dientes de rabia.

—La madre será una santa, pero él es un hijo de su puñetera madre.

—Tranquilízate, ¿qué pasa?

Noté como las lágrimas se agolpaban en mis ojos. Sherezade me dio un pañuelo de papel y me soné la nariz.

—¡Dios, Ade! El irresponsable de Marcos, que no le viene bien ir por los niños, que tiene que acompañar a su Rosa a no sé qué puñetas.

—Pero…

—Sí, Ade, le toca a él; y, además, ya lo teníamos hablado. ¡De verdad, este imbécil descerebrado no va a cambiar en la vida!

Rompí a llorar desconsolada.

Capítulo 5

Cati

¿Marcos? Marcos merecía un capítulo aparte en mi vida.

Nos conocimos en el instituto *Ruíz Gijón* de Utrera, sobre mediados de los ochenta. Él era el chico guapo, al que las demás niñas querían conseguir a toda costa. De hecho, muchas de ellas ya habían dado buena cuenta de sus encantos. Si hubiese sabido lo que sé ahora, me habría apartado para que se lo hubieran rifado o apostado o repartido a cachitos.

Yo llegué a primero de BUP sin haber terminado de salir del cascarón y creyendo aún en los cuentos de hadas y en los finales felices de perdices. Para mi desgracia, no era, preciosamente, un pez hábil dentro de aquellas aguas pantanosas. Mientras que Marcos, por el contrario, no solo cursaba COU, sino que también era un ave nocturna aventajada y se conocía a la perfección los entresijos y recovecos de una edad, cuando menos, complicada para mí.

Por aquellos años las pandillas se agrupaban en definidas tribus urbanas: *pijos, rockers, heavys, punkies, lolailos, darks…* De estos tres últimos, existían pocos representantes en Utrera; o, al menos, no se encontraban entre los más populares. Sin embargo, con el paso de los años, he de admitir que los lolailos, tras mutar en *canis*, y en *canipijos*, extraño mestizaje este, se han extendido por nuestra ciudad como una plaga, expulsando al resto de las tribus de sus territorios, excepto a los *pijoutreranos*, una subcategoría con su propia denominación de origen. En aquella época, Marcos solía vestir con jerséis *Lacoste*, pantalones vaqueros *Levis*, calzaba náuticas, se peinaba con la

raya del pelo al lado y escuchaba a todas horas el *Sufre Mamón* de Hombres G. Sí, sin lugar a duda, pertenecía a los *pijos*.

Siempre me resultó, cuando menos curioso, la de jóvenes que necesitaban formar parte de este grupo a toda costa, aun intentando aparentar que provenían de niveles económicos superiores a los suyos. Este, sin embargo, no era el caso de Marcos. Él pertenecía a una familia acomodada. Y lo sabía. Al igual que sabía que era el preferido de mamá, el de papá y el de sus tres hermanas mayores. En definitiva, un niño consentido y malcriado por cuantos lo rodeaban.

Nació cuando la mayor de sus hermanas contaba con la friolera de veintidós años, y la menor dieciocho; hasta un par de sobrinos le superaban en edad. Todos pensaron que su nacimiento tenía que ser un regalo del Cielo, ya que llegó tras los primeros desarreglos premenopáusicos de la madre y por sorpresa. Así que, como una piña, se volcaron en él, el tan deseado varón, e intentaron por todos los medios posibles e imposibles, satisfacer cada uno de los deseos, anhelos y caprichos de este. Y ese hecho no se quedó en una simple anécdota de la niñez, no: se convirtió en una máxima para los adeptos del *Niño del Cielo*.

Así que, gracias a la familia, y a los propios genes, Marcos se fue enquistando dentro de una personalidad indolente, voluble, engreída y demasiado chulesca. Creía que todo le venía dado por el simple hecho de existir, sin tener que pedirlo, sin emplear el más mínimo esfuerzo.

En resumen, que me quedé con el chico más mono del instituto y con su narcisismo.

Una vez hube terminado COU, comencé a trabajar. La universidad se convirtió en un sueño inalcanzable para mí cuando mi padre falleció y mi

madre, además de con una depresión de la que no logró curarse, se quedó con una pensión ínfima que no daba para que ambas nos mantuviéramos. Al mismo tiempo, Marcos no se cansaba de repetir que, para podernos ir a vivir juntos, necesitaríamos dinero; y claro, él tenía que terminar la carrera de Empresariales. Así que mi única salida radicaba en buscar un empleo que me permitiera ampliar mis estudios con los años. Y la encontré. Me contrataron a media jornada en una empresa de importación de alimentos en Sevilla.

Aquella fue la etapa más hermosa de mi vida, cuando todo era aún perfecto; cuando aún me derretía bajo la mirada de Marcos: mi dios; bajo sus abrazos; cuando aún creía en sus sueños. Sus sueños, sí, los suyos que transformé en míos.

Con mi sueldo, y el apoyo de sus hermanas y sus padres, para que el niño terminara los estudios, nos fuimos a vivir juntos a un piso que estos compraron para él. Pero, de forma inversa, mientras mayor se iba haciendo mi ilusión, más se agriaba su carácter. Los silencios se volvieron pesados y la frialdad cortaba mi razón como la más afilada de las guillotinas.

Mientras mi vida en pareja atravesaba un camino dudoso e incierto, la profesional comenzaba a despegar. En poco tiempo, me gané la confianza de mis jefes, quienes me propusieron un contrato a jornada completa, siempre y cuando yo les garantizara que me matricularía en un FPII de Administración.

Pero eso fue antes de que Marcos terminara la carrera. Con dificultad y mucho sacrificio por parte de los bolsillos de su familia y los míos propios, cumplió su objetivo; y fue entonces, y solo entonces, cuando puso las cartas sobre la mesa.

—Ya no es necesario que continúes trabajando. Ahora puedes dedicarte a lo que tanto hemos soñado. Por fin te quedarás en casa, y juntos formaremos

una familia…

En esos años, yo le hubiese dado hasta la última gota de mi sangre si eso le hubiese hecho feliz. Así que asumí que su felicidad era la mía. No supe reaccionar en ese momento, aún me encandilaban sus ojos verdes, su *flequillito* hacia un lado, y su arte inconfundible para conseguir de los demás cuanto se le antojaba.

Con lágrimas en los ojos y un cierto bochorno interno, me despedí del trabajo y comenzamos un nuevo tipo de relación: yo asentía a cuanto él proponía, callada y sumisa.

Sin consultármelo, pidió más dinero a sus padres para comprar un local y abrió un bar de copas. A partir de entonces, se intensificó mi propio calvario.

Mientras yo me dedicaba, aborto tras aborto, e interminables meses de reposo, a buscar los hijos que no terminaban por llegar; mi madre enfermó de Alzheimer. Como mi salud me impedía atenderla, no tuve más remedio que ingresarla en un geriátrico. Por otro lado, Marcos dormía durante el día y trabajaba por la noche; no tardó en empezar a coger malos hábitos y sus cambios de carácter se intensificaron.

Cuando por fin nacieron nuestros dos hijos, pensé que se sentiría feliz, realizado por tener su propia familia y que ello nos uniría. Nada más lejos de la realidad. Tras tantos intentos infructuosos, me volqué en cuerpo y alma en mis dos retoños, que nacieron con solo un año de diferencia. Descubrí el inmenso lleno que me proporcionaba la maternidad y fui apartando el dolor que se había alojado en mi interior con la sofocante frialdad de Marcos.

Tan centrada estuve en la crianza de mis hijos, que no pude ver cómo lo poco que habíamos ahorrado con mi trabajo y el apoyo de su familia, se iba esfumando en el bar.

Ahora reconozco que quizás tenga poco que argumentar en mi propia defensa, salvo que Marcos siempre intentaba mantenerme al margen de cuanto hacía y deshacía. «¿Es que no confías en mí? —me reprochaba irritado, al tiempo que, cada cierto tiempo, ponía ante mí papeles y papeles para firmar, sin que nunca me permitiera leerlos—. Tú solo tienes que ocuparte de la casa y de los niños, del resto ya me encargo yo».

Y sí, tenerlo todo bajo control significaba que mientras él se dilapidaba los euros en noches y noches de juegas, sus familiares continuaban inyectándole más y más dinero; hasta que se cansaron. A partir de entonces, empezó a tirar de préstamos, y los bancos terminaron por comerse hasta el último céntimo.

Como suele ocurrir en estos casos, me enteré de lo que ocurría la última. Simplemente un día dejó de aparecer por casa. Al par de días de hallarse ausente de nuestro hogar, lo llamé por teléfono, me notificó que estaba con una tal Rosa. Todos conocían de la relación, menos yo. No pude recomponerme del mazazo, cuando una mañana, a las siete, un secretario judicial, acompañado de la Policía, me comunicaron que mis dos hijos, de cuatro y cinco años, y yo teníamos que abandonar el piso en ese justo momento. Como alma que lleva el diablo, sin parar de llorar, cogí lo poco que pude: algo de ropa, las fotos de mis niños, y nos marchamas al lóbrego y vacío piso de mi madre. Agradecí no haber escuchado la insistencia de Marcos para que lo vendiera.

Después de aquello, muchas explicaciones vacías. Para su familia y para él solo existía una culpable: yo. Según ellos, había vivido muy bien y al margen de los problemas.

Y, cierto, tras mucho reflexionar, sí, hubo una responsable desde el principio, sí, la única: yo; ya que me dediqué a vivir por y para él, olvidando

mis intereses y mis deseos. Siempre al margen y siempre relegada.

Así, que, sin esperarlo, me encontré con cuarenta años, sin mi hogar, sin mi pareja, sin trabajo, y con dos hijos pequeños que dependían de mí en exclusiva.

¿Podía ser la vida más desesperanzadora? En aquel momento no lo sabía, pero era cierto que no lograba ver el camino más allá de la nube negra de polvo que, ante mis ojos, había levantado Marcos tras su marcha.

Capítulo 6

Cati

La cabeza me daba vueltas, sentí unas náuseas insoportables que casi me obligaron a vomitar.

—Cálmate, Cati —me obligó a centrarme Sherezade—. Pensemos.

—No sé a quién llamar —contesté ansiosa—. ¿Qué hora es?

Sherezade sacó el móvil del bolso.

—Las dos y veinte.

Me eché las manos a la cabeza.

—¡No puede ser, sobre las dos y media terminan de comer! ¡Mis niños, mis pobres niños!

—Llama a tu cuñada Pura.

Estuve a punto de gritarle; pero era mi amiga, quería ayudarme, no podía descargar mi ira contra ella.

Mi cuña Pura era la hermana menor de Marcos, a quien, a todos los efectos, los malos y los menos malos, consideraba como a una suegra. Siempre se había inmiscuido en todos nuestros asuntos y tenía una opinión, nunca positiva, para cuanto yo hacía o dejaba de hacer, pensaba o dejaba de pensar; por lo tanto, conociéndola como la conocía, sabía que poco o nada podía esperar de ella.

—¿Mi cuñada…? —pregunté expulsando el aíre de mis pulmones, a modo de cansado suspiro de resignación.

—Por intentarlo… Toma mi teléfono. —La miré con casi más vergüenza

que agradecimiento: sabría que no tenía saldo.

Alargué mi mano para coger el móvil.

—Gracias —balbucí.

Una de las voces que menos ganas tenía de escuchar contestó con un «*diga*» al otro lado de las ondas.

—Hola, Pura, soy Cati. Bien… ¡Ah!, lo siento… Pero… Sí, sí… Vale, que te mejores. Sí, se los daré. Adiós, adiós.

La frustración y la desazón poblaron mis ojos de lágrimas.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Sherezade.

—Lo de siempre, Ade. ¿No lo has oído? Ni siquiera me ha dejado hablar; se ha limitado a contarme que estaba muy mala.

—Sí, y luego se irá a la peluquería —asentí con la mirada—. ¡Cómo si no la conociéramos!

—Ya te dije que era perder el tiempo.

—Voy pidiendo un taxi…

En ese momento el sonido de *Only Girl, In The World,* de Rihanna, hizo que me lanzara a la caza del móvil dentro de los confines de mi bolso revuelto.

—Sí… Sí, dime, Lola. ¡Ay!, gracias, gracias, gracias… Sí, tenía que recogerlos el padre; pero le ha surgido *un asunto*. ¡Ay, gracias! No sé cómo agradecértelo. Salgo ya para Utrera… Hija, no quiero molestar… Vale, vale… Sí, vale. ¿A las seis? Vale. Lola, gracias de nuevo. Eres un sol. De verdad, gracias.

Dejé el teléfono en el bolso de nuevo y me tapé la cara. El brusco desenlace me noqueó, sin permitirme romper a llorar aliviada.

—¿Quién era? —se interesó Sherezade

—Lola, Lola Pintor, la madre de Luis, el amiguito de Víctor. —Por fin noté que la sonrisa aprisionaba mis mejillas—. Me ha dicho que viendo que tardaba, ha recogido a Víctor y a Álex, y que no me preocupe, que puede estar con ellos hasta las seis.

Sherezade me abrazó, reconfortando mi ánimo.

—¿Ves?, siempre hay gente buena por el mundo, preciosa.

Respiré profundamente, y volví a tomar conciencia de dónde estábamos. En el Prado de San Sebastián, en Sevilla. El aroma de los árboles penetró en mis pulmones y me calmó.

—Habrá que comer, ¿no? —preguntó mi amiga recobrando el entusiasmo.

La miré algo asustada, temía no llegar a tiempo para recoger a mis hijos.

—Tengo una idea —sugirió.

—Dime.

—¿Nos compramos unos bocadillos en una tiendecita que hay detrás de los juzgados? He ido alguna vez que otra y están riquísimos.

—Me parece bien.

—Vale, pues si quieres vamos a por ellos, nos compramos unas latas también y volvemos aquí a comérnoslos. ¿Te apetece?

—Sí, mucho.

Y así lo hicimos.

Creo que después del susto que pasé, a Sherezade se le apartó de la mente la idea de continuar hablando sobre su preocupación. Y yo, sabiendo que no podría volver a prestarle la misma atención, no quise preguntarle de nuevo.

En nuestro camino de regreso a Utrera, Marcos me llamó por teléfono, para saber qué había pasado con los niños. Tras ofrecerle una rápida explicación, le dije que teníamos que hablar. Así que quedamos para la

mañana siguiente en el piso de mi madre, donde vivía después de que me desalojaran del mío, del nuestro.

Capítulo 7

Cati

Llevé a Víctor y a Álex al colegio Álvarez Quintero y regresé al piso. A las diez y media de la mañana llamaron a la puerta. Como esperaba, se trataba de Marcos. Traía consigo su sonrisita burlona, que ya no era tan agradable ni bonita como cuando nos conocimos. Los años, la noche y la mala vida la habían ajado; sin embargo, él se continuaba sintiendo atractivo y un seductor irresistible.

Plantado y soberbio, preguntó sin borrar aquel gesto cínico del rostro.

—A ver, ¿qué quieres ahora?

Reparé por unos segundos en él. Ya no me resultaba ni guapo ni encantador; pero, aun así, necesité encontrar en su fisonomía algún resquicio de aquel a quien tanto había amado, mucho, mucho tiempo atrás.

Su cabello había perdido el brillo de antaño, la espesura y el volumen. Las pronunciadas entradas, dejaban una especie de flequillo escaso, al más puro estilo Tintín. Los ojos grandes y de mirar seductor, se habían tornado en saltones, descansaban acunados sobre dos bolsas grasientas que bien podrían patentar *Michelín*. La piel ya no era tersa y aterciopelada, sino que aparecía con los poros abiertos y el tono rojizo del tinto peleón. Los labios gruesos y pegajosos, escondidos bajo una espesa barba de más de tres días. Sin embargo, olía bien y continuaba cuidando la ropa y la higiene personal hasta el extremo. El perfume que desprendía me transportó a noches que prefería olvidar y al aroma de su piel en las sábanas que tanto extrañé a lo largo de los

años.

—Pasa —le pedí. No estaba dispuesta a que las vecinas se enteraran de mi vida: ya sabían demasiado. Cerré la puerta.

Entró como si paseara por un yate o por la alfombra roja de los *Oscar*.

—Siéntate, por favor. —Le señalé hacia el sofá de escay negro del salón.

—¿A qué viene tanto protocolo? —se mofó y permaneció de pie frente a mí, desafiante.

Viendo que no iba a tomar asiento, me planté frente a él.

—Está bien. Marcos, te pido por favor que no vuelvas a hacer lo de ayer. Sabes que los martes y los jueves tienes que recoger a los niños del comedor. Y si por alguna inexorable razón, en alguna ocasión, no pudieras hacerlo, pues me avisas con tiempo —puntualicé—. Durante esas tardes, son tu responsabilidad…

—Tenía que hacer cosas con Rosa.

—Aquí no hay Rosa que valga, Marcos, son tus hijos, eres su padre y ellos están por encima de todo.

—¡Uy, se me pone celosa!

—¡Déjate de niñerías, Marcos!

Su actitud me irritaba por segundos.

—*Uhmm*, me gustas así, enfadada.

Antes de que pudiera darme cuenta agarró una de mis manos y se la puso en la entrepierna.

—¿Ves cómo me gusta? —Me solté bruscamente—. Siempre has sido igual de remilgada, y eso me volvía loco por ti, a las demás las tenía cuando quería, pero contigo…

—¡Déjate de chorradas, Marcos!

Me atrajo hacia sí con fuerzas. Me apretó por la nuca evitando que pudiera zafarme de sus garras y robó un beso de mis gélidos labios. Antes de ser consciente de ello, había metido sus dedos por debajo de mi camiseta hasta llegar a los pechos. Mi mente quería gritar, arrojarlo de mi lado; pero mi cuerpo, muerto desde hacía demasiado tiempo, comenzó a vibrar, a latir y a desear más. Así que mi razón se calló y el deseo continuó hablando en un idioma reconfortante y conocido.

—¿Cuántas veces hiciste esto durante nuestro matrimonio? ¿Cuántas veces me fuiste infiel con otras? —me oí preguntar, mientras yacía tumbada junto a él en el sofá de escay negro, con la ropa a medio quitar y el alma rota entera.

—Nunca —respondió tajante, ante mi sorpresa—. Nunca lo necesité. Ni con Rosa es el sexo como contigo. Aunque me ponías más antes. —Pasó la mano por mis pechos—. Mírate, ya no tienes ni tetas ni culos ni nada: eres un saco de huesos.

De súbito tomé conciencia de lo bajo que había caído de nuevo. Aquel ser ya no era mi marido, ni siquiera la persona de quien yo me había enamorado siendo una adolescente ingenua. Asqueada, me asaltaron unas ganas terribles de vomitar y, en los genitales, la imperiosa necesidad de lavarlos. Sentí repugnancia de mí misma y de mi debilidad.

—¡Largo, largo! ¡Vete de aquí!

Apenas le di tiempo a subirse los pantalones y poco más. Cerré la puerta tras su marcha. Y mientras escuchaba sus pasos bajando las escaleras, comencé a llorar avergonzada.

El teléfono comenzó a sonar. Vi el número de Sherezade en la pantalla. No respondí.

Capítulo 8

Cati

El teléfono continuó sonando.

Aún estaba sentada en el suelo, con la cara entre las manos. Sabía que Sherezade se preocuparía por mí, pero no tenía fuerzas para contestar, para hablar con nadie.

Pasados unos minutos, me levanté y arrastré los pies hacia el baño. Me metí en la ducha para lavar mi cuerpo mancillado una vez más. Esperaba que el agua purificara mi alma y aliviara tanto sufrimiento acumulado. No solo dolía el reconocer que Marcos continuaba utilizándome y tirándome como a un envoltorio de patata vacío tras devorarse el contenido; sino que, por extraño que pareciera, yo aún lo necesitaba. Acostarme con él era lo más cercano al cariño y a la protección que tenía. Solo yo sabía cuánto extrañaba los besos, las caricias y los abrazos. Poco a poco había ido perdiéndolos en el camino. Primero los de mi padre difunto; después, los olvidados de mi madre; y, por último, los cada vez más escasos, hasta desaparecer, del que un día fue mi mundo.

Cuando terminé de ducharme, envuelta en una toalla, me metí en la cama. ¿Cuánto más me quedaba por soportar? Mi vida había dado una vuelta tal, que me hallaba perdida, desorientada; y no sabía si aquel oscuro pesar y aquella falta de esperanza por la vida se habían convertido ya en una depresión.

Muchas veces, como en aquel momento, deseé quedarme dormida y no volver a despertar. En los últimos meses, acarreaba demasiado sobre mis

hombros y, pese a tener amigas, me sentía terriblemente sola. Detestaba hablar con los demás de lo que me ocurría, no me gustaba exponerme de ese modo; sabía que, si volcaba mi pesar sobre alguien, eso me haría sentir aún más vulnerable. Sin embargo, cuando la idea de la muerte saltaba sobre mis pensamientos, siempre se anteponían las caritas de mis niños, y un dolor, como si me desgarraran en canal. No me quedaba otra que aferrarme a la vida, a ellos.

Así, en aquel estado de seminconsciencia, pasé el resto de la mañana. Y bajo ese extraño letargo, se desarrollaba la rutina tortuosa de mis días. Acercaba a Víctor y a Álex temprano al cole, enfundada en ropa ancha y oculta bajo una gorra. No tenía ganas de ver a nadie, de que nadie me viera y, mucho menos, de que me hablaran.

El piso de mi madre, en el que residíamos, olía a añejo, a tristeza y a lágrimas; apenas recibía los rayos de sol y resultaba un lugar lóbrego. Sabía que aquel era ahora mi hogar y el de mis hijos; pero yo lo sentía como una tumba abierta que poco a poco me hundía y me atrapaba. Durante el día no utilizaba los electrodomésticos. Aún recuerdo la primera vez que me cortaron el suministro eléctrico tras la falta de pago. Esa noche, tuve que beberme las lágrimas y proponer un juego a Víctor y Álex:

—Hoy seremos tres osos, vamos a imaginarnos que vivimos en una cueva y encenderemos velas.

—Mamá, pero los osos no saben encender velas —me reprochó algo indignado Víctor.

—Ya, pero nosotros vamos a ser como los del cuento de *Ricitos de Oro* —él cedió a regañadientes.

Desde entonces, comencé a ahorrar aún más, no solo en la factura de la

luz, sino también en la de agua. No iba al baño durante la mañana y si tenía alguna urgencia, solo tiraba de la cisterna una vez. Como mis hijos comían en el comedor del colegio, en el frigorífico tenía lo justo para la cena. Mis almuerzos consistían en una que otra lata de conservas y poco más.

En la cama, cubierta hasta la cabeza con la sábana, esperaba que pasaran las horas. Solía encerrarme en la habitación, me aterrorizaba escuchar el timbre de la puerta, temía abrir por si algún acreedor más venía a reclamar algo que yo no tenía: dinero. Temía las cartas certificadas, temía las llamadas de teléfono y temía todo cuanto me acechaba a cada paso. No solo sentía terror, sino vergüenza y una profunda desazón, ya que no sabía cómo afrontar toda aquella angustiosa situación.

En mi cobijo, de vez en cuando, como las florecillas en medio de la tierra cuarteada por la sequía, saltaba en mi mente alguna brillante idea. Pero tan pronto como brotaba, mi asqueada existencia la engullía.

Sobre las dos de la tarde, me levanté y me vestí. Miré las latas que quedaban en la alacena de la cocina. No me apetecían. Preparé tres sándwiches para los niños y para mí, los metí en mi mochila junto con dos zumitos y sendas botellitas de agua. Y me encaminé a recogerlos del comedor.

Entré por la puerta lateral del colegio para pasar desapercibida. Desde lejos, con un gesto de la mano, saludé a los maestros. Hasta el momento, había tenido suerte, no me había topado con ninguna madre conocida. Alcé un poco la cabeza en busca de mis niños. El primero en verme fue Álex, el pequeño. Corrió hacia mí y se aferró a mis piernas. En esos momentos, el corazón se me paró y el estómago se cerró. Creo que la gorra, impidió que nadie viera como se cayeron las lágrimas de mis ojos. Víctor se encontraba más alejado, jugando con sus amigos.

—¡Mamá! —gritó. Y vino a toda prisa a reunirse con nosotros. Por unos segundos maravillosos, los tres permanecimos abrazados.

Como un ave negra de mal agüero, se cruzó por mi mente el pensamiento que tan solo unas horas atrás me había torturado, y aún se me encogió más el alma. ¡Dios, mis niños! ¿Qué sería de ellos, Dios? ¿Cómo podía hacerles eso a mis hijos? Solo me tenían a mí en el mundo, nadie se haría cargo de ellos…

No quise seguir dándole más vueltas, aún me quedaban fuerzas y salud, y tenía que continuar adelante por ellos. Aunque en esos momentos no tuviera ganas de luchar por mí, tendría que pelear por Víctor y Álex.

—¿Qué os parece si vamos al parque de San Joaquín? —les pregunté, conociendo de antemano sus respuestas.

—¡Sí! —gritaron al unísono.

Fuimos dando un paseo. El parque estaba relativamente cerca del colegio. Durante la animada caminata, ambos aprovecharon para narrarme, en modo ametralladora, sus respectivas jornadas escolares. Aunque necesitaba agudizar todos los sentidos, más que irritarme, aquella situación me divertía. Estaban llenos de vida y de ilusiones; en esos días, nada me podría satisfacer tanto como la felicidad que ambos derrochaban.

Llegamos al parque. Serían cerca de las cuatro de la tarde. Aún no había demasiada gente, me alegré. El banco más apartado de la zona de juegos estaba libre: doble alegría. Me senté, coloqué la mochila a mi lado y comencé a observar cómo jugaban mis hijos.

Nunca había analizado cuánto de cada uno de nosotros, de Marcos y de mí, tenían. Sin embargo, a simple vista, Víctor era tímido e introvertido, y Álex, por el contrario, explosivo, divertido y simpático. Físicamente ambos resultaban muy parecidos: pelo ondulado y moreno, piel clara y figuras muy

similares. Pese a que en lo visible tenía más del padre que de mí, yo me esforzaba día tras día, para inculcarles ciertos valores que jamás verían en su padre.

El teléfono volvió a sonar, se trataba de nuevo de mi amiga Sherezade. No tenía ganas de hablar ni de contestar. Me sentía como un caracol al que le han sellado con silicona la salida de la concha. Me resultaba difícil romper el muro que en ocasiones me separaba de los demás. Así que apagué el móvil y me centré en mis hijos, en sus risas y juegos; por lo que, el resto del mundo, como el monstruo que se esconde dispuesto a saltar dentro de nuestras pesadillas, esperaría fuera de aquella tarde. Para mí, Víctor y Álex eran los superhéroes de mi existencia, cuando me encontraba con ellos, lograban mantener el mal lejos de nuestras fronteras.

Capítulo 9

Cati

Durante cuatro días continué con la misma rutina, solo quebrada por las visitas a mi madre. De vez en cuando, echaba un vistazo al móvil, y los mensajes de Sherezade y sus llamadas perdidas comenzaban a ser preocupantes, temí que pensara que algo terrible me había sucedido. Así que una mañana rompí con mi recogimiento, y decidí contestar.

—Hola.

—Hola —se hizo un breve silencio—. ¿Estaba preocupada por ti, Cati? ¿Te ha ocurrido algo?

—No.

No sabía qué contestar cuando me preguntaban algo así. ¿Algo?, me ocurría todo. Pero no podía explicarlo, no podía poner en palabras aquella tortura interminable.

—Creía que estabas enferma o algo. Te he llamado un montón de veces.

—No me he dado cuenta hasta hoy, Ade: tenía el móvil en silencio —volví a mentir.

—¡Ah! —sonó a liberación.

—¿Y tú qué tal estás, Ade?

—Bien, bueno no. Bueno, no lo sé.

—¿Ha ocurrido algo?

Suspiró.

—Necesito verte.

—Pero ¿estás bien?

—¡Ay, Cati!

—Dime…

—Ha ocurrido.

—¿Qué? ¿Qué ha ocurrido? —comencé a alarmarme.

—¿Te apetece dar un paseo por el parque nuevo, el Parque del V Centenario? A estas horas no hay mucha gente, y lo que te quiero contar merece discreción.

—Vale, está bien.

—En cinco minutos estoy en tu casa.

Dudé por unos segundos.

—Vale… — titubeé.

Capítulo 10

Wenceslao y María de los Ángeles

Mientras el marido trabajaba e intentaba adaptarse al calor y al estilo de vida andaluz, tan opuesto al de las tierras del norte, María de los Ángeles no paraba de organizar o asistir a fiestas, almuerzos y cenas. Se sentía cómoda y feliz dentro de esa existencia mundana. Wenceslao, por el contrario, se encontraba como pez fuera del agua o como cabra lejos del monte. Anhelaba la tranquilidad de su casa de campo, la nieve, el verdor en primavera; no obstante, cambiaba de buen grado el tesoro tan preciado de su infancia por un solo segundo junto a su esposa adorada.

Al poco de contraer matrimonio, lo destinaron a Melilla. Cuando se lo notificó a María de los Ángeles, esta comenzó a llorar con amargura. Por ello, él decidió anticiparse a ella.

Buscó con esmero hasta encontrar una casa lo suficientemente bonita para su mujer; rodeada de un jardín amplio y situada a escasos metros del mar. «Así *Mi Ángel* no extrañará ni las playas onubenses ni las aguas de su Guadalquivir», pensó. Mandó que podaran los árboles, que cultivaran un pequeño huerto y que plantaran rosales vistosos y coloridos por doquier. Con sus propias manos, ayudado por el leal de Khaled, sembró un naranjo cerca de la ventana del dormitorio principal.

«En primavera, el aroma del azahar hará que la señora se sienta como en Sevilla —explicó al subalterno—. Plantaremos damas de noches en ambas columnas del porche. ¡Ya verás qué fragancia envolverá nuestras veladas!»

Khaled era el único varón de cinco hermanos marroquíes que Wenceslao había contratado para el cuidado y mantenimiento de la casa, y para atender a su esposa en cuanto ella necesitara. Así mismo, el joven haría las veces de chófer. La vivienda se encontraba algo retirada del centro de la ciudad y de los cuarteles. Y no quería que nada imposibilitara el traslado de su ángel.

«No solo te encargarás de llevarme a mí, también estarás a disposición de la señora. La acompañarás de compra, de visita, de paseo… a dónde ella desee.»

Cuando, por fin, María de los Ángeles llegó, su marido comenzó a organizar cenas y a aceptar las invitaciones a eventos varios. A Wenceslao no le importaba sacrificar la necesidad de tranquilidad y de sosiego por el bienestar de su mujer.

Sin embargo, cada uno de los esfuerzos caía en suelo estéril. Su esposa permanecía sumida en una especie de melancolía soporífera. Cada vez que el joven militar regresaba al hogar conyugal, la hallaba tumbada en el diván del salón, taciturna y con la mirada triste, perdida, o durmiendo. Si se la encontraba rendida por el sueño, Wenceslao temía despertarla, ya que, al hacerlo, esta empezaba a llorar sin consuelo posible. Además, al estado lamentable de ánimo en el que se encontraba su mujer debido a la añoranza que sentía por su tierra, se sumaba que cinco noches a la semana e, incluso, algunas veces, todas, él tenía que quedarse en el cuartel.

Capítulo 11

Cati

Cuando bajé, Sherezade ya me esperaba. Como siempre, su imagen me deslumbró. Llevaba suelta la melena de rizos negros y lucía un precioso vestido primaveral blanco con grandes flores rojas. El corte de este, tipo batita y atada a la cintura, se adaptaba como un guante al cuerpo redondeado. El escote en forma de *v* y ribeteado con un pequeño volante de la misma tela, resaltaba el canalillo voluptuoso e insinuante. Tenía unas piernas largas y esbeltas, a las que aún conferían más sensualidad los elegantes zapatos de tacón rojos con la punta de los dedos al aire que calzaba.

En aquel momento reparé en mi propio aspecto. Por entonces, creía que ni a ella ni a mí nos importaba mucho que yo vistiera con vaqueros gastados y una camiseta negra de maga corta, tres tallas más grandes de la que me correspondía. Hacía tiempo que me había olvidado por completo de mi pelo. Como no podía gastarme el dinero ni en peluquerías ni en un buen champús, lo llevaba corto. Cada dos o tres meses, yo misma le metía las tijeras a la altura de la nuca.

—Hola. —Me abrazó y me plantó un par de besos—. Yo le correspondí algo perpleja. —Vamos en coche, ¿vale? No se me apetece ir andando y, además, estoy deseando llegar para poder hablar contigo con tranquilidad.

—Me tienes en ascuas. Estoy algo asustada.

Mi amiga no respondió. Entró en el coche con esa estela de energía que solía llevar tras de sí, y esperó a que yo hiciera lo mismo. Acompasadas,

bajamos las ventanillas para que entrara la brisa mañanera. No hubo mucha conversación entre ambas, salvo un qué tal estás, qué tal los niños y poco más.

Conducía con cierta agresividad y nerviosismo, tolerando poco o nada, las leves imprudencias del resto de los transeúntes; e, incluso, soltó algún que otro vituperio. Yo, por mi parte, intenté empequeñecer y retreparme en el asiento del copiloto para que no notase mi presencia durante el recorrido.

Dejó el coche en el nuevo aparcamiento, junto al pabellón de Consolación. Nos apeamos. Agradecí que a última hora me decidiera por dejar el jersey de mangas largas en el armario. Sherezade me agarró del brazo, como era costumbre en ella, y comenzamos a caminar en dirección a nuestro destino.

Nada más entrar, a la derecha, nos aguardaba un arriate con lavanda en plena floración. Tomamos, con paso animado, el sendero que atraviesa el parque de un extremo a otro, como dos *Dorothy* en busca de *Oz*.

Unos metros antes de llegar a los huertos urbanos, mi amiga se detuvo.

—¿Te parece que nos sentemos aquí, Cati?

Yo asentí.

Así que nos acomodamos en los asientos de una de las mesas de madera con bancos, situada junto a una de las muchas barbacoas que poblaban el lugar.

Como de costumbre, Sherezade empezó a llevarse los dedos entre los dientes para morderse las uñas. Me sorprendía cómo podía lucir siempre la manicura tan perfecta con ese hábito. No le corregí, no me parecía buen momento.

—¡Ha sucedido, Cati!

El miedo que me encogió el estómago durante la llama telefónica reapareció. Enmudecí. Le di tiempo para que empezara el relato.

—Ayer por la mañana te estuve llamando. Pedro iba a pasar toda la tarde fuera. Me avisó de que no vendría a comer y que no lo esperara para cenar, ya que debía solucionar no sé qué historia con sus compañeros. Tú no me contestaste. Intenté quedar con todo el mundo que se me ocurrió, y nada. Me encontraba terriblemente aburrida, y no soportaba la sensación de soledad que se ha apoderado de mí en estos últimos tiempos. Así que, por la tarde, después de comer sola y recoger la cocina; me duché, me perfumé, me puse mi camisa blanca, esa ceñida que te gusta tanto, la falda de tubo negra; me maquillé, me peiné, y, me calcé los tacones de vértigo que compré hace dos semanas en Sevilla —detuvo la retahíla.

Observé como un hombre de mediana edad pasaba andando a paso ligero por el camino que nosotras habíamos abandonado escasos minutos atrás, mientras un fiel labrador de color chocolate lo seguía sin separarse de él.

Lancé un vistazo furtivo al parque, justo cuando una brisa leve acarreó hasta mis pulmones el intenso olor a azahar; deseé que mi vida fuese siempre como aquel segundo paradisíaco.

—No me puse bragas.

La miré con ojos espantados. De repente aterricé de nuevo en la realidad.

—¡No me mires así, Cati!

—No te he mirado de ninguna forma.

—¡Sí!

—¿Cómo?

—Como si yo fuera una guarra.

Solté una carcajada.

—Lo siento, Ade, lo siento: yo no pienso eso de ti.

Cogió mis manos entre las suyas.

—¡Ay, perdona! ¡Soy yo, Cati, soy yo! Estoy muy nerviosa.

La abracé con cariño. En el fondo de mí, la sentía como a una niña desprotegida.

—Vamos, sabes que puedes contar conmigo. Yo no voy a juzgarte, ya te lo he dicho muchas veces. —Le planté un beso de abuela en la mejilla—. Sabes que te quiero.

—Lo sé, lo sé.

—Venga, te escucho. —Sonreí distendida—. Prometo no poner caras raras.

Sherezade rio.

—Tampoco es eso, mujer.

Sonreí de nuevo.

—A ver… ¿vas a seguir o no?

—Pues eso, que no me puse bragas. —Respiró y cerró los ojos—. Tenía ganas de sentir mi… Ya sabes. —Señaló hacia la ingle—. No te puedes imaginar. Entre la falda de tubo, los tacones, y el roce… ¡Ufff!

Me pareció que volvía a recrearse al recordarlo. Aguardé sin comentar nada.

—No sabía muy bien a dónde ir. Así que solo se me ocurrió pasar el rato en la biblioteca.

—¡¿La biblioteca?! —me sorprendí.

—Ya. Pero es que, en verdad, yo tampoco quería ir pidiendo guerra, ni ir a un bar ni nada de eso. No sé, me sentía sola y necesitaba algo de emoción. Solo eso. Nadie tenía por qué saber que yo no llevaba bragas. ¿Tú no has oído hablar de que algunas mujeres llevan las bolas chinas?

—¿Dónde? —le pregunté ignorante.

—¡Cati! ¿Dónde va a ser? —Abrí mucho los ojos desconcertada: no sabía de qué me estaba hablando—. ¡Pues ahí, Cati, ahí!

Por la respuesta de Sherezade, debí poner cara de incredulidad.

—¡Déjalo, Cati! —Sonrió, negando con la cabeza—. De verdad, algunas veces me pregunto si tus hijos no serán adoptados o in vitro.

—¡Anda, mujer! —Reí. Sin embargo, algunas interrogantes ya comenzaban a calar en mí. ¿Esa imagen proyectaba yo? ¿Sería verdad que era una mojigata? ¿Y si fuese una total analfabeta en lo referente al sexo? Solo había estado con Marcos y cuanto sabía me lo había enseñado él.

—Así que nada —prosiguió—. Pues como decía Mecano, allí me planté, en la Biblioteca Pública de Utrera, y sin bragas.

Más que sensual, la situación que estaba describiendo mi amiga, resultaba cómica.

—¿Y qué hiciste por allí?

—Lo de siempre, pasear mientras ojeaba libros. Cuando ya me cansé de mirar novedades y clásicos, decidí tomarme un cafelito. Así que busqué un periódico que leer, cogí mi vaso humeante y me senté en unos de los butacones azules, el que se encuentra más cerca de la ventana. Eso sí, con mucho cuidado de mantener las piernas bien cerraditas.

A esas alturas, no tenía muy claro si etiquetar el relato como erótico, divertido o totalmente surrealista.

—La verdad es que tuve que arreglármelas para sostener el café, leer el periódico y mantener las piernas cerraditas. Así que, durante un rato, estuve tan centrada en mis propios equilibrios que el entorno bibliotecario se desdibujó por completo para mí.

—Me hubiera gustado verte por un agujerito. ¡Qué cosas te pasan!

—De pronto, tuve la sensación de que me observaban. Y sí. Frente a mí se había sentado un hombre que, al parecer por la sonrisa, llevaba un rato siguiendo mi aventura y desventura con el periódico, el café y la falda.

La miré aterrada.

—No te preocupes —se apresuró a aclararme—, no se me había visto nada. Aún…

—¡Cómo que aún!

—En un primer momento, no reparé en él; pero en un segundo, en un tercero y en un cuarto, sí. ¡Cati, no te puedes ni imaginar qué tipo más interesante! ¿Recuerdas al chico de barbas del anuncio de *Trivago*?

—¡Claro! —Asentí. «¿Cómo olvidarlo?», pensé.

—Pues imagínate, como él, pero con unos añitos y algunas canitas más. ¡Guapísimo!

—¿De aquí de Utrera?

—No lo sé, Cati, no lo había visto en mi vida. Solo sé que no me quitaba la vista de encima, ni pestañeaba siquiera. Eso sí, de ninguna de las maneras se le borraba la sonrisa, de esas de las que quitan el hipo.

—¡Vaya! Te sentirías halagada, ¿no?

—No solo eso.

—¿A qué te refieres?

—Después de llevarse un rato clavando la mirada sobre mí, y sin borrar aquella exquisita mueca de sus labios, se levantó y pasó por mi lado dejando tras de sí una estela de perfume varonil. ¡Uhm! En ese momento, sentí que no llevaba bragas. Depositó el periódico en la estantería de la prensa y antes de tomar el camino hacia la puerta de salida, se detuvo y fijó sus ojos en los míos. No necesité palabras, Cati: sabía lo que quería, lo que me estaba

proponiendo.

—¡Dios, Ade!

—Entonces, noté cómo mi vagina se humedecía y palpitaba. Con cada espasmo, más me estremecía y mi mente se nubló. ¡Se nubló!

—¡Dios, Ade! ¡Qué hiciste!

—¡Seguirle, Cati, seguirle! ¡Qué iba a hacer?

Me tapé la cara con las manos, como si no quisiera oír ni una palabra más de lo que iba a ocurrir, ni ver la imagen que ella estaba dibujando en mi mente.

—¡Sí, Cati, sí!

No lograba descubrir el significado de la expresión de su cara. Sabía que se encontraba turbada y preocupada; pero, jamás, en todos los años que hacía que nos conocíamos, vi un brillo en sus ojos como el que tenía en ese instante.

—Caminé detrás de él, sin pensar. Parecía como si la sangre que golpeaba mi vagina, a modo de latidos rítmicos, me impulsara a seguirle. Anduvimos unos metros, uno tras el otro. Estaba anocheciendo, vi cómo se refugiaba de las miradas bajo el portal de una casa. ¡Ay, Cati, Cati! —Agarró con demasiada fuerza mi brazo, retorciéndolo de nerviosismo.

No sabía si quería seguir escuchando.

—Cuando pasé por su lado, me tiró con ímpetu hacia él. Antes de que pudiera reaccionar, me había levantado la falda. De pronto, lo sentí dentro de mí.

—¡Dios mío, Ade! ¿Qué has hecho!

—¡Ay, Cati! ¡Qué voy a hacer? ¡Pues disfrutar como una condenada! Yo no he sentido en mi vida como sentí con él. No nos besamos, yo creo que ni nos miramos; yo solo quería agarrarme con fuerzas donde fuera para que

aquello no terminara, para que no se saliera de mi interior. ¡Qué locura! Con una mano me tenía cogida por las caderas y con la otra tocaba sin para mis pechos. No sé ni el tiempo que estuvimos así. Yo le repetí una vez tras otra: «Fóllame, fóllame». Solo sé que acabé soltando algún grito incontenible y retorciéndome de gusto.

Realizó una pausa para tomar aire.

—Cuando terminamos, me bajé la falda y cada uno anduvimos en direcciones opuestas. A ninguno nos dio por despedirnos ni por preguntarnos los nombres siquiera. Mientras andaba de camino a mi casa, aún notaba palpitar la vulva. *Uff*, la sensación de humedad y la viscosidad que me resbalaba por los muslos con cada paso hacía que se me erizara toda la piel, y tuviera ganas de más.

Me quedé muda, espantada.

—Dime algo, Cati, dime algo.

—No sé qué puedo decir, Ade.

—¡No tengo nombre, Cati, no tengo nombre! ¡Qué he hecho! ¿Qué le he hecho a Pedro?

—¿Pudo veros alguien?

Quizás mi mente pragmática, en ese instante, solo se preocupaba por la reputación y el honor de mi amiga; y por Pedro, sobre todo, por Pedro y su matrimonio.

—No lo sé. Lo recuerdo como en un sueño, como en una nebulosa.

—Y la casa, estaría abandonada, ¿no?

Sherezade escondió el rostro entre las manos, como la niña que espera una regañina.

—No.

Se me ocurrieron miles de formas de reprenderla, pero no era el momento. No necesitaba una charla ni un sermón, sino a una amiga que la escuchara.

—¿Pero sabes qué es lo peor?

—No —y no quería saberlo.

—Que me gustó, que me encantó y que volvería a repetirlo sin duda. Por fin, en muchos años, he logrado sentirme vida.

—No sé qué decir, Ade.

—¿Y sabes qué es aún lo más terrible?

—No.

—Pues que esa noche, cuando Pedro regresó a casa, yo le esperaba con unas ansias irrefrenables, no le dejé casi tiempo a soltar el maletín. Salté sobre él como una fiera, y no hizo falta escuchar a *Barry White*.

No sabía si reír o llorar.

—Cati, todos los gurúes de la felicidad repiten lo mismo, que tenemos que encontrar nuestro camino en la vida. —Me tomó las manos y continuó segura de sus palabras—. Pues yo he hallado el mío. Me vuelve loca el sexo, siempre me ha gustado y tengo claro que es eso lo que quiero: es mi vocación.

Yo no salía de mi asombro. No entendía cómo podía ser el sexo la vocación de nadie. Sin embargo, la observaba, jamás me hubiese imaginado que aquella mujer de su casa, tan abnegada y dedicada a la vida social que acompañaba el trabajo de su amado Pedro, guardase un secreto tan ardiente. Y era feliz. ¿Cómo saldría de aquel embrollo? Lo desconocía. Pero ella era feliz en ese momento, y nunca la había visto así.

—Hace unos años, cuando visité con Pedro el Museo del Louvre en París, me prendí de un cuadro de Eugène Delacroix; se llamaba *La Mujer en el Diván*. ¡Me encantó! ¿Lo conoces? —Negué con la cabeza—. Es precioso. Se

trataba de una mujer desnuda, reclinada sobre un diván cubierto por sábanas blancas y rodeado por cortinajes rojos. Parece como si aguardara a su amante. Así que, desde entonces, supe que eso era lo que yo quería, una habitación y un diván rojo en el que esperar a mis amantes.

Ya lo había dicho todo ella, ¿qué más podía añadir yo?

—¿Y sabes cuál fue el detonante para decirme a romper con las cadenas que me mantenían atada y lejos de mi deseo?

—No.

—Mi conversación con Cecilia.

Cati

Después de llevar a mis niños al colegio, decidí ir a ver a mi madre: necesitaba de ella.

Por el camino, recordé a Cecilia. Durante meses la había querido mantener fuera de mi mente: me dolía demasiado su recuerdo. Nuestra amiga había muerto en noviembre y aún no me había repuesto de su pérdida.

En su lecho de muerte, pidió estar a solas con Sherezade y después conmigo. Tras nuestra salida de la habitación del hospital, no le pregunté acerca de la conversación entre ambas, y tampoco le revelé nada de la mía, pese a que Cecilia me expresó el deseo de que, cuando yo me viera preparada, se la contara.

Cecilia era una persona cariñosa, cercana e intuitiva. Solo tenía que cogernos las manos, mirarnos a los ojos y enseguida le abríamos el corazón. Sabía entregarse a los demás y complacerles. Sus abrazos eran de esos que abrigan el alma y regalan paz. Por ello, pese a su físico pequeñito, mayor fue el hueco que dejó en nuestras vidas.

Recordé una de nuestras muchas tardes de cafés; tardes que se solapaban con la hora de la cena. Aquellas tardes… Aquellas conversaciones… Aquel tiempo no tan lejano, cuando yo todavía veía el amor desde los ojos de una tonta romántica.

—Yo no estoy enamorada de Beni —nos confesó una de esas veces Cecilia. Me mostré sorprendida. A los ojos de cuántos les rodeábamos,

Benigno y Cecilia se mostraban como la pareja perfecta. No conocíamos a un matrimonio más bien avenido y más compenetrado que el suyo.

—Ni yo de Pedro —dijo Sherezade.

Las tres rieron: Cecilia, Sherezade y María de los Dolores. Yo callé, por aquel entonces aún seguía completamente embelesada por Marcos.

—Eso es normal —expresó María de los Dolores—, después de tantos años, la pasión va disminuyendo; pero eso nos pasa a todas.

—Ya. Pero yo nunca he tenido pasión por Beni. Es un amigo, un buen amigo, y me adora. Me encantaría amarlo tanto como él a mí…

—¿Ni al principio? —pregunté un tanto asustada. ¿Cómo podía una persona casarse con otra sin llegar a estar enamorada nunca? Un miedo, que no comprendí en ese momento, me cerró la garganta.

Cecilia cogió un cigarrillo del paquete que había dejado encima de la mesa junto al móvil. Lo encendió, exhaló una bocanada hacia un lado; ya que a las tres nos molestaba el humo.

—No, ni al principio. Me pareció muy mono, divertido y un estupendo compañero. Cuando me pidió matrimonio, no lo pensé mucho; accedí y ya está.

Se hizo el silencio entre nosotras. Sherezade tomó un sorbo de café; María de los Dolores cortó con el tenedor un trocito de napolitana de chocolate; y yo miré a Cecilia con unas terribles ganas de llorar. Ella mantenía la cabeza vuelta, saboreando nerviosa un cigarro.

—Bueno… Yo sí estoy muy enamorada de Pedro —dudó Sherezade—. Eso creo... Le quiero mucho, es muy buen hombre y…

—Claro, aunque la pasión se va tornando cariño, se podría decir que sigo enamorada de Jose —confesó María de los Dolores. Cecilia cogió una

servilleta y le limpió la comisura de los labios.

—Tenías resto de chocolate —se justificó con más devoción que amabilidad. Su amiga le sonrió encantada por la cortesía.

—¿Entonces, no estáis casadas con vuestro amor verdadero?

Las tres rieron de nuevo.

—¿Eso existe, Cati? —me preguntó Cecilia con cierta sorna.

—Yo creo que sí —respondí apocada.

—En los cuentos de hadas —se mofó María de los Dolores.

—¿Marcos es tu verdadero amor? —indagó Cecilia con ternura.

—Yo estoy muy enamorada de él, como el primer día…

Dejé de explicarme. Guardé silencio. Comenzaba a sentirme ridícula. En ocasiones la diferencia de edad entre ellas y yo era demasiado evidente. Aunque por aquel entonces, llevaba poco tiempo casada, Sherezade y Cecilia ya conocían muchas de las jugarretas de Marcos. E imaginé que María de los Dolores, más amiga de Cecilia que de Sherezade y mía, también estaría al tanto de las habladurías que corrían por el pueblo sobre él. Tomé un sorbo de té y dejé que la conversación recayera de nuevo en ellas.

—Sí, yo quiero a Beni y mucho; pero, creo, no sé, falta algo en nuestra relación; al menos por mi parte.

—Las parejas ideales no existen. Siempre surgen problemas, desencuentros… Pero eso es el amor, ¿no? —expuso María de los Dolores. Yo me mantuve en silencio, no quise opinar más.

Sherezade afirmó con la cabeza, mientras saboreaba un trozo de croissant de chocolate. Por aquel entonces yo aún desconocía sus impulsos contenidos tras un muro de aparente normalidad. Noté que comió más ansiosa que de costumbre, y que se mordía las uñas; pero jamás hubiese imaginado que

aquella conversación eran piedras contra su barrera.

Los años continuaron y nuestra relación también. Alguna vez que otra, estos temas surgían. Y con el tiempo, y las tropelías de Marcos, me abstuve de comentar nada sobre enamoramientos. El amor que yo sentía por él se fue muriendo poco a poco, casi sin darme cuenta; y del mismo modo, dejé de hablar de romanticismo barato.

Fue el día que murió Cecilia cuando, al revelarme su secreto, entendí el porqué de aquellas conversaciones.

Sumida en mis recuerdos, llegué al geriátrico. Estuve un buen rato con mi madre. Siempre hallaba sosiego entre sus manos, aunque hubiesen olvidado como acariciar a su hija. Al salir, me encontré de bruces con Sherezade.

—¿Qué haces por aquí? —le pregunté gratamente sorprendida.

—Buscarte.

No supe qué pensar; ella tampoco me dio tiempo suficiente para que lo hiciera.

—¡Ay, Cati, Cati…! ¿Paseamos?

Asentí con la cabeza. Estacionó el coche en los aparcamientos junto a la valla del geriátrico. Comenzamos a caminar en dirección a la explanada frente al Naranjal del Castillo. Agradecí calzar mis confortables zapatillas de lona. No sabía cómo mi amiga podía andar con esos tacones de vértigo que solía usar. Vestía una batita de licra en color verde primavera, cruzada y atada a la cintura. Al andar, mostraba sus sugerentes rodillas bien torneadas.

Que hubiese venido a mi encuentro de esa manera tan inesperada, me asustaba. ¡¿Qué habría hecho en esta ocasión?! El corazón se me encogía cada vez que pronunciaba una expresión parecida a aquel «*¡Ay, Cati!*».

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? —solo puede preguntar esas dos simples

frases; pero en mi mente guardaba otra un poco más compleja: «Por Dios, Ade, ¡qué has hecho esta vez! Me aterroriza escucharte».

—¿Recuerdas al orientador del instituto de mis hijos?

—Sí, siempre has comentado que ayudó mucho a Serafín cuando empezó a flaquear en tercero. No recuerdo el nombre…

—Eustaquio Aparicio.

Sonreí.

—Ni en un millón de años me hubiese acordado de ese nombre; pero sí que me viene a la mente su imagen: alto, delgado, poco pelo...

—Sí, ese mismo.

Ambas reímos.

Cruzamos por la explanada de la feria. El calor de media mañana resultaba insoportable en aquellas fechas. Necesité cubrir mi cabeza con algo; la toqué con las manos, ardía. Estábamos en mayo, sin embargo, en Sevilla y su provincia, la primavera suele ser casi inexistente; del frío, pasamos a sufrir un verano muy difícil de soportar.

—Sí, qué calor —dijo Sherezade sacando un abanico del bolso—. Toma, abanícate un poco.

—No te preocupes. Andemos más a prisa y ya está.

—¿Nos sentamos en el parque de Consolación? A esta hora no creo que haya mucha gente por allí.

—Sí, me parece bien.

Tal vez Sherezade intuyó que, con el sol tan fuerte sobre nosotras, yo no le prestaría la atención necesaria; así que, durante nuestro trayecto hacia la sombrita prometida, cambió el tema por trivialidades meteorológicas.

Una vez hubimos llegado al oasis soñado, nos sentamos en un banco, bajo

la acogedora copa de uno de los pinos del parque. Teníamos razón, no nos encontramos con nadie. Una vez tomamos asiento, divisamos en la lejanía la silueta de uno de los barrenderos del ayuntamiento, quien, con una gran escoba, retiraba bolsas, paquetes y demás basura.

—Llevo tiempo siguiendo a Eustaquio —confesó medio avergonzada Sherezade.

—¡Cómo? —me alarmé, olvidándome por completo del barrendero.

—El encuentro del otro día en la biblioteca estuvo genial; pero no puedo sentarme a esperar a tener esa suerte de nuevo. —Se abanicó con energía. Sus rizos negros despejaron la frente estrecha y demasiado tersa para su edad.

—Pero… no entiendo.

—Siempre me gustó Eustaquio. Cada vez que iba a hablar con él… *Ufff*, no te puedes ni imaginar, lo pasaba fatal.

—Nunca me dijiste nada.

—Ya, solo que era muy amable, que atendió muy bien a mi hijo… Eran excusas, Cati.

—¿No era amable?

—¡Sí, claro que lo era! Sin duda, Eustaquio es un gran profesional. Pero te contaba eso porque no podía revelarte que, ya por entonces, soñaba con tirármelo encima de la mesa del despacho. —Aún no podía evitar escandalizarme con los comentarios de mi amiga—. Pues, como te iba diciendo, me he llevado una semana siguiéndolo hasta averiguar sus horarios y costumbres.

Comencé a preocuparme.

—Ade, eso asusta.

—Estoy bien, Cati, nunca he estado mejor.

—Pero eso es… no sé, por lo menos, acoso.

—No, porque yo no lo he acosado, solo lo he vigilado. Son términos bien distintos.

—¡Dios, Ade, esto es una locura!

Inclinó la cabeza hacia abajo y comenzó a morderse las uñas.

Por un momento reflexioné. Sherezade era mi amiga, mi mejor amiga; me desprecié por juzgarla, solo tenía que escuchar, nada más, ella no pedía otra cosa, solo eso.

—Perdona, Ade.

—Sé que suena a loca de los gatos, Cati; pero yo no lo siento así. Yo estoy cuerda; ahora sí, más que nunca en toda mi vida. Soy feliz. Antes me consumía por dentro, como si contuviera un volcán con un tapón de corcho.

Aunque a los ojos de los demás resultara extraño, yo comprendía a Sherezade, la quería y respetaba. No me importaba si a los ojos del resto su actitud no era adecuada o decorosa.

—Continúa: te escucho.

Enseguida se le iluminó la cara. Me recordó a la famosa leyenda urbana sobre Dominguín y Ava Gadner, en la que el torero, tras mantener relaciones con la actriz, le informó a esta que tenía que ir a contarlo. Pues eso debía sucederle a Sherezade, necesitaba relatar sus aventuras, revivirlas con alguien y volver a darles formas.

—Lo seguí durante una semana, como te he explicado. De ese modo, conocí todos sus movimientos, al menos, los habituales. Todos los días a las once y cinco minutos, va a desayunar al bar El Punto, frente al instituto Ruíz Gijón, no suele ir con compañeros, siempre desayuna solo. Así que fue fácil hacerme la encontradiza.

Sonreí nerviosa. Sherezade empezaba a mostrar una destreza y habilidad para su cometido, cuando menos, digna de admiración. Imaginé que aquellos instintos tendrían que ser los mismos que se despertaban en los psicópatas; sin embargo, mi amiga no era ningún monstruo, sino, simplemente un animal felino, una cazadora experta que vigila y aguarda el momento justo para saltar sobre una presa. Se estaba convirtiendo en eso, en una depredadora de hombres.

—Pues nada, una vez que vi como tomaba asiento dentro del bar, comencé a poner en marcha mi plan.

—¿Tu plan?

—Sí, mi plan.

—Me asustas. —Sonreí.

—Lo dicho, entré en el bar; me dirigí a la barra, y pedí un café.

Mientras Sherezade hablaba, detuve mi mirada en su rostro, parecía una cría de quince años. Ella tenía razón, nunca la había visto tan llena de dicha. En lo más profundo de mi ser, deseé sentirme viva de nuevo. Crucé las piernas, alisé con una mano las arruguillas de mis vaqueros y me dispuse a prestarle toda la atención posible.

—Esperé a que el camarero me sirviera. Así que, mientras, con mucho disimulo, giré el cuerpo en dirección a Eustaquio. Pobre, comía una tostada de mantequilla en porciones con mermelada de melocotón, sin saber lo que le esperaba. —Rio—. Como si le hubiese visto de casualidad, me acerqué a la mesa. Y ya sabes, una cosa llevó a la otra; al final, acabó pidiéndome que le acompañara para que desayunáramos juntos. Acepté.

Los ojos se tornaron en pura perfidia; la imagen, entre diabólica y aniñada, me dejó perpleja.

—¿Y qué pasó? Imagino que te preguntaría por tus hijos, ¿no?

—Sí. Me preguntó por mis hijos, charlamos un rato; y yo bajé la mano hasta su entrepierna.

—Bueno… —Suspiré, al tiempo que cubría los ojos con la mano a modo de visera.

—Él respondió, más rápido de lo que yo creía.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que el pene se alegró bastante de encontrar mi mano allí, encima de los pantalones.

—¡Dios, Sherezade!

—Pues hubo algo que casi actuó a la misma velocidad que el miembro viril.

—¿Qué?

—La boca.

—¿Os besasteis, allí, delante de todo el mundo?

—¡No! —negó con una sonrisilla malvada.

—¿Entonces?

—Me informó de que vivía en el bloque de pisos encima del bar. Yo ya lo sabía —inquirió guiñándome un ojo—. «Tengo una hora libre y mi mujer no está en casa».

—¿Está casado?

—Sí, claro.

—¡Ade!

—¡Uf, Cati! ¡No te puedes ni imaginar! Ya en el ascensor comencé a hacerle una felación. —Deseé no continuar escuchando. Coloqué la cara entre las manos y respiré profundamente—. ¡No sabes cómo me ponía ese hombre!

Cada vez que tenía cita con él, me derretía. Esa voz firme y bien modulada, la seguridad de sus argumentos, ese saber estar… Provocaban en mis entrañas la necesidad de doblegarlo, de poseerlo. ¿Y sabes?, siempre estuve segura de que él también me deseaba. Tenía una forma de mirar…

—Pero no es tu tipo, Ade. Es alto, pero muy delgado, tú siempre comentas que te gustan los hombres más fibrosos, y él es muy delgado.

—Sí, pero tiene un morbo… ¡Uf! Unos labios… y un algo que hace que me vuelva loca —cerró los ojos dejando caer la cabeza de rizos negros hacia detrás. Suspiró. Me pareció como si estuviera recreándose en el recuerdo de lo sucedido.

—Pero…

—¡Cati, Cati! ¡Ojalá un día pudieras sentirte como yo me siento ahora!

—¿Y cómo te sientes?

—Liberada, pletórica y muy, muy poderosa.

—No sé qué argumentar ante eso.

—En el pasillo, desde el ascensor hasta la puerta del piso, todo eran manos, besos, ropa por fuera… Y una vez dentro… —Respiró hondo—. Tomé el control yo. Lo tiré sobre un sofá y me coloqué encima. —Se azuzó la melena—. Entonces comprendí qué era lo que tanto morbo me daba de él. —La miré inquisitiva, sin querer preguntar—. Pues sí, su miembro, *el miembro*, esa criatura tenía entidad propia.

Solté una carcajada.

—¡Ade!

—Te lo aseguro, Cati, no he visto ni sentido una cosa así en mi vida. Cuando estaba a punto de llegar al orgasmo me salí. Y así, a horcajadas, fui subiendo por su vientre, por su pecho, hasta llegar a su boca… ¡Ay, Cati! Si

era bueno follando, no te puedes ni imaginar la maestría que tenía *comiendo*... Casi fuera de mí, comencé a subir y a bajar una vez tras otra. A cada pasada, le dejaba el torso húmedo. Hasta que ya no puede más y caí rendida y agotada sobre él.

Me retrepé en el banco.

—¿Nunca has hecho eso, Cati?

Negué con la cabeza, y la miré con espanto.

—¡Uf!, pues deberías probarlo…

—No sé…

—¿Qué piensas, Cati, sobre lo que te he contado?

—No lo sé.

—¿Te encuentras bien? Estás pálida.

De repente el entorno empezó a dar vueltas; los oídos me zumban; y no recuerdo nada más.

Capítulo 13

Cati

—¿Dónde estoy? —pregunté aturdida y bastante desorientada. Sentía algo de frío.

—En el *Chare* —respondió una enfermera de pelo castaño y coleta baja, con una sonrisa cordial.

—¿Puedes salir un momento? —pidió con amabilidad a la joven una voz masculina.

—Sí, doctor Gutiérrez.

Un hombre rubio, barbilampiño y ojos de amabilidad, se acercó a mí. Llevaba colgado alrededor del cuello un estetoscopio y, en el bolsillo de la bata blanca, guardaba unos cuantos bolígrafos de diferentes formas y colores. Cogió mi muñeca derecha, que reposaba lacia sobre la camilla, para tomarme el pulso. Sus manos eran suaves y cálidas.

—¿Cómo se encuentra, Catalina?

—Algo mareada —confesé e intenté incorporarme.

—No, no se levante todavía. Y tenga cuidado, le hemos puesto suero.

Giré la cabeza hacia mi brazo izquierdo y allí estaba la vía, a medio cubrir por una tira gruesa de esparadrapo.

—¿Por qué? ¿Qué me ocurre?

El doctor arrastró una de las dos sillas situadas frente a su mesa y la colocó justo a mi lado; tomó asiento; cogió el informe y comenzó a explicar.

—Catalina, le hemos realizado una analítica completa.

—¿Y? ¿Es algo grave?

—Tiene anemia, el nivel de glucosa es muy bajo y el de las proteínas también, déficit de vitamina D...

—¿Y eso qué significa? —pregunté preocupada.

El hombre se tomó unos segundos, me alarmó que necesitase darse tiempo, temí que me soltara alguna bomba.

—Creemos, por su estado de delgadez y la bioquímica, que usted sufre algún tipo de desorden alimenticio.

Reí aliviada.

—Una pregunta, doctor. Las personas con este tipo de desórdenes no son conscientes de su delgadez, ¿verdad?

—Bueno… —titubeó.

—Pues le aseguro que yo soy muy, pero que muy consciente de lo delgada que estoy. De hecho, desearía estarlo menos.

El hombre me miró desorientado y confuso.

—¿Entonces…? —antes de terminar la pregunta, reaccionó. Imagino que comprendió la situación—. Entiendo.

Bajé la cabeza; me sentí humillada.

—No tiene por qué avergonzarse, Cati. Es así como le llaman, ¿no? He escuchado a su amiga…

¡Sherezade! De súbito me acordé de ella.

—¿Está aquí?

—Sí, en la sala de espera. Pero no se preocupe, no le diremos nada.

—Gracias.

—Le voy a recetar hierro y un suplemento vitamínico eso le hará sentirse algo mejor y más fuerte. Pero prométame que buscará ayuda. Algunas veces

hay que dejar que los demás nos tiendan una mano.

Sentí como las lágrimas acudían a mis ojos en tropel. No quería llorar, no podía llorar. Tragué saliva y respiré pausadamente.

—Ahora se va a estar un poco más aquí; le diré a su amiga que pase; y, luego, va a ir al bar de enfrente y va a almorzar.

Intenté explicarle que no podía permitirme ese despilfarro.

—No se preocupe por nada: yo lo pagaré.

—No puedo aceptarlo —contesté con rotundidad. Le volví la cara para no tener que continuar con aquella conversación.

—Míreme —obedecí tímidamente—. Sí que puede. Sino la tendré que hospitalizar, ¿me explico?

—No, mis hijos…

—Por eso, hágalo por sus hijos.

—No puedo pagárselo.

El hombre me miró con una sonrisa y guiñó un ojo.

—Yo no se lo he pedido. Usted coma hoy y olvídese de lo demás. La vida da muchas vueltas y quizás alguna vez yo necesite de usted o de otra persona.

—Lo dudo —confesé apesadumbrada.

—No dude tanto. Nadie sabe lo que va a pasar en el futuro; y como decía mi madre «hoy estamos arriba y mañana podemos estar abajo».

—No sé cómo agradecérselo, doctor.

—Yo sí lo sé: comiendo. —Se levantó y me sujetó la mano a modo de saludo— Voy a redactar el informe, mientras dejaré que su amiga pase un rato. Cuando se termine el bote de suero, le daré el alta.

—Muchas gracias. —El doctor se dirigió a la puerta para llamar a Sherezade—. Doctor —le llamé.

—¿Sí? —Se giró.

—No puedo pagar las medicinas —le confesé, al tiempo que la humillación quería enmudecer mis labios.

—Ya había pensado en eso. No se preocupe, Cati.

El médico salió y entró de nuevo la enfermera junto a Sherezade, mi amiga esperó a un par de prudentes pasos tras ella.

—Catalina, le voy a poner otro botecito más y, cuando se acabe, ya se podrá ir a casa.

—Gracias —le respondí.

Se marchó y nos dejó solas a Sherezade y a mí.

—¿Cómo estás? —se interesó, dándome un beso en la frente.

—Mejor —respondí para que se tranquilizara.

—Dicen que ha sido una lipotimia, y que tenías un poco bajo el hierro.

—Sí.

—Les he explicado que te quejaste del sol en la cabeza cuando íbamos de camino al parque, por si había sido una insolación…

—Habrá sido un poco de todo —añadí, sin querer profundizar demasiado en mi salud.

—He llamado a Marcos —confesó insegura—. Sé que probablemente te enfadarás…

Sí, me molestó bastante, pero no quise mostrarle mi descontento.

—¿Qué ha dicho? —Miré hacia el bote de suero, aún le restaba algo menos de la mitad para terminar de vaciarse.

—Que se pasará por los niños. Me he ofrecido yo, pero se ha negado.

—No te preocupes, Ade. Imagino que cumplirá.

—Seguro.

Hice una mueca con la cara, yo no estaba tan segura.

—Hay algo más. Viene para acá. Ha insistido en verte. —Giré la cara para el otro lado. Perdí la mirada por la estantería llena de cajitas llenas de diferentes pastillas, esparadrapos, gasas y agujas—. Lo siento, Cati. No supe qué decirle.

Los ojos se me llenaron de lágrimas de nuevo. No tenía fuerzas para toparme con él.

—No te preocupes —le contesté sin volverme hacia ella.

Sherezade anduvo por derredor de la camilla hasta llegar a mí.

—Se ha ofrecido a recogerte y llevarte al piso de tu madre; Pedro viene a comer a casa y yo…

—Entiendo, entiendo. De verdad, no te preocupes.

Claro que comprendía a Sherezade, pese a todo, en cada familia había unas costumbres, y a Pedro, en las pocas ocasiones que tenía para comer en Utrera, le gustaba hacerlo en compañía de su mujer. Era bastante lógico, no tenía mucho más que explicarme.

—¿Qué hora es? —le pregunté.

—Las dos menos cuarto. —Me sonrió con dulzura—. No te preocupes, no me iré hasta que no te den el alta.

—No te molestes, estoy bien.

—Marcos vendrá después de recoger a los niños del comedor, si quieres le llamo y le digo que se pase antes por ti.

—No, es mejor así.

—Como quieras.

Se hizo un silencio entre ambas mientras mirábamos ensimismadas como caían las últimas gotas del suero.

—Tienes mejor cara, Cati, te ha subido el color. —Sonreí—. ¿Llamo a la enfermera?

—No, me ha dicho que ella vendría.

Sherezade escrutó con sigilo la puerta para asegurarse de que nadie entraba en ese justo instante; acercó la cara hasta mí, y habló en un susurro.

—Tengo que contarte algo.

Me asusté, ¿qué habría pasado ahora?

—Dime.

—¿Sabes quién estaba en la sala de espera?

—No

Sonrió pícara. Comencé a preocuparme, temía aquella peculiar sonrisa de Sherezade: siempre ocultaba algo bajo ella, y últimamente escondía demasiado.

—Al tipo de la biblioteca —confesó con ojos llenos de chiribitas, y afirmó con la cabeza, como una niña traviesa.

—¿De la biblioteca? —pregunté bastante desconcertada—¿Qué tipo de la biblioteca? No sé a quién te refieres… —Sin embargo, antes de terminar la frase caí en la cuenta—. ¡Dios…! ¡Ade…!

—¡Sí, ese!

—¿Y él te ha reconocido?

—¡Pues claro!

Ya, entendí, ¡cómo olvidarla!

—¿Y qué vas a hacer?

—Por lo pronto nos hemos intercambiado los teléfonos.

—Pero… ¿Ade…?

—Así me será más fácil localizarlo cuando vuelva a tener ganas de... tú

sabes…

La puerta se abrió y entraron el doctor y la enfermera.

—¿Cómo está, Cati?

Se interesó el doctor.

—Muy bien.

Me entregó un sobre y algunos medicamentos.

—Ahora, lo dicho, Cati, coma algo. Y verá como en unos días el hierro le ayudará a sentirse menos cansada.

—Muchas gracias —le respondí, sintiéndome agradecida de corazón.

—Bueno, póngase bien…

—Gracias, doctor —repetí, con ello quería expresarle el verdadero interés que había mostrado por mí, y su apoyo.

—Nada, mujer, a cuidarse.

Sherezade cogió mi bolso, metió en él los medicamentos, y me acompañó agarrándome del brazo.

Capítulo 14

Cati

Detuve los pasos unos minutos en la puerta, no sabía cómo enfrentarme a aquella vergüenza, a aquel sentimiento de ser una persona miserable sin derecho a estar en este mundo. Cerré los ojos, y le eché valor.

—Buenas tardes —saludé a la mujer extremadamente canija que atendía tras la barra del bar.

Obedecí al doctor. Según me informó la camarera, él mismo se había encargado de llamar para avisar que yo iba a ir a almorzar y se aseguró de que comería el menú del día.

Justo antes de terminar el postre, Marcos apareció con su cara cínica por la puerta del bar. Antes de que pudiera entrar y soltar algún vituperio, me despedí lo más cortés y agradecida posible y salí.

—¿Y los niños? —le pregunté.

—Ahí, en el coche.

Me encaminé hacia donde el dedo señaló. Enseguida vislumbré tras el cristal de la ventana trasera, las dos caritas de mis niños. Aceleré el paso hacia el coche para abrazarlos. Era cuanto me importaba en ese momento. Abrí la puerta para que salieran y poder achucharles.

—Esta tarde se quedan conmigo —me informó Marcos, sin opción a réplica.

—¿Y eso?

Y dirigiéndose con una sonrisa a los niños, contestó.

—Porque los voy a llevar a la casa nueva de papá, ¿verdad?

Si hubiese podido… Sentí deseos de abofetearlo. ¿Nueva casa de papá? ¿Qué significaba eso? Intenté contenerme.

—¿Nueva casa…?

—Sí, mamá —me informó Víctor—; y está cerca del *McDonald's*, y tiene piscina y todo.

—¡Qué bien, cariño! —Le sonreí y tragué la ira como si fuera estropajo por mi garganta. —Miré con odio a Marcos—. ¿Casa nueva…? ¿Y eso…?

—Ya sabes, ahora están muy baratas, es una oportunidad. Le pedí el dinero a mis hermanas y como no puedo tenerla a mi nombre, por eso de los acreedores —«… y de la manutención de tus hijos», pensé—, pues a Rosa se le ha ocurrido la mejor de las ideas.

—¿Sí...? ¿Cuál…? —pregunté procurando guardar mi indignación.

—¡Pues ponerla a su nombre!

—¡*Ahh*…! ¡Qué bien…! ¡Estupendo…! —exclamé con más disgusto que asombro—¿Y tus hermanas qué opinan de que la hayas puesto a nombre de ella?

—¡Pues que van a opinar…! Ya sabes que adoran a Rosa.

No quise seguir escuchando. Si decía una palabra más no podría contener los insultos en mi boca, y el primero que saldría de ella sería «estúpidos», él y toda su familia.

A mí no me gustaba Rosa. Había algo en ella que me causaba desconfianza. Pero evidentemente, yo no era la persona más apropiada para juzgarla, ya que mi marido me había abandonado por ella. Sin embargo, me parecía bastante falsa y trápala. Quizás aquello pudiera tratarse de una opinión muy subjetiva por mi parte, motivada por la adoración que la familia de

Marcos sentía por Rosa, y que yo contraponía al desdén que siempre habían mostrado hacia mí. No obstante, aquella mujer era mucho más sibilina y lista que yo; y acababa de ofrecerme una gran muestra de mis sospechas.

—Bueno, te llevo.

—No, déjalo, me voy andando. Tengo ganas de andar.

—Como quieras.

Me abracé de nuevo a mis pequeños. Durante las escasas tardes que se marchaban con el padre, yo perdía mi razón de ser. Pero sabía que ellos adoraban a Marcos y necesitaban de la figura paterna que les ofrecía de vez en vez.

—¡Que os lo paséis bien! ¡Os quiero, os quiero…! —Me agaché, y nos unimos formando una piña. Sentí las manitas alrededor del cuello y el resto de olor a su colonia subió desde las cabecitas hasta mi alma. Me llenaron la cara de besos mojados y volvieron a meterse en el coche con el padre.

Les tiré besos con las manos.

—Los cinturones —dije, haciendo el típico gesto desde el hombro a la cintura. Y mirando a Víctor, le pedí—. Poneos los cinturones, cariño. Ayuda a Álex.

Mi hijo mayor obedeció al instante. Abrochó a su hermano, y después hizo lo mismo con él. Marcos arrancó el coche, sin apenas dejarle tiempo para terminar de anclarse. «¡Cuándo aprenderá a cuidar de sus hijos!», pensé indignada. Se alejaron poco a poco de mí. Un gran trozo de mi corazón se fue tras ellos y un mucho de pena se quedó conmigo.

Capítulo 15

Cati

—¿Qué tal tu almuerzo con Pedro ayer?

Sherezade y yo desayunábamos en la cocina de su piso. La noche anterior me llamó por teléfono.

—Cati, ¿cómo te encuentras? —me preguntó cuando contesté al móvil.

—Mejor, mucho mejor, Ade —respondí con voz cansada desde el otro lado de las ondas—. Estoy en el piso, esperando a que Marcos, de un momento a otro, traiga a los niños.

—¿Y eso?

—Ya te contaré, una larga historia…

—¡Cati!

—Dime.

—Vente mañana a desayunar conmigo a mi piso, ¿te apetece?

—¿A tu piso?

—Sí, a mi piso. Si quieres te recojo.

—No, no te preocupes, no es necesario; y, además, me viene bien andar un poco.

La conversación telefónica transcurrió así de escueta.

A las nueve y media de la mañana, tras dejar a Víctor y a Álex en el colegio, me presenté en el piso de Sherezade. Cuando subí, ella ya había preparado el café y tenía la mesa puesta. Estaba preciosa: el mantel, la vajilla, las tazas y una flor. Le gustaba cuidar los detalles.

Así que allí estábamos las dos, frente a unas tostadas de pan integral, bañadas de aceite de oliva virgen extra, que compraba en una cooperativa de la zona, unas rodajas de tomate de buen color y mejor sabor, y jamón ibérico de bellota. Cada Navidad, algunos clientes de Pedro solían obsequiarle con uno; por lo que al final de las fiestas se juntaban con varios, que iban comiendo a lo largo del año.

—Mi almuerzo… ¡*uff*!, regular: cada vez me aburro más con Pedro. Estoy cansada de conversaciones sobre oficina, pleitos, clientes y vacaciones en Rota. Solo cambia de tema para decirme si tenemos que enviarle más o menos dinero a los niños. —Tomó aire hasta elevar bastante el busto y lo expulsó con quejumbroso y sonoro ruido—. Cati, lo quiero y mucho; pero es muy, pero que muy soso…

—No digas eso, mujer —la interrumpí.

—Cati, tú mejor que nadie sabes lo que siento por él, pero es un sopor de hombre…

Sherezade se había preparado solo media tostada. Cuando se la terminó, dijo:

—¡Uhm!, esto está de muerte, me voy a poner otra. ¿Quieres?

Negué con la cabeza. Me costaba trabajo terminar con la que tenía frente a mí.

Mientras se la preparaba, levantó la vista para preguntarme:

—¿Qué te pareció ayer el médico? —Sonrió con ojos libidinosos.

Tomé un sorbo de mi café con leche; y medité antes de hablar. Me hubiese encantado decirle lo que hizo por mí. Tomé aire. Si lo hacía revelaría mi verdadera situación, y no quería, bajo ningún concepto, preocupar ni a mi amiga ni a nadie.

—Muy agradable. Fue muy amable conmigo, la verdad.

—¡Ay! ¿A qué sí? ¡*Uff*! Ayer me pareció un amor y guapo, ¿eh?

—No me fijé.

—Hija, vas a tener que espabilar. Pues yo pienso llamar a... No me dijo su nombre. Tenemos que repetir lo de la biblioteca. Además, *uhmm*, cuando lo vi en la sala de espera… Me puso a mil por hora. Si no llega a ser por cómo estabas tú, me lo habría hecho con él en algún recoveco.

Me mordí los labios.

—¡Ay!, pero no te he llamado por eso. —Se le veía entusiasmada, me temí, de nuevo, lo peor. Aunque ya, el listón de lo «peor» estaba logrando cotas inalcanzables—. Ayer Pedro me dijo que estaba invitado a la inauguración de una exposición de pintura de un tal Inocencio del Río. ¿Te suena?

Negué con la cabeza y torcí la boca a modo de absoluto desconocimiento. Tomó un sorbo de café y se limpió con cuidado las comisuras ya que, incluso en su propia casa, llevaba pintado los labios. No solo los labios; estaba maquillada, bien peinada, cuidadosamente vestida y calzaba un par de sus elegantes zapatos.

—Resulta que su despacho lleva los asuntos legales de la galería, y le han invitado. A Pedro, ya sabes —comentó haciendo un mohín con la cara, a modo de reproche—, no le gustan nada estos eventos; así que me preguntó si yo quería ir contigo o con cualquier otra amiga. Evidentemente yo quiero ir contigo, hace mucho que no salimos juntas una noche.

Antes de que siguiera, la interrumpí.

—¿Cuándo sería?

—Este viernes a las nueve de la noche.

—No sé, Ade… Precisamente Marcos pretende recoger el viernes a los niños del comedor y quedarse con ellos el fin de semana… Pero…

—¡Ay! ¡Estupendo!

—Ya… no lancemos las campanas al vuelo; ni que decir que Marcos no es muy de fiar.

—¿Pero tú quieres venir? —me preguntó como una niña pequeña que quiere conseguir algo de sus padres a toda costa— ¡Ay, di que sí! ¡Di que sí! ¡Me encantaría!

Lo medité durante unos segundos. No, no tenía ganas de hacer nada desde hacía mucho tiempo; pero el fin de semana sin mis hijos se me haría tedioso y largo, sería mejor que me entretuviera para soportar la ausencia.

—Si Marcos cumple y se queda con los niños… —titubeé, sin llegar a ceder. A ella no le importó.

—¡Ay! ¡Qué alegría! Seguro que sí. ¡Ay, vamos a poder ir!

Se levantó de un respingo, salió de la cocina y volvió con el portátil. Lo enchufó a la pared y lo colocó sobre la mesa de desayuno. Mientras ella buscaba como acomodarlo, yo comencé a retirar cuando sobraba, o, más bien, cuanto podía ser susceptible de ser tirado, ya que con el entusiasmo estuvo a punto de dejar caer la aceitera, la cafetera…

Cuando levantó la tapa del ordenador, reconocí al instante la pantalla de Facebook. «Facebook…», pensé. Hacía por lo menos un año que no abría mi cuenta. De vez en cuando iba a la biblioteca y desde uno de los ordenadores públicos ponía al día mi correo electrónico. Sin embargo, allí estaba bloqueado el acceso a las redes sociales, por lo que resultaba imposible entrar.

Supuse que tendría cientos de actualizaciones por ver; y me entró cierta curiosidad.

—Hace siglos que no veo mi Facebook —me escuché decir.

—Pues, hija, ahora cuando yo te enseñe lo que quiero que veas, si te apetece, nos quedamos un rato más aquí y tú te metes en tu cuenta.

Me hizo ilusión. Aunque pareciera una paradoja, tener la posibilidad de entrar en mi perfil de Facebook, me resultaba como volver a conectar con la realidad.

—Gracias, sí que me gustaría.

Sin responder, Sherezade entró en la cuenta del tal Inocencio del Río.

—Ven, siéntate aquí.

Colocó una silla a su lado y me acomodé. Desde esa nueva perspectiva podía ver mejor la pantalla del ordenador. En la foto de perfil aparecía un hombre de unos cincuenta años. Vestía una camisa celeste bastante descolorida, con las mangas remangadas, más bien hechas un gurruño, por debajo del codo; el plano medio, no dejaba ver las piernas. El cabello era de color castaño claro y algo enmarañados. En la cara lucía una gran sonrisa, debajo de unas saludables mejillas ligeramente sonrosadas. Tras él, a modo de fondo bucólico, aparecía un olivo cuajado de aceitunas gordales.

Me pregunté qué podía atraer tanto a Sherezade de aquel hombre. Tenía un aspecto lozano y un rostro agradable; pero nada más resaltable, salvo la imagen mitad desaliñada, mitad agreste.

Como portada, había subido un cuadro. Inmediatamente imaginé que se trataba de uno pintado por él. Me balanceé un poco hacia atrás; al alejar un poco la mirada, los trazos suaves de la acuarela parecían querer bosquejar el cuerpo desnudo de una mujer.

Sherezade pinchó en la carpeta «Fotos» y comenzó a mostrármelas todas. Entre obra de arte y obra de arte, que, bajo mi escasa cultura pictórica,

parecían de gran calidad, se colaban retazos de Inocencio de los Ríos pintando o labrando la tierra o con amigos o en exposiciones.

Por las exhaustivas averiguaciones de mi amiga, supe que el «*Artista del Arao*», así lo bautizamos, vivía en un cortijo a pocos kilómetros de Utrera, y que sus dos pasiones eran la naturaleza y la pintura.

—¡Mira, mira, Cati! ¡Qué guapo…!

Yo reparé una y otra vez, aunque sin llegar a captar la belleza en él que a Sherezade tanto entusiasmaba.

—Tiene un poco de barriguilla… ¿no? —le pregunté con cierto miedo. No podía quitarme de la mente a Pedro, un hombre elegante, pulcro, bien plantado… Y sin querer, lo contraponía con el nuevo objeto de deseo de su mujer.

—¡Sí! —respondió entusiasmada, como una quinceañera ante el guaperas de turno— ¡Me encanta!

— Ade, me sorprende.

—¿Por…?

—Porque no se parece en nada a Pedro ni al del anuncio de *Trivago* ni siquiera al orientador del instituto de tus hijos. Es… No sé… Totalmente diferente a ellos.

—Ya —respondió con sequedad y sin querer dar más explicaciones.

La observé. Me tenía totalmente desconcertada.

—¡Mira qué brazos, Cati! Fuertes, curtidos… ¡*Ufff*, Cati, no veas cómo tiene que sujetar…! ¿No lo ves? Lo tiene todo… Es sensible y salvaje, tierno y rudo.

Yo no lo conocía, no podía juzgarlo hasta ese punto; sin embargo, albergué la posibilidad de que Sherezade llevara cierta razón. Por un lado, se podía

apreciar la delicadeza que emanaban sus lienzos de una belleza sublime; y, por el otro, la rudeza de un cuerpo preparado para el trabajo duro del campo. Todo ello, por supuesto, sin menospreciar, como diríamos por aquí, la cara de bruto.

En la actitud de Sherezade subyacía algo que comenzaba a inquietarme. Ese no era el mismo *modus operandi* de los últimos tiempos. A los hombres con los que había tenido encuentros sexuales, los veía como simples objetos para satisfacer sus deseos; sin embargo, con este, algo había cambiado, no podía especificar qué, pero existía algo diferente en la forma de actuar respecto a él.

—¡Cati, Cati, no puedo mirar sus fotos sin excitarme! —Cogió un abanico y se echó algo de aire— ¡*Ufff*! He tenido que desahogarme varias veces pensando en él. Este hombre me supera. —Se abanicó con más brío y vi que la frente comenzaba a perlársele—. Tenemos que ir el viernes, por favor, por favor, te lo suplico.

—Haré lo que pueda, de verdad; pero ya sabes que no depende de mí. Si Marcos no cambia de opinión…

—¿Y no podrías dejar los niños con tu cuñada Pura?

La miré levantando las cejas y entornando los ojos.

—¿Mi cuñada…? —Me encogí de hombros—. Ya sabes que no, y menos para ir a «*divertirme*».

—¡Ay, Cati, es que sueño con tenerlo sobre mí! ¡Lo que daría porque me agarrara con fuerza, con esas manos fuertes y bastas! ¡Dios, no puedo ni hablar de él sin sentirme húmeda!

Hacía ya varios coitos descritos atrás, que no me ruborizaba siquiera con las descripciones de Sherezade. Por fin, había aprendido a escucharla sin

asustarme.

—Ade, ¿y Pedro…? ¿Dónde queda él en toda esta historia?

—No lo sé, Cati. No puedo ni quiero pensar en eso ahora mismo. Él es feliz, yo soy feliz. Él me quiere, yo le quiero. No sé, no quiero perderle… No sé, quizás más adelante tendré que hablar con él; pero no quiero pensar en eso ahora, no quiero… Lo medité al principio, pero ahora no quiero: estoy bien así.

Callé, no había nada que objetar ante tal respuesta. No sería yo la que le impartiera clases de moral. Además, también albergaba mis dudas al respecto. ¿Quién dice que es mejor confesar una infidelidad? Seguro que será alguien a quien nunca le han confesado una.

Desde que Marcos me abandonó por Rosa, y eso que nuestro matrimonio estaba ya bastante roto desde antes, y a la vista de cómo había cambiado mi vida, me pregunté si no hubiese sido mejor no haberlo sabido jamás y continuar como si nada; ciega ante la realidad, pero feliz. Durante meses pensé mucho acerca de los hombres y mujeres a los que sus parejas les confiesan una infidelidad, y, por un motivo u otro, continúan con sus matrimonios. Tras darle muchas vueltas, me pregunté: ¿Para qué querían saberlo? ¿Solo para sufrir? ¿Qué cambiaba el hecho de estar al corriente o no? Solo el dolor.

A mi edad, una cosa me quedaba realmente clara: no me gustaba sufrir. Así que llegué a una conclusión: en adelante, si volvía a tener una relación, cosa que dudaba, lo primero que le dejaría claro, sería que, si alguna vez me era infiel, se guardara los raptos de egoísta y cruel sinceridad. Sí, estaba segura de ello, tanta honestidad desinteresada, hundía en la amargura a quien lo escuchaba, para liberar de la carga a quien lo contaba.

—¿Quieres echarle un ojo a tu *Facebook* mientras recojo? —cambió radical de tono Sherezade.

Me sentí bastante aliviada. Me había enseñado todos los amigos de Inocencio, los que posiblemente serían familia y los que no. Hasta buscó en *Google Earth* el camino que llevaba al cortijo. Antes de cerrar el capítulo Inocencio de los Ríos, me reveló que en varias ocasiones había ido hasta la puerta de la finca; y se había apostado debajo de un árbol a esperar si el pintor entraba o salía. «¡Demencial!», pensé. Pero ella era así, una bomba de pasión *semicontenida* a punto de estallar. Y, yo, irremediablemente, la adoraba tal y como era.

—Te ayudo.

—¡Qué no! —protestó mientras me quitaba de las manos el plato de la tostada —. Deja eso y siéntate un ratito frente al ordenador.

Tuve que pensar durante unos largos segundos: no recordaba ni mi correo electrónico ni mi contraseña. Cuando se abrió mi muro el «mundito» tenía adosado al lado, en rojo, la cifra de cincuenta y dos estados por leer. Lo desplegué y le eché un ojo por encima. La mayoría eran invitaciones a juegos, a eventos, a páginas, y algún que otro me gusta. Ningún comentario a mis *posts*. La verdad es que yo no tenía muchos amigos, y la mayoría de ellos no eran lo que se dice muy reales que digamos. Tenía una petición de amistad y un mensaje. Primero quise comprobar de quien era la solicitud.

—¡Vaya! —me sorprendí diciendo.

—¿Qué pasa? —preguntó Ade colocándose a mi lado.

—¡Qué sorpresa! Me ha pedido amistad David Camacho Pérez

—¡*Ahhh*! ¿Y quién es ese tal David?

—¡*Uff*! —comencé a explicarle con cierto brillo en los ojos—. David es un

antiguo compañero del instituto. Hacía años, siglos, que no sabía nada de él. ¡Qué alegría me ha dado!

Primero acepté la solicitud y después empecé a *cotillear* un poco su Facebook.

—¡Vaya, vaya, con el tal David! —exclamó Ade casi relamiéndose.

Pinché en sus fotos. Había cambiado muchísimo. De adolescente, David era bastante gordito, con cara redondita y usaba gafas. Para colmo de los colmos, la madre lo pelaba ella misma, como si cogiese un bol de cereales como molde. Me llevaba muy bien con él, hasta que Marcos irrumpió en mi vida para ponerla patas arriba, claro está. David era un chico muy agradable e inteligente. Durante nuestra amistad, no sé el motivo, llegué a pensar que era homosexual, hasta que un día me pidió salir. «¿Cómo me vas a pedir salir si eres mi amigo?», exclamé con una sonrisa.

Al poco, eso sería por segundo curso, dejé de verlo y al tiempo me enteré de que se había alistado en el ejército, para acceder desde allí a la Guardia Civil.

Y ahora lo volvía a tener en frente de mí, convertido en un hombre de los que quitaba el hipo. Tenía fotos practicando una gran variedad de deportes: rafting, parapente, bici, submarinismo, windsurf, esquí… En todas ellas se le veía con, más o menos, el mismo grupo de compañeros de aventura, pero sin ninguna mujer.

—Mira su estado, Cati, míralo.

—¿Para qué? —le pregunté.

—¿Para qué? Si no lo quieres para ti, pues para mí…

Sentí pudor por aquella forma en la que Sherezade lo trataba. Había sido mi amigo, mi mejor amigo durante bastante tiempo, no se trataba de ganado.

Pero antes de que yo pudiera decidir si pinchar o no, ella ya lo había hecho.

—¡Soltero! ¡Soltero! ¡Esta es la tuya, Cati!

Cerré su perfil. Comenzaba a incomodarme aquella situación.

—Bueno, ya está bien…

—Hija, sigamos viendo sus fotos…

—No, Ade, no se me apetece.

Sherezade se dio la vuelta para terminar de recoger la cocina, y yo me dispuse a leer el mensaje que tenía. Era de David. Unos nervios incontrolados se apoderaron de mi estómago. Era muy escueto:

«*Hola, ¿qué tal?*

Espero que todo te vaya bien.

Hace un par de meses me he trasladado a Utrera.

Me gustaría verte.

Un abrazo,

David.»

Además, añadía dos números de teléfonos: un fijo y un móvil.

—¡Dios mío! —me escuché exclamar

—¿Qué pasa?

—Quiere que nos veamos… —dije como si hubiera visto a un fantasma.

—¡Estupendo!

—¡No! —respondí terriblemente asustada.

—¿Por qué no?

—Habrá visto mi foto de perfil

—¿Y…? Estás muy guapa.

—Por eso mismo, Ade. Esa foto fue de un día que salimos tú, Cecilia y yo.

—Sí, me acuerdo de ese día…

—Pues eso mismo, Ade, esa foto fue de antes de todo, de antes de lo de Cecilia, antes de lo de Marcos, y antes de quedarme en los huesos.

—No seas boba, Cati, eres la misma…

«¿La misma? —me sorprendí preguntándome— ¿Cómo iba a ser la misma?» Había perdido a mi marido, a una de mis mejores amigas, mi casa, bastante peso, y, de paso, a mí.

Hacía meses que no me arreglaba el pelo. Tenía un color indefinido, y me lo cortaba yo misma en casa.

Definitivamente, cerré mi *Facebook*. Decidí no llamar a David, ni responder al mensaje. No era el momento adecuado, continuaba centrada en mi vida, en mis hijos, en recomponerme y, sobre todo, en salir hacia delante. Ya vendrían los tiempos de volver a tener relaciones más allá de Sherezade.

El viernes por la tarde, Marcos, cosa extraña en él, cumplió lo prometido. Recogió a los niños del comedor y llamó por teléfono para comunicarme que pasarían con él el fin de semana. Aquella terrible sensación de soledad se instaló de nuevo en mi interior, como un golpe de estado.

Así que cuando Sherezade telefoneó para preguntarme si podía acompañarla a la exposición, su emoción se elevó hasta los confines del universo.

—¡Qué bien, Cati!, ¡qué bien! A las ocho, paso por a ti. ¡Qué alegría más grande!

En contraposición con su entusiasmo, yo me sentía yerma de emociones. Aun así, comencé a buscar en el armario de mi madre algún trapito con el que cubrirme. El mueble deslucido todavía conservaba el aroma a su ropa, a ella, a una bolsita de lavanda que mi padre le trajo una vez de Francia. Algunas

lágrimas acudieron a mis ojos. La imagen de ambos, felices, golpeó mis sienes. Todos los que encontré estaban gastados, o pasados de moda, o las dos cosas juntas. De súbito, recordé un vestido negro de corte sencillo que jamás había llegado a estrenar, ya que me lo compré para una boda a la que nunca fui. Tenía un corte favorecedor. Me alegré. Podría servirme, de igual manera, aun estando tan delgada. Rebusqué, sabía que, por algún lado, tendría unos zapatos negros que compré a juego.

Como no le podía dar mucho juego a mi cabeza de cabellos sin forma, recordé la imagen de Jamie Lee Curtis en *Mentiras Arriesgadas*, cuando coge agua de un florero y se peina el pelo hacia atrás. Pues ya que tenía, el corte y el color, muy parecidos a los de ella en esa película, revisé y encontré un bote de gomina, y me lo peiné hacia atrás.

Trasteé por el mueble del baño, hasta tropezar con algo con lo que pintarme un poco. Saqué un antiguo bolsito de aseo de mi madre. Abrí la cremallera. No había mucho. Después de la muerte de mi padre, ella dejó de arreglarse. Me topé con una máscara de ojos, cuyo envase había perdido cualquier rastro de marca o etiqueta, y un pintalabios en el mismo estado. Hice con ellos lo que pude.

Por último, cogí, del joyero, casi vacío de mi madre, ya que había tenido que vender la mayor parte de sus joyas para poder darles de comer a mis hijos, unos pendientes largos de bisutería en color plata vieja.

A las ocho en punto de la tarde, sonó el timbre de la puerta y bajé. Sherezade me esperaba fuera del coche. Estaba deslumbrante, con la melena de rizos negros sueltos. Un vestido de color rojo intenso ceñía sus curvas poderosas, de caderas altas y pechos firmes.

—Estás preciosa, Ade —le confesé atónita.

—Gracias. —Sonrió coqueta—. ¿Y tú eres la que no quieres quedar con tu amigo? Estás guapísima, hacía mucho que no te arreglabas y la verdad es que ¡vamos! Como el tal David te vea así, se cae de espaldas o se te tira encima.

Ella rio, y yo me sentí halagada. Sí, hacía mucho que no me veía a mí misma ni siquiera como una mujer. Pero aquel pequeño arreglo me había transformado y me sentía atractiva, femenina, y un poco más yo.

Capítulo 16

Cati

Sherezade estacionó el coche en los aparcamientos del edificio donde estaban situadas las oficinas del despacho de Pedro. Nosotras preferíamos ir en tren, pero el último cercanías entre Sevilla y Utrera salía de la capital andaluza a las once de la noche; así que ella optó por venir en su propio medio de transporte.

—Por si la noche se alarga —me confesó con un guiño de ojo que lo decía todo.

A pesar de ser mediados de junio, el calor golpeó nuestros rostros como la onda expansiva de una explosión al salir a la calle. En los últimos meses, mi amiga, tanto en invierno como en verano, solía llevar siempre consigo un abanico. Los tenía de todos los colores y diseños posibles, y cada uno de ellos combinaba a la perfección con la vestimenta que luciera en un momento determinado.

De vez en cuando comenzaba a sudar de forma incontrolada, al tiempo que un sofoco insoportable le subía desde el cuello hasta la cara. En varias ocasiones insistí para que fuera al médico a examinarse esas alteraciones de temperatura; sin embargo, ella siempre comentaba lo mismo: «Esto es el principio del fin, Cati: estoy llegando a esa edad» «¿A esa edad?», me pregunté, desconcertada, la primera vez que me lo dijo; hasta que después de un largo rato de discernimientos varios, hallé la respuesta: «¡Ah!, la menopausia». Si a Sherezade no le apetecía decir la palabreja de turno, no

sería yo la que la pronunciara en su presencia hasta que ella no estuviese preparada.

Comenzó a abanicarse con fuerza mientras caminábamos a paso animado por las callejuelas del centro de la capital hispalense en busca de la galería de arte. Llegamos con tiempo. La puerta aún estaba cerrada a cal y canto, sin rastro de actividad interior. Apreciamos que un reducido grupo de personas ya aguardaba en las cercanías del edificio. Por el estilo de sus ropas y peinados, intuimos que también esperaban para la inauguración de la exposición de Inocencio de los Ríos.

—¿Te apetece que nos tomemos algo mientras esperamos? —sugirió Sherezade, agitando con más ímpetu el abanico.

Le contesté con un gesto que igual hubiese significado un sí o un no.

—Necesito una cervecita: estoy muy nerviosa.

Al volver la esquina de la calle, encontramos un bar pequeño con un par de mesas fuera. Nos sentamos. Enseguida un camarero nos atendió. Vestía con la uniformidad típica de los camareros sevillanos: camisa blanca, casi traslúcida por el abuso de la lejía, y pantalón negro de pinzas, que, sin llegar a fijarme con atención, pude comprobar como tenía algunas hebras saltadas, los bolsillos comenzando a descoserse por la parte inferior y algunas manchas decoloradas al perder parte del tinte con los lavados. Resultaba obvio que aquel hombre trabajaba por necesidad. Supuse que detrás de él había una historia de apuros económicos, de hijos que mantener y de una mujer en casa esperando el escaso sueldo que él llevaría al finalizar cada jornada. Empaticé con él. Sabía de sufrimiento, me resultaba fácil ponerme en su lugar. Sin darme apenas cuenta, noté que le estaba sonriendo con cierta condescendencia.

Sherezade pidió una cerveza para cada una. El hombre regresó *ipso facto* con las dos refrescantes bebidas y un platito de altramuces.

—¿Alguna tapita? —preguntó raudo—. Tenemos el choquito frito, la *carrillá* en salsa…

—Nada, gracias —cortó Sherezade radical, antes de que el camarero terminara de recitar toda la carta.

Observé la cara de decepción. Sentí pena por él.

—No me puedo creer que vaya a conocerlo…

—¿A quién? —susurré distraída, mientras observaba como él comenzaba a atender a otra mesa. Deseé que tuviera más suerte que con nosotras.

—¡A Inocencio de los Ríos! —exclamó Sherezade con más frustración que enfado, aunque no logró con ello sacarme de mi ensimismamiento.

—Ah… sí…

Por fin los de la mesa junto a la nuestra pidieron la carta. Observé como el camarero escribía a toda prisa en la pequeña libreta anillada que extrajo de su bolsillo derecho. Me alegré.

Tras mi pequeña satisfacción, me embobé con el devenir del heterogéneo grupo de transeúntes que deambulaban por el centro de Sevilla.

De un lado, los ejecutivos con sus elegantes ropas de trabajo, a quienes se les notaba, por las corbatas aflojadas y las camisas remangadas, que por fin habían terminado no solo con la jornada laboral sino con toda una semana de estrés. Caminaban lento. Muchos buscaban un lugar en el que sentarse a tomar unas cervecitas, y, casi con seguridad, a conversar con compañeros sobre lo duro o las peculiaridades de sus profesiones.

Por el otro, algunos músicos callejeros con sus instrumentos al hombro, que estudiaban el mejor lugar en el que apostarse para deleitarnos con el bello

sonido de sus violines o bajos. Tiempo atrás, en algunas otras ocasiones en las que habíamos venido a Sevilla, me había sorprendido gratamente la calidad de muchos de los artistas que regalan arte en la calle solo a cambio de algunas monedas.

Los mimos, por su parte, iban de recogida.

Los manteros, en su mayoría personas de origen subsahariano o sudamericano, por el contrario, portaban pesados hatos, huyendo de un lado a otro, temerosos de que la policía les multara y quitara la mercancía.

Con la colorida multitud se mezclaba el sosegado vaivén de peatones cargados, a más no poder, con bolsas de muchos de los negocios de los alrededores. Tras un día de intensas compras, algunos se sentaban a descansar y a tomar algo; otros, aceleraban el paso para llegar a tiempo a la parada del tranvía.

La masa de ciclistas alternativos, quienes, gracias a la peatonalización del centro de la capital andaluza, agradecían desplazarse de forma más ecológica, se mezclaba con la estampa variopinta.

No podía terminar de observar a la fauna sevillana, sin prestar la debida atención a los turistas, *guiris* por estas tierras, con los mapitas en las manos. Parecían un banco de salmonetes, desperdigado y fuera de sus aguas, todos rojitos: cara, hombros, brazos, piernas… «¡Pobres criaturas! Han comprobado los devastadores efectos del sol del sur de España sobre las pieles pálidas», pensé.

Sin consultarme, Sherezade pidió al afanoso camarero otro par de cervezas. En esta ocasión el hombre las acompañó de un plato con cuatro banderillas. Me alegré. A ambas nos fascinaban los encurtidos.

El primer vaso de la bebida fría comenzaba a surtir un efecto narcótico

sobre mí. No solo me había refrescado y relajado la tensión muscular que tensaban mi espalda en los últimos meses, sino que también infundía a mi mente una ligera sensación de paz, y regalaba a mi cara una expresión bobalicona.

—Por nosotras —brindó Sherezade.

—Por nosotras —repetí, con una sonrisa sincera.

Las dos cervezas estaban igual de heladas que sus anteriores compañeras, así que nos las tomamos casi sin darnos cuenta.

—¿Vamos, ya? —ordenó, más que sugirió, mi amiga. Se levantó y tomó con apremio el bolso.

Al incorporarme, sentí como un ligero y controlable mareo: me había pasado.

La aglomeración de gente que aguardaba a la apertura de la galería había desaparecido, por lo que supusimos que ya estaban dentro de ella.

Entramos. Una joven muy estirada pero no menos amable, recogió las invitaciones que Sherezade le mostró. A cambio, nos ofreció un tríptico. En la portada, a simple vista, se distinguía el nombre del pintor junto al título de la exposición, además de los días y horarios de apertura. En la primera cara interior, aparecía una foto de Inocencio de los Ríos sobre una breve biografía de él mismo. En las siguientes páginas, había una breve descripción de los cuadros junto a una imagen en miniatura de cada uno de ellos.

Con un leve vistazo, comprobamos que el lugar se dividía en varias salas, formando como una cruz. «¿Habría sido una iglesia en el pasado?», me pregunté.

—¿Lo ves por algún lado, Cati? —inquirió Sherezade, mientras buscaba como un sabueso. Elevó la cabeza, como un avestruz, por encima de la

estancia atestada.

—No, hay mucha gente; además, no sé si lo reconocería.

En ese momento se acercó uno de los camareros del catering con bebidas. Yo, cada vez más desinhibida, agarré dos copas de cerveza, una para mí y otra para la distraída de mi amiga. Nada más hacerle entregar de la bebida, me dispuse a saltar sobre una de las camareras que se acercó con una bandeja repleta de diversos tipos de canapés.

«Cena gratis», pensé, sonriendo para mis adentros al darme cuenta de que cada una de nosotras intentaba suplir sus necesidades en aquel momento, yo las de comer y Sherezade las de devorar a un nuevo macho.

Miré de un lado a otro, no conocía a nadie. Mi amiga, pese a que la estaba surtiendo de bebida y comida, continuaba centrada por completo en su cometido: acoso y derribo a Inocencio de los Ríos. Decidí distraerme por mi cuenta. Eché mano del tríptico y me dispuse a observar los cuadros con detenimiento; eso sí, sin menospreciar en absoluto mi verdadero interés de esa noche: comer. No importaba tener que hacer malabares para sujetar la información, la cerveza y los aperitivos. «Todo sea por alimentar tanto al cuerpo como al alma», me dije burlona.

Admiré con detenimiento la primera obra. Decidí pararme en cada una de ellas, leer las explicaciones del tríptico e intentar saber un poco más sobre aquellas pinturas. Yo no entendía mucho de nada, y menos aún que nada, de arte; sin embargo, aquellas acuarelas entraban por mis ojos y llegaban directamente al estómago; tenían el poder de mover algo en mis vísceras.

De súbito, como si me despertara de una dulce ensoñación, sentí la mano sudorosa de Sherezade aferrarse alrededor de mi brazo; con este gesto, logró atraerme de regreso hacia el mundo real.

—Cati, quiero presentarte a una amiga de Facebook.

Sí, ya nos distinguíamos por amigos de verdad y amigos de *Facebook*. De estos últimos, algunos llegaban a materializarse; otros nunca lo harían, y vagarían por toda la eternidad en nuestro universo como espectros virtuales.

Me giré hacia mi amiga con ojos lejanos.

—Mira, ella es Estrella del Alba. Estrella, esta es mi mejor amiga, Cati.

Nos saludamos con un par de besos y un «encantada» recíproco.

—¡Qué nombre más curioso! —advertí, sin querer ofenderla.

—Sí —sonrió ella. Supuse que estaría acostumbrada a observaciones en línea con la mía—. Pues viene tal cual en mi partida de nacimiento…

—Me gusta —añadí. Percibí que le agradaba el cumplido.

Escudriñé a aquella mujer de complexión menuda, mientras se dirigía a Sherezade para comentarle algo que no llegué a oír a causa del murmullo de fondo. Estrella del Alba parecía recién sacada de un cuadro de Julio Romero de Torres. Lo primero que llamaba la atención en ella, era la melena voluminosa y ondulada de color castaño oscuro. La llevaba recogida a un lado, en una trenza baja. Por alrededor de la frente se le escapaban pelos rebeldes; algunos caían con elegancia a ambos lados de la cara, enmarcando el óvalo virginal de esta; otros, se rizaban esparcidos por doquier, formando graciosos caracoles. Los ojos, oscuros y profundos, refulgían con destellos de bronces, lo que delataba una personalidad apasionada. En conjunto, el rostro de cejas pronunciadas, nariz recta y pómulos marcados a causa de una sonrisa perpetua era aniñado y tierno. De entre los labios de trazos firmes y coralinos, se escapaba una voz profunda, modulada, como si declamara al hablar.

—Estrella del Alba es vidente —me confesó Sherezade con mirada pilla.

—¿Sí? —le pregunté con la misma dosis de respeto que de miedo.

—Me ha dicho que no le importaría leernos las manos.

De modo inconsciente, noté que guardaba las mías a buen recaudo, detrás de la espalda. Le lancé una mirada inquisitiva a la buena mujer, con gesto desconcertado.

—¿No te importa? —dudé.

Yo formaba parte del grupo de escépticos con la opinión bien forjada de que todos los videntes, echadores de cartas, magos y el resto del personal con supuestos poderes paranormales pertenecían a una farándula a la que solo le importaba el dinero.

—¡Claro que no! —exclamó Estrella con alegría.

Las tres nos encaminamos hacia un rincón con unos sofás bajos y una mesita de diseño entre ellos.

Curiosamente, Sherezade cejó, durante un rato, en su empeño por buscar a Inocencio de los Ríos.

Mi amiga, entusiasmada como una adolescente con móvil nuevo, fue la primera. Sacó un pañuelo del bolso, se secó el sudor de las palmas y las reposó sobre las de Estrella del Alba.

—No, no está casado ni tiene pareja —aseguró esta con sus ojos fijos sobre las líneas de mi amiga.

Ambas la miramos atónitas, con una risilla nerviosa, sin querer dar crédito a lo que acabábamos de oír.

—¿Qué? —preguntó Sherezade intentando hacerse la sorprendida.

—Inocencio —respondió con rotunda seguridad la vidente, entornando una de sus cejas hacia mi cazada amiga—. No, no está comprometido. ¿O es que acaso no querías saberlo?

Continuó a lo suyo. Entretanto, Sherezade y yo nos lanzamos una sonrisa

inquieta, sabiéndonos descubiertas.

Yo no creía en absoluto en artes adivinatorias; cierto era que jamás me lo había planteado siquiera. Lo más que sabía de ellas estaba basado en los farsantes que llenaban la mayoría de las cadenas de televisión a altas horas de la madrugada. Sin embargo, aquella mujer comenzaba a asustarme. Quería evitar a toda costa que me leyera la mano. Hasta aquel momento continuaba ocultando a Sherezade mi situación económica y legal, y necesitaba que siguiese siendo así. No soportaría ser descubierta ni por ella ni por la vidente. Por otro lado, tenía casi más miedo a mi futuro que a mi pasado, por lo que no quería, bajo ningún concepto, que me vaticinara nada de lo que el porvenir tuviera preparado para mí.

—Ade, bonita, necesitas hacer un viaje.

—Ya se lo digo a mi marido…; pero no hay forma, hija: las vacaciones siempre en Rota. ¡Qué estoy de playa…!

—No me refiero a eso. Quiero decir un viaje en el que no estás dispuesta a embarcarte.

Sherezade no entendía a dónde quería ir a parar Estrella.

—Tienes mucho que colocar en tu vida, Ade. Estás envuelta en una constante huida hacia delante. Debes parar. El viaje, al que me refiero, es a tu interior.

En lo que la conocía, mi amiga no era de las personas que tienen por costumbre pararse a reflexionar; más que pensadora, era hacedora. Así que observé como Sherezade contemplaba a Estrella sin comprender el sentido de sus palabras.

—La vida te va a ir marcando el camino hacia ti; pero no sé si serás capaz de ver las señales y seguirlo, o continuarás dando palos de ciego.

Durante el tiempo que duró la leída de manos, Estrella del Alba sostuvo entre las suyas, las manos de Sherezade, sin levantar, en ningún momento, los centelleantes ojos castaños de las líneas de estas.

—Pero… ¿no puedes ser más concreta? —se impacientó mi amiga.

—Estoy siendo más concreta de lo que crees —le respondió, esta vez sí, mirándole con ternura.

—Suerte que tienes a tu madre al lado, junto a ti.

—¿Mi madre? —Sherezade elevó el tono de voz, mientras retiraba de forma brusca la mano— ¡Estrella, mi madre murió cuando yo era niña! —exclamó malhumorada.

—Lo sé, tu madre y tu padre —apostilló con seguridad la interlocutora.

—¡No! —Mi amiga frunció el ceño, contrariada—. Mi padre aún vive.

—No es eso lo que me dicen las líneas, Ade.

—Pues las líneas se equivocarán…

—No, nunca lo hacen —atajó Estrella con la calma que da saberse en posesión de la verdad—. Ellas revelan que tu padre murió cuando eras pequeña y que tu madre está siempre a tu lado —afirmó de nuevo.

—¡No! Mi padre está vivo en un pueblo de León. No tenemos relación. No sé si te referirás a eso. Y no sé si querrás decir que el espíritu de mi madre me protege…

Poco a poco, Sherezade se iba calmando.

—No, Ade, he querido decir lo que he dicho: tu madre está siempre junto a ti. Y vive.

—Pero…

—Cati, ¿ahora tú? —atajó la discusión.

Crucé los brazos asiéndolos con fuerzas.

—No temas, si veo algo malo no te lo diré. —Extendió la mano solicitando las mías—. Vamos…

Accedí sin mucho entusiasmo.

Comenzó a escudriñas entre los pliegues de mis palmas. De súbito levantó la vista arqueando las cejas a modo de sorpresa. Sonrió.

—¡Eres tú…!

—¿Qué?

—¿Quién? —se interesó mi amiga.

—La madre de Ade.

Sherezade y yo giramos las caras hasta encontrarnos de frente. Reímos.

—Yo ya tengo dos hijos —expuse divertida—. Y, además, soy más pequeña que ella, no puedo serlo.

—¿Mi madre?

—¿Naciste después de la muerte de la madre de Sherezade, Cati?

Desconocía ese hecho, así que me encogí los hombros. Creo que jamás habíamos hablado sobre la fecha del fallecimiento de la madre de mi amiga.

—Sí —aclaró Sherezade—. Por lo que yo sé, como al año o así.

Estrella del Alba nos miró triunfante, como diciendo: «Ahí lo tenéis». No sé lo que pensó Sherezade, pero yo no la creí.

Por fortuna, alguien llamó a la vidente antes de que siguiera leyendo mi porvenir. Se excusó con mucha amabilidad, convocándonos para más tarde, y se ausentó.

—¿Tú crees algo de lo que nos ha dicho, Cati? —me preguntó Sherezade, una vez que Estrella del Alba se había alejado lo suficiente como para no oírnos.

—Es que yo no creo en estas cosas, Ade. Me parecen paparruchas.

—¡Ay, me da cosita! Lo cierto es que Estrella me cae muy bien, es muy agradable y cariñosa…, pero… es que no ha acertado en nada. ¡Mira que decir que mi padre está muerto!

—Igual se refería a la poca relación que tenéis, ¿no? —pregunté con más duda que certeza— Ahora… —Sonreí—. Ha dado de lleno con lo de Inocencio de los Ríos.

Sin tener en cuenta a los que nos rodeaban, rompimos en una sonora carcajada.

Yo, por mi parte, gracias quizás a la cerveza o a encontrarme tan lejos de mis problemas y con la barriga llena, me sentía como en una nube de la que me negaba a bajar.

Con un gesto de la mano, hicimos que un camarero que pasaba por allí nos acercara otro par de cervezas y algunos canapés. Depositamos las dos bebidas y la diminuta comida sobre la mesita frente a nosotras, para tomarlos con más calma y comodidad.

—Eso digo yo, Cati, ¿cómo ha sabido lo de Inocencio?

Me reí abiertamente. Como los niños pequeños, me regodeé en el sonido de mi risa. Me dolían las mejillas, era evidente que, después de tantos meses, tenía los músculos atrofiados de no utilizarlos.

—¡Hombre!, un poco descarda si qué has sido.

—¿Sí? —preguntó con cierta preocupación.

—Un poco sí, Ade.

—A ver, guapa —se burló—, si va a ser verdad que eres la reencarnación de mi madre —bromeó—: siempre actúas como mi *Pepito Grillo* personal.

—Es que desde que has entrado aquí… Vamos… Parecías un Miura en busca de un trapo rojo.

De nuevo se nos escaparon varias carcajadas. Ninguna de las dos lo advertimos, aunque tampoco nos hubiese importado, pero algunas cabezas se volvieron hacia nosotras.

—Pues… ¿sabes lo que te digo?, que ahora mismo me pongo en busca y captura de nuevo. Yo he venido aquí a conocer al afamado pintor Inocencio de los Ríos y no me marcharé hasta que no le estampe dos besos en *to* la cara.

Dicho y hecho. Se levantó como un remolino, tras el que me envolvió tirándome del brazo. A continuación, como si fuéramos un par de revoltosas quinceañeras, comenzamos a escudriñar entre todos los cuerpos con la esperanza de hallar entre ellos a uno, el de Inocencio.

De pronto Sherezade se paró.

—¡Ay…! Ahí está…, ese es…

—¿Quién? —pregunté escrutando en derredor.

—¡Ese! ¡No mires! Enfrente, a tu derecha…

Para disimular, nos dispusimos a recorrer la hilera de cuadros que llevaban hasta él. Inocencio de los Ríos se encontraba rodeado de un nutrido número de admiradores que reían todas sus ocurrencias. Desde donde yo estaba, no podía discernir si eran graciosas o no, puesto que no oía con claridad lo que narraba, solo un murmullo seguido de jolgorio ruidoso.

Mi amiga Sherezade, llevada por la impulsividad, rodeó el círculo y se acercó a él, sin soltar mi mano. Acto seguido, se presentó al artista y después repitió los honores conmigo. Tras intercambiar con ella dos o tres frases de cortesía, se giró de nuevo hacia su entregado público y la ignoró por completo.

Inmediatamente, la cara de Sherezade cambió, ante lo que ella percibió como un desprecio. Estaba roja y enfurecida. Jamás la había visto en tal

estado.

—¡Vámonos de aquí! —me ordenó, volviendo a agarrarme del brazo.

—¿Por qué? —le pregunté, frustrada. Yo estaba a gusto, me sentía relajada y bien.

—¿No has visto lo que me ha hecho? —exclamó con lágrimas en los ojos.

—¡No! ¿Qué?

—¿Qué…? Ha pasado de mí

Mientras me explicaba airada sus motivos, salía a toda prisa de la galería. Yo la seguí arrollada por su inercia.

—No ha pasado de ti, Ade —intenté consolarla con suavidad, arrastrando las palabras, una vez que hubimos salido a la calle—. Nos ha saludado, te ha hablado con educación y se ha vuelto a hacia la reunión en la que estaba. Es que hemos irrumpido ahí…, como dos fans adolescentes.

Sherezade puso la característica cara de niña pequeña.

—¿Sí? ¿Tú crees?

—El hombre estaría atendiendo a sus invitados, eso es todo.

—Es verdad, Cati… Tienes razón. Pero es que yo tenía tantas ganas de estar con él…—respondió como la cría que pierde un globo, mientras lo ve alejarse en el cielo.

Sentí su frustración como mía. El alcohol por mis venas había bajado las barreras que solía colocar ante los demás.

—¡Anda, ven a que te achuche!

Nos abrazamos durante un rato en medio de la calle, envueltas en el devenir de la fauna que solo unas horas antes había estado observando.

—¡Qué te quiero, Cati! Eres mi mejor amiga, siempre estás ahí cuando te necesito.

Aún la apreté contra mí con más fuerza.

—Yo también te quiero, guapa.

—¿A que va a ser verdad que eres mi madre?

—¡Anda, ya! —reí.

— Ya que estamos en Sevilla, ¿damos un paseo? —sugirió ella.

La verdad es que la temperatura templada de la ciudad invitaba a caminar por sus callejuelas; además, el aire ayudaría a despejar nuestras cabezas ebrias.

—Yo, pendiente del *susodicho*, apenas he comido. Tengo muchísima hambre, ¿te apetece que vayamos al bar de los boquerones en adobo?

—Sí, mucho.

Cierto era que mi estómago estaba bastante satisfecho; sin embargo, me encantaba aquel bar. Lo descubrimos años atrás. Estaba situado en la calle José de Velilla, una perpendicular de Tetuán. Normalmente, no había forma de encontrar un hueco en él, ni dentro ni fuera; y ahí también radicaba uno de sus muchos encantos. Pero sin duda, para mí, el mayor era que me recordaba a Cecilia; a los sábados cuando íbamos de compras. El olor al adobo, que impregnaba el ambiente de toda aquella zona comercial, era el mejor reclamo publicitario de este establecimiento. A mediodía, nos indicaba que la hora del aperitivo, o de la cervecita, como la llamamos por aquí, había llegado. Así que solíamos parar por allí. Éramos felices si lográbamos encontrar unas cajas de botellas, a modo de sillas y mesa improvisadas por el camarero que servía en la calle, en las que sentarnos. Cada una pedía a su gusto entre tapas de boquerones en adobo, calamares fritos, ensaladilla, tortilla de patatas y pavías; a las que acompañábamos una copa de vino dulce o un tubo cerveza.

—Además…, necesito hacer tiempo hasta que se me pase el efecto del

alcohol: tengo que conducir —me explicó con cara de preocupación— Y, sobre todo, porque me acuerdo de Cecilia cada vez que paso cerca de él.

—Estaba pensando en ella ahora mismo.

—¡Cuánto la echo de menos! —Y yo…

Capítulo 17

Wenceslao, María de los Ángeles y Khaled

Una de tantas madrugadas en la que María de los Ángeles sufría por culpa del insomnio, salió al jardín a pasear y tomar algo de aire fresco. No sabía qué hacer para poder conciliar el sueño perdido: lo había probado todo. A esas horas la casa permanecía en penumbras y la servidumbre dormía. En el cielo se dibujaba una inmensa luna blanca, brillante y serena, que casi podía tocarse con los dedos. Decidió sentarse en un banco, bajo un arco de rosas, para contemplar la belleza del satélite. Cerró con fuerzas los ojos y pidió un deseo, un secreto deseo. Al abrirlos descubrió con asombro, que no se encontraba sola en aquella hermosa estampa. De súbito, sintió un poco de vergüenza. Khaled, el chófer marroquí, estaba entrando en el jardín. Acababa de aparcar el coche tras su regreso del cuartel, a donde había llevado al señor.

Khaled hablaba francés y árabe, y se desenvolvía con bastante soltura en castellano.

—Buenas noches. ¿Le ocurre algo, señora Guzmán? —se interesó, extrañado de verla allí tan avanzada la noche.

La joven bajó la cabeza sin poder controlar un nudo en la garganta que le ahogaba constantemente. Comenzó a llorar como una niña pequeña. De súbito, se sintió ridícula. Le resultó vergonzante no poder reprimir las lágrimas frente a un simple sirviente. Como en una película que se proyectara en su cabeza, en cuestión de segundos, se contempló a sí misma llorando, en un llanto prolongado durante los últimos tres meses. Lloraba en los

desayunos, lloraba en los almuerzos, lloraba en las cenas, lloraba cuando tomaba sus baños de sales, lloraba cuando despedía a su marido y lloraba cuando este regresaba. Lloraba cuando recibía cartas de sus familiares y amigas de la península; y lloraba cuando alguien trataba de animarle explicándole que ya se acostumbraría a vivir en Melilla.

—Lo siento… —se excusó él, inclinándose a modo de sumisa disculpa.

Con la luz de la luna aún brillaba más el cabello negro como el ónix. Los rizos, que con tanto empeño trataba de fijar hacia atrás, cayeron sobre la frente recta y despejada. Hasta entonces, María de los Ángeles no había reparado en él como en un hombre, solo como en un criado. En ese instante descubrió con una sorpresa grata que le resultaba bastante agraciado.

Khaled, arrepentido por la osadía, giró sobre sí y se dispuso a alejarse de allí.

—No —susurró ella con voz callada. Él se detuvo, bajo lo que consideró una orden de la señora—. No puedo dormir sola —comenzó a explicarle—. Me da miedo cerrar los ojos cuando mi esposo no está a mi lado —tras escucharse pronunciar aquellas palabras, aún se sintió más boba. Como una cría que ha sido regañada, mantuvo la cabeza bajada. Necesitó aclararle la procedencia de dicha angustia. El hombre escuchaba paciente, frente a ella, en silencio—. De niña, tras el fallecimiento de mi abuela, escuché a mi madre y a mis tías murmurar que se podría haber evitado si alguien hubiese estado con ella, ya que la muerte la sorprendió mientras dormía. —Necesitaba la comprensión de Khaled—. Desde entonces me aterroriza dormir sola.

Jamás había contado a nadie antes aquel secreto, ni siquiera a sus padres durante las largas noches de llantos sin fin que vinieron después del terrible acontecimiento. Y por fin, tras tantos años de congoja, percibió que con

aquellas palabras el temor comenzaba a disiparse.

El chófer se hallaba a un par de metros de ella; por respeto, siempre guardaba una prudente distancia. Fue así como, María de los Ángeles de Hinojosa, sentada en el banco de flores, levantó poco a poco la mirada pudibunda hasta toparse con la belleza masculina y racial de aquel joven. Con más timidez que osadía, observó la piel morena, el cabello ensortijado, la nariz fina y recta, lo ojos negros y profundos, y los labios gruesos a la par que sutiles. Bajo la chilaba de algodón color hueso que siempre vestía, pudo intuir un cuerpo delgado, pero bien torneado. Regresó la mirada a los ojos de él, había algo hipnótico en ellos.

—Hace tres meses que no logro conciliar el sueño —confesó ella—. Cuando el señor Guzmán no se encuentra en la casa, no duermo; y cuando él está, paso las madrugadas en vela, pensando cómo podré soportar otra más sin que esté a mi lado.

Khaled permanecía de pie frente a ella, escuchándola, atento, sin pronunciar palabra alguna. Los ojos redondos, como de cervatillo, no podían evitar posarse en los de la señora. Les recordaban a las aguas del mar, pero un mar triste y sereno, perdido en tierras extrañas.

—Necesito, dormir… —le suplicó.

Sin pensarlo un minuto, el joven, en silencio, le tendió la mano. Ella, más segura que cansada, se dejó llevar por él. Entraron en la casa. Todos dormían. El chófer la guio hasta el salón. Al entrar en la amplia estancia, aún se podía notar como el calor la había recalentado durante el día. Khaled se dirigió hacia los ventanales, y los fue abriendo uno a uno, descorrió las cortinas pesadas hacia los lados. La brisa del Mediterráneo aprovechó para mecer los visillos blancos de algodón a su antojo.

Indicó, sin palabras, a María de los Ángeles que se sentara en el diván; esta obedeció resignada. Se arrodilló frente a ella. Tomó entre las manos curtidas y oscuras los pies menudos y delicados de la señora. Los descalzó. Los acomodó con sumo cuidado en el diván, dispuso un cojín debajo de estos. Como si de un cirujano preciso se tratara, continuó con las veladas atenciones. Ahuecó un par de almohadones y los colocó bajo la cabeza intranquila. Se reclinó sobre ella, le deslizó los dedos tras el cuello, y una a una fue extrayendo las horquillas con las que se sujetaba un moño bajo. Con lentitud, los cabellos finos se desparramaron una vez liberados. Khaled los apartó a un lado, para que no entorpecieran en el descanso de la señora Guzmán, quien luchaba por mantener abiertos los pesados párpados.

Se acercó a la cocina, preparó un té. Entró de nuevo en el salón. Depositó una bandeja con la tetera y un vaso de cristal fino, con incrustaciones doradas, en una mesita baja junto al diván. De repente, la estancia se envolvió con un olor a menta intenso y refrescante.

María de los Ángeles de Hinojosa, que unos meses atrás había llegado a la veintena, poco a poco, iba cayendo en una somnolencia dulce. Como el preso sentenciado a muerte, no oponía resistencia alguna a su captor. Algo en el estómago le reprochaba que aquello no estaba bien. Nunca le habían pasado la mano por el cuello, y menos de aquella extraña manera que no alcanzaba a identificar. Jamás ningún hombre, tampoco el señor Guzmán, le había descalzado lo pies. No recordaba un mimo y un esmero tal hacia ella, ni siquiera por parte de sus padres ni de su ama de cría.

Khaled tomó un libro viejo de la librería del salón. Acercó un puf y se sentó junto a ella. Comenzó a leer. María de los Ángeles quiso preguntarle el título del libro, pero no le salieron las palabras, así que se dispuso a

averiguarlo por ella misma. La cubierta se encontraba demasiado gastada, algunos hilos se desprendían por las esquinas, no obstante, logró ver algo, unos símbolos dorados, «ألف ليلة وليلة». El joven marroquí empezó a leer un párrafo, primero en árabe para después traducirlo al francés.

El aroma dulzón que envolvía la estancia, el frescor salino que entraba por el ventanal y la voz suave de Khaled, consiguieron que María de los Ángeles cayera atrapada por un sueño profundo.

A la mañana siguiente, se despertó con un beso en la mejilla. Enseguida fue consciente de tener dibujada una sonrisa en los labios. Entreabrió los ojos. Aturdida por el descanso reparador, se figuró que quizás solo había dormido unos segundos. Y durante unos instantes confusos y oníricos, pensó que iba a encontrar a Khaled frente a ella.

—*Mi ángel*, por fin has podido dormir —Se alegró Wenceslao.

Capítulo 18

Cati

El domingo sobre las nueve de la noche, Marcos trajo a Víctor y a Álex de vuelta al piso. Yo los esperaba impaciente, con todos los abrazos guardados durante el fin de semana esperando para ellos.

—Ya están duchados y han cenado.

No podía salir de mi asombro. Su padre jamás había tenido antes esa actitud con ellos; en honor a la verdad, apenas estuvo presente durante los primeros años de sus vidas. Pensé que tal vez había recapacitado. Pero, sobre todo, lo que más me emocionaba era ver las caritas de mis niños cuando lo miraban: reflejaban felicidad, y eso suplía los años de soledad y abandono.

—Gracias, Marcos —le dije de corazón.

No cabía discusión alguna sobre que aquel debería haber sido siempre su deber, sin embargo, conociéndolo como lo conocía, sabía que estaría realizando un gran esfuerzo.

—Agradéceselo a Rosa de mi parte.

—Cuando vuelva… —vaciló—. Este fin de semana no ha estado en casa: se ha ido de viaje con unas amigas —argumentó, apesadumbrado.

—Ah…

—Bueno… ¿Le dais un beso a papá?

Los niños corrieron hacia él y se abrazaron a sus piernas. Quise mostrar serenidad, pero un nudo me atrapó la garganta.

—Adiós, papá, ¿vas a venir mañana?

—No lo sé. Si os puedo recoger del cole, ya llamo a mamá, ¿vale?

—Adiós, Cati.

Dio media vuelta y se encaminó hacia el ascensor. Lo noté mayor, cansado, con los hombros caídos hacia delante y la cabeza baja.

—Hasta luego… —susurré, siguiendo con la vista su silueta.

Una vez hube cerrado la puerta, me dirigí a los niños. Víctor y Álex ya se habían encaramado en el sofá y habían encendido la televisión.

—Venga a la cama, que mañana hay cole. ¡Ya queda poquito para las vacaciones! —los animé, frotándome las manos.

—¿Podemos ver un poco la tele?

—No.

—Por favor, mamá.

—Bueno, un poquito chiquitito.

Me acerqué a ellos, con la única intención de observar sus caritas.

—Mamá, ¿a qué no se grita a las personas? —preguntó Álex, mi pequeñín, sin apartar los ojos de la caja tonta.

—Claro que no, hijo. ¿Quién te ha gritado?

—Ha gritado papá… pero a mí no… a Rosa… por teléfono… todos los días…

—¡No me dejas escuchar la tele! —se ofuscó Víctor.

—Estaría enfadado, hijo, ya le diremos a papá que no chille, ¿vale?

—Vale —respondió en un susurro, imbuido por las aventuras y desventuras de *Bob Esponja* y el atontado de su amigo *Patricio*.

—Mamá, ¿qué significa floja? —preguntó luego Víctor.

Me alarmé, imaginaba que se trataba de la misma conversación que habían escuchado a su padre por teléfono.

—Tú eres eso, ¿verdad? —Mi hijo mayor me miró inquisitivo—. Porque la tita Pura se lo ha dicho a papá.

—No, cariño, yo no soy eso. Y no habrá querido decir eso.

—Lo ha dicho muchas veces, mientras nos daba de comer y nos duchaba —replicó.

—¿La tita Pura ha estado con vosotros?

—Sí, todo el tiempo.

—*Ahh…*

Me fundí con los dos en un abrazo; los besé.

—¿Sabéis una cosa? —evidentemente, ambos respondieron como autómatas, sin apartar la vista de la pantalla—. Mamá os quiere más que a nada en el mundo y eso es lo único que importa. Lo sabéis, ¿verdad?

—Sí —respondieron al unísono.

Besé de nuevo sus frentes, mientras ellos luchaban por esquivarme para no perderse ni un detalle de sus dibujitos preferidos. Me dirigí a la cocina.

Era una ilusa, lamenté. Con tan pocos ladrillos por parte de Marcos, ya me había vuelto a construir un castillo lleno de esperanzas. Supuse que algo estaba cambiado, pero volvía a equivocarme de lleno. Todo seguía igual. Lo único, importante sin duda alguna, era que mis hijos pasaban algo más de tiempo con su familia paterna. Aunque tenía que hablar con Marcos, de ningún modo podía permitir que inyectaran aquella basura contra mí dentro de los tiernos cerebros de mis hijos.

Qué extraño resultaba lo concerniente a él y a Rosa. Atando los pocos cabos de los que disponía, era evidente que sucedía algo entre Marcos y su novia; pero yo no sabía qué. «Eso no te importa», me recriminé, algo enfadada por perder el tiempo en pensamientos que nada tenían ya que ver

conmigo. Solo debía preocuparme por que mis hijos estuvieran bien atendidos y, por lo que acababa de comprobar, así era. La parte cotilla que todos llevamos dentro pugnaba para que preguntara a Víctor y Álex: los niños siempre lo cuentan todo. «No merece la pena: esa ya no es mi guerra», resolví.

El timbre de la puerta ayudó a que terminara con aquellas especulaciones inútiles. «¿Qué se le habrá olvidado a Marcos?», me pregunté. Abrí sin más, sin asegurarme. No oteé por la mirilla, para saber quién se encontraba al otro lado, segura de que solo podía ser él.

—Marcos…

Dos hombres de aspecto tosco irrumpieron en el piso de súbito, sin mediar palabra. Uno, el de mayor envergadura, me retorció el brazo derecho, sujetándolo con extremada fuerza a mi espalda. Acto seguido, me apuntó con algo puntiagudo sobre la nuca.

—Vamos a la cocina —ordenó, seco—. Si gritas te reviento la cabeza. —Dobló más mi brazo— ¿¡Entendido!?

Ahogué un aullido de dolor y asentí.

Busqué al otro tipo. Parpadeé un par de veces, las lágrimas y el sudor me habían empañado la vista. Horrorizada, comprobé como su compinche se había sentado junto a mis hijos en el sofá del salón. Resultaba irónico a la par que grotesco: reía ante las pesadas bromas que *Bob Esponja* le gasta al señor *Calamardo*.

Una vez en la cocina, el que me tenía presa, estrelló mi cuerpo, diminuto frente al suyo, contra el frigorífico. Escuché como se caían las letras de imanes. Sentí un dolor intenso en la columna y en la nuca. Sin dar tregua, me tapó la boca, con una de sus manos. Apestaba a alcohol, orina… a mugre.

Cubrió con ella casi toda mi cara, apenas me dejaba espacio para respirar bien.

Entonces y solo entonces, puede ver con claridad con qué me apuntaba: era una pistola. Oprimió con ella mi sien derecha.

—¡Un gemido y te vuelo los sesos!

El terror se apoderó, aún más, de mí. Temblaba como una lombriz en el pico de una gallina. Aturdida y confundida, podía escuchar desde lejos al otro matón hablando con mis hijos y comentando entre risas lo que estaban viendo.

—Dile a tu maridito que tiene una semana. ¡Te enteras, puta! ¡Una! ¡Ni un día más ni un día menos! ¡Que se deje de jueguecitos! ¡Una semana! ¡Queremos hasta el último céntimo ya! ¡¿Me has oído, puta?!

Descargó todo su peso, más amenazante si cabía, sobre la mano con la que me tapaba la cara. Asentí como pude.

—Ya podéis ir moviendo el culo los dos para entregarnos hasta el último euro; de lo contrario, me llevaré por delante vuestras cuatro apestosas vidas.

Se refería a mis hijos, a mí… Fue entonces, solo entonces, cuando noté como un líquido caliente resbalaba por mis muslos hasta llegar al suelo.

—¡Vámonos! —ordenó al que estaba en el salón.

—¡Adiós, chicos, sed buenos, eh, y estudiad mucho!

—Adiós, señor —respondieron al unísono sin dejar de ver la tele.

—¡Tienes una semana, puta! —bufó, quitándome la mano de la cara. Antes de que pudiera tomar una bocanada de aire, me agarró del cuello. Los talones se me elevaron del suelo, como si levitara, mientras que las piernas convulsionaban bajo espasmos incontrolados—. Aunque no eres nada del otro mundo, lo mismo a ti te dejo viva algún tiempo, putita —amenazó antes de apretar su boca apestosa contra la mía —. ¡Ah! Como llaméis a la Policía, os

reviento. Como se lo contéis a alguien, os mato. Como vayáis a la Guardia Civil, os mato. ¡Andaos con ojito! ¡¿Entendido, Puta?!

Me saltó de golpe y se marcharon del piso dando un portazo. Tenía lastimada la tráquea, el aire entraba por la garganta a poco y con mucho dolor. Lentamente empecé a resbalarme por las puertas del frigorífico. Caí al suelo, sobre mi propia orina.

Escuché gemidos ahogados. Eran míos. Por inercia, me había tapado con fuerza la boca, pugnando para que Álex y Víctor no escucharan el llanto de pánico y desesperación. La cabeza me daba vueltas. Sentía los latidos del corazón como si una maza me golpeara las costillas y quisiera salir, aunque tuviera que romper los huesos. Las piernas, aún tiradas en el suelo como las de una marioneta abandonada, temblaban carentes de control. Comencé a vomitar sin lograr levantarme.

Proferí un alarido ahogado de desesperación. Eché un rápido vistazo a los últimos meses de interminable agonía; y sí, aún podía sentirme más miserable, más sucia y menos merecedora de vivir: solo tenía que observarme allí, rodeada de orines, vómitos, sudor y lágrimas.

Me encontraba en tal estado de shock, que no era capaz de reaccionar, no sabía qué hacer, qué decir, a quién llamar. Solo quería llorar, morirme o que un agujero bajo mis pies me tragara para siempre. Visualicé ese agujero, como un remolino negro que me arrastraba lejos de allí, lejos de la existencia de penurias en la que me hallaba sumida.

En ese momento odié a Marcos como nunca había odiado a nadie. Deseé con rabia que mis males se multiplicaran sobre él. Lo creía el responsable de cuanto me sucedía. Necesitaba tenerlo delante para abofetearle, para descargar contra él mi frustración, mi dolor, mi rabia.

Como pude eché mano al teléfono, lo tenía sobre la encimera de la cocina. Marqué.

—Dime —escuché desde el otro lado de las ondas.

—¡Han estado aquí! —balbucí entre lágrimas de exasperación.

—A ver, cálmate, ¿quiénes han estado ahí?

—¡Todo es por tu culpa! ¡Por tu culpa!

—Cati, ¿quiénes han estado ahí?

—¡Esos tipos…!

—¿Qué tipos?

—Unos tipos a los que les debes dinero —bufé, enfurecida.

—Bueno… a los que les *debemos*, ¿no?

—¿¡Cómo!? ¡Eres un miserable, Marcos! ¡Un maldito cabrón miserable!

La sangre golpeaba con fuerza dentro de las arterias de mi cuerpo, como lava que busca un orificio por donde estallar.

—Cálmate —la voz tranquila de él desde el otro lado, aún me enervaba más.

—¡¿Cómo que me calme?! ¡Han estado aquí, me han amenazado de muerte! ¡A mis hijos! ¡¿Cómo coño quieres que me calme?!

—No es para tanto, ya hablaré yo con ellos —intentó apaciguarme con un tono demasiado tranquilo.

—¡Quiero que soluciones esto *ya*!

—Que no es para tanto, Cati. No seas tan dramática. ¡Qué te gusta un drama…!

—¡No tengo más que hablar, Marcos! —atajé con una sorprendente brusquedad impropia en mí— ¡Soluciónalo ya! Porque te aseguro que, si esos tipos tocan un pelo de mis hijos, seré yo la que me encargue de ti con mis

propias manos.

No le di tiempo a responder. Apagué el teléfono.

Sucia, aturdida, desesperada, eché un ojo a mis pequeños: se habían quedado dormiditos en el sofá. Álex reposaba la cabecita sobre la barriguita de su hermano y, este, le tenía la manita en la cara, como si de un padre se tratara. No quise tocarlos en mi estado, así que, como pude, me dirigí a la ducha.

Llevaba meses duchándome con agua fría, incluso en invierno, ya que intentaba ahorrar al máximo la bombona de butano para mis niños. Sin embargo, en aquel momento, agradecí el agua fresca que caía desde mi cabeza, recorriéndome la espalda y el pecho; bajando por las piernas, hasta los pies. Me enjaboné a conciencia, intentando limpiar cualquier rastro en mi cuerpo de las manos asquerosas de aquel tipo y cualquier rastro de sus palabras sobre mí.

Me envolví en la toalla. Aún temblorosa, llevé a los dos pequeños a mi cama: necesitaba tenerlos conmigo. Después, cerré con llave la puerta de la calle y eché todos los cerrojos; bajé cada persiana de cada habitación; anclé los cierres de aluminio y cristal del balcón. Hacía calor, mucho calor dentro del piso. Busqué el ventilador de mediados de los ochenta; lo coloqué en el pasillo, ya que el dormitorio no tenía enchufes en condiciones, para que nos refrescar un poco.

Di un par de vueltas, antes de vestirme con una camiseta vieja y unos pantalones cortos. Cansada, mucho menos que aterrada, me acosté junto a ellos y deseé que aquella noche terminara pronto. Más que nada, necesitaba volver a ver la luz del día, para pensar que aquello no había sido más que una pesadilla aterradora.

Pero no fue así. No tuve valor para cerrar los ojos. Así que opté por quedarme de centinela. Encendí una lámpara pequeña, situada sobre la mesita que había junto al sofá; y así, mirando hacia ningún sitio, estuve hasta que mis hijos se despertaron.

Capítulo 19

Cati

Cuando Víctor y Álex se despertaron, no supe muy bien qué hacer. Dudé entre llevarlos al colegio o dejarlos en casa. Estaba agotada, pero la inquietud y el miedo me impedían descansar. Sin apenas prestar atención a sus palabras, inmersa en mis propios pensamientos, les preparé el desayuno. Tras darle vueltas y más vueltas, opté por llevarlos a clase. Sería mejor para ellos pasar la mañana allí con sus compañeros y maestros en vez de quedarse encerrados entre aquellas asfixiantes cuatro paredes y con una madre desquiciada y paranoica.

Al salir del piso, cerré la puerta con llave, como jamás lo había hecho.

La sola idea de llamar al ascensor y que de él apareciera alguien cuya identidad desconociera, hacía que la respiración se me entrecortara. De modo que bajamos por las escaleras. Con cada escalón que descendía, mi angustia se elevaba. Por primera vez en mi vida, agradecí cruzarme con Juani, la vecina del tercero, y su lengua mordaz. Ella también pareció alegrase con nuestro encuentro, ya que aprovechó para ponerme al día de los chismorreos del bloque.

Antes de abandonar la protección del edificio, inspeccioné con sumo cuidado a ambos lados de la calle, hasta estar segura de que no había nadie sospecho por los alrededores. El sudor caía por mi frente. Aspiré tanto aire como cupo en mi pecho, y planté el pie fuera. Así, con más fuerza que nunca,

las manitas de mis niños: tenía pavor porque se soltaran o alguien tirara de ellos y los arrebatara de mi lado.

—Mamá, me haces daño —protestó Álex, el más rebelde de los dos.

Continué pendiente de cada coche, de cada sombra, de cualquier rostro desconocido o con dudosa apariencia. Aquel trayecto que tantas y tantas veces había recorrido a lo largo del curso, me pareció, en esos momentos, el más largo e inhóspito del mundo, como si atravesara por una selva cuajada de leones al acecho.

Por fin llegamos al colegio, mi anhelada meta. Una vez allí, les solté las manos; me miré los nudillos, los tenía blancos de tanto apretar. Con menos dedicación de lo que solía, les di un beso: necesitaba con urgencia que cruzaran la línea que los separaba de mi temida realidad, para entrar de lleno en sus mundos de amiguitos y juegos. Acto seguido, pegué la cara a la valla para observarlos sin perder detalle. No descansé hasta que me aseguré de que cada uno de ellos entraba sin incidentes y acompañados de sus respectivas señoritas.

Cuando estaba a punto de girarme para volver al piso, sentí una mano en mi hombro; el frío paralizó mi cuerpo por completo. Sin poder evitarlo, di un grito y me volví sobresaltada. Comprobé aliviada que se trataba de Lola Pintor. Noté que las mejillas mutaban del hielo de unos segundos antes, al rojo de la vergüenza.

—Siento haberte asustado —se disculpó— ¿Te ocurre algo, Cati, estás pálida?

—No, no te preocupes; es que estaba embobada y me he sorprendido.

Por la expresión de su rostro, puede verificar que no terminaba de creerme.

—Vamos a desayunar, ¿te vienes?

Si hubiese guardado un céntimo por cada vez que Lola me había realizado esa pregunta, dispondría de dinero suficiente para invitarla yo a ella.

—No, gracias, tengo cosas que hacer —mentí, siempre le mentía.

—Solo será un rato. ¡Anda vente! —insistió con su amabilidad innata.

Sabía que me lo pedía de corazón y, por ello, aún lamentaba más mis continuas negativas.

—Muchas gracias. No puedo. Además, me he dejado el monedero en el piso.

—No te preocupes, hija, yo te invito. Hoy por ti mañana por mí.

Lo malo de aquello radicaba en que siempre era «*por mí*»; y yo no lo soportaba.

Sin duda, Lola me había demostrado con creces ser muy buena persona. No podía imaginarse cómo lamentaba no haberla encontrado en otro momento de mi vida, rodeada de otras circunstancias. Lo que menos me apetecía en el último año, era, precisamente, eso: el esfuerzo que requiere una nueva relación. Sin embargo, ella, paciente, parecía no cansarse de llamar a mi puerta, cerrada a cal y canto.

—No, de verdad, Lola, otro día, ¿vale?

—Como quieras, pero ya nos quedan pocos días de cole; por eso las mamis estamos aprovechando al máximo. —Sonrió con cierto aire de pilla.

Lola Pintor poseía una sonrisa muy bonita, radiante. Gozaba de una belleza de libro: era alta, esbelta, con curvas y delgada, pechos prominentes… En mi mente le otorgué el distinguido título de ser la *Sofía Vergara* del cole. Antes de tratar con ella, me había hecho la idea equívoca de que era una joven estirada. Mis prejuicios la tacharon de mi lista por la forma impoluta de vestir, de cuidarse el cabello y el maquillaje. Pero eso, aunque mis prejuicios no lo

creyeran posible, no le impedía cultivar un corazón lleno de buenos sentimientos. En un principio, supuse que ambas estábamos a años luz en nuestra forma de ver la vida; sin embargo, con su comportamiento, me dio incontables lecciones de humildad, bondad y ternura. No me quedó más remedio que jurarme no volver a juzgar a nadie por su aspecto.

Nos despedimos con un beso.

Esa mañana no me pareció apropiado ir a visitar a mi madre: me daba miedo que alguien pudiera seguirme y hacerle daño también a ella. De inmediato desterré esa horrible imagen de mi mente. No soportaría que nadie le tocara un pelo. Tan débil, tan indefensa… ¡No, Dios, a ella no!

Despacio, cabizbaja y sin dejar de revisar mi retaguardia, regresé al piso. Reparé en que en el buzón había algo. Metí la llave, lo abrí y vi una carta de Aguas de Huesna, la empresa suministradora de agua en Utrera; la cogí.

Esperé un rato en el rellano de la entrada al bloque a que alguien llegara, a esa hora era normal el trasiego de vecinos. Al cabo de unos minutos entró Antoñita; me hice la encontradiza; y subimos juntas en el ascensor. Aunque ese trayecto lo realicé acompañada, ella no se bajaba en la misma planta que yo. Así que me quedé parada en la puerta del ascensor, calculando desde lejos la distancia entre el punto en el que me encontraba y la puerta de entrada a mi piso. En otra ocasión la habría recorrido sin pensar, y quizás en poco tiempo; pero el miedo me engañaba de tal forma que, por más pasos que daba, parecía mantenerme siempre en el mismo sitio, como si por un extraño efecto, la puerta aún se alejara más de mí. Creí estar dentro de una pesadilla. Escuchaba mi propia respiración, jadeante y agotada.

Cuando puede alcanzar mi objetivo, busqué en el bolsillo de mis vaqueros las llaves. La mano temblaba de tal modo, que cuando logré cogerlas se me

cayeron al suelo.

—¡Mierda!

Me agaché a recogerlas, sin dejar de mirar hacia el otro lado, con pánico, pavor… A lo lejos escuchaba la gente entrando y saliendo del edificio y temí que algunos de ellos fueran los tipos de la noche anterior.

Por fin logré abrir la puerta. Entré corriendo y eché los cerrojos. Desde la noche anterior, cada una de las persianas, ventanas y cortinas del piso se mantenían cerradas, y así las dejé antes de irnos al colegio. De ese modo aún olía más a añejo, a tristeza.

Una vez me supe segura, apoyé la espalda contra el contrachapado desgastado, de barniz brillante, de la puerta de entrada. No opuse resistencia mientras mi cuerpo se resbalaba por ella como una mancha de grasa en un azulejo. Caí al suelo.

Allí, sobre el frío de las losas de terrazo blancas con pintitas, abrí la carta. ¡Lo que me faltaba! Si no pagaba una factura, cortarían el agua el lunes próximo.

—¡Dios! —Resoplé.

«¿¡Qué más me queda, Dios mío?! ¿¡Qué más!?»

No podía más, no más, ni un minuto más. No soportaba aquella vida. Vestida, me metí en la cama, dentro del rebujo de sábanas que solo una hora antes guardaba el calor de mis hijos. Y entonces, entre lágrimas, lo vi todo muy claro, nítido. No podía continuar, aquello era insoportable, no había ninguna salida, ni para mí ni para ellos. El futuro, junto a la esperanza, se había desdibujado por completo.

Saqué de un bolsillo del pantalón el móvil. Lo encendí. Tenía un mensaje de Sherezade, y varias llamadas perdidas de ella y una de Marcos. Leí el

mensaje de mi amiga: «*Te he estado llamando, Cati. Mi padre ha muerto. Me voy unos días a León. Ya hablaremos a la vuelta, te quiero*».

Capítulo 20

Sherezade

Cuando Sherezade Guzmán de Hinojosa aterrizó en Oviedo, hacía rato que uno de sus primos, Bartolomé, la esperaba para llevarla en coche hasta el pueblo de su padre. Su marido, Pedro, no había podido acompañarla, ya que tenía asuntos de trabajo ineludibles.

Una vez en el aeropuerto, el primo Bartolomé cogió la maleta de esta, la saludó con un frío «Hola», y se giró para buscar el coche.

Sherezade necesitó abrazarse a él, llorar su desconsuelo con alguien que debería estar sintiendo el mismo dolor. Había terminado de perder a su padre por completo. Y la única familia de origen que le restaba eran ellos: sus primos y uno de sus tíos.

Había pensado durante el vuelo en Wenceslao, en la frialdad de este. Y hubiese dado cualquier cosa por conocer el origen de esta. A su pesar, una ternura extraña le unía a él.

Muchas veces soñaba con él, con caricias, besos y risas que ella no había tenido nunca. Los sentía como reales, como si hubiesen existido en un tiempo donde el consciente no pudiera acceder. En algunos de estos sueños, se veía sobre las pantorrillas de Wenceslao bajo su mirada de amor de este. En otros, el hombre, risueño, le cantaba canciones de cuna. En no menos, jugaba con ella.

En un recóndito cajón secreto de su interior, algo le decía que su padre la había amado con todo su ser, pero siempre achacó aquella intuición a la

necesidad que tuvo desde niña de rellenar los huecos provocados por el vacío y la indiferencia de él.

Pero, por mucho que conscientemente intentaba traer a la mente aquellos recuerdos tiernos, no aparecían por ningún lado; por lo que concluyó que era simplemente eso, la fantasía de una pobre niña intentando suplir el cariño fugitivo de sus progenitores.

Tampoco recordaba mucho a su madre, salvo una cama en una habitación oscura, un perrito a un lado, y ella, Sherezade, al otro, mientras la madre repartía caricias leves y equitativas a ambos.

Durante el vuelo, había llorado la pérdida definitiva de su padre. Había llorado los años de lejanía y desinterés por parte de él. Ni siquiera se lo había contado a sus hijos; ya los llamaría a su regreso de León. Para Wence y Serafín Campanario Guzmán el abuelo era solo una foto antigua y un ser al quien jamás se nombraba en casa.

Durante años Sherezade se había exprimido el cerebro buscando el punto de no retorno, preguntándose cuándo disgustó tanto a su padre, al quien había adorado durante las primeras etapas de su vida.

Un día dejó de preguntarse, necesitaba continuar hacia delante. Había hecho cuanto creía que le agradaría. Había sido una mujer como las de antes, como él tanto repetía: recatada, comedida y devota de su familia. Para ello, aprendió a esconder sus instintos, a mantenerse virgen hasta el matrimonio y a no dar muestras de cariño en público a Pedro, ni de novios ni de casados; sabía muy bien que aquello desagradaba a Wenceslao.

Ahora, en el presente, había pensado que si su padre supiera cómo estaba dando rienda suelta a sus impulsos, tantos años guardados dentro de la coraza de una mujer modosita, se retorcería como un escorpión atrapado.

Sherezade supuso que la madre, antes de enfermar, sería así, una mujer decorosa, dedicada en cuerpo y alma a ella y a su marido. Se la imaginaba como aquellas que ni siquiera levantaban la vista del suelo; correcta y puritana.

Nadie le había hablado de María de los Ángeles en estos términos, ni siquiera Aadina. Pero por la foto, con esa cara tan dulce y aniñada y, por cómo él le inculcó el comportamiento femenino, siempre se la imaginó así.

Durante una milésima de segundo, hizo el amago de saludar al primo con un beso; sin embargo, Bartolomé, con el lenguaje corporal, le dejó bastante claro que no era su intención mostrarse afectuoso con ella.

Este, con la maleta en la mano, la cual cargaba pensé a las ruedas, comenzó a dar grandes zancadas hacia el aparcamiento. Sherezade, a duras penas, lo siguió. Pese a ser alta, el primo aún lo era mucho más que ella. Fornido, rudo y grande. Los tacones tampoco ayudaban mucho en la tarea de seguidora.

En esta ocasión, había huido de los colores llamativos y vistosos. Llevaba un traje chaqueta, probablemente un *Chanel* auténtico, en malva y negro. Debajo de este un top color púrpura. Por más que Sherezade lo hubiese intentado evitar, los elevados pechos, siempre lograban dejar a la vista el escote prominente y bello. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo, sujeto con una peineta plateada, incrustada de piedras moradas, a juego con la indumentaria, del que se escapaban algunos rizos negros que otros.

Pese a haberse tenido que levantar bastante temprano, le había dado tiempo a maquillarse al milímetro. Sí, Sherezade estaba realmente bella. Pero ni la belleza ni el penetrante aroma a *París* de *Yves Saint Laurent* ni el duelo por la muerte de su padre, impresionaron lo más mínimo a aquel hombre terco de

modales tocos y rudimentarios, que la llevaba a dos metros detrás de él.

El viaje en coche desde Oviedo hasta Puebla de Lillo tampoco fue mucho más agradable. Tras formular gran cantidad de preguntas, de las que solo obtuvo como respuesta algún monosílabo que otro, Sherezade pudo saber simplemente lo justo y necesario, sin nada de pluma ni paja, sobre la muerte de su padre.

Había salido, como todas las mañanas, a dar un paseo por el monte. Desde que regresó al pueblo tenía esta sana costumbre. Si se encontraba con los pastores de la zona, prolongaba el paseo con un rato de charla, acompañado de un buen trozo de queso de oveja cortado a navaja, un poco de pan y no mucho de vino. Esa mañana, cuando uno de los pastores lo encontró, fue demasiado tarde para compartir ni las charlas ni la comida ni el buen vino con su amigo, solo pudo certificar que el pulso del bueno de Wenceslao se había detenido para siempre.

Inmediatamente llamaron su única hija y ella llegó tan pronto como pudo.

Durante los largos silencios entre Sherezade y su primo, necesitó escuchar una voz amable, algo de cariño… ¡Cómo no? Pensó en la persona que siempre estaba a su lado, a la que sabía que podía llamar y desahogar el dolor de su corazón.

Cati seguía con el móvil apagado.

Capítulo 21

Cati

Como pude, me levanté. Hice acopio de la poca voluntad que me quedaba y limpié el piso. Terminé pronto: no había mucho que limpiar. Escribí una carta de despedida para Sherezade, y para nadie más. Busqué en el botiquín de mi madre. Estaba lleno de medicinas antiguas que jamás había tenido ganas de tirar. Encontré varios relajantes musculares y algún que otro somnífero. Sí, aquello sería el coctel ideal, y abría suficiente para los tres.

Repasé el piso entero, por si me quedaba algo por hacer. Vi el móvil apagado y me acordé de Sherezade con un dolor sordo en el estómago.

En aquel momento no podía pensar en lo mal que lo debería estar pasando, ya que la muerte de su padre, sin duda, habría movido en ella una mezcla de sentimientos contradictorios. Pero no podía, ni pensar en ella ni en nadie: era demasiado para mí. Un solo pensamiento más, y mi cabeza hubiese estallado en miles de trocitos de sangre y masa gris.

La sentencia estaba echada, y ahora solo me quedaba acatarla.

Enjugué las lágrimas de mis ojos hinchados de llorar y no dormir, de sufrir. Entré en el baño, me lavé la cara. Tenía que ir a ver a mi madre por última vez. Y así lo hice.

La encontré sentadita, aparcada, como un trasto viejo que ya no sirve y no se sabe muy bien qué hacer con él; demasiado diminuta para una sala tan grande y desangelada. Contemplé desde lejos el cuerpo consumido por los años y la osteoporosis. Sentí una punzada en el corazón. Hacía fresquito en el

geriátrico, lo agradecí: estaba acalorada. Con pasos dudosos, trémulos, me acerqué hasta ella. Tragué mis lágrimas como quien tragar puntillas incandescentes. Temí no poder controlar el torrente que las sucederían. No quise abrir la boca. No podía.

Cuando llegué a su lado, me senté junto a ella y le cogí la mano. Huesos, venas púrpuras y ternura. Realicé una reflexión inconsciente, sin pretenderlo y sin detenerme a profundizar en ella: cuando somos jóvenes nos vemos tan lejos de la vejez… Andamos erguidos y soberbios, sin saber que nos encaminamos hacia ella con pasos de gigantes.

Mi madre me miró como si me reconociera, como si me quisiera. Me llevé su mano a la cara para acariciarla con la mejilla. Tras luchar en vano, las lágrimas comenzaron a caer, a mojar la mano que me enseñó a caminar, la que me alimentó y me cuidó cuando estuve enferma. Y ahora, era solo eso, huesos, venas púrpuras y pellejo. Me la puse entre los labios y la besé con el alma hecha jirones, con el amor que fabriqué para ella a lo largo de mis cuarenta años.

Mi existencia, tal como había sido, con sus luces y sus sombras, se la debía a ella, al desgarro de sus entrañas al parirme. Y ahora, yo, por mí misma, acabaría con lo que ella un día creó desde la nada con amor. Ella me dio la vida y, yo, me la quitaría. Fin de la historia.

—¡Te quiero, mamá! —susurré, ahogando un sollozo.

Salí a toda prisa de aquel lugar. Y, entonces, solo entonces, lloré hiel. Comencé a correr, como si una jauría de lobos me persiguiera, sin saber a dónde iba. Solo quería correr, huir de mí, de todo y de todos. Necesitaba correr al regazo de mi madre cuando aún sabía que era su hija, al que me acogía cuando siendo niña caía; correr al reconfortante abrazo de mi padre

cuando algo me frustraba; y correr al refugio del ser amado, que nunca tuve en Marcos.

Desorientada, me paré. No sabía dónde estaba. Caí al suelo. Como una vagabunda en busca de limosna, con las piernas cruzadas. Miré al cielo buscando una respuesta a tanto dolor. Pero nunca había una respuesta, el dolor era el dolor, y por más que los gurús positivistas dijeran, no había ninguna enseñanza, no había nada más, solo dolor y miseria.

El sol pegaba con fiereza, sentí como me quemaba en la piel de la cara y los brazos. Intuí que sería la hora de recoger a mis niños. Así lo haría. Y juntos regresaríamos a casa a encontrarnos con nuestro destino. Infundiéndome un valor del que carecía, me levanté y me encaminé hacia el colegio.

Cuando llegué al comedor, Lola Pintor me esperaba.

—Cati, me los llevo a casa. He puesto la piscina y pensé que les gustaría pasar la tarde con mis niños. ¿Te importa?

—Vale —respondí sin saber cómo, y alegrándome por tener un poco más de tregua para ellos.

—Si se te apetece…, puedes venirte también —titubeó.

Comencé a darme cuenta de que Lola temía hablarme. ¿Qué pensaría de mí? Seguro que era una pobre desquiciada, y no se alejaba mucho de la realidad. Pero ¿qué importaba ya la opinión de los demás?

—No, gracias, estoy cansada, me voy a casa.

—Vale, descansa, que se te ve muy desmejorada. No te preocupes por ellos, te los llevaré sobre las nueve, ¿te parece? —asentí—. Hoy les he prometido pizza, así que irán cenados a tu casa.

Regresé al piso, desconcertada, sin saber qué hacer. Los planes de Lola

Pintor habían desplazado a los míos. Y no tenía ni la menor idea de qué hacer.

Abrí el botiquín cogí lo que me pareció un somnífero y me lo tomé.

De golpe sonó el timbre de la puerta. Entreabrí los ojos. ¿Dónde estaba? Tardé un rato en ubicarme. Era el salón; estaba en el sofá.

Volvió a sonar el timbre más seguido. Me levanté. El suelo a mi alrededor giró. Necesité agarrarme a los muebles que iba encontrándome para no perder el equilibrio. Poco a poco comencé a volver sobre mí misma.

Sin recordar lo sucedido la noche anterior, abrí la puerta sin mirar, suponiendo que se trataba de Lola Pintor que traía a mis hijos de vuelta.

—¡Mamá! —gritaron los dos, aferrándose a mis rodillas. Les besé.

—Gracias, Lola.

—Vienen cenados y duchados; así que a la camita que mañana hay cole —ordenó con ternura, refiriéndose a ellos.

Me dio un beso en la mejilla.

—Me voy, Cati, que está mi marido abajo, mal aparcado.

—Muchas gracias por todo, Lola —lamenté no saber transmitirles con palabras lo agradecía que le estaba y el cariño que le tenía—. Adiós.

—Adiós, hasta mañana —contestó ella, sin saber lo que escondía mi despedida.

Cuando ella se marchó, recordé vívida toda la escena del día anterior, así que, movida por el miedo, cerré con varias vueltas de llave y eché cada uno de los cerrojos. El mismo miedo que nubló mi mente y no me dejó reparar en que nadie más podría abrir la puerta en caso necesario. Ni en que al día siguiente tendrían que partirla cuando quisieran acceder al interior para recuperar nuestros cuerpos inertes.

—¿Podemos ver la tele?

—Sí —respondí.

Como un autómata, me encaminé hacia la cocina, saqué del frigorífico la leche, llené hasta la mitad tres vasos y en cada uno de ellos repartí el cóctel que ya tenía previamente preparado. Las manos me temblaban; la frente me sudaba; y los ojos empezaron a nublárseme. Apreté con fuerzas los labios. Me odié, me sentí un ser repugnante y miserable. ¡Dios, iba a matar a mis hijos, a mis propios hijos! ¡Qué clase de monstruo era yo! Un monstruo asustado, que prefería quitarle la vida a su prole antes que verlos sufrir en manos de unos seres impíos. ¿Qué futuro les deparaba? Ninguno con luz, de eso estaba totalmente segura. Con una madre incapaz de luchar contra tanta adversidad y un padre voluble e inmaduro, a quien no le importaba poner en peligro la vida de sus propios hijos; incapaz de tomar una decisión sensata a su edad.

Con los tres vasos letales en las manos trémulas, anduve titubeante hasta el salón; los dejé en la mesa del centro y me senté en el sofá entre ellos. Los abracé con tal fuerza que sentí la opresión en sus cuerpecitos. Olían a colonia, a limpio y… a vida.

—Mamá os quiere, ¿lo sabéis? —la voz me salió en un hilo, casi inaudible —. Os quiere más que a nada en el mundo.

Me llenaron de besos. De besos que solo los hijos saben dar. Me rodearon con sus bracitos delgados, y necesité mirarlos por última vez. Los coloqué delante de mí. ¡Eran tan bonitos…!

Víctor era delgado, unos centímetros más alto que Álex. Tenía el pelo moreno y ondulado, aunque un par de tonos más claro que su hermano. Le costaba sonreír, pero cuando lo hacía, la cara centelleaba como un cielo cuajado de estrella. Le gustaba leer y prefería *Pokemon* a *Bob Esponja*.

Aunque algo tímido y esquivo con los demás, conmigo era cariñoso y dulce. Poseía una personalidad suave y tierna. De ojos avellanados y profundos, como si un anciano se ocultara dentro de su cuerpo de niño.

Álex era más parecido a Marcos y a su familia. Tenía una personalidad despierta y extrovertida, era amigo de todos. Tenía el cabello castaño oscuro y ondulado; los ojos color miel y llenos de astucia y pillería. Me recordaba mucho a su padre cuando lo conocí. Siempre reía, le encantaba reír. Tenía el tono de voz alto, para que todos estuvieran pendientes de él cuando hablaba. Le apasionaba jugar al fútbol, las patatas fritas y los bocadillos de atún. Volví a reparar en él. Con ese encanto innato y su don de gentes, de mayor volvería locas a las jovencitas, estaba segura de ello.

Aquel pensamiento se agrió en mí. Jamás llegarían a ser mayores. Esa noche acabaría todo. Para ellos, para mí.

Miré los tres vasos de leche. Había llegado el momento.

Capítulo 22

Sherezade

En los últimos tiempos había algo extraño en su amiga, algo que ella comenzaba a detectar sin poder comprender. En demasiadas ocasiones el teléfono estaba apagado. Imaginaba que era porque no quería saber nada de Marcos, o porque necesitaba estar sola con sus hijos. Cada vez la veía más delgada, así que pensó que tendría que hablar con ella seriamente cuando regresara a Utrera.

La verdad era que había llegado el momento de pasar página con Marcos, debía sobreponerse. Sí, la animaría a que saliera con el tal David de *Facebook*. Eso le haría bien y le devolvería las ganas de comer; a ver si así la alegría regresaba a su cara huesuda. No supo datar cuándo había perdido el resplandor y la lozanía que tenía años atrás, ahora siempre aparecía con ojeras y demacrada. Incluso había abandonado su aspecto. No recordaba cuándo fue la última vez que le había visto el pelo arreglado. No quería decirle nada porque sabía que estaba un poco deprimida por la separación. Pero ya era hora de ir a la peluquería. Si se resistía, ella misma la llevaría a rastras. Sí, esa era la labor de una amiga: le llamaría la atención por su dejadez.

No soportaba verla con esas camisetas largas y viejas de hombre, muchas tallas por encima de la suya. ¿Y sus vaqueros? ¿Cómo podría ser que su amiga no se cambiara de pantalones? Era evidente que estaba entrando en barrena, que se estaba volviendo una mujer descuidada, y ella, Sherezade Guzmán de Hinojosa, no lo consentiría. ¡Qué guapa estaba el día de la

exposición!, se alegró al recordarla. Si es que solo necesitaba arreglarse un poco, Cati había sido, y era, bastante guapa.

El día de la exposición… El recuerdo de Inocencio de los Ríos volvió a su mente, claro y conciso. ¡Qué decepción! Esperaba haber estado más con él, haber intimado en cualquier rincón de la galería. Lo deseaba. Aún recordaba el roce de la piel de él, la barba y el olor a campo. Pero qué desilusión, no hubo nada, nada. Unas palabras de compromiso y nada más.

¡Qué hombre más rudo! Eso le recordaba algo. Miró hacia la izquierda, y allí seguía el primo Bartolomé, mirando fijamente la carretera, sin girar en ningún momento la cara hacia ella ni cuando respondía con algo parecido a gruñidos a las preguntas que le iba formulando.

Siempre supuso que ese era el carácter norteño. Wenceslao era así, y el resto de la familia de León también. Le hubiese gustado mantener relación con ellos, invitarles en alguna ocasión a Utrera, o al piso de Rota, o hacerles de guía por Sevilla; pero ellos jamás mostraron el menor interés por ella.

El camino comenzaba a resultarle conocido. Apretó con fuerzas los labios. El estómago se le revolvió. Después de tantos años, en unos minutos volvería a ver a su padre, a lo que quedaba de él: un cuerpo inerte y frío.

Bartolomé paró el coche frente a la entrada de la casa. Sherezade miró alrededor, respiró el aire fresco y limpio. ¡Cuánto amaba aquel lugar! Aunque no fuera recíproco.

Al acceder al interior de la casa, comprobó que el salón estaba lleno de caras conocidas y extrañas, pero nadie levantó la vista para saludarla, ni siquiera el tío Gumersindo, ni las viudas de los otros dos tíos, ni siquiera el resto de las primas, ni los primos.

Sabía dónde se encontraría su padre, así, que irguió la cabeza con cierto

orgullo defensivo y obvió el rechazo de todos. A continuación, entró en la habitación en penumbras. Detuvo los pasos dubitativos en el marco de la puerta. Una mujer a la que no recordaba haber visto en la vida, salió pasando por su lado, sin mirarla. Sherezade no reparó en ella. Miró hacia dentro. La estancia seguía como la tenía grabada en el recuerdo. La cama matrimonial en medio, el ropero, la cómoda, la mesita de noche y una butaca. El mobiliario al completo de caoba, sin adornos. Su padre no era amigo de la decoración ni de lo superfluo, solo de lo estrictamente necesario.

La ventana de madera, entreabierta, dejaba entrar algunos tímidos rayos de sol, que entraban con timidez, iluminando escasamente la habitación. El cuerpo de Wenceslao descansaba sobre un colchón mullido. Aún seguía siendo igual de alto, aún llevaba el gran bigote, que comenzó a dejarse en Melilla.

Sherezade quería estar a solas con él. Se sintió en el derecho de hacerlo. Dio un paso más, y cerró la puerta tras de sí. Necesitaba intimidad. Necesitaba llorarle lejos de aquellas personas hostiles.

Pese a la tenue luz que penetraba por el cristal opaco por los años, la estancia era tétrica, como si la muerte, con la guadaña, permaneciera escondida por algún rincón. Aproximó la butaca junto a la cama, se sentó y cogió la mano inerte de su padre. La llevó hasta su mejilla, la besó. Y con esta entre las suyas, comenzó a llorar desconsolada.

—¡Papá! ¡Papá! —gimió—¿Por qué? ¿Por qué?

Así pasó largo rato. Lloró por quien ella pensaba que jamás la había querido. Atrapó entre los suyos, aquellos dedos que guardaron las caricias que Sherezade tanto necesitó.

—¡Te he querido tanto, papá! ¡Te he querido tanto…!

Levantó la vista. Qué hubiese dado por que aquellos labios apretados, rígidos, pronunciaran las palabras que se llevaba a la tumba.

—Fui todo lo que creía que te gustaba, papá, todo. ¿Por qué? ¿Por qué?

La cabeza de Wenceslao estaba poblada de una pelusa fina y blanca, cortada en barbería, que antaño había sido un cabello castaño claro y liso. Las cejas, por el contrario, continuaban pobladas y conferían al rostro el fuerte carácter de siempre. La hija acarició la frente despejada del padre, con cuidado, con el cuidado que nunca le había podido profesar. Se reclinó muy despacio, y recostó la cara junto a la de él, mientras le besaba la mano de huesos marcados.

Y así, acurrucada en el regazo del padre, como lo hiciera de pequeña, recuerdo este que no podía encontrar porque se hallaba escondido en un lugar inhóspito del cerebro, cerró los ojos y evocó los sueños de un amor paternal más ciertos de lo que ella imaginaba.

—Vamos, Ade, se lo tienen que llevar.

Una voz dulce, masculina, la despertó de la ensoñación. Abrió los ojos. Esa cara le resultaba muy familiar. Sin embargo, no supo ubicarla. Por el acento sabía que era andaluz, por lo tanto, no era nadie del linaje Guzmán.

—Vamos…

Sherezade se incorporó. Tenía el rostro empapado por las lágrimas. Cogió la mano tendida de aquel caballero. Él la esperaba con un cariño paternal dibujado en la cara. «¿Quién es...? ¿quién es…?», se preguntaba, atormentada.

Cruzaron el salón y salieron a la parte trasera de la casa por la cocina. El hombre sabía lo que sucedería a continuación, y no quería que la hija de Wenceslao Guzmán tuviera que pasar por aquel mal trago.

Sherezade observó el árbol del columpio. «Aún siegue ahí…», pensó con

melancolía.

—Todavía me parece estar viendo a mi amigo Guzmán contigo en brazos. No había nada en el mundo que le gustara más que balancearse en él contigo en el regazo. Lo construyó solo para ti, solo para cuando pasarais las vacaciones aquí —recordó el hombre con añoranza.

—¿Mi padre…? —inquirió ella bastante extrañada, al tiempo que se secaba los ojos con un pañuelo que el acompañante le había ofrecido.

—Sí: tu padre te adoraba.

—¿Mi padre…?

—Por supuesto, hasta el último día de su vida —aseguró el hombre, sin dejar de mirar hacia el horizonte.

Sherezade se sonó la nariz.

— Creo que no estamos hablando de la misma persona.

—Sí, sí que estamos hablando de la misma persona, de Wenceslao Guzmán, de un buen hombre, de tu padre y de mi mejor amigo desde hace más de cincuenta años. —Entonces se giró hacia Sherezade—. ¿No me recuerdas?

Ella frunció el ceño.

—Su cara me es conocida, pero no sé de qué.

—Soy Miguel Ramón de Quesada Mújica.

—¡Ahora, sí! —Sonrió ella levemente—. Sí, claro, mi padre siempre hablaba de usted como de un hermano. Le quería muchísimo. Usted era militar también, ¿no?

A Miguel Ramón de Quesada Mújica fue tornándole el rostro con las palabras de ella, de dulce y encantador, a nostálgico.

—Sí, soy militar, de reserva —sonrió—, pero militar, al fin y al cabo. —

Suspiró profundamente, hasta henchir el pecho—. De hecho, nos hicimos amigos el primer día que entramos en el ejército. Desde el minuto uno de la mili, hasta hoy.

Se giró de nuevo hacia el árbol. Sherezade pudo ver cómo se limpiaba los ojos con otro pañuelo blanco.

—Bueno, y ahora que ya me recuerdas. ¿Puedo darte un achuchón?

Un súbito bienestar recorrió la columna de ella, al tiempo que las lágrimas volvían a los ojos. Comenzó a llorar en el hombro del amigo de su padre.

—Llora, hija, llora…

Al fin encontraba un hombro amigo en el que apoyarse, alguien que la acompañaba en su dolor. Y allí, refugiada y querida, desahogó el llanto.

—No me queda nadie, Miguel Ramón. No me queda nada de ellos. Y esta familia me trata peor que a una desconocida; no respetan la sangre, no respetan los vínculos familiares. No los entiendo…

Un tumulto de llanto y voces detuvo la conversación. Se asomaron a la parte delantera de la casa. A unos metros del porche, observaron cómo metían el ataúd con el cuerpo de su padre dentro del coche fúnebre. Este se puso en marcha, lento y cansado. Mientras que una comitiva negra, como el carbón de sus minas, comenzó a caminar a pasos cortos tras el automóvil.

Miguel Ramón de Quesada Mújica y Sherezade Guzmán se unieron al cortejo. Primero fueron a la iglesia del pueblo, para celebrar el funeral por el alma de Wenceslao Guzmán. La hija, no creía mucho en esoterismo, pero necesitó que, si el espíritu del padre aún deambulaba por allí, se despidiera de ella de alguna forma.

Tras la misa, se encaminaron hacia el cementerio. Sherezade siempre quiso que los cuerpos de sus padres descansaran juntos en el panteón familiar, en el

cementerio San Fernando de Sevilla; sin embargo, Wenceslao fue tajante a ese respecto: quería que sus restos reposaran en el pueblo, al pie de los montes leones y cerca del pantano de sus amores. De nada sirvió la insistencia de la hija. Sherezade se ofuscó varias veces y discutió con él otras tantas, no comprendía como Wenceslao no prefería descansar durante el resto de la eternidad con su esposa. «¡Cómo puedes preferir un cacho de tierra a tu mujer!», solía bufar Sherezade al padre en las contadas ocasiones en las que salió a relucir el tema.

Pero, en ese instante, simplemente quería aceptar y acatar el último deseo de su progenitor.

El ritual le sirvió, no solo por ella, sino para comprobar cómo el hermano, los sobrinos, las cuñadas y los demás familiares querían a su padre. Cada uno de ellos lloraba la muerte con gran dolor. También descubrió, con más pena que desconcierto, que no eran gélidos por haber nacido en el norte de España. Observó las repetidas muestras de afecto de varios de ellos hacia Miguel Ramón. No le quedó más remedio que llegar a la conclusión de que sucedía algo contra ella. Nunca les cayó bien, eso era obvio, pero desconocía el porqué.

Una vez hubo terminado el sepelio, el tío Gumersindo insistió para que el fiel amigo de Wenceslao se quedara a dormir en su casa, ante el rechazo de este, otro de los primos se ofreció para hospedarlo.

—Muchas gracias, sois muy amables —se excusó Miguel Ramón de Quesada Mújica —. Tengo el vuelo para mañana por la mañana, así que pasaré la noche en Oviedo. Reservé una habitación ayer.

Sherezade verificó que ambos tenían billete para el mismo vuelo. Así que el amigo del padre, viendo que nadie le ofrecía alojamiento, decidió telefonear

al hotel, y reservar otra habitación para ella.

—Hecho, Ade; cogeremos un taxi que nos lleve a Oviedo.

—No es necesario, mi coronel —se ofreció Helio, otro de los primos—: yo le acercaré.

—No te molestes, Helio, hijo.

—No es ninguna molestia, señor, ya sabe que le apreciamos como a un tío más.

Sherezade miraba a uno y al otro, perpleja. Sentía que la única extraña allí era ella.

Mientras el coronel Miguel Ramón de Quesada Mújica, era despedido con grandes efusiones de cariño. Ella quiso entrar por última vez en la casa. Recorrió la sencilla vivienda. Se le vinieron recuerdos vagos. Entró en la cocina para comprobar si aún seguía allí el fogón de leña; y sí, allí estaba. Buscó en los cajones y encontró el cuchillo que su padre había fabricado, el que siempre utilizada mientras se vanagloriaba por su calidad. Lo rozó con la punta de los dedos, recordando la mano prieta y segura con la que él cortaba las hogazas de pan y el chorizo leonés, del que tanto se enorgullecía.

Tras unos pasos, se topó con la habitación donde dormía de pequeña, durante las vacaciones que pasaban juntos. Permanecía igual que la última vez que durmió en ella. Al lado, separada por el baño, la habitación del padre, en la que pocas horas atrás reposaba el cuerpo inerte. Abrió el armario; en él la ropa, escasa. Conservaba el olor paternal impregnado. Se acercó una camisa a la nariz. Wenceslao no usaba perfume, pero, aun así, la hija reconoció aquel aroma tan suyo. Entre los cajones, encontró una gorra, se le vino a la mente la imagen del padre ataviado con aquella prenda.

—Ade, cuando quieras nos vamos —oyó la voz de Miguel Ramón desde la

puerta.

Cogió la gorra de Wenceslao y, tras olerla, la guardó en el bolso. Salió de la casa, no sin antes volverse para echarle un último vistazo.

—Adiós —dijo a los familiares apostados en el porche.

—Que tengáis buen viaje —se escuchó como un clamor.

Pero nadie se acercó a ella, nadie la besó ni la abrazó.

Entró en el coche y se sentó en la parte trasera. Helio y Miguel Ramón, delante, comenzaron a hablar sobre el estado del ejército en la actualidad; ella guardó silencio.

Cuando arrancó el coche, se volvió para retener en la retina, la casa pequeña, el árbol del columpio cuya copa se elevaba por encima del tejado, el porche donde el padre se sentaba a tallar madera, el verde de los pinos milenarios por doquier, y el aire puro. Y de fondo, no muy lejos, la silueta del Monte Susarón

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no lloró. Cuando la estampa bucólica se perdió en la lejanía, se acomodó. Recordó a Cati, necesitaba escuchar su voz. La llamó por teléfono. Ya sí que le asustó aquella voz que de nuevo le repetía que el móvil de su amiga estaba apagado o fuera de cobertura.

Capítulo 23

Sherezade

En el recibidor del Meliá Hotel de la Reconquista, después de que ambos cogieran las llaves de sus respectivas habitaciones, Miguel Ramón de Quesada Müjica le propuso:

—¿Qué te parece si cenamos juntos en una hora? Necesito ducharme y descansar un poco. Ya sabes…, a mi edad…

—Sí.

—Pues aquí en el recibidor a las ocho, ¿de acuerdo? Imagino que podremos cenar en el salón; si no, ya nos planteamos comer fuera, ¿te parece?

—Sí, muy bien, Miguel: aquí estaré.

Cuando Sherezade abrió la puerta, la habitación que el amigo de su padre había reservado para ella, le pareció preciosa. Por un balcón acristalado, entraba aún algo de luz amarillenta que dejaba la tarde al desfallecer. Era amplia y olía a limpio.

Soltó sobre una silla las pertenencias, se quitó los zapatos, la chaquetita del traje de *Chanel* y se tiró sobre la cama.

Intentó, sin éxito, contactar con Cati. El teléfono continuaba inoperativo, dudó si sería conveniente llamar a Marcos, porque comenzaba a impacientarse. Por el momento, descartó esa opción. Ella misma, más que nadie, conocía su propia impulsividad, así que se armó de paciencia. A pesar de ello, necesitó buscar razonamientos para dejar de preocuparse por su amiga: Seguro que se le ha acabado la batería y no se ha acordado de

encenderlo. Aquel sentimiento la tranquilizó, pero un resquicio de miedo se le ancló en la boca del estómago.

Después llamó a Pedro. Estuvieron hablando durante un rato. El marido le preguntó por el viaje y se interesó por su estado de ánimo. Al principio, estaba reacia a contarle nada, sin saber por qué. De pronto, la respuesta apareció nítida en la cabeza: reprochaba a Pedro el no haberla acompañado. Su trabajo siempre es más importante que yo. Lamentó, al tiempo que se veía como una niña pequeña y consentida.

Ante la insistencia de él, comenzó a relatarle lo acontecido detalle por detalle. El marido la escuchaba con total atención, interés y ternura. A cada poco, intentaba reconfortarla con palabras de cariño.

Sherezade le explicó que se había hospedado en el hotel en el cual el amigo de su padre tenía reservada una habitación. Y que ambos viajaban de vuelta a Sevilla en el mismo vuelo.

—¿No me digas que Miguel era amigo de tu padre? —se sorprendió con entusiasmo Pedro

—Sí, ¿por qué?

—Lo conozco. Es uno de nuestro cliente, él y sus hijos. Tienen varias empresas. Miguel es un hombre extraordinario. Dale recuerdos de mi parte.

—Sí, ahora se los doy, hemos quedado para cenar en un rato.

Pedro despidió a su mujer con un «te quiero», y ella con un «yo también».

Tirada en la cama, con la cabeza y el corazón llenos de con un batiburrillo de emociones, dejó el móvil en la mesita junto a la cama, y cogió el portátil. Se conectó a internet. Entró en *Facebook*, y desplegó el símbolo de la bola del mundo, para ver las nuevas notificaciones. Cuando terminó de revisarlas, accedió al muro de Inocencio de los Ríos para ver las nuevas actualizaciones

de este.

Sin pensárselo dos veces, pinchó en el botón de mensajes, y le escribió uno:

«*Hola!*

¿Qué tal?

Soy Sherezade Guzmán de Hinojosa. El viernes pasado estuve en la inauguración de tu exposición en Sevilla. No sé si me recordarás. Me encantaron tus cuadros. Tuve que marcharme, pero me gustaría pasarme de nuevo para comprar uno. Eso sí, necesitaría tu experto asesoramiento.

Ya me comentas.

Un saludo,

Ade».

Antes de esperar una respuesta por parte del pintor, ya que observó que estaba conectado, el puntito verde en el chat así lo delataba, cerró *Facebook* y sus ojos.

Sherezade bajó al recibidor a la hora señalada, tal y como habían quedado. Miguel Ramón de Quesada Mújica ya la esperaba allí. La saludó con un beso en la mejilla, como si hiciera más tiempo que no se veían. Aquel hombre sí sabía mostrar cariño, pensó.

—¿Has descansado? —se interesó él.

—Un poco, he aprovechado para llamar a mi marido. ¡Ah, por cierto, Miguel!, dice que le conoce.

—¿Tu marido? —Se extrañó Miguel Ramón.

—Sí, es abogado, se llama Pedro Campanario Alcoba…

—¡Acabáramos! ¡Sí, hija, por Dios, claro que lo conozco! ¡Qué gran

hombre!

Sherezade bajó la cabeza contrariada. Por un lado, se sentía henchida de orgullo cuando alguien se refería en esos términos a su marido; y, por el otro, avergonzada por los últimos acontecimientos relacionados con Pedro y que solo ella y Cati conocían.

—Sí, sí que lo es. Gracias.

—¿Vamos al salón? Estoy muerto de hambre.

Ella comenzó a caminar al lado, mientras Miguel Ramón de Quesada Mújica le contaba anécdotas vividas con Pedro y la buena relación profesional que mantenían.

—Y no solo yo, sino también mis hijos… Imagino que ya te pondrá al corriente el bueno de Pedro —explicó el hombre mientras cruzaban las puertas de madera y cristales, abiertas a cada lado, que daban acceso al restaurante.

Al contrario de lo que suponían, en el comedor ya había bastante gente degustando la cena. Tomaron asiento.

Sherezade se quedó prendada con la belleza y el ambiente cálido del lugar. Parecía un antiguo patio interior, rodeado de columnas y con techos de madera.

Un camarero se acercó a ellos. Miguel Ramón aceptó de buen grado las recomendaciones que este les hizo.

Hasta que los deliciosos platos de la gastronomía asturiana y la sidra no estuvieron sobre la mesa, Sherezade no se dio cuenta del hambre que tenía. No había probado bocado en todo el día, salvo el café con leche que tomó en casa justo antes de salir para el aeropuerto.

—¿En qué año conoció a mi padre, Miguel?

—Tutéame, hija, para mí eres como de mi familia y más aún desde que sé que eres la mujer de mi estimado amigo Pedro Campanario Alcoba. —El hombre tomó un sorbo de la sidra recién escanciada—. Ya puede Utrera sentirse orgullosa de su hijo, no he conocido utrerano como él, que lleve a tanta gala serlo.

Sherezade asintió. Conocía cómo de pesado era su marido cuando hablaba de la ciudad de sus amores, que, aunque no lo vio nacer, era el lugar del que partían sus raíces.

—¡*Uff*! ¡Cuánto ha llovido desde entonces, Ade! —Suspiró mientras untaba un poco de queso cabrales en una *tosta*—. A finales de los cincuenta…, si no recuerdo mal. Sí, somos…, perdón, éramos, no me acostumbro, de la misma quinta. Tendríamos diecisiete o dieciocho añitos.

—Entonces usted, perdón, tú conociste a mi madre, ¿no?

—Sí, claro, a María de los Ángeles…

La mirada se le subió hacia arriba, como si la evocara. Cogió un trozo de carne y se lo metió en la boca. Tras masticarlo y tragarlo, bebió un nuevo sorbo de sidra.

—¿Sabías que se conocieron gracias a mí? —prosiguió con una sonrisa extraña, como la de la *Mona Lisa*, a la vez parecía triste.

—¿Sí? —Sherezade abrió los ojos sorprendida por la noticia—. No, no lo sabía. La verdad es que no sé nada de mis padres. No sé si tú sabrás que mi padre no era muy conversador conmigo y ya has visto a la familia: poco puedo conocer por medio de ellos.

—Ya… —Bajó la cabeza algo apesadumbrado y volvió a levantarla con un guiño—. Pues no dudes en preguntarme lo que quieras.

Lo que quiera…, pensó. ¿Por dónde empezaría? Habitaban tantas dudas en

su cabeza…

—Tú padre y yo nos hicimos muy buenos amigos desde el principio. Él me invitó en varias ocasiones a venir al pueblo. Aún vivían tus abuelos.

—¿Mis abuelos?

Sherezade no había conocido ni a los paternos ni a los maternos, y como era evidente, nadie les había hablado de ellos.

—Sí, eran maravillosos. Tu abuela chiquitita; y tu abuelo, como tu padre, un hombre alto, pero fornido, también militar.

Ella abrió los ojos impresionada; ni siquiera estaba al corriente de que el padre hubiese seguido la estela militar del abuelo.

—Pues como te iba diciendo, tras muchos intentos, un día convencí a tu padre para que bajara a Sevilla a pasar una semanita. Me costó, pero así lo hizo. Una de las veces que salimos, se tropezó con María de los Ángeles en una cafetería. Se enamoró nada más verla; y ahí empezó todo.

Sherezade lo miraba maravillada. Gracias a las palabras de Miguel Ramón de Quesada Mújica, parecía como si poco a poco se descorriera un velo negro de silencio y estuviera entrando algo de luz a su propia historia, a sus orígenes. Sonrió, emocionada.

—Tú madre era preciosa… Tenía carita de ángel, de hecho, tu padre la llamaba así *Mi Ángel*.

Cuando escuchó aquel relato de ternura del padre hacia la madre, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿De qué murió mi madre, Miguel?

—Nunca llegaron a saberlo. —Tragó saliva y, a continuación, un buen sorbo de sidra, y esquivó la mirada de la interlocutora. Mentía—. Debió coger algún virus extraño cuando estuvieron viviendo en Melilla. Lo cierto es que

algo la fue apagando poco a poco.

—Fue entonces cuando Aadina comenzó a cuidar de mí, ¿no? Algunas veces la escuché susurrar entre dientes: «La señora murió de pena». Pero ya sabrás cómo era…

—Sí… Aadina era una de las criadas que ellos tenían en Melilla, y se vino a vivir con ellos a Sevilla. Ya… Pero no, quien se ocupó de ti todo el tiempo fue tu padre, hasta…

—¿¡Mi padre!? —Sherezade no daba crédito a lo que acababa de oír.

—Sí, tu padre siempre te ha adorado. Cuando eras un bebé, y él no trabajaba, se dedicaba a ti por completo. Era una delicia verlo contigo: no había hombre más feliz en el mundo.

Los ojos se le oscurecieron.

«Entonces, mis sueños no eran tales, eran recuerdos», descubrió por fin Sherezade.

—No entiendo nada, Miguel, nada. Entonces, ¿qué hice para que mi padre cambiara así conmigo? Yo me recuerdo siempre con Aadina.

—Nada…, hija…, nada… Era evidente la adoración y devoción que tú siempre mostraste por él.

—No entiendo…

—Y él, te adoró hasta el último suspiro de su vida, de eso estoy seguro, significabas todo para él.

Sherezade movía la cabeza de un lado a otro.

—¿Entonces…?

—Las cosas no siempre son lo que parecen, hija… Hace un mes tu padre hizo testamento, y todo, absolutamente todo, te lo ha legado a ti.

—¿¡Cómo!?

Ella suponía que simplemente le dejaría lo que la ley mandaba, y que el resto lo repartiría entre la familia de León.

— Pues eso…, todo, absolutamente todo para ti: el piso de Sevilla, la casa del pueblo, todos sus ahorros y la casa de Melilla.

Sherezade lo miró perpleja, no salía de su asombro.

—¿Aún conservaba el piso de Sevilla? ¿Y qué es eso de una casa en Melilla?

—El piso de Sevilla lo ha tenido alquilado hasta hace poco. Desde que él regresó a León, yo me he ocupado de él. Y de la casa de Melilla, chalé para ser más exactos, no sé nada, se desentendió de ella. De vez en cuando, he mantenido contacto con la servidumbre que cuidaron de ella durante años; pero ahora no sé nada de nada. Por ahí debo tener un teléfono de uno de los familiares de ellos, ya te lo pasaré.

Sherezade tenía los ojos abiertos de par en par. ¿Cómo había llevado el padre una vida tan sencilla tras acumular tantas posesiones? ¿Y por qué se las había dejado a ella? ¿Por qué no había disfrutado del dinero?

—Desconocía todo lo que me estás contando, Miguel —afirmó, encogiéndose de hombros. Giró la cabeza hacia un lado, no quería volver a llorar. Se tapó la boca. Notó como la rabia brotaba desde lo más profundo de su ser—. ¿Para qué tanto dinero y posesiones? Mis abuelos maternos ya me dejaron bastantes casas, pisos y terrenos… La mayoría de ellas las vendí. Tengo dinero que no podré gastar en toda mi vida. ¿Y sabes lo que yo siempre he anhelado? El cariño de mi padre. A mi madre la perdí, y eso era irreversible, pero mi padre ha estado vivo hasta hace nada. Y…

—No sabes cuánto lo siento, Ade, de verdad.

Las lágrimas de frustración y tristeza comenzaron a rodarle por la mejilla,

humedeciendo el maquillaje que caía arrastrado por estas.

—Aún hay más, Ade… —Miguel Ramón contempló la cara, los ojos llenos de venas ensartadas. Sintió pena por la hija de su amigo. Así que una vez muerto este, ya no tenía por qué seguir ocultándole la verdad—. Tengo guardas todas las cartas que tu padre me ha enviado en estos estos más de cincuenta años de amistad.

—¿Sí?

Por fin un brillo le animó el rostro.

—Sí, Ade. Y creo que es hora de que pasen a ti. En ellas está plasmada casi toda tu historia, al menos, como la vivió Wenceslao. Pienso que deberías leerlas, sabrías más de ambos, de todos, de ti.

Miguel Ramón cerró levemente los ojos y después los abrió elevando sus manos hacia arriba.

—Sé lo que él pensaba. Y yo lo he respetado demasiado tiempo; pero creo que ya es hora de que conozcas la verdad…

—¿Qué verdad, Miguel? —inquirió ella, preocupada.

—Toda…, hija, toda… Tu vida está construida sobre unos cimientos frágiles, construida sobre medias verdades y mentiras.

Miguel Ramón de Quesada Mújica se iba animando cada vez más en la conversación, parecía como si durante muchos años hubiese estado guardando las ganas de confesar aquellos secretos, como si hubiese estado sosteniendo un peso demasiado molesto para él. Y en ese instante, quizás liberado tras la muerte del amigo, de dicha carga, o bien porque el alcohol le ayudaba a que se le soltara la censura, comenzaba a sentirse aliviado al confesar a aquella chiquilla indefensa, como él la veía, que había mucho oculto que debía descubrir para continuar adelante.

—No entiendo nada, Miguel, nada.

—Cuando lleguemos a Sevilla te entregaré todas y cada una de las cartas, escritas de puño y letra de tu padre, de mi amigo, del cabezón de Wenceslao Guzmán. Si algo he aprendido en la vida, hija, es que todos nos equivocamos, que no se puede juzgar a nadie, porque hay que estar en la piel del otro y caminar con sus zapatos para poder juzgarle. Y diría más, ni, aun así. Y lo que es peor, no podemos dejar a nuestros hijos sin herencia, pero no me refiero a casas, posesiones o dinero, me refiero a unas raíces o, al menos, saber cuáles son nuestras raíces, y saberlo de verdad.

En este punto Miguel Ramón de Quesada Mújica calló.

—Creo que es hora de retirarse, mañana tenemos que coger el avión bien temprano.

Llamó al camarero. Le dio el número de su habitación para que cargara la cuenta de la cena. Dio un beso a Sherezade y se despidió, dejándola llena de dudas y con el corazón inquieto.

Capítulo 24

Wenceslao, María de los Ángeles y Khaled

—Buenos días, *Mi Ángel*, se ve que por fin has podido dormir.

María de los Ángeles se restregó con cuidado las manos pequeñas y pálidas por los ojos. Wenceslao, se encontraba de espalda, frente a la ventana, descorrió las cortinas oscuras de la habitación.

Un sentimiento desconcertante se apoderó de ella; miró en derredor con sorpresa; buscando respuestas, buscando a alguien, quizás. No sabía cómo había llegado del salón a la cama, en el dormitorio, en la planta superior.

En su interior se mezclaron, al mismo tiempo, varios sentimientos ambiguos y placenteros. De un lado, se sentía relajada, descansada por primera vez en muchos meses, e invadida por un regocijo nuevo, que nunca había sentido. Por otro, cierto rubor le tornó el rostro en carmesí y una culpabilidad liviana selló sus labios.

Desde ese justo momento, la imagen de Wenceslao se le antojó distinta, como si una máscara que lo tuviera oculto se cayera antes sus ojos. No podría discernir si el singular disfraz se deslizó por el cuerpo de su marido, o si, por el contrario, dentro su propio corazón. Dudó de si el respeto y cariño que sentía por él, lo había estado confundiendo con amor o si se trataba del reflejo de la devoción que este le profesaba. No perdió ni un segundo más en intentar clarificar sus sentimientos; prefería continuar disfrutando del bienestar que se había alojado en su ser.

Las hermanas de Khaled le ayudaron a bañarse y a vestirse. El señor

Guzmán bajó al jardín donde comenzó a ojear el periódico frente a un café humeante. Y María de los Ángeles hizo lo propio tras acicalarse. Ya en el porche, rodeado de columnas con damas de noches, tomó asiento frente a su marido. La mañana le pareció luminosa, y por fin pudo disfrutar de la belleza de los rosales en flor, del canto de los pájaros y de la brisa del mar. Inspiró con intensidad, para que aquella belleza redescubierta la penetrara hasta el alma.

—María de los Ángeles, te veo diferente…

—Sí, querido, por fin he podido descansar —corroboró radiante, como la mañana que los envolvía.

En esa ocasión no lloró durante el desayuno. Tampoco le pidió entre sollozos al esposo que la sacara de allí. En esa ocasión la dicha la inundaba, como la humedad a los campos tras la tempestad.

—Quiero salir de compras —informó a su marido con tono animado.

—Me parece bien —convino él perplejo—. Le diré a Khaled que tenga el coche preparado en una hora. —Wenceslao realizó una pausa para saborear el café solo y sin azúcar—. ¿Te gusta? —El zumo de naranjas frescas se le atragantó, creyó que lo vomitaría—. Ni te has fijado, querida, ¿no es así?

—No —susurró ella algo alarmada.

—Me estoy dejando bigote —le informó el esposo, señalando con el dedo a una hilera de vellos castaños que proliferaban por encima del labio superior.

—Ah, sí —suspiró aliviada—, mucho.

—Por favor, Ilham, diga a Khaled que venga —pidió el señor Guzmán con más educación que cortesía a la hermana mayor del chófer.

Al oír el nombre, un escalofrío recorrió la espalda de la joven esposa. Apartó con un gesto de desgana el plato con el desayuno a medio comer. Se le

había cerrado el estómago; y ciertos nervios, que no llegaba a reconocer, provocaron que lo ya ingerido se le revolviera un poco.

Dicho y hecho, a los pocos minutos Khaled se presentó ante los señores Guzmán de Hinojosa, erguido y con la mirada al frente, como si fuera a pasar revista. María de los Ángeles no levantó los ojos del periódico del día, que puntualmente traía su esposo cada mañana, y que la mantenían informada de cuanto ocurría en la península. Temió que alguna mirada furtiva desvelara los pensamientos rebeldes que se le estaban amotinando en la mente. El joven marroquí, lejos de importunarla con algún gesto inadecuado, inclinó la cabeza en señal de servidumbre como siempre; sin embargo, en esta ocasión, ninguno de sus rizos escapó de la fijación que los mantenían peinados hacia atrás.

—Khaled, lleve a la señora a la ciudad, por favor, necesita hacer unas compras.

El chófer asintió con una leve reverencia.

María de los Ángeles no pudo contenerse y lo miró de soslayo; él, por el contrario, no la correspondió en ningún momento. Este hecho provocó de inmediato un terrible pesar en lo más profundo del corazón de la señora. De nuevo se vio como una niña malcriada a quien le arrebatan un juguete y la sensación de culpa regresó al estómago.

Durante el trayecto de camino al centro de la ciudad, el chofer permaneció taciturno, con la atención puesta en su trabajo. De vez en vez, pese a su rectitud, fisgaba por el espejo retrovisor del interior del coche cuando ella estaba distraída. No le pasó desapercibida la boca de María de los Ángeles a punto de hacer pucheros. Sin embargo, solo abrió los labios para pronunciar en repetidas ocasiones: «¿A dónde llevo ahora a la señora?». Para disgusto de ella, esa fue toda la conversación que mantuvieron a lo largo de la jornada.

Cuando regresaron a la casa, Wenceslao hacía ya rato que se había marchado al cuartel.

—Un compañero ha pasado a recogerlo —informó Ilham— ¿Qué va a cenar la señora?

—¡Nada! —bufó, airada y bastante irritada.

Subió a la habitación y tiró las bolsas con la compra en el suelo. María de los Ángeles se arrojó sobre la cama, hundió la cara entre los almohadones y lloró a pleno pulmón. No transcurrió mucho tiempo, cuando el sueño invadió con su silencio la casa. El temido insomnio volvió a atraparla con sus implacables garras. Atrincherada en su orgullo, se resistió a bajar al jardín, a sentarse en el banco de flores para contemplar la luna. Sin embargo, el tedio de las horas muertas la obligó a salir de su fortaleza y buscar la calma de la noche allá fuera.

Descendió con sigilo las escaleras. No quería que él, el que tanto la había humillado, la escuchara. Pero, antes de que sus pies llegaran a la puerta principal de la casa, Khaled la sorprendió con su mano tendida.

—Venga conmigo —musitó en español, con aquel marcado y dulce acento *galo-marroquí*. La llevó al salón. En esta ocasión, se había adelantado, y ya había recreado exactamente la misma escena de la madrugada.

A partir de entonces, noche tras noche y día tras día, ambos repetían el sagrado ritual. Ilham comenzó a observarlos con recelo y, de vez en cuando, lanzaba a su hermano miradas inquisitivas de reproche.

—No hay nada por lo que debas reprenderme, hermana. Quédate tranquila. Solo me siento junto a la señora y leo para ella. No he osado en tomar su mano entre las mías mientras lo hago, ni acaricio su rostro. Solo me siento junto a ella y leo. Eso es todo.

—¿Y qué me dices de vuestros largos paseos en coche?

—La llevo de compras, a conocer la ciudad o a la playa. Solo cumplo órdenes.

Capítulo 25

Cati

La noche anterior me había topado de cara con el miedo, con el pánico, y no tuve valor. En el último momento me flaquearon las fuerzas. Aunque, a decir verdad, no pienso que se tratara de una cuestión solo de valor o fuerzas, ya que sí tenía el coraje suficiente para acabar con mi propia vida. Por el contrario, llegué a la única conclusión posible: yo no era nadie para arrebatarles la vida a mis niños; esta, sin duda, sería su única y auténtica posesión mientras les quedara un aliento.

Tiré los tres vasos de leche por el fregadero, antes de que alguien pudiera probarlos siquiera. Acosté a mis hijos conmigo. Cuando por fin se sumergieron en un mundo de aventuras oníricas, me recosté junto a ellos. Durante toda la noche estuve en alerta. Temía que, en castigo por el horror que estuve a punto de cometer, Dios, el Universo o alguna entidad poderosa, me los pudiera arrebatar.

Lloré con amargura, sin dejar de contemplar sus caritas. Sin lugar a duda, eran lo que más amaba en el mundo. De modo que por ellos continuaría luchando, por ellos afrontaría mis miedos, absolutamente cada uno de ellos.

Por esta razón, saldría del pozo ciego de podredumbre y basura en el que me hallaba. Había tocado fondo, por tanto, solo me restaba flotar, dejarme llevar para poder emerger.

Después de la reflexión dormí un poco, pero fue un sueño reparador como no recordaba. Sin el pánico a los matones del día anterior, llevé a mis hijos al

colegio. Caminamos con risas y charlas animadas. Antes de salir me había desprendido de mi gorra, por lo que me resultó más sencillo levantar la cara, sonreír y saludar a las demás madres.

Tras dejarlos allí, volví al piso.

Abrí cada ventana, levanté las persianas, descorrí las cortinas pesadas. Necesitaba que el olor a rancio desapareciera. Limpié a fondo, cada rincón, cada recoveco, con una energía desconocida en mí desde... ni sabía cuánto. Ordené cajones y armarios. Eché en bolsas de basura la ropa de mis padres. Sí, no solo conservaba la de mi madre, sino que, tras la muerte de mi padre, ella no fue capaz de deshacerse de las pertenencias de él y, por inercia, yo tampoco. A consecuencia de ello, en los roperos se amontonaban trajes, camisas, chaquetas, zapatos… y un sinfín de prendas de ambos. Algunas podrían ser de mediado de los años sesenta. Las llevaría a algún punto de recogida de ropa, tal vez pudiera serle útil a alguien.

Una vez hube terminado con los armarios, cambié sábanas y lavé cortinas.

En uno de mis pequeños descansos, conecté el teléfono. Tenía varias llamadas perdidas de Marcos, de Sherezade y algún que otro número desconocido. Mi exmarido debió recibir algún mensaje avisándole de que mi móvil volvía a estar operativo, porque no me dio tiempo a dejarlo sobre la mesita del salón, cuando comenzó a sonar.

—Hola —saludó, titubeante.

—Hola —respondí, fría como el hielo.

—¿Cómo estás? —se interesó.

Imaginé que se había preocupado por mi desconexión.

—Bien —le informé, seca.

—¿Y los niños?

—Bien.

— Ya les he devuelto a esos tipos una gran parte del dinero que les debía… No te volverán a molestar.

Callé, no quise responderle.

—Hoy quiero recoger a los niños y pasar la tarde con ellos… —Se hizo un silencio. Supuse que le incomodaba mi frialdad. No me importó—. ¿Qué te parece?

—Bien.

—¿Te pasa algo, Cati? —Su voz sonaba atenta y dulce, más de lo normal.

—No.

Su preocupación aún lograba que me reafirmara más en mi postura. Sería fuerte. Yo tenía mi razón y, a partir de ahora, no dejaría que nada ni nadie me doblegara. En unos días me había topado de bruces con la muerte dos veces. Así que se acabó aquello de andar con la cabeza baja por la vida. Se acabó.

—Vale, te los llevo sobre las ocho.

—Vale.

Y sin esperar a que se prolongara aquella conversación, corté la comunicación.

Me vino bien que Marcos se hiciera cargo de los niños aquella tarde, porque así tendría más tiempo para terminar con las tareas que me había propuesto.

Sonó el teléfono de nuevo. Era Sherezade. Sherezade… Me había olvidado por completo de ella, y de lo mal que lo debería estar pasando.

—¡Hola!

— Hola… —titubeó, algo desconcertada—. Estaba preocupada, Cati. No sabía nada de ti, he estado a punto de llamar a Marcos y todo. No te puedes

hacer una idea de lo que me alegra escuchar tu voz.

—¡Ay, lo siento…! Tenía el móvil apagado y no me di cuenta —mentí, como de costumbre.

— Ya, lo supuse —el tono de la voz comenzó a relajarse.

—¿Cómo estás? —quise saber de corazón.

— Bien, tú sabes… Ha sido muy triste, Cati. Además, ya sabes la frialdad con la que me tratan por el pueblo. Y mi padre… —Guardó silencio por unos segundos—. Han sido muchos sentimientos encontrados…

— Lo siento mucho, de verdad, Ade… Si hubiese podido…

— Ya, ya lo sé, hija… ¡Te he necesitado tanto…!

—¡Ay, mi niña…!

— Además, en este momento tengo un lío monumental en la cabeza.

— Imagino.

—No, no es solo por la muerte en sí, que también; sino porque estuve hablando con su mejor amigo. Me contó unas cosas…

—¿Qué cosas? —inquirí, preocupada.

— Más bien me inquietó lo que no contó. ¿Sabes que mi padre me ha dejado cuanto tenía?

—¿Sí? —No sabía si alegrarme.

—Sí.

—Alguna vez que otra me has comentado que suponías que se lo dejaría a tus primos y tu tío, ¿no?

—Sí, y es que así lo creía… pero me equivoqué. Me ha dejado hasta un chalé en Melilla… Yo ni siquiera sabía que tenían ninguna posesión allí.

—¿Melilla…? —susurré—. Alguna vez tengo que ir. No sé, hay algo de esa ciudad que me llama la atención…

—Pero no se queda ahí la cosa. Por lo visto mi padre me adoraba cuando yo era pequeña. Y dice su amigo que era un padrazo conmigo. ¿Te lo puedes creer, Cati…? Me quería… ¡Mi padre me quería!

—No entiendo entonces el comportamiento que tuvo contigo, Ade.

—Ni yo, Cati, ni yo…

—Seguro que tendría algún motivo…

—Pues por lo visto, sí. El amigo me ha entregado tres cajas metálicas, de las antiguas de cacao, ¿te acuerdas?, llenitas de cartas.

—¿De quién?

—De mi padre.

—¿De tu padre?

—Sí, y ha insistido, ¡no te puedes hacer una idea!, para que las lea. Dice que en ellas encontraré las respuestas a muchas de las preguntas que me he estado haciendo estos años.

Mi asombro subía por segundos.

—No sé qué decirte, Ade: me estás dejando sin palabras.

—Cati…

—Dime…

—Necesito tu ayuda, necesito que las leas conmigo.

—Está bien. Pero ahora mismo no puedo —Era la primera vez que le daba una negativa a Sherezade, y vi que no pasaba nada.

—¿Quedamos mañana en mi casa? Ya sabes, desayunito, cartas…

Rio, y yo le correspondí.

—Sí, cuando deje a los niños en el colegio, allí estaré.

—¡Ah, Cati!

—Dime.

—Le he enviado un mensaje a Inocencio.

En ese momento no sabía de quién me hablaba.

—¿Inocencio? ¿Qué Inocencio?

—¡Hija, el pintor! —exclamó, explosiva, sin dar crédito a mi ignorancia.

—¡Ah!, ¿y eso…?

—Pues porque quiero comprarle un cuadro…

No le respondí, ella y yo sabíamos lo que pensábamos ambas.

—¡Ya te vale!

Rio de nuevo.

—Que te quiero, Cati. Mañana en mi casa. Besos.

—Yo también te quiero, guapa. Hasta mañana.

Dejé el móvil sobre la encimera de la cocina y continué con mi tarea, con la limpieza general.

Una vez hube terminado, me duché y me tumbé unos segundos en el sofá. El piso olía a limpio y, por primera vez en mucho tiempo, me sentía satisfecha conmigo misma, sabía que me había marcado un objetivo y lo había conseguido.

Ahora, tocaba comenzar a buscar trabajo. Era consciente de mis limitaciones laborales y consciente de que sería muy difícil para mí, y más en los tiempos que corrían. Pero estaba segura de lo buena que había sido en mi terreno, de cómo disfrutaba con mi profesión y de que tenía que saber venderme.

Empezaría por hacer mi currículum.

Eran más de la cinco de la tarde cuando terminé con todos mis cometidos por ese día. Así que me vestí y me dirigí hacia la Biblioteca Pública de Utrera.

A esa hora, a mediados de junio, hacía bastante calor; pero mi determinación era superior que los impedimentos.

Entré en el edificio, agradecí el aire acondicionado. Busqué la zona de ordenadores y me senté delante de uno. Antes de nada, abrí mi correo electrónico y limpié todos los mensajes innecesarios.

Escribí en *Google* las palabras «portales de empleo»; salió una amplia lista, y comencé a copiarlos. Después, uno por uno, me fui inscribiendo en ellos. Controlando el tiempo, para que no se me echara encima la hora de estar en el piso, abrí el *OpenOffice* y copié toda la información que había anotado en el par de folios. Una vez lo tuve listo, lo guardé en un *pendrive* que llevaba e imprimí una copia. Solo quedaba hacerle copias, pegar una foto a cada uno de ellos y comenzar a llevarlos a los sitios adecuados.

A las ocho menos cuarto volví al piso. Me encontré en la entrada con Marcos y mis hijos, que llegaban en ese momento.

Capítulo 26

Cati

Abracé a Víctor y Álex y me dispuse a subir con ellos. Marcos se pegó a nosotros. Agradecí que no preguntara por la carpeta que llevaba debajo del brazo: no quería tener que darle explicaciones.

—¿Vas a subir? —me extrañé.

—¿Te importa?

—No —mentí, sin salir de mi asombro.

—Me gustaría acostarlos y darle las buenas noches. ¿Puedo?

Asentí. Sin embargo, temí que estuviera tramando algo, no me fiaba de él. ¿Cómo es que no corría a los brazos de Rosa? ¿Cómo que después de tanto tiempo quería llevar a la cama a sus hijos? Algo olía a pescado podrido en aquello.

Subimos por la escalera. Yo estaba cansada, comenzaba a pasarme factura el día de duro trabajo. Ellos, por el contrario, iban brincando, llenos de alegría, charlas y canciones.

—¡Qué ha pasado aquí! —exclamó Marcos cuando abrí la puerta del piso y comprobar el gran cambio.

— Un poco de limpieza, y un mucho de *tirar lo que ya no sirve* —repliqué con hostilidad y enfatizando las últimas palabras.

Él hizo oídos sordos. Con el tiempo, llegué a pensar que realmente lo estaba. Tenía por costumbre no escuchaba mucho de lo que yo solía comentarle: siempre había hecho lo que le venía en gana.

Los niños realizaron la rutinaria súplica: un poquito de tele. Acepté de buen grado. Marcos se sentó en el sofá con ellos.

—¿Cati, tienes hambre?

¿Hambre?, me moría de hambre. Solo tenía en el cuerpo un café con leche, y una lata de atún. Cuando él se fuera, tenía pensado hacerme una tortilla francesa con un huevo. El resto, los guardaba para mis hijos.

—Sí, cuando acueste a los niños cenaré.

—¿Te apetece que pida comida china?

¡Comida china! Me encantaba la comida china. Era como si a un perro le pones delante un chuletón de ternera y le preguntas si quiere. ¡Claro que quería! ¡*Uff*!, hacía más de un año que no la probaba. Mataría por un rollito de primavera, o un arroz tres delicias, o por pollo con almendras… Había tocado mi punto débil, me había ganado, y él lo sabía.

—Bueno —contesté con cierta desgana, que encubría un «¡Sí, por favor, te lo suplico!».

—¿Alguna preferencia?

—No, pide lo que quieras.

En ese momento me hubiese comido cualquier alimento que me pusieran por delante. Mi estómago rugió ante la perspectiva soñada.

A los veinte minutos aproximadamente, llamaron al portero electrónico. De nuevo, la imagen de los tipos aquellos entrando en el piso se cruzó por mi mente. El miedo me paralizó durante unos segundos. El tiempo en el que mi cuerpo y mi mente supieron encontrar el sosiego. «Marcos está aquí. Y, además, me ha asegurado que no volverán a molestar. Soy fuerte, todo está en paz», me oí decir mentalmente.

Mientras yo pensaba en ello, mi exmarido ya había abierto, tras asegurarse

de que se trataba del repartidor del restaurante.

—¿Te encargas tú, Cati…? —preguntó tan encantador que no lo reconocí, mientras le daba un billete de cincuenta euros. «Él saca cincuenta euros, así como si nada, y yo me estoy muriendo de hambre», pensé—. Quiero acostar a los niños.

—Sí —respondí y cogí su dinero.

Les di un beso y un abrazo a los niños cuando pasaron por mi lado con su padre para encaminarse hacia la habitación adyacente.

—¿Papá va a vivir otra vez con nosotros? —preguntó Álex con su carita de ojos inquietos —¿Vamos a ser otra vez una familia?

No supe que contestar. La pregunta me noqueó.

—¡Anda, vamos a la cama! —resolvió su padre, colgándose a sus hijos en cada uno de sus brazos. Como si hiciera pesas, los subía y bajaba. Víctor y Álex, reían divertidos.

Llamaron al timbre de la puerta. Coloqué el ojo en la mirilla. Reconocí al instante la imagen al otro lado. Se trataba del repartidor, con su inconfundible casco de moto puesto, y con la visera levantada. Le abrí. Él me entregó un par de bolsas, yo le di el billete de cincuenta euros. Por último, tras buscarse en ambos bolsillos, me dio la vuelta.

—Gracias, buenas noches. ¡Qué aproveche!

—Muchas gracias.

Deposité ambas bolsas sobre la encimera de la cocina; y fui a echar un vistazo a mis hijos.

Me quedé anclada en el marco de la puerta, mientras luchaba por que las lágrimas se quedaran retenidas en la garganta. Nunca, en seis años que tenía Víctor, había visto esa tierna escena *paternofilial*. Sentí pena, mucha pena,

mezclada con esperanza. Y un «podríamos intentarlo de nuevo» cruzó fugaz por mi mente. ¡Cuánto echaba de menos mi familia! Duró justo el tiempo que necesité para volver a controlar mis pensamientos. Ya no era cuestión de rencor, de recordar el daño que ese hombre nos había causado a mis hijos y a mí misma; y tampoco cuestión de confianza, mis padres me habían enseñado a perdonar y tirar hacia delante. Pero algo en lo más profundo de mi ser se había roto para siempre. Yo ya no amaba a Marcos y, estaba segura, por primera vez en mi vida, de que jamás volvería a amarlo.

Marcos, tras permanecer un rato abrazado a ellos, los besó, les dio las buenas noches y salió de la habitación.

Yo entré tras él. Los achuché y los llené de besos antes de pronunciar un: «Buenas noches. Os quiero más que a nada en el mundo».

Cuando regresé al salón, Marcos ya había puesto la mesa. Abrí los ojos hasta que me dolieron; los froté; no podía salir de mi asombro.

Me senté y empecé a servirme.

—Quiero hablar contigo, Cati…

Me lo temía.

El olor que subía a mi nariz de la ternera con bambú y setas shitake me tenía narcotizada, en aquel momento si me hubiese podido un riñón, se lo hubiese dado sin pestañear.

—Dime… —dije, dócil. Mientras me sacaba un poco de ese manjar en mi plato.

—No sé por dónde empezar…

Por el principio, pensé; al tiempo que masticaba con parsimonia un trozo de seta shitake, regodeándome en su sabor. ¡*Uhmm*!, si el Cielo existía, debería ser algo parecido a aquel momento.

Recordé al doctor Gutiérrez; recordé su primer diagnóstico: desorden alimenticio. ¡Hambre, hambre! Era el único problema. Si por mí hubiese sido, y mi estómago me lo hubiese permitido, no hubiese dejado ni un mísero grano de arroz para Marcos. Me encantaba la comida. Para mí comer era un placer, muy parecido a hacer el amor.

—Quiero pedirte perdón, Cati.

Me tragué de golpe un trozo de almendra, casi se me atoró en la garganta. Bebí un poco de agua para ayudar a que bajara. No supe qué responder.

—Sí, Cati, por todo…

Dejé el tenedor sobre el plato blanco de *Arcopal* y observé su cara. La gomina había hecho estragos en su pelo, poco a poco, se le iban insertando claros. Las canas se habían mezclado con cabellos de color oscuro, sin llegar a negro. En la frente despejada, tres líneas corrían en horizontal. Bajo, estas, las cejas pobladas. Los ojos descansaban sobre tres flotadores de ojeras, grasa y noches de excesos. Mantenían su color claro, pero no el brillo tan característico de cuando creía que el mundo estaba en su mano. Los labios gruesos, y los dietes ajados y amarillentos por el tabaco, el alcohol, y todo lo que yo no quise saber.

Me dispuse a escucharlo con atención.

—Rosa no es lo que yo pensaba, Cati…

—No pienso volver contigo, Marcos. Si es eso lo que vas a decirme, ahórrate la saliva…

—No, no es eso lo que quiero, Cati.

—Me encandiló su cuerpo de modelo. Su pelo rubio, y sus exquisitos modales… Pero es solo una fachada que guarda un ser vacío…

—No quiero que me hables de ella, Marcos. ¿Por qué me cuentas estas

cosas?

—Necesito hablar con alguien, Cati. He sido un estúpido toda mi vida. Era un inmaduro, y quiero cambiar. No quiero hacerte más daño, ni a ti ni a ellos. Son lo que más quiero en el mundo.

—Hasta que te vuelvas a encaprichar de otra, ¿no?

—No, Cati, no. —Bebió un poco de agua—. Entiendo que estés enfadada conmigo, y que me guardes rencor; pero voy a demostrarte que he cambiado, que no soy el mismo. He cometido muchos errores, y estoy intentando solucionarlos. Esa mujer es una víbora. Me encandiló, me prendé de ella… Pero no solo de ella, de otras muchas, también. Y sí, te mentí el otro día. He estado con muchas, Cati, con muchas.

Al principio supuse que no, pero aquellas palabras comenzaron a herirme.

—No quiero saber más, Marcos.

—Pero una cosa es verdad, con nadie he sentido como contigo. En el mundo donde me movía hay mucha mentira. Y me he dado cuenta ahora. Tú siempre has sido auténtica, tú eres real.

¿Por qué ahora? ¿Por qué no había pensado eso antes de arruinar mi vida? Me dolía. Cada palabra se clavaba en mí como un aguijón. Ya no había vuelta atrás. Cogí una servilleta y me soné la nariz. Las lágrimas habían empezado a resbalarse por mis mejillas sin permiso.

—No quiero que llores, Cati, no soporto verte llorar una vez más —intentó cogerme de la mano.

Instintivamente la aparté. Temía que aquel consuelo terminara con él sobre mí.

—Lo siento, lo siento… He destruido todo lo maravilloso que teníamos. Ahora sé que tú intentabas mantener nuestro hogar, mientras yo corría detrás

de faldas, cubatas y rayas de coca.

Por fin lo confesaba todo. No eran imaginaciones mías, ni estaba loca, como tantas veces le oí decir a él y a sus hermanitas queridas. Yo no dilapidé el dinero; solo me dediqué a cuidar de mis hijos y de mi casa, confiando ciegamente en mi marido.

—Me habéis hecho mucho daño, Marcos, tú y tu familia. Queríais que yo fuera la cabeza de turco de este desastre. Me habéis llamado loca, vaga… Tú sabes mejor que nadie que abandoné mi trabajo por ti y me dediqué en cuerpo y alma a construir nuestro sueño, una familia. Y mientras tú continúas viviendo como si nada hubiese pasado, a mí me echaron de nuestro piso, de madrugada, con dos niños pequeños, y mientras tú… ¿¡qué hacías, Marcos!? ¿¡Eh!? ¿¡Qué hacías!? ¡Pues follar con Rosa! ¿¡Tú dormiste esa noche, Marcos!? ¿¡Eh!? ¿¡Dormiste!? Pues tus hijos y yo, no. Nos expulsaron como a unos vulgares delincuentes, sin tiempo para recoger lo más mínimo.

Tomé aire para continuar con mi letanía de reproches, lanzando mi dolor contra Marcos como una ametralladora sin control.

—Te burlaste de mí por mi extrema delgadez. ¿Sabes por qué estoy tan delgada? Porque me paso los días sin probar bocado, para poder ponerles un plato de comida a tus hijos… Y el colmo de los colmos, fue el otro día…

La respiración se me aceleró, ya no podía parar.

—Marcos, me pusieron una pistola en las sienes. ¡Me oriné encima de miedo! Ese tipo me manoseó como si yo fuera un trapo sucio. Y mientras… eh, mientras, yo no podía ver con claridad si el otro les hacía daño a los niños o no.

Quise contarle lo de mi intento de suicidio, pero me contuve, alguna vez podría usarlo en mi contra.

—Lo siento, Cati, lo siento… —balbució, cabizbajo.

—¿Lo sientes? ¡Lo sientes…!

Por segundos me irritaba más, no podía contener la ira. Llevaba demasiado tiempo guardándola a presión dentro de mí, y, ahora, había encontrado un resquicio por donde expulsarla como una explosión descontrolada.

—¿Sabes por qué me desmayé el otro día? ¿Sabes por qué me llevaron al *Chare*? No, ¿verdad? Por inanición.

Entonces la que bajé la cabeza fui yo.

—El médico que me atendió me dio de comer…

Por primera vez en mucho tiempo, comenzaba a ver en él un atisbo de humanidad y empatía.

—Y no puedo hablarlo con nadie por vergüenza. Me da vergüenza que todos sepan la miseria en la que vivo. ¿Sabes lo que he comido hoy? Un café con leche, con poca leche porque la reservo para ellos, y una lata de atún. Y me preguntas que si quiero comida china… ¡Claro que sí! ¡Cualquier comida! ¡Me muero de hambre!

En ese punto comencé a llorar desconsolada. Marcos se levantó y me abrazó. En un primer momento empujé su cuerpo; pero su tierna insistencia logró que mis infructuosas resistencias cayeran desplomadas al suelo.

—Lo siento… lo siento… —repitió una vez tras otra entre ahogados sollozos.

Y así, unidos por la compasión que tanto necesité en el último año, permanecimos un rato.

—Anda, siéntate y come —me pidió, condescendiente, depositando un suave beso en mi pelo.

Algo más calmados, nos sentamos y continuamos con la comida.

—No puedo borrar el pasado, Cati; pero una cosa te puedo asegurar: haré cuanto esté en mi mano para que viváis mejor, e intentaré rectificar lo que aún pueda.

—Pero no pienso volver contigo, Marcos…

Más que a él, lo repetía por mí misma; puesto que su súbita ternura había derribado mis barreras y eliminado, con un plumazo, los restos del rencor.

—Y yo no te lo pediría nunca, Cati —noté que mentía—. Solo quiero ser tu amigo, que podamos tener una buena relación, por el amor que nos tuvimos un día y por nuestros hijos.

—¿Amor? Tú nunca me has querido, Marcos.

Bajó la cabeza. Sabía que era cierto.

—No supe quererte…

—Estabas demasiado ocupado en adorarte a ti mismo.

Cayó, no replicó.

Quizás yo estaba siendo demasiado cruel, pero me sentía bien descargando el dolor acumulado.

—Sé mi amiga, Cati, solo eso. Te necesito. Necesito que estés en mi vida, necesito que me ayudes a enderezarla, tú siempre has sabido distinguir entre el bien y el mal: yo no. En muchas ocasiones has sido como una madre para mí.

«Ya…», pensé con tristeza. Yo no quería ser su madre, quería ser su esposa.

—No sé qué decirte, Marcos, tengo que continuar con mi vida, encontrar de nuevo un camino. No sé si podré ayudar a nadie en estas circunstancias.

—No te exigiré nada. Dame tiempo, te demostraré que puedes volver a confiar en mí.

—No sé…

—Por cierto, antes de que se me olvide, mañana mis hermanas han quedado con sus hijos y nietos en casa de mi hermana Pura, quieren que lleve a los niños, ¿te importa?

—No. Sé que se lo pasarán muy bien allí.

Las hermanas de Marcos tenían nietos de las edades de mis hijos, y les gustaba pasar tiempo juntos.

—¡Ah, Marcos! Una de las primeras cosas que quiero de ti es que tus hermanas no vuelvan a comentar nada sobre mí delante de los niños, ni bueno ni malo. No tienen por qué hablar de mí.

—No te preocupes por eso, ya es agua pasada.

Lo miré extrañada.

—También se han dado cuenta de cómo es Rosa; y me reprochan que no supe cuidarte.

—¿Tus hermanas! —pregunté con media sonrisa—. No lo puedo creer… Hace menos de una semana… —recordé lo que Víctor y Álex comentaron.

—Pues sí, como te lo digo. —Rio.

—¿Qué va a pasar ahora con la casa? ¿No la pusisteis a su nombre?

Me di cuenta de que me estaba entrometiendo.

—Sí… —titubeó— Otro gran error. Con su cara de niña buena, enamoró a mis hermanas… Y ahora no sabemos cómo solucionarlo. Lo vamos a poner en mano de los abogados de mi familia.

Sí, era evidente, estaba delante de otro Marcos, totalmente diferente. Aunque debía de ser prudente: muchas otras veces me había prometido el cielo y solo me había empujado un poco más hacia el infierno. Pero lo conocía, sí, lo conocía… Esta vez era distinto.

Capítulo 27

Cati

Esa mañana, después de la catarsis emocional de la noche anterior, me levanté feliz. Marcos, en su nueva faceta, me había dicho que vendría a recoger a los niños para acercarlos al colegio.

—De paso, te llevaré algo de dinero, para que vayas tirando. ¿Te avías con seiscientos euros?

¡Claro que me aviaba! Hacía años que no veía tanto dinero junto. No quise preguntarle la procedencia. Me dijo algo sobre que estaba metido en un negocio. Pero no quise preguntar, ya no más.

—Eso sí, seiscientos son para la casa, y te daré otros doscientos, con la condición de que te lo gastes en ti, única y exclusivamente en ti. Ya va siendo hora de que tires esos vaqueros roñosos, y esa camiseta negra. Creo que era mía, ¿no? Sé que no es mucho, pero cómprate algo de ropa, ve a la peluquería, lo que sea, pero para ti. Mientras yo viva no volverá a faltaros nada en el frigorífico.

A las ocho y media, mientras Víctor y Álex desayunaban, escuchamos el timbre de la puerta: era Marcos.

Me alegraba que comenzara a cumplir. Me dio un beso en la mejilla y un sobre con dinero.

—Cuéntalo si quieres.

—No es necesario.

—Pero lo dicho, doscientos euros son para ti.

Asentí con la cabeza, mientras mentalmente iba repasando las facturas que tenía que pagar. De sobra tenía para ellas, e incluso pensé en llenar el frigorífico y la alacena. Aun así, sobraba, ¡sobraba! Llevaba años sobreviviendo con nada, me había habituado a no gastar, así que aquellos ochocientos euros se estirarían en mis manos con un chicle en las de un niño.

A menos cuarto partieron para el colegio. Marcos también los recogería a la salida, como me había comunicado la noche anterior, y después se los llevaría al campo de su hermana Pura.

Cuando salieron por la puerta, tras los achuchones y los besos, necesité saltar de alegría. No lo hice. Recordé el día anterior. Me senté unos segundos para asimilar la nueva situación.

Cuando terminé guardé el dinero y me encaminé hacia el piso de Sherezade. Me esperaba para desayunar y leer la correspondencia entre su padre y el amigo de este.

Mientras daba un paso tras otro por la calle y sentía el sol de la mañana bañar mi cuerpo, respiré con tranquilidad. A partir de aquel momento, seguro que mis problemas se solucionarían, por fin, con mi cambio de actitud, y tras tomar las riendas de mi propia vida, todo cambiaría para bien, estaba segura de ello.

Con calma, decidí que dejaría la compra y el ir a pagar las facturas pendientes, para el día siguiente, viernes. Repasé mentalmente la cocina; no había necesidad de conseguir comida con prisas. De la noche anterior, había sobrado: arroz, pollo con almendras, tallarines, un pan chino, un rollito… Y algo más que no recordaba. Además, los niños regresarían tarde y cenados. Para el próximo desayuno, quedaba medio tetrabrik de leche, suficiente para ellos dos. «Y yo desayunaré con Lola Pintor», me dije, con una sonrisa:

llevaba el curso entero deseando hacerlo. Todo estaba bajo control, así que podía pasar una mañana relajada en compañía de mi amiga.

Cuando llegué al piso de Sherezade, ella ya me esperaba con el desayuno preparado en la mesa de la cocina; y tres cajas metálicas de cacao, una sobre la otra. Imaginé que aquellas eran las carceleras de los famosos secretos familiares.

Antes de nada, nos abrazamos.

—Siento mucho lo de tu padre, Ade. Imagino lo que has debido de pasar.

—Sí, Cati, sí, lo que te dije por teléfono. Fue un cúmulo contradictorio de sentimientos.

—¿Esas son las cajas con las cartas?

—Sí. Pero primero a desayunar; y luego, con fuerzas, nos ponemos manos a la obra.

Al pasarme el jamón cortado en lonchas muy finas, me preguntó:

—¿Te puedes quedar hoy a comer conmigo? Tengo carne mechada hecha, y unas patatas cocidas que me sobraron de anoche, ensaladas… lo que quieras.

Sherezade no solo tenía siempre el piso impoluto, sino que también era una magnífica cocinera. Alguna vez que otra, había comentado que a Pedro le gustaba ver el frigorífico lleno, por si alguno de sus muchos amigos les visitaba por sorpresa. Así que ella solía tener platos fríos que pudieran ser servidos en cualquier momento.

—Sí, Marcos recoge a los niños del comedor.

—Marcos está irreconocible, ¿no?

—Sí, irreconocible… —Elevé las cejas—. Ya te contaré…

Desayunamos mientras ella me fue narrando cómo se enteró de la muerte

de su padre. Lo que tuvo que hacer para encontrar vuelo. La llegada a Oviedo, el recibimiento y traslado a cargo de su primo Bartolomé. La frialdad de sus familiares leoneses. Lo triste de la despedida a su padre. El árbol con el columpio. Miguel Ramón de Quesada Mújica. La misa en la iglesia de piedra gris, el entierro… El dolor. El adiós. Los recuerdos de la casa. El olor a su padre. La gorra. La cena en el hotel. Y la entrega por parte de Miguel Ramón de Quesada Mújica de la correspondencia entre él y su padre.

Una vez hubimos terminado de desayunar, recogimos la mesa, metimos los platos y las tazas en el lavavajillas y nos fuimos al salón con las tres cajas. Mientras yo las sostenía, Sherezade desalojó la mesa grande, en la que tenía muchos marcos con fotos de sus hijos, Serafín y Wence, de su marido, de ella, una mía y varias de Víctor y Álex. Extendió sobre ella un mantel plastificado. «Para no arañarla», me informó. Después puso un CD de Alejandro Sanz. La primera canción que sonó fue Nuestro Amor Será Leyenda. Esa canción me ponía la piel de gallina. Sherezade tenía la discografía completa del cantante, y más de una vez me había explicado con todo lujo de detalles, qué le haría si lo tuviera delante. Yo solía reírme para mis adentros: Sherezade me parecía demasiado arroz para tan poco pollo.

Deposité las cajas sobre la mesa; las abrimos y empezamos a echarles un vistazo.

Las tres estaban atestadas. No queríamos volcarlas sobre el hule por si Miguel Ramón de Quesada Mújica las tenía ordenadas por fechas. Y en efecto, no tardamos en verificar que así era. Para no perder la cronología, decidimos leerlas correlativamente, una ella otra yo. Sherezade cogió la primera, yo la segunda. Sí, ambas estaban fechadas a finales de los 50.

En las primeras no había nada ciertamente relevante. Hablaban sobre el

ejército y cosas de amigos de aquella edad. Lo importante comenzó a partir de que Wenceslao conoció a María de los Ángeles. Con una prosa bastante afectada, describía a su amigo los fuertes sentimientos que su amada le inspiraba.

—Ade, no sé, me da escalofríos leer esto. —Empecé a sentirme mal, como mareada. No quería leer, algo me lo impedía.

—Por favor, Cati, hazlo por mí —me pidió con la cabeza ladeada, como un cachorrito abandonado—. Necesito saber por qué mi padre cambió su comportamiento conmigo. ¿Qué le pasó a mi madre? ¿De qué murió? ¿Si se querían…? Todo.

—No sé… —Me eché las manos al estómago. Encogí la cara como si acabara de comer limones—. Se me revuelven las tripas…

—Por favor… —me pidió, extendiendo la mano con otra carta para que yo la leyera, con cara de niña perdida.

—Está bien —accedí. La comprendía.

Realicé un esfuerzo enorme. Continuamos leyendo.

Palabra tras palabra, el padre de Sherezade narraba a su amigo lo feliz que se sentía ante sus incipientes nupcias. Terminamos con esas dos y comenzamos con otras dos. Más de lo mismo. Solo narraba su dicha tras contraer matrimonio con María de los Ángeles. Lo difícil que le estaba resultando adaptarse a la vida mundana que rodeaba a su esposa. Sin embargo, no lo expresaba como un pesar, sino más bien, como una prueba más de su amor por ella. Nos quedó absolutamente claro, que Wenceslao haría cualquier cosa por su devoción: María de los Ángeles.

De nuevo repetimos la misma operación: dejamos las dos leídas sobre un montoncito que se elevaba por momentos, y cogimos otras dos. En estas

últimas apareció por primera vez la palabra «Melilla». En ellas describía su ilusión al preparar la casa; además de narrar con detalle las obras y mejoras a fin de que todo estuviera dispuesto para cuando su mujer se reuniera con él. Hablaba de plantas, de árboles, de arriates… de sueños depositados en su nueva vida junto a María de los Ángeles.

No supe dar una explicación lógica a ello; pero con cada letra, un nudo en la garganta hizo que algunas lágrimas se escaparan de mis ojos.

—Lo siento, me he emocionado. ¡Cuánto debió querer tu padre a tu madre! ¡Qué bonito!

En las dos siguientes, Wenceslao comenzó a explicarle a su amigo la enorme preocupación por el estado de melancolía de su joven esposa. Se sentía derrotado: «*Tanto esfuerzo para nada*», escribía. Así mismo, se lamentaba por no tener la posibilidad de pedir destino para volver a la península en unos años. Por ello, pidió encarecidamente a su amigo que intercediera por él ante algunos superiores conocidos de la familia Guzmán. «*Necesito con urgencia ser trasladado, querido Miguel Ramón, me temo que la salud de mi amada María de los Ángeles corra peligro*», explicaba con angustia.

— Entonces… mi madre comenzó a encontrarse mal estando en Melilla, ¿no?

—Eso parece. Pero por lo que describe, da más la impresión de que sufriera depresión que otra enfermedad.

—Sigamos leyendo —pidió Sherezade, empezando a entusiasmarse.

Cogimos de nuevo otro par de cartas amarillentas.

En estas se manifestaba la repentina mejoría de María de los Ángeles y lo feliz que se la veía. Explicaba que casi todas las mañanas salía de paseo con el

chófer marroquí, un tal Khaled. También hablaba de él. Wenceslao revelaba sin ambages lo mucho que apreciaba a su sirviente. Lo describía como un hombre callado, culto y leal. Refería que, pese a que en el cuartel corrían numerosos rumores sobre su fama de conquistador, él no percibió nada sobre ese respecto en el joven. «*Se dedica en cuerpo y alma tanto a la casa como a María de los Ángeles y a mí*».

—Cati. —Sherezade me miró con los ojos abiertos como platos—. ¿Estás pensando lo mismo que yo?

—¿Qué estás pensando tú?

—Pues que mi madre se lio con el chofer.

—No lo creo, ¿no? —dudé, y argumenté mi incertidumbre—. Por como la describen, no creo que fuera de *esas*…

—Define «*esas*».

—Lo siento, no he querido ofenderte.

Sherezade rio, para apostillar a continuación:

—No me has ofendido: soy la persona más feliz del mundo mundial desde que he decidido ser una de «*esas*» mujeres.

Se abanicó con fuerza con una mano, mientras con la otra cogió el móvil y me lo enseñó. Eran más de las doce.

—¿Cervecita o un refresco?

—¿A esta hora…? Prefiero un refresco.

—Yo me voy a tomar un botellín: necesito digerir tanta información.

Salió del salón y al instante volvió con las bebidas para ambas.

—Igual me viene en los genes… Tal vez mi madre también era un poco… —titubeó— Un poco putón, como yo.

—¡Hija, qué cosas tienes! —Hice un gesto de desaprobación—. ¡Te vas a

tener que lavar la boca con jabón!

Soltó una carcajada.

—Sí… pero no precisamente por malhablada.

—¡Anda, anda! No tienes remedio… —Sonreí, divertida por sus ocurrencias.

Capítulo 28

Wenceslao, María de los Ángeles y Khaled

Pero eso fue antes de Nador, antes de llevarla a su ciudad de origen, la ciudad de donde provenía su familia al completo.

Tras un corto recorrido en coche, llegaron a casa de los abuelos de Khaled. María de los Ángeles miró en derredor. Nunca había visitado un lugar como aquel. Sin embargo, para su sorpresa, lejos de desagradarle, le gustó. Las calles eran de tierra y las casas parecían estar construidas con adobe. Los chiquillos jugaban medio desnudos y descalzos, corrían de un lado a otro alborotando, seguidos por perrillos casi tan callejeros como ellos. Se fijó en sus sonrisas, en sus ojos de brillos estelares. Y comprendió algo más de él, de Khaled, de su sencillez.

Pasaron dentro de la vivienda familiar, que guardaba la misma sintonía que el resto del barrio humilde en el que se hallaba ubicada. Una sucesión de parientes se acercó a dar una bienvenida muy afectuosa al chófer. Les invitaron a tomar un almuerzo a base de cuscús, cordero, garbanzos y verduras. María de los Ángeles no observó sus caras, sus exageradas gesticulaciones y sus risas francas. María de los Ángeles solo tenía ojos devotos para él, Khaled; quien, de vez en cuando, se le acercaba al oído, y le susurraba un resumen de lo que allí se hablaba. No se atrevía a pestañear para no perderse ningún detalle de él, nunca lo había visto así, tan feliz y jocoso: se encontraba en su salsa. Si le hubieran preguntado, no hubiese podido responder de qué color era el pañuelo que cubría la cabeza de la abuela, o el

de las paredes; pero sí podría describir las arruguitas que se formaban debajo de los ojos de Khaled al reír, los diferentes matices de sus dientes, la forma de sus pómulos o el baile embriagador de sus cejas.

Tras la suculenta comida, el abuelo, patriarca de la familia, comenzó a preparar el té para los presentes. El nieto, diligente, se levantó para ayudar. Acto seguido la abuela se unió a la terna. Desde donde María de los Ángeles se hallaba sentada, solo conseguía verlos de lado; aun así, fue testigo de cómo la encorvada anciana reprendía a Khaled con grandes aspavientos. El joven sonreía, como si quitara importancia a lo que le estuviera diciendo. A los pocos minutos volvieron a aparecer en el salón. Él portaba una bandeja con té humeante y pastelillos de frutos secos, hojaldre y miel.

Una vez hubieron terminado, el joven se volvió a su acompañante y le informó:

—Es tarde. Creo debemos irnos.

Todos los acompañaron hasta la puerta. Mientras él se despedía de la amplia familia, ella se entretuvo jugueteando con unos cachorrillos, con mucho pelo y sin raza determinada, que andaban detrás de la madre. Las mujeres se acercaron a ella portando un regalo. Se trataba de una preciosa chilaba de color azul claro que ellas mismas habían bordado con hilos de oro. María de los Ángeles lo recibió ilusionada. La abuela le besó las manos y le dijo algo en marroquí que no logró entender.

Durante el camino de vuelta, y siempre desde el asiento trasero, la joven le preguntó al chófer.

—¿Por qué te reñía tu abuela? —Él le sonrió a través del espejo retrovisor — ¿Y qué significa lo que dijo cuando me tomó de las manos?

Le lanzó una mirada furtiva que ella sintió en el estómago y le recorrió la

espalda como una descarga eléctrica.

—«*Señora, cuide de mi nieto*».

Ella bajó la cabeza, turbada. Él mantuvo la mirada fija en el rostro encarnado de ella, sin que la alegría le desapareciera de la cara. Ambos sabían lo que aquella petición encerraba, pero ninguno de los dos, llegados a ese punto, estaba dispuesto a soltar cuerda.

Esa noche, tras el baño de sales, María de los Ángeles de Hinojosa pidió que le ayudaran a vestirse con la chilaba azul. Liberó la melena rubia del rodete que solía aprisionarla para dejarla suelta.

—Ilham, ¿sería tan amable de preparar una cena marroquí? Ligera: hoy he comido demasiado.

—Señora, el señor Guzmán nos lo tiene prohibido.

—Ya, ya lo sé Ilham. Sí, no le sienta bien la comida especiada. Pero el señor no vendrá esta noche. —La mujer aceptó a regañadientes y en ningún momento dejó de fruncir el ceño—. Ordene que la sirvan en el salón, por favor.

Con sus propias manos ambientó la habitación con luces tenues de velas. Descorrió las cortinas y llamó a Ilham de nuevo.

—¿Serías tan amable de pedirle a Khaled que venga? ¡Ah! Tomaos la noche libre.

Ya en la cocina, la hermana mayor sujetó con fuerzas al chófer por el brazo.

—Pon alguna excusa. No vayas con la señora esta noche.

—¿No ha dicho que os marchéis? ¡Pues eso es lo que tenéis que hacer!

—Khaled…

Él le quitó la mano del brazo. Entró en el salón y cerró la puerta.

Como aquella primera vez, la luna entraba a raudales por la ventana. La brisa del Mediterráneo envolvía el ambiente junto al olor a curry, a clavos y a comino que desprendía la humeante comida.

María de los Ángeles le aguardaba recostada en el diván, vestida con la chilaba de color azul. «Como sus ojos», dijo la abuela. El cabello le caía sobre un hombro, la piel aún parecía más blanca, casi transparente, contrastaba con unas mejillas encarnadas.

Khaled apartó la mesita con cuidado para no tirar la comida. Se arrodilló ante ella.

—¿Hoy no me lees?

Sin responder, la tomó en brazos. Nunca había estado despierta cuando él la subía; así que, por fin, fue consciente. Por fin pudo sentir el contacto del cuerpo de aquel hombre enigmático con el suyo. Él ascendió por la escalera, peldaño a peldaño, despacio, sin apartar los ojos de ella. María de los Ángeles se preguntó si la habría mirado así en las demás ocasiones.

Una vez en el dormitorio principal, la acomodó sobre el lecho. Ante la atónita contemplación de ella, Khaled se despojó de la chilaba color hueso; lo observó con más curiosidad que deseo. En realidad, se trataba del primer hombre al que veía desnudo. Sí, Wenceslao solía apagar la luz antes de meterse en la cama, con la camisa de dormir puesta y hacía sobre ella algo que jamás llegó a entender. Según sus amigas, en eso consistía el matrimonio, en dejar que el marido hiciera encima de una *sus cosas*.

Se incorporó un poco para que Khaled la ayudara a desprenderse de la chilaba azul recién estrenada. De nuevo, se recostó sobre la cama mullida de sábanas de algodón, blancas, bordadas con las iniciales del matrimonio Guzmán de Hinojosa.

El chófer, colmado de paciencia, la examinó. Así, desprovista de ropas y artificios, aún le parecía más bonita. El cuerpo menudo se asemejaba al de las estatuas de diosas marmóreas que guardaban el jardín. Buscó un hueco entre sus piernas para arrodillarse ante ella, como si de una divinidad se tratara. Despacio, se deslizó sobre María de los Ángeles. Entrelazaron sus brazos durante unos largos minutos para sentirse por completo. La joven le besó tímidamente las mejillas. Con cada beso, se acercaba un poco más a los labios carnosos que la esperaban.

Khaled le apartó el pelo de la cara. Lo tomó entre los dedos como si de un puñado de flores frescas se tratara, se fundió con el perfume que este desprendía. Y antes de comenzar su andadura, besó con ternura la frente amada. Después, movió los labios hasta rozar los de ellas, sutil, a hurtadillas. Centímetro a centímetro los bajó por el cuello, hasta llegar a los senos pequeños, débiles. Con cada roce, las aureolas se comprimían más y más, tanto que casi dolían. Rodeó ambos entre sus manos, como si quisiera unirlos, mientras la lengua jugaba con uno, rozaba con delicadeza el pezón del otro con los dedos. Primero los acariciaba con la punta para seguidamente introducirlos casi por completo en la boca. Aquellas sensaciones eran nuevas para María de los Ángeles. Su cuerpo se estremecía sin que pudiera controlarlo. Agarraba con fuerzas las sábanas, el pelo de su amante…

Khaled descendió hasta el vientre; se detuvo en el ombligo; besó cada trozo de piel a su paso.

Se retiró de su lado; se volvió a arrodillar frente ella; quiso contemplarla en todo su esplendor. La miró a los ojos, de la dulzura y candidez casi monjil que los caracterizaban, habían mutado a felinos. Aún le pareció más bella en ese estado.

Pero todavía quería llevarla más lejos, mucho más. Sostuvo entre sus manos los pies de porcelana, los mordisqueó con gesto pillo. Después los colocó a ambos lados de sus propias caderas; provocando que las piernas de su amada se abrieran. Los deslizó hacia atrás, y las rodillas cedieron generosas. Palmo a palmo fue presionando los muslos. Con los pulgares iba siguiendo la cara interna de estos, para finalizar en las ingles.

Tras las manos, llegaron los labios, y sin dejar de mirarla ni un solo instante, a dentelladas culminó su camino hasta introducir la cabeza en el pubis jugoso de la amante.

María de los Ángeles se quedó desconcertada; pero de repente una llama interna le recorrió las entrañas, se extendió por los senos, y le nubló la mente. Descontrolada, fuera de sí, solo le quedaba agarrar con fuerza la cabeza de Khaled para evitar que escapara de allí. Con cada pasada de la lengua húmeda y caliente por lugares que ni ella sabía que existían, su cuerpo blanco y frágil se curvaba arqueando la espalda; al unísono, leves gemidos se le escapaban de la garganta. María de los Ángeles temió que su escasa envergadura no pudiera soportar ni el calor intenso que la invadía, ni la fuerza desbocada que le obligaba a retorcerse. Sin previo aviso, su cuerpo estalló. Estalló como si una sacudida eléctrica le atravesara desde la nuca hasta los dedos de los pies, a través de la columna, causando temblores en las piernas, en los brazos y sollozos inefables.

—Me muero…

Ante el angustioso susurro de esta, Khaled sonrió. La abrazó. Lánguida, no pudo corresponderle. Se acurrucó a su lado, la besó, nervioso, por el pelo, por la cara.

—No. Aún hay más —musitó en un hilo de voz—. Hay más…

María de los Ángeles no respondió; solo lloró con la cara hundida en el pecho sudado de su amante.

Khaled la giró, animándola a que se sentara a horcajadas sobre él. Agarró los glúteos de la joven y comenzó a subirlos y bajarlos, acompañándolos con oscilaciones rítmicas y pausadas de su propia pelvis; pero solo un par de veces, enseguida ella buscó con las caderas los movimientos que le ayudaban a encontrar el frenesí de minutos antes. Sin poder pensar, solo moverse, cabalgó sobre él hasta volver a quedar rendida.

De nuevo su amante tomó la iniciativa. Había soñado con ese momento desde que la naricilla enfurruñada de María de los Ángeles traspasó el umbral de la puerta de la casa por primera vez. Por ello, necesitaba que no acabara nunca. En ese instante se sentía el dueño del mundo y un siervo a los pies de esta. No pararía, no pararía… hasta que ella tuviera suficiente; aunque en ello les fuera la vida.

—Hay más, hay más… —susurraba con cada empuje— Hay más, hay más…

Y de nuevo las oleadas de fuego; los temblores en las piernas; los gritos ahogados; los sollozos; y las súplicas. Otra vez el cuerpo sin fuerzas. Al final, Khaled se asió a ella con un ímpetu desmesurado. El sudor de él, como gotas de lluvia, salpicaba el rostro de María de los Ángeles con cada uno de sus vaivenes. Se agarró rabiosa a su espalda y le clavó los dientes en el cuello salado. Con la última sacudida, el cuerpo varonil se transformó en músculos trémulos hasta caer derrocado sobre suyo.

María de los Ángeles respiró el aroma de ese momento. Olisqueó la fragancia de él, la suya propia, la de ambos.

Sobre el lecho, las carnes blanquecinas y las morenas se fundieron tal que

una. Como dos moribundos sedientos y perdidos en el desierto del deseo, se buscaron para beber de la boca del otro. El joven marroquí le acarició la cara con una sonrisa dibujada en los labios; su amante no consiguió abrir los párpados.

Los primeros rayos del amanecer los descubrieron entrelazados. La joven esposa abrió los ojos. Su amor, su amante, la contemplaba.

—¿No has dormido? —Negó con la cabeza. Ella correspondió la vigilia de este con un beso cándido. Y como tenía que ser, la felicidad se tornó amargura —. Ojalá el mundo ahí fuera no existiera —se lamentó.

Khaled la calló con un dedo sobre la boca. Se despidió de los pequeños senos, del vientre. Despacio. La abrazó.

Abandonó la cama revuelta. Llegaba tarde a recoger a Wenceslao, sabía lo que se jugaba. Se aseó, e intentó dominar sus cabellos rebeldes. Se acercó a ella de nuevo, la agarró con fuerzas por la cabeza.

—*Ana moajaba bik.*

No necesitó que se lo tradujera: durante toda la noche había estado escuchando aquellas palabras, como un mantra sagrado.

Capítulo 29

Wenceslao, María de los Ángeles y Khaled

Khaled desconocía la reacción que el señor de la casa podía tener ante su tardanza, ya que jamás había sido impuntual. María de los Ángeles, por su parte, no logró conciliar el sueño, temía la reprimenda que el marido pudiera infringir a su amado. Se levantó, se aseó y pidió que la ataviaran con sus mejores ropas.

—Ilham, di que vistan la cama de limpio —ordenó a la muchacha marroquí, con cierta altanería, causada por las miradas llenas de desaprobación que esta le lanzaba sin disimulo—. Y que después preparen un suculento desayuno para el señor Guzmán.

Una vez engalanada, maquillada, perfumada y peinada con un perfecto moño bajo; se decidió a esperar la llegada de su esposo, ocultando el pavor tras una mueca trémula a modo de sonrisa forzada.

Unos minutos después, Wenceslao se acercó a ella con gesto pícaro.

—Buenos días, querida —le plantó un beso en las mejillas sonrosadas por el colorete—. Disculpa mi tardanza —y, con risa burlona, a modo de secreto, le confesó—. Me da que nuestro Khaled se ha perdido hoy entre las faldas de alguna señorita.

—¡Qué cosas dices! —exclamó ella indiferente.

—Es normal, es joven y, pese a ser árabe, hay voces por ahí que aseguran que resulta atractivo para algunas mujeres.

—No me he fijado —cambió de tema—. ¿Serías tan amable de acercarme

el periódico de hoy? —Alargó la mano, al tiempo que posaba la vista sobre la taza con filitos de oro frente a su marido—. Y tómate el café, querido, que se enfría.

Cuando agarró la publicación doblada en cuatro partes, aún le temblaban los dedos. Sin embargo, Wenceslao no lo notó, seguía ensimismado los movimientos de Khaled, como el padre orgulloso de que su hijo varón por fin pierda la virginidad y se haga un hombre.

—María de los Ángeles — comenzó a hablar de nuevo, tras morder un trozo de pan mojado en la yema de uno de los dos huevos pasados por agua que aguardaban para ser devorados—, traigo una excelente notica, querida.

—¡¿Sí…?!—le contestó fingiendo entusiasmo.

—¡Por fin, me trasladan a la península!

La joven supo que se había quedado pálida. Notó como si toda la sangre del cuerpo se le hubiese escapado por un agujero en alguna parte del cuerpo o del alma; y como si el fluido rojo fuera sustituido por hielo. De forma incontrolada, comenzaron a castañearle los dientes. Observó cómo su marido se chupaba los dedos con gran ruido y se relamía con gusto algunos restos de yema en las comisuras de los labios. Ella sintió náuseas.

—Ya sabes, *Mi Ángel*, que deberíamos permanecer aquí un par de años más al menos; sin embargo, no hay nada que tu maridito no haga por ti. Unos meses atrás hablé con mis superiores, les expliqué tu situación. Así que anoche me dieron la deseada nueva. ¡Ha salido una vacante en la península y tiene mi nombre! —exclamó entusiasmado, sin abandonar la batalla contra el desayuno— Eso sí, espero que tengas preparadas las maletas pronto: nos vamos en cinco días. Y, como te expliqué en su momento, tendremos que prescindir de ciertos lujos. Allí el servicio se reducirá a la más pequeña de los

hermanos, Aadina.

María de los Ángeles comenzó a ver como el sol de la mañana se oscurecía, y el canto de los pájaros sonaba lejano y apagado.

—Querida, ¡¿te encuentras mal?! —se alarmó Wenceslao dando un brinco de la silla. Y justo cuando ella comenzaba a caer, logró sujetarla.

Antes de perder por completo la conciencia, una frase resonó en la cabeza de la bella esposa: «El fin. Esto significa el fin».

Khaled observó la escena desde una lejanía prudencial. Quiso correr al lado de ella, apartar al señor y sostenerla entre sus brazos. El chófer ya conocía la temida notica, el señor Guzmán había dedicado el trayecto de vuelta a darle las instrucciones pertinentes para preparar el regreso. Controló el deseo desmesurado, clavó los pies en el suelo y frotó con más brío el coche familiar.

Wenceslao llevó a su mujer al salón, la tumbó en el diván. Poco a poco comenzó a volver en sí.

—Querida, ¿no estarás esperando…?

Ella negó con la cabeza; sintió ésta pesada, nublada. Mientras el marido iba a la cocina a por un vaso de agua fresca. María de los Ángeles miró en derredor. De súbito, un dolor en medio de las piernas le recordó las manos de Khaled por su cuerpo, las caricias de sus labios. Sin poderlas contener, las lágrimas comenzaron a caer a borbotones por sus mejillas, como si se hubiese abierto una falla en mitad del mar. Saladas, melancólicas, llegaron hasta la boca. Las bebió, sería lo único que podría volver a beber de él: su recuerdo.

Capítulo 30

Cati

En las siguientes cartas Wenceslao continuaba hablando de su mujer, de la vitalidad y felicidad que irradiaba. «*Jamás la he visto tan dichosa, querido Miguel Ramón: su bienestar es mi paz*».

Nosotras, mientras tanto, bebíamos, y leímos.

De nuevo las palabras del bueno de Wenceslao se tornaron tristes y desesperadas. Con ellas mencionaba a su amigo la recaída de María de los Ángeles tras su regreso a Sevilla. «*He de suponer que le afectan los cambios. No sabes cuánto ansío su pronta recuperación, amigo mío*».

—Ade…, creo que vas a tener razón…

—¡Ves! ¡Te lo dije! —exclamó, vehemente.

—Pero tal vez se enamoró de ese hombre, ¿no? Por eso su tristeza cuando volvió. Y quizás por eso ya no se recuperó.

—¿Puede alguien morir de amor? —preguntó Sherezade, incrédula.

—Yo creo que sí.

Me miró frunciendo el ceño.

—¡Anda, ya! ¡Qué chorrada!

Cogimos otras dos. En estas últimas se detallaba la peregrinación de su padre de médico en médico, intentando curar a su madre de la extraña enfermedad que padecía. Hasta que los doctores diagnosticaron que estaba embarazada.

—¡Ay, Dios mío, Cati…! ¡Cati…! Mi madre se quedó embarazada de mí

en Melilla… ¿Y tú me has visto…? Mi madre era muy blanca de piel, rubia y con los ojos claros. Mi padre, y toda su familia, son castaños y de pelo lacio. ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!

Me tapé la boca con la carta que estaba leyendo, al tiempo que abría los ojos, espantadas.

—¡Joder, Cati, joder! Tengo el pelo rizado, negro, los ojos castaños y mi piel…

—Ade, lo siento…

—No, yo no lo siento… Pero si mi padre no es mi padre, entonces, ¿quién es mi padre?

—El chofer. —Reí—. Perdona, es que parece un culebrón.

Sherezade se tapó la cara con las manos y exhaló una bocanada de aire con tanta fuerza que se escapó entre los dedos.

—Ya me lo advirtió Miguel Ramón: todo está en estas cartas, todo. Cati, durante años me he preguntado acerca de ellos, acerca de mí… Cuando miraba hacia atrás, solo veía una niebla negra y espesa sobre mis orígenes; y estas cartas están arrojando luz sobre ella. No sé cómo explicarlo, necesito saber más. Poco a poco, parece que voy sabiendo quién soy. Y no seré yo quien juzgue ni a mi padre ni a mi madre. Sé, por experiencia, que hay que estar en la piel de alguien para saber por qué hizo tal o cual cosa.

Fue a por otro botellín de cerveza.

—¿Te traigo uno a ti?

—Sí, ahora sí.

El calor en la calle comenzaba a apretar y el sofoco dentro del piso subía por segundos, aunque más que a la temperatura exterior, se debía a los acontecimientos que íbamos descubriendo.

Mientras Sherezade estaba en la cocina, yo extraje dos nuevas cartas, una para ella y otra para mí. Esta vez tardó un poco más.

—¿Necesitas ayuda, Ade?

—¡No! —gritó ella desde la cocina.

Al cabo de un rato volvió con una bandeja. Traída dos botellines bien fríos y un par de platos. En uno había dispuesto triangulitos de queso viejo, el olor le precedía, con picos por encima; en el otro, su exquisita carne mechada cortada muy fina, a la que siempre le añadía un chorreón de aceite de oliva virgen extra y unas escamitas de sal.

—¿Y esto?

Hice sitio en la mesa.

—A lo tonto a lo tonto, es más de la una; y, además, las emociones fuertes me dan hambre. —Depositó la bandeja con cuidado—. Espera, que traigo unas aceitunitas. Las aliña mi *cuñada Consuelito* —pronunció el nombre de la mujer con retintín—. Es de lo poco que hace bien —bromeó, mostrando su desdén, que yo ciertamente conocía, por ella—; pero están buenísimas, creo que te van a encantar.

Al poco regresó con dos tazones, en uno, una montañita verde con machas naranjas de zanahorias y blancas de ajos; el otro estaba vacío: era para los huesos.

Cogimos los botellines al unísono.

—¡Espera! Brindemos. —Acerqué la botella a la de ella. Sonó un leve *chin, chin*—. ¡Por todos mis padres! ¡Salud!

—¡Salud! —repetí, al tiempo que una risilla se escapa entre mis dientes.

—Bueno… ¿Estás preparada? ¿Seguimos?

—Venga, vamos.

Retomamos nuestra lectura. En las siguientes cartas se solapaba la enfermedad, ya crónica, de la madre de Sherezade con la alegría y felicidad que derrochaba Wenceslao desde el nacimiento de su hija. Las sucesivas misivas narraban a su destinatario cualquier detalle, por insignificante que fuera, de la evolución del bebé regordete y risueño. Explicaba a Miguel Ramón de Quesada Mújica, sus noches en vela, cómo tomaba los biberones, su primer diente, la primera sonrisa, la primera vez que dijo «papá»; absolutamente todo.

—¡Dios, Cati, mi padre me adoraba! Siempre pensé que los recuerdos que tenía de su ternura eran sueños, sueños que yo fabriqué de niña para protegerme de su frialdad; y no, no era así, me equivocaba: me amaba…

—Sí… ¡Qué pena!

—En algún lugar tuvo que estar el punto de partida, el punto de no retorno. En algún momento tuvo que enterarse de que yo no era su hija; sino es así, no encuentro otra solución.

—¿Y su amigo te aseguró que estaban aquí?

—No lo aseguró, pero lo dejó caer... ¿Seguimos leyendo?

Asentí con la cabeza.

—Espera, que traigo otro par de cervezas.

Capítulo 31

Wenceslao, María de los Ángeles y Khaled

A Wenceslao le habían concedido aquellos días de vacaciones en el cuartel. Relajado y alegre como nunca, solo quería disfrutar los coletazos de la estancia finita en Melilla junto a su querida esposa; pasear con ella por la playa, visitar la ciudad y las localidades más cercanas. A consecuencia de ello, a la joven no le quedó ni un solo instante para despedirse de su amor, de su amante. Hubiese matado por un beso o una caricia de adiós.

Las madrugadas en vela regresaron. Sin embargo, ya no podía salir de la habitación. Desde la ventana, mientras el señor de la casa dormía, ella paseaba los ojos por el jardín, recordando lo que ya no podría volver a ser. Buscaba sin descanso a Khaled entre las damas de noche, los rosales en flor y el banco vacío del jardín; hasta que el cuerpo moreno del marroquí aparecía, portando a un ser abatido por el desconsuelo. Con sumo cuidado y a escondidas, solo les restaba intercambiar miradas lejanas.

El temido día de la despedida llegó antes de que pudieran darse cuenta. Partieron hacia el puerto en dos coches; uno con las maletas y los dos sirvientes marroquíes, Aadina y su hermano; el otro, con los señores Guzmán de Hinojosa; y una furgoneta con el diván del salón en el que María de los Ángeles se recostaba mientras su amante le leía. «Te compraré otro cuando lleguemos», la había tratado de convencer su marido, paciente. «No: quiero ese», atajó ella sin opción a réplica.

Una vez hubieron llegado y tras bajar el equipaje al completo, Khaled se acercó a Wenceslao para preguntar con sumo cuidado algo al joven militar:

—Disculpe, señor Guzmán. En agradecimiento a su bondad, mis hermanas y yo queríamos obsequiar a la señora Guzmán con un presente. ¿Le parece oportuno al señor? —solicitó con una leve reverencia.

Wenceslao, inflado de orgullo, aceptó de buen grado. Así que el chófer se acercó al segundo coche y de él sacó un perrito pequeño. María de los Ángeles apretó con fuerza los labios, para que un suspiro no se escapara de ellos. Enseguida lo reconoció, sin duda se trataba del cachorrito con el que había estado jugando en Nador.

—Tome, señora, en gratitud por su amabilidad con mis hermanas y conmigo.

Y justo en ese instante diminuto, en el que Khaled le hacía entrega del regalo, las manos de ambos se entrelazaron con ardor. Y así hubiesen permanecido hasta el final de la eternidad, de no haber sido porque su marido le tiró del brazo.

—Precioso animal, Khaled. Agradécelo al resto, de nuestra parte. Vamos, querida, hemos de embarcar.

Capítulo 32

Cati

Revisé lo que habíamos leído hasta ese momento, era más de una caja y media, nos quedaba la mitad aproximadamente.

Sherezade regresó con más bebidas, con más queso, con más carne mechada…

Hacía calor.

—¿Pongo un poco el aire acondicionado? Entre mis sofocos propios, la temperatura que hace y las emociones fuertes… parece como si me estuviera cociendo por fuera y por dentro.

—Por mí, sí —gradecí con un resoplido, echándome algo de aire en la cara con las manos.

Buscó el mando y encendió el aparato, en breve comenzamos a notar cómo se refrescaba la habitación.

—¡Ay!, ¡qué fresquito más bueno!

—Sí —afirmé, bastante aliviada.

De repente empecé a escuchar el *Only Girl, In The World,* de Rihanna.

—¡Mi móvil! ¿Dónde lo he puesto? —pregunté, sobresaltada.

Siguiendo su sonido, llegué hasta la entrada. Había dejado mi mochila en el perchero de la entrada del piso de Sherezade.

—¿Sí? —contesté antes de que cortaran.

—Hola —era Marcos—. Nada. Solo te he llamado para decirte que ya he recogido a los niños. Nos vamos para el campo de mi hermana. Lo dicho,

sobre las ocho y media o nueve te los llevo, ¿vale?

—Vale.

—Espera, que quieren hablar contigo.

—¡Hola, mami! —escuché la voz de Álex. Me imaginé la escena; con lo vivo que era, seguro que había cogido el móvil de su padre antes de que Víctor pudiera alcanzarlo.

—¡Hola, mi vida!

—Nos vamos con papá a casa de la tita. Nos ha dicho que estarán los primos…

—¡Muy bien, mi vida! ¡Sé bueno! ¡Te quiero! ¿Y Víctor? —Solía realizar malabares psicológicos para equilibrar la balanza entre los dos.

—Sí, espera que se pone Víctor.

—Hola, mami —dijo con su voz más apocada. Supe que aún rumiaba su pequeña derrota.

—¡*Holaaa*, mi vida! Cuida de Álex, ¿vale?

—Sí, mamá. ¿Sabes que me he sacado un diez en el examen que he hecho hoy?

—¿*Siiií*…? ¡*Ayyyy*, mi niño, estoy muy, pero que muy orgullosa de ti!

—Nos tenemos que ir, mamá.

—¡Pásatelo muy bien, mi vida, te *quierooo*!

—Sí, yo también te quiero, mamá.

—Bueno, me los llevo, Cati; luego nos vemos.

—Vale. —Al imaginar la escena, y sin quererlo, me emocioné—. ¡Ah, Marcos…!

—Dime.

—Gracias…

—No seas tonta, mujer —debió notar cómo me temblaba la voz—. ¡Anda, luego nos vemos! Adiós.

—Hasta luego.

No me gustaba nada la palabra «adiós».

Cogí una servilleta y me soné la nariz. Necesitaba estar omnipresente en sus vidas. Imaginé que al resto de las madres les sucedería lo mismo. Sin embargo, sabía que tenía que dejarlos volar lejos de la protección de mi nido y confiar en el resto de sus seres queridos.

—Era Marcos, ¿no? ¿Y qué te ha dicho?

—Nada —la voz sonó nasal—, solo que se van a pasar la tarde al campo de su hermana. —Me soné de nuevo—. Pero es que está cambiando tanto…

—No irás a caer de nuevo, ¿no?

—No, no se trata de eso, Ade… —Respiré, y solté el aire de golpe—. Es por todo. Su actitud es otra, totalmente diferente; creo que está cambiando de verdad. Y aunque yo no lo quiera volver a tener como pareja, porque algo se ha muerto definitivamente dentro de mí, es el padre de mis hijos. Y por fin se está comportando como tal. Después de tantos años… mis hijos vuelven a tener padre…

—Ya… Verás como todo comenzará a ir mejor.

—Sí… Seguro…

Me sequé las lágrimas.

—¡Vamos, tenemos trabajo! —Tomé un trago de cerveza.

—*Síiii* —respondió mi amiga, echando un vistazo al montón que nos quedaba por leer. Ella también bebió—. Manos a la obra.

En las siguientes cartas, más acerca del pormenorizado comportamiento de Sherezade en su edad más temprana. Ese hombre sentía verdadera devoción

por su hija. De pronto una nos llamó más la atención que las restantes: se hablaba de una mancha que tenía la niña detrás de la rodilla.

Capítulo 33

Wenceslao, María de los Ángeles y Khaled

Se trasladaron a Sevilla, a un bonito piso en el barrio de Los Remedios, en la calle Virgen de Luján. Tras el regreso a la capital andaluza, María de los Ángeles, lejos de lo que se figuraba Wenceslao, no recuperó la alegría. Poco a poco, el marido dadivoso comenzó a preocuparse seriamente por la salud de la joven sevillana. Así que se propuso llevarla a los mejores médicos de la ciudad, pensando que quizás había contraído alguna extraña enfermedad en el continente africano. Pero ninguno de ellos encontró nada anormal en los resultados de sus exámenes.

A los dos meses, descubrió con alegría que su *Ángel* esperaba un hijo. Sin embargo, la dicha de él contrastaba con la desgana de ella, quien solo quería permanecer acostada, acurrucada junto al perrito.

Mientras día a día la inquietud del señor Guzmán aumentaba por el estado en el que su esposa amada se hallaba sumida; la joven esposa únicamente aguardaba ansiosa las cartas que Khaled le enviaba mediante Aadina y que esta debería ocultar de cualquier ojo curioso. Entre misiva y misiva, María de los Ángeles se agarraba a los recuerdos melillenses en los que él, noche tras noche, como la protagonista de su historia, se sentaba junto a ella y le narraba aquellas historias mágicas.

Cuando nació Sherezade, Wenceslao se convirtió en el hombre más feliz en la faz de la Tierra. Se ilusionó tanto, que supuso que por fin su mujer mejoraría de las dolencias que le aquejaban. De nuevo se equivocó de lleno.

Antes de que la pequeña de la familia cumpliera los dos años, a su padre comenzó a llamarle la atención el poco parecido que la niña guardaba con ellos. Sin embargo, lo que realmente le preocupaba era una mancha rojiza, en forma de pera, en la parte trasera del muslo, con la que su hijita había venido al mundo. Como hiciera en su momento con la madre, Wenceslao empezó un largo peregrinar de especialista en especialista. Al final, todos concluyeron en lo mismo que un amigo suyo dermatólogo:

—No tiene importancia, Guzmán —le tranquilizó este—. Se trata de un antojo, una mancha de nacimiento. Obsérvala y ya está. Deja de angustiarte tanto, hombre.

Un día de verano de ese mismo año, a finales de los sesenta, cuando las minifaldas irrumpieron como las yemas de los árboles en primavera; jugaba despreocupado con su pequeña Sherezade, ya que era la tarde de descanso de Aadina. Al regreso de la joven, el señor de la casa, quien la apreciaba como a una hermana menor, le reprendió:

—Aadina, ya sabes que no me parece bien que vayas por ahí con esas faldas tan cortas.

—Sí, señor —dijo bastante avergonzada y bajando la cabeza.

Tras oír a la muchacha, Sherezade se soltó de los brazos de su padre y corrió hasta asirse a las piernas desnudas de esta. En ese preciso instante, Wenceslao descubrió una mancha rojiza en forma de pera en la parte posterior de la rodilla izquierda de Aadina. A Wenceslao se le rompió el corazón en pedazos tan pequeños como las partículas del polvo. Necesitó imperiosamente regresar a su tierra, a los montes, al frío en la cara del norte y al aire puro de las montañas.

Al mes siguiente, cuando Aadina recibió la carta mensual de su familia, los

gritos y los llantos se extendieron por cada rincón del piso, tanto, que la propia María de los Ángeles la hizo pasar al dormitorio principal.

—¿Qué ocurre, Aadina? ¿Qué sucede?

—Mi hermano…

—¡¿Qué hermano?! ¡¿Qué hermano?! —gritó fuera de sí la señora.

—¡Khaled! —sollozó la joven arrojando con rabia la carta sobre el vientre de la que había sido su amante.

Desde ese día, el luto cubrió el piso de la familia. María de los Ángeles se vistió de riguroso negro y no volvió a pisar jamás la calle. Wenceslao tornó la alegría que le había brindado su niña querida por silencio; legó completamente los cuidados de Sherezade en las manos de Aadina y en los de una madre a ratos; y se volcó en su profesión, procurando permanecer en el cuartel el mayor tiempo posible.

Un par de semanas después del quinto cumpleaños de la pequeña de la casa, el perrito enfermó y murió. Fue entonces cuando María de los Ángeles pudo llorar con rabia desgarrada todas las lágrimas que no derramó tras el fallecimiento del que había sido el único amor de su vida. Antes de que los ojos llegaran a secarse del todo, al mes justo, se cerraron para siempre.

Sherezade pasó a ser cuidada por Aadina, hasta que esta se casó y regresó a Nador. Wenceslao Guzmán pidió la jubilación adelantada, y partió hacia León, en un viaje sin retorno a las tierras andaluzas. En los pocos recuerdos que legó a su hija, una foto añeja de una boda en la que los integrantes parecían felices, y una carta en la que con los años llegó a leer que un tal Khaled había sido encontrado muerto por un tiro de escopeta en la cabeza.

Capítulo 34

Cati

—Mi mancha es de nacimiento. Me la han estudiado algunos dermatólogos, y me han dicho que puede ser hereditaria. Pero nunca le pude preguntar a mi padre quién la tenía.

Por fin, en una de ella, encontramos la respuesta a las preguntas de Sherezade.

—¡Aadina! —balbució, apretando el puño contra la boca, como queriendo acallar el resto de las palabras que acompañarían al nombre de la mujer que cuidó de ella.

—¿Aadina? —inquirí. En un primer momento no supe de quién hablaba.

—Sí, ¿no recuerdas?

—No, pero el caso es que me suena.

—Sí, te he hablado de ella algunas veces. Es la chica marroquí que me crio. Por lo que sé, la trajeron de Melilla con ellos para servir en mi casa.

—¡Ah, sí, ahora lo recuerdo!

—Yo siempre la he querido como a una hermana mayor. Vino a mi boda. Pero hace mucho que no sé nada de ella.

Negó la cabeza incrédula.

—Solía hablar entre dientes. Y no contestaba a nada de lo que yo le preguntaba. Normalmente respondía con un «no sé» o con alguna evasiva… Ahora lo entiendo todo…

—Entonces… ¿Aadina qué parentesco guarda contigo?

—¡Mi tía! ¡Imagínate!, siempre la quise como una hermana mayor, y resulta que es mi tía. En alguna ocasión me hablo de su hermano Khaled, que había muerto cuando yo era pequeña. Creo que debe haber una carta por ahí… Me suena de algo…

—El tal Khaled era tu padre, ¿no?

—Eso parece. —Sherezade cogió el abanico—. Entonces ya no tengo padres, ni al uno ni al otro. ¡Esto es un lío!

—¿Y de qué murió tu padre?

—De un infarto.

—No, no me refiero a tu padre, me refiero a tu otro padre.

—Lo desconozco, Aadina nunca lo dijo. Tal vez lo ponga en las cartas. —Se abanicó con más fuerza aún si cabía—. No sé tú, Cati, pero yo necesito otra cerveza.

—¿Cuántas llevamos ya?

—No lo sé. Si nos da sueño, aquí tengo camas de sobra.

—Voy al baño, Ade.

—Vale, voy a por otro par.

Me levanté. No me encontraba mareada. Tal vez la comida china de la noche anterior aún no dejaba sitio libre para que el alcohol hiciera de las suyas. La ventana del baño daba a la calle y entraba bastante flama por ella. La cerré para que el aire fresco del resto del piso no se escapara por ahí. Oriné. Me refresqué la cara y regresé al salón.

Tardé poco. Pero a mi vuelta Sherezade tenía cara de horror, parecía como si hubiese visto un fantasma.

—¿¡Qué ocurre!? —me alarmé. Extendió su mano con una de las cartas. Temblaba de tal modo, que me costó asirla—. Lee…

Me acerqué despacio, temerosa. Cogí el trozo de papel amarillento y comencé a leer, palabra tras palabras como quien sabe que se adentra en la guarida, sin escapatoria, de un oso. Con cada letra, con cada párrafo, el corazón me golpeaba con fuerza, furioso. No recuerdo nada más. Solo que me desperté desorientada, en el suelo y sobre el regazo de mi amiga.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, aturdida.

—Te has vuelto a desmayar, Cati. —La cara de Sherezade estaba pálida de susto— ¿Puedes incorporarte?

—Creo que sí.

—Ven, vamos a sentarnos en el sofá.

Me agarró con fuerza por la cintura y caminamos hasta el sofá. Me tumbé y ella levantó mis pies con un par de cojines.

—¿Estás mejor?

—Sí, no te preocupes.

—Sí que empiezo a preocuparme, Cati —estaba enfadada, y comenzó a advertirme—: de la semana que viene no pasa que pidas cita para tu médico y que te haga un reconocimiento al completo, o lo que sea —ordenó, irritada — sino tendré que llevarte por la oreja, como a los niños pequeños.

Le sonreí.

—No te preocupes, de verdad. Se me habrá bajado la tensión con la cerveza. Entre eso, el calor, las emociones…

Me sentí mejor; así que decidí permanecer sentada.

—No quiero seguir leyendo por ahora, Cati: es demasiado para mí.

—Ni yo —dije recordando el contenido de la última carta. Unas náuseas terribles me apretaron el pecho—. Lo siento, lo siento mucho, Ade.

—No sé qué pensar, Cati, no sé qué pensar.

No respondí, me limité a bajar la cabeza apesadumbrada.

—Es que por un lado entiendo a mi padre, a Wenceslao. Él estaba loco por mi madre, por mí. Y en un instante lo perdió todo. Imagino que enloquecería. Además, al mismo tiempo, descubrió la deslealtad de Khaled, mi verdadero padre. Pero imagino que tampoco pudieron evitarlo ellos. Tal vez se enamoraron. O tal vez Khaled era un picaflor que sedujo a la señora de la casa a espaldas de su marido. Eso no lo llegaré a saber.

—Es terrible, Ade, esto es terrible. Todo el mundo perdió. Hasta tú.

—Sí, Cati, sí. No tuve madre: ella se tuvo que quedar muy colgada de Khaled y no supo sobrellevarlo. Khaled, mi verdadero padre, no llegó ni a conocerme. Y mi otro padre, Wenceslao, me adoró hasta el día que supo que yo no era su hija. Sí, Cati, terrible. —Cogió el abanico y resopló—. Pero por hoy no quiero saber más.

—Te entiendo. Han sido muchas emociones en muy pocos días.

—Sí —afirmó mientras cogía el mando del televisor—. ¿Tienes más hambre?

—¡No! —las náuseas no terminaban de desaparecer.

—¿Te apetece que ponga la tele para atontarnos un rato?

—Sí, por favor, nos vendrá bien bajar un poco el nivel exaltación.

—Sí, a ti se te habrá bajado la tensión, pero yo creo que la debo de tener por las nubes. La cara me quema y los sofocos se me repiten una y otra vez.

Pulsó el botón de encendido del mando a distancia y comenzó a pasar los canales hasta encontrar uno que nos satisficiera a las dos. Ella se tumbó en el sofá y yo hice lo mismo en el otro. Se puso el portátil sobre la barriga, abrió su *Facebook* y la escuché protestar:

—¡Nada, que no me contesta!

—¿Quién? —balbucí, somnolienta.

—Pues, ¿quién va a ser? ¡Inocencio!

No recuerdo dónde llegó a parar su búsqueda, ya que me quedé dormida.

Soñé con lugares desconocidos por mí, pero que en el sueño no me lo parecían tanto. Los sueños se amontonaban, saltando de uno a otro, convulsa. La cara de Marcos sonriente y en la lejanía se mezclaba con otros rostros desconocidos.

Me despertó el sonido de mi móvil. Lo había dejado en la mesa, junto a las cartas, así que lo encontré con solo echar un vistazo. Sherezade también dormía, se despertó.

«¡Pura!», me sobresalté.

—Hola, Pura, ¿qué pasa?

—Cati, ¿sabes algo de Marcos?

—¿Qué hora es? —pregunté, desorientada.

—Las cinco y media —su voz sonaba preocupada, nerviosa.

—¡Cómo! —La piel del cuerpo se me erizó, presagiando lo peor—. ¿No está ahí en el campo contigo? —realicé la pregunta que tanto temía—¿Y mis hijos?

Se hizo un silencio eterno.

—No han llegado, Cati, ninguno.

Capítulo 35

Cati

En menos de veinte minutos Pura, Sherezade y yo llegamos a mi piso. Desde allí volvimos a llamar al teléfono de Marcos, sonaba una vez tras otra, pero nadie lo cogía. El corazón latía con violencia en las venas de mi cuello mientras escuchaba los tonos solitarios.

Después de insistir mucho, Rosa contestó a una de las múltiples llamadas de mi excuñada.

—No sabe nada de él —explicó, tras terminar de hablar con ella—. Dice que ni siquiera está en Sevilla. Se ha ido a pasar el fin de semana con sus amigas a la playa.

Sherezade por su parte, se encargó de telefonear a los centros de salud y al Hospital de Alta Resolución de Utrera.

—Nada, ni rastro de ellos… —suspiró, dirigiéndose a nosotras, que la mirábamos con expectación, cuando finalizó la última conversación.

No sé cuánto tiempo pasó entre una cosa y otra. Los segundos caían sobre mí como muros de acero, aplastándome cada vez más.

Los sobrinos mayores de Marcos habían salido en coche, para buscar en cada posible trayecto desde el colegio de mis niños hasta el campo. Organizaron una batida por si el coche hubiese volcado por algún arcén.

En un momento determinado, que no podría ubicar en el tiempo, decidimos denunciar su desaparición a la Guardia Civil; tampoco recuerdo muy bien quién los avisó.

Me senté en el sofá del salón con el teléfono enfrente de mí, mirándolo a cada instante.

Escuché a mi amiga, su voz provenía desde la cocina.

—Sí, Pedro, en el piso de la madre de Cati. Sí, ven nada más que puedas, por favor —oí hablar a Sherezade con voz trémula. Después, asomando la cabeza por el umbral de la puerta del salón, se dirigió a mí—. Cati, ¿tienes tila?

Creo que me encogí de hombros.

En ese momento no recordaba absolutamente nada acerca de los víveres de la cocina. Solía tener vívida la imagen de cuanto había en el frigorífico o en el resto de los muebles, en mi cabeza; pero ahora, en mi mente solo había una neblina. Además, no quería desviar la atención del teléfono o de la puerta.

—Tiene los muebles vacíos… —susurró Pura.

Sherezade no contestó; supe a qué se debió su silencio: no permitiría que mi excuñada criticara de mí en su presencia.

—Llamaré de nuevo a Pedro para que se pase y la compre de camino aquí.

—No, no, déjalo, Ade: mi hermana Ana ha insistido en venir, así que le diré que eche una cajita, nosotras solemos tener.

El timbre de la puerta sonó. Mi amiga abrió.

—Pasen.

Giré la cabeza con brusquedad, sobresaltada. Nada, no eran ellos. Ante mí aparecieron dos manchas de color verde: la inquietud y el miedo nubló mi vista por completo.

Intenté levantarme.

—No se preocupe, señora, no se levante —pidió el mayor de los agentes. Un hombre canoso quien, pese a su profesión, ya comenzaba a criar un poco

de panza.

Detrás de él otro agente más joven, moreno, pero no llegué a ver su cara, puesto que Pura lo paró y le comenzó a narrar algo entre sollozos.

Aspiré aire por la nariz, soltándolo de golpe. Tenía que ser fuerte, ellos estaban allí para ayudar, tenía que detallarles lo que supiera y con meridiana calma. Pese al ánimo que yo misma intentaba infundirme, la voz me tembló; noté que la garganta me pinchaba, como si la saliva que tragaba llevara incrustadas virutas de hierro.

—Buenas tardes, ¿qué ha ocurrido?

Le relaté al hombre un resumen. En esto, el otro guardia civil terminó su charla con mi cuñada, se zafó de ella y se acercó hasta donde yo estaba.

—¿Cati?

Levanté la vista hacia él.

—Soy David, David Camacho Pérez. ¿No me recuerdas? Tu compañero del instituto.

No me sentí con ánimo para lamentar que David, mi mejor amigo de la adolescencia, me viera con aquel aspecto. La vergüenza por no haberle respondido al mensaje de *Facebook* coloreó mis mejillas. Pero bajo aquellas circunstancias, esa minucia, tampoco me importaba.

Le eché un rápido vistazo. Sí, en efecto, se había convertido en un hombre realmente guapo.

Con las piernas deseando desfallecer, me incorporé como puede. Él se acercó a mí y me abrazó.

—David…

Lloré sobre su pecho durante un rato.

—Dime que vas a encontrar a mis hijos, por lo que más quieras, dime que

vais a encontrarlos.

—Venga, siéntate. No te preocupes, mujer, todo va a salir bien.

Necesitaba escuchar aquellas palabras, sobre todo con la seguridad que él las pronunció, aunque no fueran ciertas.

Llamaron a la puerta. Di un nuevo brinco.

—Es Ana, Cati: mi hermana —se adelantó a aclarar Pura antes de que yo me llevara a engaño alguno.

Tanta gente en mi piso comenzaba a marearme. Supe que no podía controlar por más tiempo el estado de ansiedad en el que me hallaba. Temí estallar.

—Por favor, podrían salir todos —solicitó David sumamente cortés, realizando un gesto de barrido con la mano. Le lanzó una mirada cómplice a su compañero—. Por favor, debo hacerle unas preguntas a Catalina... A solas —recalcó.

A regañadientes, mis cuñadas retrocedieron.

—¿Puedes salir tú también, Martínez?

El hombre afirmó con un gesto y se unió al resto del grupo. Salió del salón y cerró la puerta tras él.

David Camacho se sentó a mi lado y me cogió una las manos.

—A ver, Cati…, para poder ayudarte, necesito que me cuentes todo. Absolutamente todo.

Lo miré, recelosa.

—Sé que tiene que haber algo más. Mis compañeros casi han descartado el accidente de tráfico. Entre los familiares de Marcos, la Policía Local y la Guardia Civil se han realizado un exhaustivo peinado de la zona; y no se ha encontrado absolutamente nada. Tiene que existir alguna otra circunstancia

que nosotros desconocemos. Sus hermanas no saben más allá; pero quizás tú sí.

—Marcos tenía deudas, pero ayer mismo, por la noche, me aseguró que las había solucionado.

—¿Deudas?

—Sí.

—¿De qué tipo?

—Hasta donde yo sé, prestamos.

—¿Tenía problemas con las drogas?

—Sí, anoche mismo me confesó que los había tenido. Pero en esta última semana ha cambiado mucho. Estaba diferente, parecía como si quisiera enmendar todos sus errores.

—¿Suicidio?

—¡No!, todo lo contrario, como si quisiera comenzar una vida nueva.

—¿Piensas que se ha podido fugar con tus hijos… fuera de España, a otra ciudad…?

—Marcos siempre ha sido muy imprevisible, pero lo dudo mucho, David. Como te acabo de explicar, estaba totalmente cambiado. Me dio la impresión de que quería regresar a su familia, recuperar a sus hijos… Además, él no daba ni un solo paso del que Pura no estuviera informada.

—No hay que descartar ninguna posibilidad, Cati.

Eso era a lo que menos temía.

—Hay algo más…, David —titubeé. Me arrepentí nada más abrir la boca.

—¿Algo más...? ¿De qué se trata…?

Enmudecí. Recordaba la advertencia de aquel tipo: si contaba algo a alguien, nos mataría. Tal vez tuvieran secuestrados a mis hijos y se pondrían

en contacto con nosotros. ¡Uf!, había visto muchas películas, eso no funcionaría así.

—Hace como una semana, unos tipos entraron por la fuerza aquí —cerré los ojos y tragué saliva—. Uno de ellos me apuntó con una pistola y me dijo que como Marcos no le pagara hasta el último céntimo que les debía, acabaría con nosotros.

—¿Podrías reconocerlo?

—No lo sé. El pánico hizo que no guardara la imagen clara de ninguno de los dos.

—Cualquier detalle que recuerdes, puede servirnos de ayuda…

—David, por favor, dijo que si se lo contaba a alguien nos mataría, a nosotros y a mis hijos.

Temblaba de pies a cabeza.

—No te preocupes.

—Pero Marcos me dijo anoche mismo que nos dejarían en paz, que él ya le había devuelto gran parte del dinero.

—Algunas personas nunca cambian, Cati…

Las dudas saltaron sobre mi mente, pillándome desprevenida. Quizás yo era la persona que mejor podía conocer a Marcos. Y sí, sí que había visto un verdadero cambio en él. Aunque ahora todo parecía muy vago, tremendamente difuso. Supuse que David Camacho, por su experiencia, sabría mucho más que yo de la rocambolesca personalidad humana.

—Ya está en nuestras manos, Cati. Mis compañeros son muy buenos en lo suyo.

—Vas a devolverme a mis hijos, ¿verdad? —más que preguntarle, le supliqué.

—Todo irá bien, Cati…

—Necesito un sí.

Me miró a los ojos. Entendí que no podía dármelo.

—Nos tomaremos este caso como si de mis propios hijos se tratara, de eso puedes estar segura.

Se levantó.

—Deberías descansar; se te ve agotada.

—No puedo, David, no puedo.

David Camacho Pérez salió del salón y tras él, entraron Sherezade y Pura. Mi amiga traía una taza de tila en la mano.

—Tómatela, Cati, te vendrá bien.

—No quiero, quiero estar alerta.

—Tómatela, Cati, te aseguro que no te dormirás. —Se sentó a mi lado e intentó por todos los medios que me bebiera la infusión—. Venga, un buchito…

Como se quemaba la mano, la dejó en la mesa; pero no paró de mirarme hasta que no hube bebido un poco. Sherezade se quedó sentada junto a mí, y Pura y Ana ocuparon cada uno de los sofás de una plaza situado ambos lados del mío.

Me eché sobre el hombro de Sherezade, y ella me besó la frente mientras acariciaba el pelo.

—Todo va a salir bien, Cati, ya verás.

—¡Ay, Ade, *ayyy*! ¡Mis niños! ¿Dónde estarán? ¿Dónde estarán?

Sin poder resistirlo, proferí un alarido de dolor. Sentía las lágrimas de ella caer sobre mi cara. Oí los gritos ahogados de mis dos cuñadas. Estaba destrozada, Sherezade me abrazó.

—Ya verás cómo los encuentras… —procuraba aguantar sus propios sollozos para infundirme ánimo—. Pedro está ahí en la cocina hablando con los guardias civiles. Además, él tiene amigos…

—¡Dios lo quiera! ¡Dios lo quiera! —escuchaba, como en una lejanía irreal, la voz de Ana entre gemidos.

Pedro y José María, uno de los sobrinos mayores de Marcos, entraron en el salón.

—Cati —llamó mi atención Pedro. Levanté la vista, apática—, los agentes han ido al cuartelillo; pero dicen que volverán más tarde.

—¿Se sabe algo, Pedro?

—No, nada, todavía nada.

Me tapé la cara con las manos creía enloquecer.

—¿Por qué tanto, Dios mío? ¿Por qué tanto? ¡No puedo más, no puedo más! —me escuché decir en un llanto ahogado.

—Tita, hemos peinado todos los caminos por alrededor de Utrera; y no hemos encontrado nada —explicó José María.

José María y yo teníamos más o menos la misma edad. Él era de los pocos de la familia con los que me profesaba un cariño auténtico y mutuo. Pese a la separación, a las críticas del resto, él continuaba llamándome tita y a mí me agradaba que así lo hiciera.

—Gracias, José Mari, gracias.

Se sentó a mi lado, me abrazó y volví a romper a llorar. Entre lágrimas vi como Pedro abrazaba a Sherezade, mientras ella se derrumbaba también.

—Vete a casa, Ade, hija… —le pedí.

—Ni loca —respondió, furiosa.

—Hija, tú también estás destrozada, hace nada estabas enterrando a tu

padre…

—No me pienso ir.

Su marido se quedó un rato junto a ella. Deseé desde lo más profundo de mi corazón que siempre estuvieran así, que nada los separara. Pedro era tan buena persona… Pero en ese momento no tenía fuerzas ni ganas ni claridad mental para pensar en ellos dos.

Los sobrinos de Marcos iban y venían. Pedro salía y entraba. Alguien dijo la hora, eran más de las doce. Miré por la ventana del balcón y la noche había caído por completo.

—¡Mis niños, mis niños! ¿Dónde están? ¿Dónde están? ¿Dónde van a dormir? ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! ¿Dónde van a dormir?

Pura se sentó a mi lado y lloramos juntas.

—¡Ay, Cati, ay, Cati! ¿Dónde estarán?

Se escuchó un revuelo. David entró en el salón.

—David, ¿se sabe algo? —pregunté, elevando la cabeza a su encuentro.

—No, Cati, no, todavía nada. Pero estamos buscando.

—¿Cómo está? —preguntó a Sherezade, refiriéndose a mí.

—Destrozada… ¿no la ves?

—Deberíamos llamar al médico —sugirió David sin consultar conmigo.

—¡No! —repuse airada: no pienso permitir que me droguen.

—Simplemente te proporcionarán algo para que puedas descansar, Cati… —insistió él con cierta preocupación.

—He dicho que no.

—Ana, Pura, deberíais ir a descansar, yo me quedaré con Cati —sugirió Sherezade.

Mi cuñada Pura negó con la cabeza.

—Ana, tienes las piernas hinchadas, deberías descansar.

—Sí, hija, dentro de un rato va a venir mi niña a por mí. Tengo que descansar, aunque sean unas horas, si no mañana no voy a poder con mi cuerpo.

—Sí, ahora viene mi prima Mara por ella… —terminó de aclarar José María.

No sé de dónde ni cómo, alguien trajo comida.

—Cati, deberías comer algo…

—No tengo ganas.

Tenía el estómago cerrado. Sherezade y mis cuñadas me habían obligado a beber dos tazas de tila, y, eso, ya había supuesto un auténtico suplicio para mí.

José María se sentó otro rato a mi lado.

—Mira, tita…

Con una mano sujetó su móvil delante de mí y con la otra buscó en la pantalla táctil un vídeo de mis niños.

—Los grabé hace unos días en la piscina…

Escuché a alguien decir que lo quitara.

—¡No!, quiero verlo.

Tenía la acuciante necesidad de aferrarme a la imagen de mis niños, a sus caritas felices y a sus juegos: necesitaba verlos vivo y en movimientos; intuí que José María pensó el bien que me harían.

—¡Ay, mis niños! Víctor, Álex…

El vídeo terminó demasiado pronto, así que lo volvió a reproducir un par de veces más. Después comenzó a enseñarme fotos; que, pese a todo, arrancaron una sonrisa de mis labios.

Alguien vino por Ana. Esta se despidió con un beso y se marchó.

Tenía perdida la noción del tiempo cuando escuché a David hablar por teléfono. Pura dormitaba en su sofá, y Sherezade a mi lado.

Pedro y él murmuraron algo en la cocina y entraron en el salón. De un brinco me puse de pie. Y mis dos acompañantes se despertaron. Por la cara de ambos supe que algo terrible había sucedido.

—¿¡Qué pasa, David!? ¿¡Qué pasa!?

—Siéntate.

Al escuchar aquella orden, me aterrorice. Sin ambages, pronunció la noticia que no quería haber escuchado en mi vida.

—Han encontrado el coche de Marcos…

—¿Y…?

—Y su cuerpo a un lado…

—¿¡Su cuerpo!? ¿¡Cómo que su cuerpo!? —grité.

Las piernas comenzaron a temblarme y justo, antes de caer, David me abrazó.

Pura lanzó un alarido lastimero, como si de un animal herido se tratara. Sherezade corrió a ocuparse de ella.

—¡No, no, *noooo*! ¡No puede ser, David, no puede ser!

Él no soltaba palabra, solo me apretaba entre sus brazos.

—¿Y mis niños! —vociferé—¿Dónde están mis niños! —temí la respuesta a aquella pregunta, como si fueran a tirarme un caldero de aceite hirviendo en la cara—¿Ellos también…?

—No, Cati, ni rastro de ellos por ahora.

David, casi en volandas, me volvió a dejar en el sofá.

—¡Esto es una pesadilla! ¡Esto no puede estar pasando! ¡Qué locura, qué locura!

Miré hacia Pura, estaba fuera de sí, quería a Marcos como a un hijo. Fui hacia ella y la abracé. No sé cuánto estuvimos así. Todo lo demás pasó como en una nebulosa.

Llegaron varios sanitarios, a Pura le pincharon algo. A mí, tras negarme a ser sedada, me sugirieron ingerir no sé qué pastilla.

Aunque los allí presentes querían ayudar y darnos su apoyo, yo comencé a sentirme como en medio del torbellino de un ciclón. Necesitaba estar sola. Por lo que me dirigí hacia la habitación de mis niños. Cerré la puerta. Cogí sus almohadas, impregnadas con el olor de ambos; dejé que mi cuerpo descansara sobre una de las camas. Con la vista, recorrí sus juguetes, sus muñecos preferidos… Sentí una punzada en medio del alma: anhelaba tenerlos allí, entre mis brazos, refugiados de todo mal.

—¿Dónde estáis? ¿Dónde estáis? Venid con mamá, venid con mamá…

Capítulo 36

Cati

Aquella mañana, los primeros y tímidos rayos de sol atravesaron las ranuritas de la persiana a medio abrir; como deditos de hadas, acariciaron mis párpados pesados. Abrí los ojos. Durante unos pocos segundos me sentí sosegada y en paz. Acababa de soñar con las risas y los juegos de Víctor y Álex. Al despertarme, mi mano permanecía extendida, buscándolos entre el lío de sábanas.

De inmediato, un fuete mazazo de realidad me sacudió en medio del esternón, con tal rudeza que este se me clavó en el pecho. Me fijé en el reloj de *Spiderman* situado en la mesita de noche, justo al lado de la hucha verde de *Ikea*. Eran poco más de las siete de la mañana.

Antes de salir y enfrentarme con un nuevo día gris, necesitaba encontrar un punto de equilibrio dentro de mí, en medio de aquel caos. Me tomé un tiempo, quería serenarme, coger fuerzas para lo que, sin lugar a duda, me quedaba por soportar durante esa inevitable jornada que tenía por delante. Entre otras cosas, tocaba despedirse de la persona a la que había amado a lo largo de más de veinte años. Por más que intentaba poner la mente en blanco, las caras de mis hijos y la de Marcos se proyectaban una y otra vez, como en una película.

Por otro lado, la última conversación telefónica que mantuve con ellos tres se reproducía en mi mente hasta casi diluirse. Aun así, continué con el empeño de que la serenidad me invadiera.

Sin querer ver a nadie todavía, cogí ropa limpia y entré en el baño. Me

duché. No me di prisas por acabar. Una vez hube terminado, me dispuse a averiguar quién permanecía en el piso.

En la cocina se encontraba David, vestido con una camiseta azul y unos pantalones vaqueros. Estaba preparando café.

—Buenos días, ¿has podido descansar algo?

—Sí —fui directa al grano—. ¿Alguna novedad?

— De los niños…, no.

De nuevo aquel golpe en el corazón.

—¿Marcos…? —pregunté sin tener claro si quería saber o no.

—Le harán la autopsia hoy a las nueve de la mañana, después lo llevarán al tanatorio de Dos Hermanas para su incineración.

Cerré los ojos, y me mordí los labios.

—¡Dios, David! ¡Qué terrible es esto!

—Encontraremos a los niños, Cati, ya verás.

—Es lo único que quiero, lo único.

Entré en el salón. Pura dormía en uno de los sofás, con las piernas sobre una silla. Un par de sobrinos de Marcos en los otros. Cerré la puerta para que no se despertaran.

—Tu amiga Sherezade ha ido a ducharse. Me dijo que la llamara en cuanto te despertaras.

—No, déjalo: tendrá que descansar.

—Como quieras…

Me senté en un banquito, junto a la mesa de la cocina. David puso dos cafés y se sentó también.

—Gracias por todo, David…

—No hay de qué, Cati, para eso estamos los amigos.

Puso un plato con algunas galletas que sacó de una bolsa, como si alguien las hubiese acabado de comprar.

—Coge una. —Negué con la cabeza—. No tengo ganas…

—Cati, no debería hablarte de esto, pero…

—¿Qué?

—Marcos murió de un tiro en la cabeza, y… se ha descartado el suicidio.

Balanceé el cuello a ambos lados.

—Eso me lo imaginaba.

—No se ha encontrado más sangre, solo la de Marcos. No debería darte esta información…

—Eso quiere decir que mis hijos siguen vivos, ¿no?

—No quiero darte esperanzas, pero… tengo el pálpito de que sí.

Cierto rayo de luz atravesó mi universo por un instante. Apreté su mano con fuerzas.

—Gracias…

—Había huellas pequeñas y de alguien mayor, pero se perdieron. Están buscando por la zona.

—¿Alguien se los llevó?

—Eso parece.

—¿Pero…?

Muchas posibilidades quedaban abiertas. Desterré las visiones de las que no concluyeran trayendo a mis hijos de vuelta a mis brazos.

Escuché el característico chirrido de la puerta del salón. Alguien la había abierto, quizás atraído por el olor a café. Los sobrinos de Marcos entraron en la cocina y me dieron un beso y un abrazo.

—¿Cómo estás?

Incliné la cabeza, no había mucho que decir. Detrás de ellos apareció Pura, con evidentes gestos de dolor a causa del agarrotamiento muscular.

—Si quieres, puedes irte a casa un rato, Pura…

—No, me quedaré contigo hasta que vaya al tanatorio. ¿Te importa que me duche aquí?

—No, mujer, para nada.

—Ahora llamaré para que me traigan algo de ropa.

Se hizo un silencio. David se levantó para dejar su banquito a Pura y comenzó a preparar más café para todos.

—Anoche llamaron por teléfono a Rosa para comunicarle… para… —se emocionó. Intentó controlar el llanto— para comunicarle lo de mi hermano.

—¿Cuándo viene?

—No va a venir, Cati. Creo que fue mi Jose Mari el que la llamó. Según él, hizo un papel; y dijo que se encontraba demasiado mal como para viajar.

No supe qué pensar. Tal vez era cierto. Tal vez le hubiese afectado tanto que no se veía con fuerzas para meterse en carretera y despedirse de su amor. No podía pensar en aquella mujer ahora.

—¿A ti te parece? ¡Es una sinvergüenza!

—No sé, Pura, yo no la conozco… —Me sobrepasaba el tema.

Agradecí que sonara el timbre de la puerta, no tenía ganas de continuar hablando de Rosa, yo solo quería saber de mis hijos. Era Sherezade.

—Buenos días.

Se acercó a mí y me abrazó. En aquel momento mi entereza sufrió una leve falla.

—¿Has descansado algo? —me preguntó como si fuera uno de sus hijos, al tiempo que me acariciaba la cara para secar mis lágrimas.

—Sí, algo…

—Pedro viene más tarde; se ha llegado al cuartel de la Guardia Civil para informarse del caso.

—¡No sabes lo agradecida que le estoy por todo!

—Ya sabes: él es así.

—¿Quieres un café? —le preguntó David, acercándose a la puerta desde la cocina con un trapo en la mano.

Sin darme cuenta, él había cogido las riendas de la cocina.

—Sí, gracias. Ya he desayunado en el piso con mi marido, pero no me vendría mal otro.

Nos fuimos de nuevo al salón. Abrí las ventanas de par en par, necesitaba que se regenerara el aire. Hacía algo de fresco. La noche había sido inusualmente fría para aquella fecha. De nuevo me pregunté si mis niños habían dormido tapaditos; o si, por el contrario, vagarían por ahí con el único amparo del relente húmedo… Las lágrimas se agolparon en mi garganta.

Dejé que la vista se perdiera durante un rato en el devenir de la gente en la calle. Qué felices son, pensé. Cualquier persona en aquel instante me parecía más feliz y afortunada que yo: no podía abrazar a mis hijos, ni sabía de ellos. Y no tenía la certeza de que pudiera volver a verlos. De nuevo aparté esa idea de mi mente y me imaginé besándolos, achuchándolos y diciéndoles que eran lo que más quería en el mundo. Me aferré a esa imagen.

José María llamó por teléfono, para comunicarnos que iban a empezar a hacerle la autopsia a su tío. Él estaba allí en representación de la familia. Pura volvió a derrumbarse tras la llamada. Corrí a su lado, más que nunca, estábamos juntas en algo, en eso, en todo.

Las horas, como tortugas atoradas en el lodo, pasaban lentas y tediosas.

Las conversaciones eran livianas. De vez en vez, me levantaba para dar unos pasos por el pasillo o por el salón o entraba en la habitación para acariciar los juguetes o las ropas de mis hijos. Observaba en una lejanía, más mental que física, como los demás llamaban o se enviaban mensajes para organizar el traslado hasta Dos Hermanas.

De repente, comenzaron a sonar, al unísono, los móviles de Sherezade y David. Me sobresalté: había novedades.

—Es Pedro —informó mi amiga con la cara desencajada.

Sentí como si me estrujaran la cabeza con una prensa metálica. Los oídos comenzaron a pitarme, noté que me mareaba.

Sherezade y David gritaron al mismo tiempo:

—¡Han aparecido! ¡Los niños han aparecido! ¡Están bien!

No escuché nada más, las piernas me temblaron y la calma desapareció por completo. Cogí las llaves del piso y me dispuse a saltar los escalones de dos en dos, casi sin verlos.

Cuando llegué a la puerta, fui consciente de que David venía detrás de mí.

—Tengo el coche ahí enfrente aparcado.

Yo pensaba que podía volar, que podía incluso llegar antes que en coche.

Durante el trayecto, avasallé a David con preguntas.

—Están bien, Cati, están bien. Una pareja de ancianos los encontró anoche. Han dejado que descansaran y hoy los han llevado al cuartel.

Mi amigo aparcó en el estacionamiento reservado para la Guardia Civil. Salió del coche y detrás, casi rozándole la nuca, dando enormes zancadas, yo.

Pasé con David y otro compañero a una sala pequeña. Pedro y un par de agentes estaban con mis hijos.

—¡*Mamiiii*! —gritaron los dos corriendo hacia mis piernas.

Caí al suelo de rodillas. Rodeada por sus bracitos y cubierta por sus besos. No sabía a quién besar primero, a quién mirar de arriba abajo por si tenía algún rasguño. Toda la tensión acumulada se desencadenó en aquel justo momento en un llanto desgarrador, desconsolada.

—¡Mis niños…, mis niños…!

Los volvía a tener entre los brazos, nada más importaba en aquel momento.

—¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias!

De soslayo, vi como Pedro y David se emocionaban también.

—Siéntate, Cati —me pidió David ayudando a que me levantara.

No quería soltar a mis hijos, así que me incorporé sujetando a cada uno de ellos a ambos lados de las caderas.

Me senté. La puerta se abrió y entró un matrimonio mayor, con pinta de personas de campo.

—Catalina, ellos son los señores que han encontrado a sus hijos —explicó un agente que les indicó que pasaran—. Han estado testificando.

Si la bondad pudiera figurarse en persona, definitivamente se transformaría en la cara de aquel hombre y su mujer. Calculé que tendrían casi ochenta años; pero se les veía lozanos y llenos de salud. El hombre, Manuel Hernández, era su nombre, cubría con el brazo a la esposa, María Luisa Portillo. Me explicaron cómo los encontraron y que cayeron rendidos de sueño en seguida. Que por la mañana les dieron de desayunar, los ducharon y lo llevaron al cuartel de la Guardia Civil. Y que el mayorcito, en todo momento cuidó de su hermano. Víctor… Mi Víctor… Le revolví el pelo, orgullosa de él.

Les agradecí hasta la saciedad que hubiesen cuidado de ellos. Y Manuel y María Luisa, solo me pidieron un teléfono y la promesa de que algún día

pasaría a visitarlos.

Se despidieron. Se volvieron a la hacienda con mi agradecimiento, mis abrazos, los tímidos besos de mis niños y la palabra dada de no perder el contacto.

Un par de agentes anunciaron que tenían que interrogar a Víctor y Álex. David, Pedro y yo nos quedamos con ellos. Poco pudieron explicar, salvo que cuando papá los recogió del cole para ir al campo de la tita Pura, unos amigos de papá, los mismos que estuvieron en el piso la otra noche, entraron en el coche. Papá nos dijo que había cambio de planes, que iríamos al pantano. Que luego, el mismo que habló contigo en la cocina, mamá, se quedó para hablar con papá y el otro nos llevó a ver el agua del pantano. Nos dijo que nos quedáramos sentados un rato, que él volvería luego. Y no volvió. Entonces fuimos a ver si encontrábamos a papá y al coche, y nos perdimos.

No quise pensar en los peligros que debieron acecharles durante su vagar, las posibilidades se agolparon en mi cabeza. Pero ellos ya estaban conmigo, bajo mi protección, cualquier mal quedaría fuera.

Regresamos al piso. Sherezade, Pura, Ana y varios de los sobrinos de Marcos nos esperan allí. Los familiares de Marcos saltaron sobre Víctor y Álex para besarlos y asegurarse de que estaban enteros. Mi amiga corrió hacia mí.

—Ya pasó, ya pasó…

A las seis de la tarde se celebraría la misa por Marcos en la capilla del tanatorio y a las seis y media comenzaría la incineración. Insistí en ir. Todos se opusieron con rotundidad. A pesar de nuestra relación turbulenta, Marcos había sido, hasta la fecha, el hombre de mi vida, la persona a la que había

amado y, por encima de todo, el padre de mis hijos: tenía que ir. Ante mi obstinación no tuvieron más remedio que ceder; Sherezade sería la encargada de llevarme.

Comimos algo, no sé quién hizo el almuerzo. Una de las veces me acerqué a la cocina para echar una mano, ni que decir que no se me permitió.

—¿Y esto, Ade? —quise saber, mientras ella trasteaba de un sitio a otro, como una hormiguita. El frigorífico estaba inusualmente lleno, abrí las puertas de los muebles y la misma sorpresa.

—He ido a comprar unas cosillas.

—No tenías por qué… Yo…

—Lo he hecho porque he querido… —atajó. Enfurruñada continuó—: Ya hablaremos tú y yo… Qué no puedes ser más orgullosa ni más terca —me regañó con una sonrisa, para que supiera que no estaba enfadada de verdad.

Guardé silencio, conocía muy bien el origen del enojo. Salí de la cocina. Ella y yo sabíamos que no era el mejor momento para hablar del tema.

Casi la mayor parte del tiempo, la pasé con Víctor y con Álex en mi habitación, jugando, pintando, leyendo… No soltaron ni una sola palabra sobre el día anterior, así que yo no les pregunté.

Lola Pintor llegó a eso de las tres de la tarde. Aún no logro entender cómo, pero se había enterado de lo ocurrido. Yo quería llevar a mis niños conmigo al tanatorio, no tenía fuerzas para volver a separarme de ellos, y, por otro lado, me daba pánico, como testigos que eran, que aquellos tipos estuvieran al acecho. Al final, después de varios tira y afloja, accedí a que Lola Pintor se los llevara mientras yo iba al funeral. David me prometió que los custodiaría hasta la casa de campo de Lola.

—Por lo que más quieras, Lola, que no salgan de allí.

Después del almuerzo, el piso se quedó vacío, agradablemente vacío. Solo permanecimos en él, Sherezade, Pedro y yo.

—Cati, descansad un poco en el salón Pedro y tú. Yo termino de recoger.

No protesté, sabía de antemano que no serviría de nada.

Habíamos bajado las persianas para que el calor no entrara a través de ellas. Así que resultó de lo más difícil mantenerse despiertos, sobre todo después de tantas emociones.

Eché una ojeada hacia el pasillo, Sherezade limpiaba el suelo con bastante esmero.

—¡Es increíble…! —susurré.

Pedro sonrió con amor.

—Sí… No hay otra como ella —habló desde la pasión, sin quitar la vista de la afanosa de su mujer—. Parece mentira… —Me resultaba doloroso escuchar a aquel hombre de aspecto bonachón—. Vamos a hacer veinticinco años de casados… Veinticinco años ya… ¡Quién lo iba a decir! La quiero más cada día…

Deseé que la conversación fuera por otros derroteros: era una situación muy embarazosa para mí. Me limité a escucharle sin intervenir. Yo estaba sentada en el sofá grande, con las piernas apoyadas en una silla. Las crucé. Él estaba sentado en el sofá a mi derecha con el cuerpo relajado. Sentí la necesidad irrefrenable de colocarme un cojín sobre el pecho y sujetarlo con fuerzas. Sí, parecía una actitud defensiva; no me importó: agarré uno y me lo coloqué encima.

—De un tiempo para acá —prosiguió— está más entusiasmada. —Solo pude asentir con la cabeza—. Lo pasó un poco mal cuando Wence y Serafín se marcharon de casa. Ya sabes… Pero… No sé, ahora parece como si

hubiese resurgido de nuevo… Está llena de energía, más joven y… si fuera posible, te diría que hasta más guapa.

Mi conciencia luchó en un mar de dudas. ¿Qué hacer? ¿Debía advertirle sobre los verdaderos motivos de los cambios de su mujer? ¿Debía ser leal a mi amiga y no delatarla? O tal vez, ¿la mejor opción sería no entrar en los asuntos matrimoniales de otros? Los golpes me habían enseñado, que esta última era la mejor opción.

—Tengo que ponerme las pilas, Cati.

Aquella expresión no le pega en absoluto a un hombre tan formal y correcto. Seguro que había hablado del tema con sus hijos. Se mesó la barbilla.

—Tengo que estar a su altura. Yo también quiero cambiar para ella, parecer más joven y cuidarme un poco.

Recordé la teoría sobre la mariposa que bate las alas en China. ¿Y si fuera verdad? ¿Y si el nuevo comportamiento de Sherezade estaba afectando a su marido? Aún se podía ir más allá. ¿Y si el cambio en Pedro ayudara a que Sherezade se planteara recuperar su pareja? ¡Vaya paradoja! Lo que estaba provocando esa actitud en él, era simple y llanamente el efecto formidable que la infidelidad le causaba a ella.

Agradecí que Sherezade terminara con la limpieza y regresara al salón.

—¿De qué habláis?

—De lo preciosa que eres.

Sonrió coqueta, sacudiendo la cabeza de rizos.

Al cuarto de hora, más o menos, Pedro se marchó y las dos nos preparamos para ir al tanatorio.

Capítulo 37

Cati

Cuando llegamos al tanatorio hacía un calor como si hubieran abierto las puertas del averno. El tramo desde el coche de Sherezade hasta las escaleras de la entrada principal se hizo largo, sofocante y pesado, como si la goma de los zapatos se derritiera en el asfalto abrasador, haciendo cada paso más y más apático. Aunque no hubiese podido discernir con claridad si la apatía que me desalentaba por segundos era el resultado de la alta temperatura o del rechazo natural del ser humano a no enfrentarse con la despedida de un ser querido.

Fuera, apoyados contra las paredes, había un grupo reducido de personas. Imaginé que habían salido a fumar. Cierto era que no encontraba otra explicación concebible para que alguien en su sano juicio pudiera permanecer allí con la que estaba cayendo, a no ser que algo superior a su propia voluntad le impulsara a ello, como era el caso de dicha adicción.

Nos miraron de soslayo sin pronunciar palabra. Yo estaba más entera; pero he de reconocer que mis dos cuñadas, Ana y Pura, apenas andaban con la ayuda de sus respectivos maridos e hijos, estos casi las llevaban en volandas.

Agradecí el fresquito tan agradable cuando se deslizaron las hojas de cristal de las puertas de entrada del tanatorio, y accedimos al interior. A la derecha, en la recepción, estaba José María hablando con un par de hombres. Por su aspecto, me pareció que se trataba del personal de la aseguradora. Levantó la mirada y nos vio llegar. Se disculpó con sus interlocutores, y, enseguida, acudió a nuestro encuentro. En primer lugar, besó y abrazó a sus

tías que lo recibieron con desplomes y llantos. Después hizo lo mismo conmigo.

—¿Cómo están los primos, tita?

—Muy bien, Jose Mari, muy bien…

—Tendrías que haberte quedado en el piso… Él… —Hizo un gesto con el cuello, como dirigiéndose al interior del tanatorio— Él… ya no necesita nada aquí…

—Lo sé… pero tenía que despedirme…

Cerró los ojos con resignación.

—Vamos —nos pidió, ayudando a su tía Ana, a la que le costaba más esfuerzo dar cada paso—, nuestra sala es la última.

Al encaminar el pasillo, cierta ansiedad hizo que mis pies se detuvieran.

—¿¡Qué hace tanta gente aquí!? —me escuché exclamar, aterrorizada, sufriendo un auténtico ataque de pánico, escénico en este caso.

El resto de las salas se hallaban vacías por lo que aquella caterva humana solo se había congregado allí para el sepelio de Marcos. Jamás había visto a ninguno de ellos, ni en nuestras dificultades, ni en nuestras alegrías. A mí, que había vivido más de veinte años con él, no me constaba que tuviera tantos amigos. Algunas caras sí me sonaban de algo. Muchos, la mayoría, eran conocidos de la familia de Marcos; otros, personas con las que de vez en vez cualquier individuo se cruzaría por Utrera en un día elegido al azar; aunque no podría ponerles nombres a ni uno de ellos. También reconocí a varios políticos, gente de la cultura y a muchos empresarios. Tal vez, cada uno de ellos por separados serían encantadores, sin embargo, allí todos juntos, formaban un batiburrillo amorfo ante mis ojos.

Me pregunté cuántos habrían acudido a despedir a Marcos por

compromiso; cuántos por meter las narices y tener de qué cotillear durante semanas o meses; y otros, los muy pocos, por verdadero afecto hacia mi exmarido y nosotros.

Pero estos acontecimientos son así, no los iba a cambiar yo, formaba parte de las costumbres sociales. ¿Hipocresía? ¿Compromiso? Tampoco importaba, terminé por concluir. Lo único que pedí para mis adentros fue que ninguno de ellos se acercara a mí.

Cruzamos la muchedumbre para entrar en la sala asignada a la familia como si fuéramos estrellas de rock, escoltadas por los cuñados y sobrinos de Marcos. Aun así, una mujer de barbilla tan alta que no la bajaría, aunque en el suelo se encontrara un billete de quinientos euros; cuya rubia cabellera había pasado por la peluquería de camino al tanatorio; acordonada por un penetrante olor a perfume de imitación que le precedía; y con actitud altanera disfrazada de falsa ternura y fingida dignidad, se aproximó a mí. Observada desde tan cerca, pude comprobar que me sacaría un par de cuartas y algunos añitos, pero, para ser honesta, he de confesar que en cualquier lugar pasaría por más joven que yo.

—¡Ay, Catalina, hija! —profirió con demasiada afectación, sonándose la nariz con un pañuelo de papel que portaba en la mano—¿Cómo estás, *miarma*? —Representó una camarería aborrecible e inexistente—. ¡Ay, pobre criatura! —Prosiguió con su papel—. ¿Y los niños? Ya han aparecido, ¿no? ¿Están bien? No les habrán hecho daño ni abusado de ellos ni nada, ¿no? Hay tanto pervertido por ahí…

No pude contenerme; sentí repugnancia por ella. Se me torció el labio y me mordí los carrillos por dentro de la boca. Pero antes de que yo pudiera abrirla para esputar cuanto pensaba, un hombre bajito, que intuí sería su marido, le

tiró del brazo para retirarla de nuestro lado. Las gafas de sol de marca, que llevaba en la cabeza a modo de diadema, se le volcaron hacia la frente. Desconozco si la llegó a amonestar; porque aparté mi mirada de un personaje tan patético y ruin como esa señora.

Muchos otros se pegaron de nuevo a nosotros para besar a mis cuñadas, y, de paso, a mí. José María y los demás sobrinos se interpusieron para intentar llevarnos hacia la sala.

Una vez hubimos entrado, cerraron la puerta, el resto se quedó en la estancia abierta y adyacente.

Amparo, la mayor de todas las hermanas de Marcos, ya estaba allí. Había envejecido mucho desde la última vez que la vi. Me acerqué para darle un par de besos.

—¡Ay, hija, qué desgracia! ¡Qué desgracia! —Lloró mientras la abrazaba.

Su hijo, José María, se sentó en el brazo del sofá, al lado de ella. Acariciaba la cabeza de su madre con suma ternura y sin pronunciar palabra alguna.

—¿Y mis niños…? ¿Cómo están, Cati?

—Bien, Amparo, están bien. Se han quedado en casa de unos amiguitos.

—No tenías que haber venido, hija. —Se sonó la nariz con un gurruño blanco que, saltaba a la vista, guardaba muchas lágrimas—. ¡Con lo que llevas pasado…!

—No te preocupes.

Una de las sobrinas de Marcos, Mara, hija de Ana, se levantó del sofá.

—Tita, siéntate aquí —me ofreció cediéndome su sitio.

—Déjalo, Mara.

—Siéntate: yo voy a ir a la cafetería.

—Vamos a la cafetería a por agua. ¿Os traemos algo? —preguntó Juan Antonio, otro de los sobrinos.

—Nada, hijo —respondió, Ana.

—¿Quieres algo, tita?

—Agua, gracias.

—¿Un café…, un refresco…, algo más?

—No, de verdad, solo agua.

—Sherezade, ¿tú…?

—Sí, yo me tomaría un descafeinado con leche, gracias.

Preguntaron de nuevo a sus madres y a sus tías y salieron.

Durante unos instantes reinó el silencio en la sala. De repente mi móvil comenzó a sonar. Le eché un primer vistazo, se trataba, uno tras otros, de cinco tonos que notificaban sendos mensajes recibidos. Los miré todos con detenimiento, eran de la compañía de telefonía. Avisaban de que se había cargado el saldo con cincuenta euros. Inspeccioné a Sherezade. Ella era la sospechosa número uno: tenía el móvil encima y lo estaba mirando, no levantó la cabeza, ni siquiera un leve gesto que la delatara.

¿Quién sería? No podía saber la procedencia, alguien podía haberlo cargado o simplemente haberme traspasado saldo desde su cuenta. Antes de que pensara demasiado en ello, Amparo preguntó a sus hermanas:

—¿Se sabe algo de *esa*?

—No —respondieron al unísono Pura y Ana.

—Nada de nada —apuntilló Pura.

—Os lo dije desde el principio —comenzó a regañar con su tono autoritario Amparo, la matriarca, por derecho propio o adquirido, del clan Ontanilla Guirado—: *esa* iba de simpática, pero es una mala víbora disfrazada

de princesita. ¡Ay, virgencita de Consolación…! ¡Mira que os lo advertí…!

Aun en aquel estado, tan destrozada, la hermana de Marcos continuaba proclamando sus ideas con vehemencia y con una fuerza en los ojos capaz de tumbar al guerrero más fornido sobre la faz de la Tierra con solo mirarlo. Prosiguió con el sermón:

—Tan fina…, tan estirada… ¡Ay, Señor…! Se cree de la nobleza, y sus padres han estado guardando cochinos para darle a la niña hasta… antes de que piara. —Cada uno de los allí presentes seguíamos sus palabras sin hacer comentario alguno entre nosotros—. ¡Claro, eso sí…! —gruñó cada vez más exaltada—. Hasta que fue mayorcita y pudo ir sacando los cuartos de los tontos para los que se abría de piernas.

—Lo peor que hicimos fue poner la casa a su nombre —se lamentó Pura. Pude apreciar el peso de la culpabilidad sobre ella. Conociéndolas, podía asegurar sin temor a equivocarme, que ella fue la que apoyó a Rosa con más ímpetu desde el principio. Marcos sabía mejor que nadie como engatusar a Pura, y Rosa, tal como se estaba comprobando, también poseería una buena artillería para encandilar a Marcos— ¡Cómo nos engañó la muy trápala! —clamó Pura. Si no supiera de su poderoso orgullo, hubiese intuido que rogaba el perdón de sus hermanas.

—Si yo la veía venir… Si ella es larga, más larga soy yo… —Movió la cabeza de un lado a otro, maldiciendo por lo irremediable—. Si es que os lo dije…, os lo dije…, que esta iba a hacer buena a…

En ese punto se detuvo Amparo. No la miré. Me hice la distraída con el móvil. Por descontado se refería a mí. Ella fue prudente al callarse, y yo, al no preguntar. No era el momento para dar ni pedir explicaciones.

—A mí esto me huele muy mal. ¿A ti no, Cati? —me interrogó Pura

dejando al descubierto sus cartas—. Peor que estás tú…, y mira, has querido acompañarle hasta el final —sollozó de nuevo—. Y *esa* que lo conoce de dos días … Y que no puede venir… Y que está *fataaaal* —alargó la última palabra, intentando imitar, lo que supuse que sería la forma de expresarse de Rosa—. ¿¡Mal!? ¿¡Mucho más que todos nosotros juntos…!? ¡Venga ya con los cuentos, hombre! —Cada vez se ofuscaba más—. Ni siquiera es para coger un coche y presentarse aquí… Esto me huele a chamusquina… A mí no me quita nadie de la cabeza que sea ella la que está detrás de lo de mi Marcos…

Se escuchó un leve murmullo. El resto nos quedamos asombrados con su conclusión.

—¿Cómo piensas eso, Pura, mujer? —le reprendió Sherezade con cierta levedad, en un tono muy suave.

—Esto es muy extraño, Ade. Nos cameló para que pusiéramos la casa a su nombre. Desde entonces empezaron los problemas entre ella y mi pobre Marcos, y justo cuando se entera de que lo hemos puesto en manos de los abogados, pasa esto. Todo muy raro, muy raro…

De nuevo el murmullo subió de intensidad, para volver a bajar como en un tenue minuendo.

—Tal vez se trate de un cúmulo de casualidades, mujer… —quise exponer para quitar hierro al asunto.

—*Esa* es un mal bicho, Cati. Te lo digo yo —afirmó con total rotundidad Amparo dándose palmadas en el pecho—. Es capaz de cualquier cosa por dinero. No me fío de ella… ni un pelo.

Pensé que igual criticarían de mí solo unos días atrás. No quise pensar más en ello. Cerré los ojos un poco, mientras las escuchaba dar vueltas, una vez

tras otra, sobre el mismo tema.

Creo que me quedé adormilada; me despertó la mano de Sherezade.

—Vamos, Cati: es la hora de la misa.

Antes de salir de la sala, advertí con una agradable sensación que David había venido. Permanecía de pie junto a Pedro. Nuestras miradas se cruzaron: me sonrió con dulzura, sin pronunciar palabra. Si echaba la vista atrás, David estaba siempre cualquiera de las imágenes que pudiera tomar en cualquiera de los aconteciendo acaecidos en las últimas horas. Como *Wally*, pensé.

¿Por qué se me venían a la mente aquel tipo de boberías en los momentos más inoportunos? Tal vez fuera una especie de autodefensa.

Los allí presente parecían haberse multiplicado, como los *Gremlins* mojados, durante el rato que estuvimos en la sala contigua. Nos volvieron a abrir paso. Fueran cuales fueran sus motivaciones, querían acompañar a Marcos y su familia en estos últimos momentos.

Entramos en la capilla. Estaba abarrotada de gente por doquier; no solo en los bancos, también había quien se apoyaba en la gran pared trasera. Abrí los ojos de par en par: no podía salir de mi asombro. Los primeros asientos estaban vacíos. En ellos nos sentamos la familia.

Trajeron el ataúd con el cuerpo de Marcos. En ese terrible instante, todos, unidos por el mismo dolor: hermanas, cuñados, sobrinos, exmujer… nos refugiamos en el abrazo del que teníamos más cerca, para llorar nuestro desconsuelo.

Durante un cuarto de hora, estuvimos oyendo sin prestar atención la homilía. El sacerdote nos miraba de hito en hito, alzando o bajando los brazos, para que nos levantáramos o sentáramos; sin ganas y sin fuerzas. Hasta que al final, los miembros de la funeraria entraron y se llevaron el ataúd de Marcos

para siempre.

Pura corrió arrastrando los pies hacia él. Se arrodilló, gritando con alaridos más de animal que de humano. Ana y Amparo, la siguieron con más torpeza. Por mi parte, yo, me acerqué sigilosa, como si en aquella estancia solo estuviéramos él y yo; puse un beso en mis dedos, toqué la madera fría, y me despedí de él. Entonces fue cuando rompí a llorar, con el corazón encogido, como lloran los niños.

No sé qué sucedió con ellas, a mí me llevaron de nuevo a la sala entre Sherezade que me cubría de caricias, David y Pedro.

—Cati, creo que ya es hora de que te vayas a descansar. Llevas mucho encima. Han sido unos días muy duros para ti —el tono imperativo de Sherezade me alarmó.

—No, no me voy todavía.

Debí decirlo de tal forma, que nadie objetó nada al respecto.

Al rato entraron mis cuñadas y, detrás de ellas, poco a poco, toda la comitiva de conocidos y amigos más cercanos que pasaron, antes de marcharse, para ofrecernos el pésame. Pese a mi dolor, y mi pesar, advertí que algunas personas sentían de corazón nuestro sufrimiento y nuestra pérdida. Me prometí no volver a juzgar sin saber, otra vez más. Al final, solo nos quedamos en la sala y en el recinto adyacente, los familiares y amigos más cercanos.

Durante tres agotadoras horas, esperamos para que nos devolvieran a Marcos… en un frasco.

Ante aquella imagen, que nos abofeteaba la insignificancia del ser humano, recordé su cuerpo la primera vez que nos amamos. No hacía mucho sentí su peso sobre mí… En esa ánfora pequeña se reducía él: su olor, el rostro ajado,

los huesos y la piel que formaban su estructura, que sujetaban unos músculos que andaban, corrían... Ahora no era más que cenizas.

La voz… la sonrisa, los juegos con sus hijos, todo ello se reducía a polvo, a nada…

David se ofreció a llevarme a casa, así que me despedí de Sherezade y de Pedro con verdadero cariño y no menos agradecimiento.

—He pensado que sería mejor dejar a los niños en la casa de Lola: deberías descansar, Cati… —sugirió mi amigo por el camino.

Yo me negué. No había nada que necesitara más en aquel momento, que tener a Víctor y a Álex junto a mí. Recogimos a mis niños y David se ofreció para quedarse en casa, con la promesa de dormir en el sofá. Lo agradecí. Temía que los tipos aquellos aparecieran, aunque fuera en mis sueños.

Capítulo 38

Cati

El sol entraba a poquito entre las pequeñas rendijas que dejan las persianas cuando no se bajan por completo. Amanecí con una sonrisa desconocida y llena de paz. Al instante descubrí el porqué: había estado soñando con Marcos. Soñé que hablábamos largo y tendido sobre nosotros, sobre nuestra vida en común, sobre lo bueno y lo malo de esta. Y, aquello era lo que en realidad me reconfortaba, nos habíamos pedido perdón el uno al otro.

Los artilugios de la mente, pensé.

Quité con cuidado la manita de Víctor de mi cuello, para dejarla caer con cuidado sobre la almohada. Me giré para besarles con suavidad y sin despertarlos. Los observé unos minutos con una risa callada en los labios. Ambos estaban entre sí; parecían como si hubiesen caído extenuados tras haber jugado a lo largo de la noche al *Twister*.

Me levanté despacio. Anduve de puntillas para no hacer nada de ruido, como una mariposa por los pétalos de una flor. Salí de la habitación y cerré la puerta tras de mí. Aspiré el aroma a café que invadía cada rincón del piso. Con el mismo sigilo, entré en el baño. Pensé que sería mejor lavarme un poco la cara y pasarme el peine por los pelos revueltos, antes de aparecer en la cocina, greñuda y con legañas.

—Buenos días —dijo David con una sonrisa matutina y un beso en la mejilla—. ¿Cómo has dormido?

—Buenos día, David. Bastante bien… He soñado con Marcos…

Él bajó la cabeza. Creí percibir una sombra negra que le cruzó por el párpado inferior. Cosas mías, me regañé.

—He preparado café, tostadas… Siéntate en el salón ahora lo llevo yo.

—El café lo quiero…

Me lanzó una mirada cómplice.

—Sé cómo te gusta… Corto de café y largo de leche, con una cucharadita y media de azúcar…

Me quedé sorprendida y muda por igual.

El ambiente del salón olía a limpio, a aire fresco. Las cortinas estaban descorridas en su totalidad y la ventana abierta. Pese al intenso calor del día anterior, la mañana se había presentado más agradable. Agradecí la tregua. Aunque supuse que se estropearía a lo largo de la jornada, ya que alguien comentó en el tanatorio que venía una ola de calor del norte de África. Esas tan temidas olas que duran alrededor de una semana y que hace que en Sevilla algunos termómetros marquen cincuenta grados centígrados. De ellas llegaban todos los años varias, pero nunca terminamos por acostumbrarnos, y creo que nunca lo lograremos.

La mesa pequeña de centro estaba puesta hasta el mínimo detalle. No estaba acostumbrada a sentirme tan halagada. Tomé asiento en el sofá y, al poco, apareció David con el café.

—No sé cómo agradecerte cuánto estás haciendo por mí, por nosotros…

—No hace falta, para eso están los amigos… —Sonrió, guiñando un ojo.

Por un lado, su repentina y brusca presencia en mi vida, llenaba la soledad de los últimos tiempos; sin embargo, algo en el estómago me prevenía sobre la inconveniencia de seguir dando pasos en el camino erróneo que David marcaba frente a mí. Desoí la advertencia de mi instinto y opté por dejarme

llevar, me arrastraba la imperiosa necesidad de compañía y protección que él me brindaba. Por fin podía compartir mi carga con alguien, alguien atento y cariñoso, y eso resultaba demasiado tentador como para dejarlo escapar.

Inmersa en mis tribulaciones, bebí un sorbo de café y me recliné hacia atrás en el sofá, cruzando las piernas hacia un lado. Estaba cómoda.

—Siento no haber respondido a tu mensaje de *Facebook*… No me encontraba…

—No es necesario que te disculpes… Ahora puedo entender por qué no lo hiciste.

—No estaba en mi mejor momento…

—Ya… Me hago una idea…

—Esto ha dado un vuelco de un día para otro. ¡Aún estoy desubicada!

—Imagino. A veces la vida tiene estas cosas… —Su sonrisa se apagó. Lo miré inquisitiva, intuí que necesitaba contarme algo—. Lo sé por experiencia… —Guardé silencio para que prosiguiera—. El año pasado por esta fecha… ¡Ha pasado ya un año…! ¡No me lo puedo creer! Pues eso, hace un año mi propia existencia era perfecta. O, al menos, eso era lo que yo creía. La preciosa chica con la que estaba felizmente casado estaba embarazada de dos meses. Por fin, después de mucho solicitarlo, me habían concedido de nuevo destino para Sevilla. Compré mi piso. Mi vida era perfecta, idílica, parecía como si anduviera por un camino de rosas.

Guardó silencio. Esperé a que se decidiera a continuar, sosteniendo la taza de café con leche sobre mi regazo.

—Pero por lo que me di cuenta después, el único que estaba realmente enamorado y comprometido con todo aquello, era yo.

Se mordió el labio inferior, conteniendo la rabia y, de nuevo, aquella

sombra negra cruzó por debajo de su párpado.

—Ella llegó un día diciendo que iba a abortar, que no deseaba ese niño ni continuar conmigo —titubeó. Creí que comenzaría a llorar de un momento a otro: no fue así—. Expuso una sarta de chorradas que aún hoy no comprendo: que se había dado cuenta de que era muy joven para atarse de esa manera, que quería conocer mundo y a otras personas…

Entonces clavó su mirada en mí, que observaba cada leve gesto de su rostro.

—¿¡Te puedes imaginar!?

Afirmé con la cabeza. Por lo menos ella tuvo la decencia de comunicárselo, pensé.

—Sí.

Claro que me lo podía imaginar. Mi vida también se había derrumbado como un castillo de naipes ante un leve soplido. En ese instante debí sentir por él la misma camarería que los enfermos de larga duración en un hospital, los presos en la cárcel, los refugiados en un país extraño… Estábamos en el mismo barco y hablábamos en el mismo idioma.

—Me volví loco, Cati. Alguna vez que otra me entraron ganas de suicidarme, mi vida no tenía sentido. No sé si puedes entenderme…

—Más de lo que crees…

—Hasta llegué a sentarme en una mesa, con el arma reglamentaria apuntando hacia mí, mientras decidía si dispar o no —confesó con ciertas reservas. A nadie le gusta desnudar su alma de esa manera—. Así de desesperado estaba.

—Lo siento…

—Lo he superado, ya es pasado.

Su fortaleza me sirvió de aliento. ¡Se sale, se sale!, me oí repetir en mi interior. Aquello me daba esperanzas.

—¿Y ella…? ¿Has vuelto a saber algo?

—Sí. Se fue de España. —La tristeza hizo que el rictus de su cara cambiara por completo—. No sé ni dónde ni cómo, pero se deshizo del niño… —Ahí comenzó a quebrarse, los ojos se le enrojecieron, hasta el punto de que parecía que iba a empezar a llorar—. De mi niño, Cati, del que iba a ser mi hijo… Estuvo unos meses por ahí, imagino que recorriendo el mundo y *conociendo a gente*, como ella misma dijo —confesó con ironía.

Dudé si tomarle la mano para mostrarle mi apoyo. No lo hice, a veces una frialdad incomprensible retenía mis impulsos más tiernos.

—Un día —continuó— me llamó, quería hablar conmigo. Supongo que pasaría por España y le apetecía *recordar* viejos tiempos. Me pidió que quedáramos para tomarnos un café: rechacé su propuesta. Así que continuó por teléfono, soltándome una retahíla demasiado transcendental para mí —su tono se volvió burlón—. Que, si necesitaba encontrarse, que no estaba preparada para continuar adelante con nuestra relación y un largo etcétera. Después me suplicó que volviéramos, porque se había dado cuenta de lo que había perdido y quería volver a retomar la relación por donde la habíamos dejado. Yo le expliqué que eso ya era imposible.

Se encogió de hombros.

—Nuestro matrimonio se rompió cuando ella estaba embarazada de dos meses. ¿Cómo podíamos regresar a ese punto? ¿Podría devolverme a mi hijo? Así que le pedí que se olvidara de mí. Me respondió que podíamos tener muchos otros hijos… Aduje que solo quería ese.

—¡Ay, Dios, David! No lo sabía… Lo siento mucho.

—La vida es así, Cati; yo aún la quería entonces. Hubiese sido más fácil continuar con ella y volver a construir lo derruido, desde los escombros. Pero me paralizó el miedo. Desconfiaba de ella. ¿Cómo volver a depositar mi vida en una persona voluble e inconstante? No, no podía.

Bebió un sorbo de su leche con cacao, ya que no tomaba café.

—Así que… borrón y cuenta nueva, Cati —me informó con renovada energía—. Volví a ponerme en forma, a recuperar a mis amigos, a salir, a hacer deporte, viajar, y… a lo que surgiera…

Entendí.

—Hoy por hoy, vivo los días como vienen: no me complico en absoluto. —Pasó de la más completa tristeza a un ánimo exaltado y alegre en exceso. Me asombró su pronta recuperación—. Esa es mi historia. He aprendido que hoy estamos de una manera y mañana un cataclismo nos puede poner patas arriba.

—¿Sigues en contacto con ella?

—De vez en cuando, algún mensaje en *Facebook*, algún post que sube ella cargado de indirectas hacia mí. Del tipo «*No sabemos lo que tenemos hasta que no lo perdemos*» y chorradas por el estilo.

Quizás hubiese pegado que yo le preguntara si descartaba volver con ella; pero no me pareció prudente meterme en esas honduras. Temí que él pensara que la pregunta llevaba alguna intencionalidad por mi parte. Así que no la formulé, guardé silencio.

En eso se despertaron Víctor y Álex, preguntado cuándo iban a ver a papá. Me quedaba la explicación temida, que no podía posponer por más tiempo.

Capítulo 39

Sherezade

Después de tomarse el café matutino, Sherezade volvió a revisar su *Facebook*. Inocencio de los Ríos no había contestado aún al mensaje que le había enviado desde la habitación del hotel en Oviedo. Repasó el muro de este.

—¡Mierda!, tiene nuevas actualizaciones… Pasa totalmente de mí —protestó en voz alta. Nadie la oyó, estaba sola en el piso— ¡Será…! Entonces… ¿por qué no me responde? —comenzó a impacientarse.

Dudó entre enviarle un mensaje nuevo o esperar. Con el carácter efervescente de Sherezade Guzmán lo más sencillo era suponer que optaría por la primera opción. Quizás reciba muchos mensajes, tantos, que el mío se le habrá pasado, se justificó para ponerse manos a la obra. Por su mente no pasó la idea de que Inocencio de los Ríos, hombre vivido, podría intuir sus verdaderas intenciones. Tenía ya escrito el «Buenos días, Inocencio». Lo borró. ¿Sería más prudente esperar? Se mordisqueó el labio inferior, llena de dudas. Mientras se debatía entre lo que debía y no debía hacer, el furor en sus entrañas quemaba tanto que aturdía las advertencias lanzadas mediante luces rojas de peligro por su propio cerebro.

«Buenos días, Inocencio:

Soy Sherezade Guzmán. Estoy interesada en comprar uno de tus cuadros de la exposición. Agradecería que fueras tú en persona quien me asesorase.

Espero tu respuesta.

Un saludo.

Sherezade Guzmán de Hinojosa».

Ya no escribiría más, sería escueto y directo; incluso, tras leerlo, le resultó demasiado formal.

Cerró el portátil sin esperar a que él le contestara.

—¡*Ufff*! —resopló.

Por más que intentaba desviar la atención en otros quehaceres, la sangre no cesaba de agolpase en la entrada de la vagina y palpitaba sin control en los labios menores. Necesitaba con urgencia una víctima nueva; alguien que le ayudara a desahogar aquel intenso dolor que se extendía desde el mismo centro de la pelvis, hasta la nuca, recorriéndole toda la columna como oleadas de escalofríos.

Eso es, pensó como si se encendiera una bombilla en su cerebro. El barbudo de *Trivago*… Como el alcohólico que con manos trémulas busca la botella que tiene escondida para casos de necesidad extrema, buscó en el bolso la tarjeta de este.

—Hola —respondió él. Sabía quién estaba al otro lado: tenía el número de Sherezade grabado en la agenda de su teléfono.

—Hola.

De inmediato él supo qué quería.

—No puedo ahora mismo… Nos tengo una reunión urgente… Lo siento… A las tres y media ya habré terminado. Te espero en el *Eroski*. A esa hora no hay mucha gente… Podremos disponer de los aseos para nosotros…

A Sherezade le tentó la idea, mucho, muchísimo; pero no podía esperar.

—Allí estaré.

—Nos vemos. Hasta luego.

Bien, estaba bien: misión cumplida. Su sexo continuaba latiendo. Bajó la mano izquierda y lo apretó con fuerza, aquello le obligó a retorcerse. No lo soportaba más. ¿Pero que podía hacer mientras esperaba hasta las tres de la tarde? Eran solo las nueve menos cuarto. Pensó en quedar con Cati. Sin embargo, su amiga parecía estar comenzando una relación con David, el guardia civil. No quería entrometerse ni molestarla. Cati lo había pasado realmente mal. Sherezade sabía que el principio de una relación siempre es algo excitante, que consume hasta el último segundo disponible. Debía dejar que su amiga viviera aquel momento, aquel estar en las nubes, de encontrarse como flotando; cuando, todavía brillaba la magia. Si había alguien en el mundo que se mereciera disfrutar de aquella dicha, era Cati. Sherezade se descubrió con una sonrisa en los labios. La quería tanto…

De pronto, se le iluminó la mente. Dedujo que algo así debía sucederles a los genios ante una magnífica idea. Recordó a aquel hombre enigmático, uno de los padres del colegio de sus hijos, Los Salesianos. Durante años habían coincidido en la puerta a las horas de entrada y salida de los niños. Jamás cruzaron una palabra; sin embargo, ella pronto notó que él la miraba, le sonreía y la saludaba. Solo llegaron a eso. Serafín y Wence terminaron sus estudios allí, hasta Bachillerato, y se marcharon a estudiar fuera de España. Pero Sherezade sabía que él aún continuaba con la misma rutina, ya que sus hijos eran más pequeños que los de ella. Durante un tiempo, años atrás, Sherezade estuvo espiando sus hábitos matinales, e incluso los había apuntado en un cuaderno que guardaba en un lugar secreto.

A las 9:20 *Sonrisas*, como lo llamaba ella en clave, salía del portal del edificio Santa Mónica, situado en la calle Las Mujeres, con sus hijos. Muchas veces, ella misma, que vivía en Álvarez Hazañas, calle paralela a la de él,

cambiaba el recorrido con alguna excusa tonta, bajo las protestas de sus dos hijos, obligados a andar un tramo más, para hacerse la encontradiza con él.

Sonrisas llevaba a su prole hasta la puerta de entrada del colegio, se despedía allí de ellos con sendos besos y abrazos. No acostumbraba a intercambiar palabra alguna con los demás padres o madres. Parecía un hombre muy reservado. Una vez terminada la labor paternal, volvía a por el coche. Sherezade se informó de que poseía una plaza de garaje en un edificio contiguo al de su vivienda, también en la calle Las Mujeres.

Un día, esperó a que *Sonrisas* subiera del aparcamiento, y lo siguió para obtener más información sobre él, el objeto de su deseo. Así fue como averiguó que el enigmático hombre trabajaba como representante en una importante empresa de productos de limpieza, situada en el polígono industrial La Morera.

Con el tiempo, no solo llegó a averiguar sus costumbres, sino, también, el trabajo que desempeñaba en la empresa; se informó acerca de la mujer, de la profesión, horarios...

Por fin se decidió.

El piso estaba limpio, recogido. El bacalao con tomate se acaba de cocinar. Todo en orden, por si Pedro pasaba revista. Entró en el baño, tomó una ducha rápida; se vistió y perfumó; se azuzó el cabello negro y frondoso con los dedos. Bajó a prisa las escaleras. Sabía que, a las nueve y cuarenta, él pulsaría el mando a distancia para acceder a los aparcamientos: lo tenía apuntado en su libreta secreta.

Así que aquella mañana, agazapada, escondida entre la maleza urbana, aguardó hasta ver de nuevo a *Sonrisas*. Aprovecharía la oportunidad que tenía delante; el curso escolar finalizaba aquella semana de finales de junio.

Mientras esperaba su regreso del colegio, se recreó mentalmente en él, en los ojos claros, en el rostro con hoyuelos, en el cabello moreno peinado con esmero, con la raya a un lado. Le gustaba el cuerpo que solía vestir con trajes de chaqueta, corbatas, camisas claras cuyas mangas remangaba a la hora de recoger a los niños; y, cómo no, en el trasero prieto y bien redondeado debajo de los pantalones oscuros de pinza.

Los domingos, algunas veces, lo había visto en ropa deportiva; saliendo en bici o yendo a correr. Pero de lunes a viernes, vestía elegante, cuidadoso, enchaquetado. Supuso que el trabajo se lo requeriría.

Parecía tan metódico, tan concienzudo, tan buen padre y hombre de familia, que tenía la imperiosa necesidad de doblegarlo a su antojo, de que callera entre sus garras, de convertir su disciplina impoluta, en plastilina entre las manos de ella. ¡Qué mayor conquista! Sí, *Sonrisas* tenía que ser suyo, sí o sí, costara lo que costara.

Los caóticos acontecimientos recientes: la muerte de su padre, el viaje al pueblo, las cartas, y lo descubierto en ellas, sumado a lo relativo a Cati, la habían balanceado como a un muñeco, desestabilizándola. Más que nunca, necesitaba calmar la ansiedad, el deseo de devorar a otra presa indefensa. *Sonrisas* sería suyo… Tenía todo, todo lo deseable. Era, en apariencia, intocable, y eso aún la excitaba más.

El corazón le golpeaba a prisa en el pecho; las mejillas se le encarnaron sofocadas. Antes de que la puerta de los aparcamientos se cerrara, Sherezade las cruzó tras *Sonrisas*, como una gacela sigilosa convertida en depredadora. No había nadie en el sótano, salvo ellos dos. Se aproximó a *Sonrisas*, sin decir palabra.

Se alegró de que su hombre enigmático tuviera un monovolumen de siete

plazas. Los asientos de atrás resultaban muy cómodos. Desde su posición, tumbada sobre ellos, vio la chaqueta de él, perfectamente colocada en una percha, enganchada al sujeta-manos, encima de una de las puertas traseras.

No se equivocó, tanta contención, tanto decoro, escondían a un ser salvaje. Sin duda, el mejor de quienes había pernoctado. Desde el primer enviste, demostró quién mandaba allí, y a Sherezade le gustó. En ningún momento, ella pudo moverse, o llevar el control. Así que no se resistió, se dejó hacer, y él demostraba que sabía muy bien lo que hacía. Mucho antes de lo previsto, Sherezade se escuchó gritar, bajo la mano de él que le mantenía la boca tapaba. Con el otro brazo, *Sonrisas* luchaba por sujetarse al reposacabezas para poder empujar cada vez con más y más fuerza. No bajaba la intensidad del placer que, como olas, ascendían desde la vagina de Sherezade hasta atravesarle el cerebro; para que dentro de este explotaran destello de luces.

No daba tiempo a que las ráfagas de luces cesaran, cuando de nuevo comenzaban a subir, una vez tras otra, hasta que el clímax llegó a tal punto, que pensó que en cualquier momento perdería la razón. Entonces *Sonrisas* le elevó un poco la cabeza; aplastó sus labios contra los de ellas, y con movimientos aún más intensos y seguidos, llegó a conseguir que el cuerpo de la amante convulsionara como si un rayo la hubiera atravesado. Él, por su parte, tras unas sacudidas trémulas, cayó sobre el cuerpo vestido de Sherezade, exhausto y jadeante.

Sonrisas, resguardado por la puerta abierta del coche, se subió los pantalones y se colocó la camisa. Sherezade, aún tumbada en el asiento trasero, se subió las bragas y bajó el vestido.

Sonrisas pulsó el mando a distancia de la puerta de la cochera. Ella se alejó como si fuera una bella aparición. Él, subió al coche, colocó el ambientador

en la posición cinco, puso el aire acondicionado al máximo y salió del garaje.

Cuando llegó a la calle, observó como Sherezade andaba, por la acera, con la cabeza erguida y cierta parsimonia en sus pasos. Sonrió, sabía mejor que nadie por qué a aquella diosa le costaba trabajo caminar. Pasó cerca de ella; pero no giró la cara para mirarla.

Por su lado, Sherezade, aún sentía el sexo ardiendo y palpitante cuando subió a su piso en el ascensor. Ni en las ensoñaciones protagonizadas por *Sonrisas*, jamás hubiera llegado a imaginar que aquel hombre enigmático, tan correcto, fornicaría como una bestia endemoniada. Todavía, al rememorarlo, se estremecía. Tenía que repetirlo como fuera, se juró, aunque en ello le fuera la vida.

Al entrar en el piso, limpio, ordenado; sonó el móvil.

—¡Cati! —se alegró enormemente al ver en la pantalla de su teléfono el nombre de su amiga—¿Cómo estás? ¡Qué ganas tenía de hablar contigo! Pero… ¿Quedar? Vale ¿Esta tarde…? Vale…, después de la siesta: a las tres he quedado… ¿A las seis? ¿En la cafetería del Eroski? Sí, sí… Sí, yo también te quiero… No vemos, guapa… Hasta luego…

Capítulo 40

Cati

Sherezade y yo nos fundimos en un abrazo intenso. Solo hacía unos tres o cuatro días que no la veía, y que no nos habíamos llamado; pero necesitaba estar con ella. En las últimas dos semanas, nuestras vidas, más que nada la mía, había dado un vuelco radical y mi amiga era algo estable y seguro a lo que aferrarme, como si me devolviera a la realidad.

—¡Ay, mi niña…! ¡Qué ganas tenía de verte! —me alegré mientras la acuchaba con fuerzas.

—¡Ay, y yo, Cati! Pero… —se interrumpió y cambió el tono de su voz, ese tono que yo también conocía— ¡Ay, Cati…! Te tengo que contar, pero primero tú —me pidió con cara de pícara.

—¿Yo…? —reí. Sabía por dónde iba.

—Sí, tú —afirmó, intentando pellizcarme la cintura como a los niños—. Se te ve radiante… —se burló.

—Sí. Por fin he pasado por la peluquería —expliqué tocándome el pelo—. ¿Te gusta? Me he echado unas mechas y pedí que definieran un poco más el corte que tenía. Me lo pidió Marcos…

—Ya, ya he visto que estás guapísima. ¡Me alegro muchísimo! Pero… yo no me refiero a eso —insistió, con un tonito cómico— ¿Qué… has catado ya al *picoleto*?

—¡Ade!

—¿Eso es un sí?

—¡No!

Pese a que hacía más de un año que Marcos y yo nos habíamos separado, dentro de mí le guardaba cierto respeto, cierto luto. No se me hubiese pasado por la mente aquello en la primera semana tras su muerte. Y, además, todavía estaba saliendo de la conmoción producida por su asesinato y la desaparición de mis hijos. También continuaba inquietándome que aquellos dos tipos, cuyas caras mis hijos habían visto, anduvieran por ahí sin ser detenidos. Por mucho que ella pensara que los motivos eran otros, mi alegría se debía a que por fin podía pagar las facturas y comer. La relación entre nosotros y la familia de Marcos había dado un giro de ciento ochenta grados y, para qué mentir, me agradaba tener a David cerca de mí, haciéndome compañía.

—¿Pero…?

—¿Pero… qué? —pregunté con sorna.

—Que es evidente que está loquito por ti.

—¡Anda, ya mujer!

—¿Y cómo es que se ha metido en tu vida, en tu piso, de esa manera?

—Porque es mi amigo, Ade —atajé, convencida de lo que decía.

—¿Tu amigo? —se extrañó frunciendo el ceño, incrédula.

—Sí, mi amigo, como tú.

— Como yo… —Movió la cabeza, como afirmando—. Ah…

—Sí. Estoy segura de que en su situación tú hubieses hecho lo mismo, estar a mi lado, como él lo está haciendo.

—Pero yo soy una mujer, Cati…

—Ya, ¿pero es que los hombres y las mujeres no pueden ser amigos?

—¡No!

—¡Anda, ya! ¡Qué antigua eres!

—Vamos a ver… cómo te lo digo para que no sea muy brusco… —dudó durante unos segundos— ¡Ese quiere metértela hasta el *corvejón*!

—¡*Andaaaaa*! —Me ruboricé—. Sí, hija, has sido muy *delicada*.

—Cati, seré una lerda en muchas cosas, pero de hombres entiendo un rato. Y, además, no me miró a mí en ningún momento. Y yo sé cuándo los tíos me miran: él solo tenía ojos para ti.

—Que no, que ya te lo digo yo. El otro día me contó que acababa de pasarlo muy mal. También se acababa de separar. Y lo suyo también ha sido muy duro: su mujer lo dejó estando embarazada y perdió al niño que esperaban. Está muy tocado. No creo que quiera empezar ningún tipo de relación por ahora. Además, yo aún lo veo muy enamorado de su mujer.

—¡Cati, Cati…! ¡Qué inocente eres!

Me sentó mal que dijera aquello. Yo no me veía tan inocente ni tan puritana ni tan buena… Me molestaba cuando me trataban como si fuera tonta.

—Te equivocas, ya lo verás, Ade. Es solo un amigo, que quiere y puede estar ahora a mi lado.

—Ya te diré…

—Que no.

Sherezade de nuevo arqueó una ceja, con aires de pitonisa aventajada. Sonreí.

—Además…

No sabía cómo decírselo, ya que la conocía bastante bien.

—¿Qué?

—No me gusta David.

—¿¡Cómo!?

—A ver, estoy muy a gusto con él. Es un cielo de persona y jamás ningún otro hombre me ha tratado como él. Pero...

—¿Pero…? No pueden existir peros…

—Es que no me gusta, no siento nada por él. Sé que es muy guapo…

—Y cuerpazo, tiene un cuerpo para tirárselo sin pensarlo…

—¡Anda, hija! Pues a mí no me gusta, no me atrae, no se me mueve nada, ahí —señalé mi entrepierna—, nada de nada.

—Pues debes estar muerta, Cati, hija. Yo creo que a cualquier mujer que se cruce con él por la calle, se le debe mover algo ahí abajo, sí o sí. ¡Uf! Además, el otro día lo vi vestido con su uniforme, y ¡*uff*! ¿Tú lo has visto con el uniforme?

—Sí, claro que sí.

—¿Y no se te ha movido nada en ningún sitio?

Reí.

—No, absolutamente nada.

—Definitivamente, tienes que ser un zombi, una muerta viviente, o tener la sangre más espesa que la *manteca colorá*, *hijaaa*.

Sherezade decía las cosas de una manera tal, que no podía por menos que reírme con ella.

—Bueno, por mí mejor… más peces en el agua.

Aunque sonreí, en el fondo me molestaba que tratara a mi amigo como a una más de sus posibles víctimas.

—Deja, deja… que tú ya vas bien servida…

—¡Uy!, te has puesto celosa.

—No.

—¡Anda que no!

—Ade, de verdad, quiero que esté a mi lado. Me siento bien con él, me ayuda con los niños, me protege y escucha; es un excelente amo de casa, pero no me atrae para nada más. Y estoy segura de que a él le pasa lo mismo. Él está a mi lado porque lo necesito ahora. Pero cuando esta tormenta pase, volveremos a la normalidad.

—Solo te engañas a ti, Cati, tontina… Antes de que te des cuenta lo tienes sobre ti, o debajo, o al lado, o por detrás, o delante —rio a carcajadas.

—¡Ay! —exclamé con cierta repugnancia, llena de pudor— No digas guarradas…

Mientras más me ruborizaba yo, más se reía Sherezade a mi costa.

—¿Sabes una cosa que he aprendido de mi relación con Marcos?

—No.

—Que no sentía por él lo que debía haber sentido.

—No te entiendo, no será un rollo de esos románticos, ¿no?

—Pues sí. Marcos no era mi amor verdadero.

—¿Qué es eso del amor verdadero, Cati? Yo no creo en esos rollos peliculeros.

—Imagino que tiene que ser algo intenso dentro de ti, como una conexión especial… no sé.

—¡Uf!, yo tengo conexiones especiales cada dos por tres.

—No te burles, Ade…

—No me burlo, Cati, es que eso no existe. Eso solo es real en los cuentos, en los culebrones, en las películas sensibleras… y poco más.

—¿Y lo de tu madre y el chófer?

—Bueno, lo de mi madre y el chofer fue un calentón o varios; aún no lo sé.

—Y ¿por qué se murió de amor?

—Mi madre sería una mujer depresiva y poco más.

—¿Y si ella creía querer a tu padre, a Wenceslao, antes de que apareciera el chófer? ¿Y si no hubiera aparecido el chófer ella hubiese vivido una vida apacible con tu padre? Tal vez tu padre, Wenceslao, hubiese sido el hombre de su vida, sin ella saber que existía un ser tan lejos, que la amaría con esa conexión que traspasa el cuerpo.

—¡*Uff*! Eso es demasiado metafísico para mí. Lo siento, no quiero ofenderte, Cati, pero eso es una sarta de chorradas. Yo sé que Pedro es mi amor verdadero, el hombre de mi vida, no quiero perderlo; pero, sin embargo, todos los días me topo con otros tipos que conectan con mi entrepierna…

No supe qué responderle, yo sabía lo que pensaba, pero no podía explicárselo a alguien cuyo corazón palpitaba a borbotones en la mitad de su vagina.

En ese instante sonó mi móvil.

—Hola… Sí, están en el campo de su tía Pura… Sí, se quedan allí a dormir. ¿Esta noche? Sí, vale… Sí, sí, está bien… Nos vemos… Hasta esta noche… Adiós…

—Tu *Romeo*… ¿A qué sí?

—A ver… Hoy Álex y Víctor están en el campo de mi cuñada Pura, y se van a quedar allí a pasar la noche. David lo sabía y me ha dicho que si quiero que salgamos a cenar. Le he dicho que sí. Eso es todo.

—¡Ves! Cuidado con el vinito, que ese te quiere meter bien metida.

—¡Adeeee! ¡No digas esas cosas! ¡Qué mal pensada eres!

—Bueno, ahora en serio, me alegro de que tu relación con la familia Ontanilla haya cambiado. —Guiñó un ojo.

—¡*Uff*, sí!, ni te puedes imaginar… Parecen otros… Y mira, me alegro.

Están ayudándome mucho con Álex y Víctor, porque ellos necesitan de la familia de su padre: es lo que les queda de él.

—¿Cómo lo llevan?

—Bueno… bien… Preguntan mucho por Marcos. Algunas veces lloran… Imagino que poco a poco se lo irán asumiendo… Ironía de la vida, antes, durante el año que Marcos se desentendió de ellos, no preguntaron jamás por su padre, estaban acostumbrados a sus ausencias; pero en estas últimas semanas, la verdad, es que se ganó el cariño de los niños. Y pasa esto… Es injusto, pero es lo que hay… —lamenté, me encogí de hombros—. Así son las cosas.

Me daba rabia; me frustraba que las circunstancias hubiesen transcurrido de esa forma. No quería que mis hijos sufrieran más. Pero no había vuelta atrás. Su padre había muerto, y eso era irrevocable.

—Por eso, además, agradezco tanto que David esté con nosotros. Se desvive con ellos, Ade. —En ese instante advertí que no decía la verdad, no recordaba ningún momento en el que David se desviviera por ellos. Ayudaba con la comida, salíamos de compras, me acompañaba al parque con mis hijos; pero, a decir verdad, no tenía un trato cercano con ellos—. Sin él, creo que la recuperación de mis hijos sería más lenta —me oí falsear de nuevo—. Aunque también están sus primos mayores… Los llaman varias veces al día, les trae regalos… Les han comprado la *Wii,* la *Play Station*… Y mira que les riño, les digo que ya vale… Pero nada, no hay forma de hacerles entrar en razón, y los dos enanos, encantados de la vida.

—Me alegro por lo bueno que te está pasando. —Me abrazó—. ¡Ah! Y que sepas que aún no te perdono que no fueras capaz de confesarme que estabas sin un duro y con deudas hasta el cuello, y, sobre todo, sobre todo, que

no tuvieras en tu casa más que unas pocas latas de atún…

Agaché la cabeza.

—No podía contártelo, Ade.

—Bueno, no quiero volver sobre ese tema. Ya te he dicho que no entiendo por qué lo hiciste. Que no te puedes hacer una idea de cómo me sentí cuando supe que no habías sido capaz de confiar en mí mientras no tenías ni para comer. Sabes que el dinero no es un problema para mí, ¿qué hubiese supuesto para nosotros que yo te ayudara? Ya te lo digo yo: nada.

—No podía permitirlo.

—¡Ah! Y pasar hambre y miserias sí, ¡¿no?!

No sabía cómo explicarme.

—Eres una orgullosa cabezota, que lo sepas, y te perdono porque te adoro. Pero, Cati, por favor, cualquier cosa que necesites, por favor, no dudes en decírmelo.

—Vale.

—No, *vale*, no. Soy tu amiga, y estoy aquí para lo que sea, ¿entiendes?

Me levantó la barbilla, como a los niños pequeños, para que le mirara a la cara.

—Que sí. —Sonreí.

—¡Ay, mi tontina, dame un abrazo!

Nos abrazamos durante un rato. Pero en aquel momento no tenía nada que pedirle: mis necesidades, que eran muy pocas, y la de mis hijos, estaban más que cubiertas.

—¡Ay, Cati, Cati!

Su semblante cambió. Los ojos le centelleaban.

—Miedo me das…

—¿Sabes a quién me he tirado?

Y sí, mis miedos confirmados: había vuelto a atacar, como un coyote en la noche; pero ella, a cualquier hora del día. No hizo falta que indagara acerca del agraciado, Sherezade se encargó de revelármelo.

—¡A *Sonrisas*!

—¿*Sonrisas*? —le pregunté, perdida, no sabía de quién me hablaba.

—Sí, *Sonrisas*, el padre de Los Salesianos, el que te dije que me miraba.

—¡Ya!

—¿Y ves cómo tenía razón? Me miraba.

Por la cara de felicidad, supuse que no solo la había mirado…

—Pedro… —susurré sin advertirlo.

Si le tenía cariño, en estos últimos días, aún lo apreciaba más. Se estaba portando con un amigo verdadero y leal. Ojalá hubiese estado en mi mano parar a su mujer. Pero, por otro lado, veía su cara de dicha, la felicidad personificada… Me hubiese gustado saber que existía un equilibrio cósmico que pudiera compatibilizar las dos situaciones. La necesidad de ella de otros hombres, sin que ello perjudicara al bueno de su marido.

No sé si Sherezade no me escuchó o hizo oídos sordos.

—No te puedes ni imaginar, Cati. Después de dejar al hijo pequeño en el colegio, lo seguí hasta la cochera de la calle Las Mujeres, donde él tiene sus plazas de garaje. No hicieron falta palabras. Parecía como si llevara tiempo esperando ese momento.

Yo sí que no tenía palabras. Por la explicación de Sherezade, ya sabía de quién se trataba. No lo conocía en persona, pero sí de vista. Parecía un hombre formal, de familia, de los que siempre suele salir con su mujer y sus hijos; el típico que se puede ver cualquier domingo por la mañana en bici,

junto a su prole, por El Paseo de Consolación. De los que después almuerzan en el Bar de los Niños acompañado de padres, suegros, hermanos, cuñados… De los que por las tardes gustan de tomar su café con pastelitos en la Plaza del Altozano.

Me dio angustia: no se podía confiar en nadie, ni en el más formal.

—No sé durante cuánto tiempo estuvimos ahí… Ya sabes… Imagino que no mucho. No te podría precisar, porque en el tercer orgasmo perdí la noción de la realidad. ¡Ese tipo es una fiera! ¡Ay, Cati…! De lo mejor… de lo mejor… No me extraña que tenga cuatro niños…

—¡Qué mala eres, Ade…!

—Y eso no es todo…

—¿No? ¡Ay, Dios!

—No, hoy he tenido sesión doble. —Rio, sacudiendo la cabeza hacia atrás, exuberante.

—¡No! —exclamé ocultando la cara entre las manos— ¡No tienes remedio...!

— Me lo he hecho un par de veces aquí, con *el barbitas* que se parece al de *Trivago*.

—¿Aquí…?

—Sí, aquí en el Eroski. Ha sido divertidísimo —comenzó a explicar; cerré los ojos: hubiese preferido no oír su relato—. Llegué aquí. El centro comercial estaba desierto. Ya sabes que con tanto calor la gente prefiere quedarse en casita con el aire acondicionado a tope.

Asentí. Los mediodías en el Valle del Guadalquivir en verano transcurrían desiertos, sin un alma por las calles. Prosiguió con los detalles de su aventura:

—Sin tregua, me dirigí a los servicios. *Barbitas* me esperaba allí. Con un

gesto me informó de que no había nadie: él lo había revisado.

La frente se le perló, parecía sofocada; rebuscó en el bolso hasta encontrar uno de sus muchos abanicos. Se echó aire por la cara y el cuello, separando la melena de la espalda para ello.

—¡Ay, Cati! No está a la altura de *Sonrisas*, pero *Barbitas* también vale lo suyo… *Comiendo*.

Ingenua de mí, me alegré porque parecía que por fin iba a librarme de los tórridos pormenores. ¡Cuán equivocada estaba!

—Cuando terminamos con el primero, salimos de los aseos y nos metimos en el *Eroski*. ¡Ay, me encanta *Barbitas*! Lo hace todo sencillo y divertido.

El asqueo volvió a acomodarse en la boca de mi estómago: pensé en Pedro. Sin percatarse de mis tribulaciones, Sherezade continuó con su relato:

—¡No imaginas qué gracioso…! Si vieras… Nos dispusimos a pasear por los pasillos del supermercado, como si fuéramos a comprar. Nos hacíamos los encontradizos, interpretando el papel de dos desconocidos. Resultaba simpático, a la vez que sensual. ¡*Ufff*!, nos rozábamos un poco, fingiendo casualidad, al acercarnos a mirar algún producto. Así una vez tras otra.

Se abanicó con energía. Observé como le caía el sudor por las sienes. Su maquillaje lo soportó estoico, Sherezade no escatimaba en recursos en lo concerniente a su imagen personal.

—Con tanto roce, llegó un punto en el que no pudimos resistirnos más. En el pasillo de la leche, metió la mano por debajo de la falda de mi vestido… ¡*Ufff*, no veas…! Estuve tentada de tirármelo allí mismo… ¡Malditas cámaras de seguridad!

Ahora la que sudaba era yo; me alivió que tuviese en cuenta la vigilancia y su posterior grabado: ¡Dios, cualquiera podría ver esas imágenes!

—*Barbitas* compró un bote de nata, y yo toallitas de bebés. Él pasó por una caja, y yo por otra. Nuestro punto de encuentro volvió a ser el aseo de señoras.

¿Me libraría esta vez? ¡No!

—¡Uf! ¡Yo no sabía que la nata podía estar tan buena! *Barbitas* dibujó un caminito desde su pecho hasta ahí.

Señaló al pubis. Yo miré en derredor, quizás queriendo preservar su reputación. La gente paseaba a lo largo de los dos pasillos principales del Centro Comercial Almazara; algunos entraban en las tiendas; otros se paraban a charlar con conocidos que acaban de encontrarse; otros se sentaban en las mesitas cercanas a nosotras; pero nadie parecía percatarse de nuestra conversación. Respiré aliviada.

—¡Ay, Cati, Cati…! —Rio como una niña traviesa—. En la misma dirección se la comí yo… Toda… toda…

Advertí su juego de palabras. No sabía si escandalizarme, salir corriendo, escucharla… Continuaba allí sentada, así que opté por lo último: oír otra más de sus peligrosas peripecias.

—Después yo me subí en la taza del wáter; él me echó nata *ahí*… ¡Cómo lame, Cati!¡Ay, Dios…! ¡Ay, Cati! ¡Ay, Cati! La rebañó una vez, otra y otra y otra... Me temblaban las piernas de tal manera, que tuve que sujetarme a la parte superior de la puerta del baño: creí que me caía. Para colmo, como los espejos están enfrente, podía ver cómo se me volvían los ojos de gusto con cada nuevo lengüetazo. ¡Y más me ponía!

Expulsó aire y cogió su abanico.

—¡Qué día, Cati, qué día! Y estoy deseando que llegue Pedro esta noche.

Capítulo 41

Cati

Telefoneé a Pura para poder charlar un rato con Álex y Víctor. Sin tregua, me ametrallaron con una lista interminable de las peripecias vividas ese día con sus primos y sus tíos.

—¿Te quieres venir mañana a pasar el día, Cati? —preguntó Pura al despedirnos. Por el tono de su voz, supe que me lo proponía de corazón.

—Sí, me gustaría mucho, Pura.

Sería la combinación ideal: mis hijos, piscina, césped, sombrita y relax. Sí, claro que se me apetecía.

—Vale, pues mañana por la mañana te llamo para quedar, Cati. Mi José tiene que llegarse al pueblo a por unos mandados: se pasará él por ti.

—Muy bien, Pura, hasta mañana… ¡Ah!, y gracias.

—De nada, hija: somos familia.

Sí, pensé, ahora sí.

Puntual, David llamó al telefonillo, me esperaba en el portal.

—Hola. —Sonreí cuando lo tuve delante de mí.

—Hola. ¡Qué guapa estás!

Advertí que se le iluminaba la cara.

—Gracias. —Me ruboricé—. Tú también estás muy guapo.

Y lo decía de verdad. Vestía una camisa clara, que dejaba intuir el cuerpo musculoso debajo de ella, remangada justo por debajo del codo, y un pantalón de corte chino. Tenía el pelo muy corto, oscuro. Se había rasurado con esmero

la barba y noté que la piel tersa era el resultado de utilizar cremas buenas. Era obvio que se depilaba las cejas; además, yo recordaba que de adolescente era casi unicejo. Hace unos años, cuando estaba de moda el término, David probablemente hubiese sido un *metrosexual*. Llevaba la ropa planchada, sin la menor sospecha de arrugas. Cuando me acerqué para darle un par de besos, olía a limpio y, sobre todo, a perfume. Resultaba evidente que mi amigo no dejaba nada al azar. Lamenté que, pese a su atractivo, a mis ojos David no fuera más que un simple maniquí ataviado a la perfección. En el fondo de mi corazón desee que tuviera suerte en el amor alguna vez, y encontrara a una chica buena con la que compartir la vida, crear una nueva familia…

—¿Qué tal el día? —se interesó mientras comenzamos a caminar.

—Muy bien —dije con entusiasmo. Cada vez que pasaba algo de tiempo con mi amiga del alma, parecía como si me recargara de energía—. He estado tomando café con Sherezade. ¿Y tú?

—Bien también. He terminado de trabajar a las cuatro, me he echado y después me he ido un rato al gimnasio.

—¡*Ahh*!

No sabía por qué, pero, curiosamente, estábamos más cortados y taciturnos que de costumbre. Empecé a inquietarme.

—¿Has hablado con tus niños?

—Sí, justo antes de que tú vinieras. Están muy bien. Ya sabes, allí, con la piscina, los primos y el *jaleíllo* de gente que viene y va… están de maravillas.

—Me alegro mucho.

—Sí, y yo. —Suspiré, aliviada—. Pura me ha invitado a pasar mañana el día con ellos.

—¿Y qué vas a hacer? —inquirió con el ceño fruncido. El tono de la voz

también mutó por otro más apagado y con tinte imperativo.

—Le he dicho que sí —continué con mi contento, sin tener en cuenta su cambio—. José, vendrá mañana por mí para llevarme.

—¡*Ahh*! —exclamó, aún más apesadumbrado.

Me extrañó la reacción, parecía como si le hubiese estropeado algo; no quise preguntar.

Llegamos dando un paseo hasta el parque de San Joaquín. Nos sentamos para tomar unas tapas en el bar de dentro. Yo pedí una cerveza y él una *Coca-Cola Zero*. A David le gustaba cuidarse. No comía grasas ni pan, no probaba el alcohol y los dulces los tenía autoprohibido.

Al principio, estuvo taciturno. Jugueteaba sin soltar palabra, como si su cerebro rumiara algo. Yo, por mi parte, le conté trivialidades; ni se me pasaba por la imaginación mentar ni un ápice de mis conversaciones con Sherezade. Él, poco a poco, hizo lo mismo. Habló de situaciones insustanciales del trabajo, de los compañeros, de pesas, de tiempos… Me aburrían mucho.

De vez en cuando, mientras él comía, me embobaba mirando a los niños jugar en el parque y recordaba a los míos: los echaba de menos. Rememoré la de veces que me había sentado en el banco del fondo, el más escondido, viéndolos saltar, correr, jugar… ¡Cuánta miseria sufría en aquellos momentos nada lejanos! Cómo me escondía, cómo huía. Mi vida había cambiado para mejor: allí estaba, con un hombre bastante guapo, buena persona, que me daba compañía y me ayudaba a sobrellevar el bache en el que había caído.

El tiempo pasaba plomizo. No sabía muy bien lo que ocurría entre nosotros. Pero lo averigüé nada más llegar al portal de su piso. ¿Cómo aparecimos allí? No sabría responder. Si alguien me dijera que me habían abducido los extraterrestres, lo creería a pies juntillas. Lo seguro es que estaba

allí, en la guarida del oso, con las defensas bajadas y sin tener donde protegerme. Tenía que zafarme de aquella situación, como fuera.

La noche había caído por completo. La luna clareaba la calle por la que transitaba muy poca gente. Decidida a huir de allí, me dispuse a despedirme de David; hecho que él aprovechó para agarrarme con fuerza y plantarme un beso.

En ese momento me quedé paralizada. Y antes de darme siquiera cuenta, estábamos en su cama. Tenía sus labios pegados a los míos con una pasión que yo no podía corresponder. Sin acierto, empezó a mover su lengua torpe dentro de mi húmedo, pero frío interior. Colocó sus manos sobre mis pechos, cubriéndolos por completo; los manoseó con más ímpetu que tino.

De súbito sentí un desagradable dolor dentro de la vagina. Ahogué un grito. Ajeno al malestar que me estaba causando, David se movía nervioso dentro de mí, mientras yo, conteniendo las lágrimas, solo deseaba que aquello terminara cuanto antes. Así que, impulsada por una extraña necesidad de supervivencia, comencé a mover la pelvis, y a fingir algo parecido a un orgasmo; al mismo tiempo le susurré palabras sucias y subidas de tono, referentes a su virilidad: me urgía que aquello terminara cuanto antes, por lo que le ayudé a que llegara al clímax.

Surtió efecto. Al poco, David yacía a mi lado, desnudo en su belleza, con el pecho y las piernas depiladas, y bien formados por el deporte. Permanecía exhausto, los ojos cerrados y el pene, lacio, caído hacia un lado.

Estuvo así unos segundos, el tiempo justo para recuperar el aliento. Después, de súbito, me regaló un derroche de besos y abrazos desmedidos, que yo no esperaba ni deseaba. Una vez pude liberarme de sus garras, me levanté para vestirme e irme.

—No te vayas, Cati —mendigó.

—Tengo que irme.

Necesitaba correr lejos, no quería perder el tiempo ni en hablar con él.

—Quédate solo por esta noche.

Le di un beso en la mejilla. Cariño sí le tenía y mucho, pero jamás podría corresponder su deseo hacia mí. Lo que más ansiaba en aquel momento era escapar de aquella habitación sofocante y buscar un rincón alejada de allí en el que poder llorar a gusto.

No era más que una puta sin escrúpulos. Acababa de traficar con mi cuerpo; y, solo, por no perder su cariño, su amistad y el apoyo tan incuestionable que David me brindaba en últimas semanas.

Se levantó. De pie, aún su cuerpo resultaba más bello. Lamenté no poder amarlo ni desearlo. Me sentí culpable por despreciar a aquel *David*, como el de Miguel Ángel, pero con más esteroides. Muchas mujeres darían cualquier cosa por acostarse con él. Sin embargo, yo no sentía nada por mi amigo, nada más allá de eso, una intensa amistad.

En ese justo momento, supe que me estaba equivocando, que de nuevo comenzaba a meterme en un terreno pantanoso y que no me llevaría a buen puerto.

Lloré durante el camino de vuelta a mi cama, a mi piso, a mí…

Capítulo 42

Cati

Durante esa mañana no cogí las insistentes llamas de teléfono de David. No sabía qué se suponía que tenía que decirle después de lo sucedido la noche anterior. Sentía vergüenza y ciertas nauseas que no terminaban de marcharse.

Quise sentarme en la cama y volver a encontrar la paz que tanto ansiaba. No pude. ¿Qué había pasado? La tranquilidad que tanto necesitaba no terminaba por llegar. ¿Hasta cuándo? No podía esquivar las llamadas de David por más tiempo. Y tampoco quería perderlo de mi lado. ¿Cuál era el precio? Lo hablaría con él, sería franca con él. Sí, eso sería lo mejor. Porque si continuaba callada, de algún modo, también le perjudicaría a él, también le heriría.

El marido de Pura, José Roncero, llamó por teléfono para indicarme a qué hora se pasaría a recogerme. Cuando colgó, de nuevo el teléfono empezó a sonar. Eché en falta los silencios de cuando no tenía saldo. De nuevo se trataba de David. Lo cogí.

—Buenos días, dormilona… —su tono de voz era feliz.

—Buenos días… —el mío sonó seco.

—Te he llamado temprano —protestó con suavidad.

—Sí —titubeé, aunque ya me tenía la excusa más que preparada—, he visto tus llamadas ahora mismo: tenía el móvil en silencio.

—Quería pasarme por tu piso… para desayunar contigo… y repetir lo de anoche —confesó con voz de galán.

¡Dios, no!, me lamenté.

—Lo siento, no me he enterado.

—Todavía estamos a tiempo, si no es para desayunar, para el aperitivo…

¡Uf! Sería difícil para mí poner límites a David sin que alguien saliera dañado, y, por desgracias, yo siempre era la que solía perder en ese tipo de luchas.

—No puedo, tengo que hacer un par de recados y he quedado con José Roncero, el marido de Pura, para llevarme al campo.

—Me hubiese gustado pasar el día contigo… —protestó.

Callé. Yo quería estar con mis hijos.

—Bueno —pronto se vino arriba—, aún tenemos tiempo… En cinco minutos estoy en tu piso.

No me dio tiempo a poner ningún nuevo pretexto. A los pocos minutos David estaba ante mí. Sin tregua, me tiró sobre el sofá, y volvió a hacer *aquello* sobre mí. Me alegré de que estuviera tan excitado que necesitara muy poco tiempo para terminar. Se quedó un rato sobre mí, baboseando mi cara por cada recoveco. Deseaba que se retiraran, él y su aliento matutino, para limpiar los restos de su saliva en mi piel.

—Te quiero, Cati: siempre he estado enamorado de ti.

¡No!, grité sin que ningún sonido se escapara de mis labios. Ojalá no hubiese pronunciado esas palabras. Ojalá pudiera echar el tiempo atrás y saber cómo pararle justo antes de que entrara en mi vida como un elefante en una cacharrería.

Metió sus fornidos brazos entre el sofá y mi espalda; me elevó un poco para pegarme contra su pecho sudoroso. No me dejaba espacio para respirar. Aún sentía su sexo sobre mí, blando y mojado. No encontraba el momento

para, por fin, subirme las bragas y los pantalones cortos.

—Necesito ir al baño —supliqué.

—¿Te preparo un café?

¡Qué manía tiene este hombre con el café!, protesté. Y sí, ese suponía el principio del declive: me molestaba cuanto hacía.

—No, déjalo: José debe estar a punto de llegar.

—Te dará tiempo, ya verás —repuso con una sonrisa. Se subió los vaqueros, pero no se volvió a poner la camiseta que traía; intuí que necesitaba pavonearse cual macho orgulloso delante de mí—. No seas tonta, Cati, ya sabes que no me cuesta nada.

Antes de llegar al baño, me alcanzó. Una vez detrás de mí, agarró mi trasero, me abrazó, retorciéndome la cabeza para besarme. Pensé que me partiría el cuello. Destrabé sus dedos como pude, me solté de sus garras y proseguí hasta mi objetivo. Sin hacer mucho ruido, lavé mis genitales a conciencia, aunque me había duchado solo un rato antes de que él llegara. Después repetí la misma operación con la cara, quería borrar toda huella del continuo y consentido ultraje. Regañé, furiosa, a la imagen que me devolvía el espejo.

«¿Qué estás haciendo, Cati?», recriminé en voz baja.

Me recompuse como pude y salí. Desoyéndome, David había preparado el café.

Yo le regalé un falso *gracias*; y él a mí un beso en los labios que no puede esquivar.

¡Dios! Toda aquella situación ¿qué significaba?, ¿qué éramos novios? Yo no quería mantener ninguna relación, no quería estar con nadie. Mi único objetivo a corto y largo plazo se centraba en terminar de emerger del barrizal

en el que estaba sumida, cuidar de mis hijos y encontrar un trabajo. Lo último en el orden de mis prioridades, era comenzar una nueva relación. Aún estaba recogiendo los trozos de mí desperdigados por doquier, de cuando Marcos me partió a cachitos. Y si quisiera complicarme con una nueva aventura amorosa; desde luego, lo que tenía claro era que David no se encontraría entre los posibles elegidos.

¿Qué debía hacer? ¿Cómo confesárselo sin llegar a perderlo? Las dudas me devoraban. Tal vez David fuera lo mejor que me esperaba en la vida. Al menos sabía que se trataba de una buena persona y un buen amigo. ¿No se basaba en eso la pareja? Quizás, si nos lo proponíamos, el sexo iría bien con el tiempo, con el paso de los años. Con Marcos nunca fue para lanzar cohetes, pero no estuvo mal del todo. David cuidaba de mí, me protegía, como ningún hombre lo había hecho antes. ¿Sería egoísta por mi parte pedir algo más? Una vocecilla en mi interior gritaba que sí. ¿La solución sería acallarla para que no saboteara la incipiente relación?

El móvil de David sonó.

—Sí… ¿Cuándo? Vale… en un rato estoy por allí.

Colgó. La expresión de su rostro cambió por completo. Por cómo me miró, supe enseguida que se trataba de algún asunto que me concernía.

—¿Ha sucedido algo?

—Sí.

El corazón empezó a latirme con fuerza en el cuello.

—Parece ser que han encontrado los cuerpos de los dos tipos que te amenazaron y secuestraron a tus hijos.

Se heló mi sangre.

—¿Hace falta que vaya a reconocerlos? —pregunté deseando que la

respuesta fuera negativa. Contuve el aire.

—No; además, no podrías… Les han volado las cabezas. Estaban fichados, eso ha ayudado a su identificación. Mi compañero me ha comentado que han tenido que verificar las identidades de ambos por las huellas dactilares.

En mis ojos se agolparon lágrimas de desconcierto.

—¿Y eso en qué influye a mis hijos? —balbucí, temerosa.

—Pues… —dudó unos segundos. Su piel se destensó; eso me infundió algo más de sosiego— en que podéis respirar tranquilos por fin, Cati. Estaban metidos en más líos: cualquiera les ha podido meter un par de tiros a cada uno. Caso cerrado. Ya nada acecha a tus hijos.

—¿Seguro?

—Sí, por completo. —Me abrazó, besando mis labios.

Agradecí su confortable cobijo, aunque me hubiese gustado esquivar aquella boca que de continuo buscaba la mía.

¿Cómo podía mantener la seguridad que él me brindaba? No quería perderla por nada. Tal vez no fuera tan mala idea comenzar a desearlo, intentarlo por lo menos. Me prometí un mayor esfuerzo.

—Tengo que irme, Cati. —Me acarició la mejilla—. ¿Estás bien? —Todo él era mimos hacia mí.

—Sí, no te preocupes.

—Luego te llamo para informarte, ¿de acuerdo?

—Gracias.

David se fue, no sin antes volver a besarme con pasión. Intenté corresponder su entusiasmo; pero mi organismo al completo permaneció rígido; amotinado en bloque contra mis órdenes.

El sonido del golpe seco de la puerta, y el tono de llamada de mi teléfono

móvil se solaparon. Supuse que se trataría de José Roncero para informarme de que me esperaba abajo.

—¿Catalina González Portillo? —preguntó una voz dulce, educada y femenina al otro lado de las ondas.

—Sí…, dígame…

Que yo supiera, ya no tenía facturas pendientes, ni acreedores al acecho. ¿Quién sería entonces?

—La llamo por la oferta de empleo en la que se ha inscrito.

¿Oferta de empleo? Había pasado poco desde que envié los currículums, pero con lo ocurrido, me parecía como si hubiese transcurrido años, siglos… Me olvidé de ellos por completo. Debió notar la incertidumbre con la que recibí sus palabras.

—Disculpe, Catalina, para secretaria de importación...

—Sí, sí, dígame.

Poco a poco en mi mente se iban estructurando, como en un esquema, cada sitio web que había visitado. En cuestión de segundos, lograría encontrarla.

—¿Podría venir a realizar una entrevista?

—Sí, claro —afirmé, rotunda sin saber aún de cuál se trataba.

—El próximo lunes a las nueve y media de la mañana.

—Sí, por supuesto.

—¿Tiene coche?

—Sí —mentí. Tenía carné, pero como a Marcos no le gustaba que condujera, ni siquiera lo había renovado en los últimos años. Pero si me daban el trabajo, ya lo solucionaría. De hecho, esa misma tarde pasaría a informarme sobre la tramitación del papeleo para renovarlo.

—Está bien. Nuestra empresa se encuentra en el polígono industrial de La

Isla. ¿Sabe dónde está?

—Sí, por Bellavista, ¿no?

—Bueno, pertenecemos a Dos Hermanas; pero sí, puede acceder por Bellavista también.

La joven terminó de facilitarme la dirección completa. Mientras explicaba con detalle cómo llegar, yo iba anotando cada pequeño comentario. Aun así, se lo repetí un par de veces hasta estar segura. Por último, nos despedimos hasta el lunes.

Tal como colgó, llamé a Sherezade.

—¡Ade, tengo una entrevista de trabajo el lunes! —grité, permitiendo que mi entusiasmo explotara.

—¡Me alegro, me alegro! —se emocionó ella desde el otro lado—¿A qué hora?

—A las nueve y media, en Dos Hermanas, bueno, en un polígono de Dos Hermanas.

—¿Quieres que lleve a Víctor y a Álex al colegio?

—No te preocupes, ya se lo digo a Pura. Pero… necesitaría que me acercaras...

—¡Claro, eso está hecho!

—¡Ay, gracias, gracias!

—No seas tonta. ¿Tienes ropa?

—¡Sí! El otro día David insistió para que me comprara algunos trapillos.

—David…

Callé, no quería que sacara el tema, me avergonzaba tener que confesarle que tenía razón.

—Por cierto, ¿y anoche qué tal?

—No sé si oficial o extraoficialmente, pero me parece que estamos saliendo.

—¡Me alegro!

Ya eran dos, ella y David.

—Siento tener razón, pero te lo dije…

—Ya…

—¿Y qué tal? ¿Cómo es…? Ya sabes…

—¡Ade! No voy a hablar de eso.

—¡Ay, ay! Eso solo significa una cosa: que hubo tema. ¡Cuánto me alegro, Cati, ay!

Sí, pensé, más que yo.

¿Por qué me sentía tan desdichada ante algo que debía llenarme de alegría? Uno de los, probablemente, mejores hombres del mundo estaba enamorado de mí. ¿Qué más podía pedir? ¿Por qué ese sentimiento de culpabilidad que me invadía con respecto a David?

—Y eso que decías que no te gustaba…

—Y no me gusta, Ade.

—No entiendo… Cati, hija… A veces no te entiendo. Anda, ya hablamos el lunes.

—Sí, será mejor que lo dejemos para el lunes.

—Bueno que me alegro, guapa, mucho, mucho, *muchooo* por ti.

—¡Ah, Ade!

—Dime.

—Han encontrado los cuerpos de los dos tipos esos.

Hubo un silencio.

—Ay, Cati, no me alegro por la muerte de nadie. Pero esos criminales

mataron a Marcos… secuestraron a tus hijos, y te amenazaron a ti. Parece que Dios ha hecho justicia. Hija, por fin podrás respirar en paz por tus hijos.

—Sí...

—Mira, poco a poco todo se va encauzando.

—Sí...

Casi todo, pensé, ya que mi relación con David no me hacía nada feliz, sino más bien lo contrario. Sonó el timbre del portero electrónico.

—Están llamando a la puerta, creo que es José, el marido de Pura, que me viene a recoger. Espera, voy a ver…

Efectivamente, era él.

—Ya bajo, José.

—Sí, es él.

—Vale, adiós.

—Adiós, Ade, nos vemos el lunes.

—Qué te quiero, guapa. Disfruta, disfruta de todo.

Capítulo 43

Cati

Llegué al campo de Pura. Lo primero que me llamó la atención fue ver allí a casi toda la familia. No me constaba que hubiesen organizado una quedada formal, por lo que sospeché que algo sucedía. Seguro que se habían enterado de la noticia.

Mientras José Roncero llevaba el coche hasta el aparcamiento de chapa situado junto al lado de la cancela, observé como Víctor y Álex abandonaban sus chapoteos en la piscina para correr hasta mí. Me apeé del vehículo y, de inmediato, fui arrollada por sus dos cuerpecitos empapados. Se pegaron a mí como dos pulpos.

—¡Mamá, báñate con nosotros! —gritaron— ¡Vamos, ponte el bikini!

Me reí encantada, contagiada por su entusiasmo.

—Ya lo llevo puesto; pero esperad un momentito a que salude, ¿vale?

Accedieron no sin protestar. Enseguida los vi lanzarse de nuevo en la piscina, donde el resto de sus primos los acogieron con gran alboroto. De estas pequeñas cosas está compuesta la verdadera felicidad de la vida, suspiré.

El chalé de Pura y José siempre me había parecido precioso. Lo mandaron a construir con mucha ilusión. Sé que mi cuñada deseaba que aquel fuera un lugar lo bastante atrayente para Marcos, su adoración, y nuestros hijos. En su momento contrataron los servicios de un estudio dedicado a la decoración de interiores y al diseño de exteriores. Un par de jardineros, que iban dos días a la semana, se encargaban del mantenimiento de las zonas verdes. Aunque José

se ocupaba de un pequeño huerto que él mismo cultivaba y que, según decía, le servía para desconectar del estrés y volver a conectar con la tierra.

En medio de los dos mil metros de terreno, se ubicaba una casa blanca bonita, de planta baja, con tejado a dos aguas y rodeada de arriates con geranios multicolores, algún jazmín, y una dama de noche. En la parte trasera habían construido una zona de barbacoas para el invierno.

El perímetro delantero se dividía entre césped y árboles. Los había frutales como: nísperos, melocotoneros, perales, manzanos, una morera majestuosa que en primavera pintaba un círculo morado sobre el suelo y un pino gigantesco del que colgaba un columpio de cuerda que hacía las delicias de chicos y mayores; además, varios árboles de sombra.

La entrada principal a la casa estaba cubierta por un porche amplio, ubicado frente a la piscina, en el que siempre daba una sombra muy agradable. En él, la gran mesa familiar, un rectángulo de cristal y hierro forjado, escoltada por sus correspondientes sillas.

Y justo allí era donde un barullo de hermanas, cuñados y sobrinos de Marcos disfrutaban de un caótico almuerzo.

Con un solo vistazo, comprobé que ya habían dado buena cuenta de varios litros de cerveza, cuyos envases vacíos aún continuaba sobre la mesa, al lado de otras a medio beber, y una o dos por empezar. Tres botellas de rioja y un buen montón de refrescos se camuflaban entre tantas *Cruzcampo*.

A los Ontanilla Guirado les gustaba la buena mesa y, no sé si por ello, las féminas del clan estaban dotadas de un talento especial para la cocina. Sí, las féminas, porque Marcos era un negado. Siempre aprovechaban esos eventos para mostrar una amplia gama de sus platos exquisitos: tortillas de patatas, aliños de tomate, papas aliñas, un surtido de mariscos que cocían ellas

mismas, pulpo a la gallega, huevos rellenos, *carrillá*…

Por otro lado, a la sección masculina le entusiasmaba el universo de la barbacoa; mientras unos echaban sal, aceite y vigilaban que no se quemara la carne, otros eran los encargados de llevar hasta la mesa del porche bandejas repletas de productos porcinos: secretos, plumas, filetes, chuletas, chorizos, chistorras…

Saludé a cada uno de ellos. Me reconfortó el cariño y el entusiasmo con el que fui recibida, que no era más que una prolongación del que me brindaban en las últimas semanas.

—¿Quieres una cervecita, Cati? —preguntó uno de los sobrinos de Pura con la botella en la mano, dispuesto a servir el líquido dorado.

—Sí, gracias, luego. —Sonreí, señalando para la piscina—. Como no me bañe con los enanos…, les va a dar algo.

Me quité el pantalón y la camiseta, y los dejé sobre una de las tumbonas de madera. Víctor y Álex hacían palmas y reían, expectantes.

Hacía años que no me lanzaba de cabeza en una piscina, así que, al hacerlo, me sentí de nuevo como una niña. Buceé hasta ellos, para emerger a su lado. En enseguida se encaramaron a cada lado de mis caderas. Cuando las madres abrazamos los cuerpos de nuestros hijos, piel con piel, es como revivir el momento mágico tras el parto, como volver a sentir el torrente de hormonas que nos envuelve durante minutos en esa dicha pletórica.

No tardaron en solicitar mi atención para ser testigo de los progresos natatorios colectivos e individuales. Lo gracioso de aquello era que no solo eran mis hijos los que me requerían para atestiguar sus hazañas, sino que también se les unían los demás primos.

Al cabo de un rato, ya estaba saturada, no lograba terminar de contemplar

a uno cuando el otro me solicitaba. Así que decidí hacer de juez imparcial. Para ampliar miras y tener una visión panorámica, me senté en el filo de la piscina.

Desde mi pedestal, comprobé cómo se habían soltado en ese mes, parecían dos sardinillas. A Víctor y a Álex les fascinaba el agua. En las pocas ocasiones en las que íbamos a la playa, siempre lloraban porque no querían volver. Cuando les explicaba que había que regresar a casa, ellos protestaban con ingenuidad. «Pues compramos una casa aquí». «Ojalá», pensaba yo, igual de infantil que mis hijos.

Siempre soñé con vivir cerca del mar, con pasar los últimos años de mi vida en alguna ciudad costera. Pero eran solo eso: sueños. A lo largo de mi matrimonio con Marcos, esa posibilidad no se contemplaba, ya que él lo odiaba. Ahora todo era diferente, quizás algún día…

Durante aquel rato, centrada en ellos, en sus piruetas, sus risas y en la vitalidad de sus cuerpecitos, pude desconectar la mente de lo externo, como si en algún lugar hubiese encontrado el botón de encendido y apagado.

A un lado quedaba el sufrimiento del último año, las facturas sin pagar, los acreedores… Atrás también, el descontrol de Marcos y su vida caótica. Fuera de mi pequeño universo, Sherezade, sus tropelías y los enredos de su familia. Del mismo modo, aparqué la inseguridad que me causaba tener que enfrentarme, después de tantos años, a una entrevista de trabajo. Aguardaba lejos de allí, David, sus intenciones con respecto a mí y los manoseos por mi piel. En un lugar aún más apartado, los dos cuerpos inertes de los tipos que me atormentaron. La sombra de ambos había dejado por fin de caer sobre mis hijos como la espada de Damocles.

Los miré. En ese instante, el mundo éramos solo mis dos hijos y yo. El

resto consistía en un susurro encantador, pero lejano, que nos acompañaba: el sol que comenzaba a pegarse sobre mis hombros sin protección solar; el chapoteo de mis pies en el agua fresca de la piscina; el burbujeo de uno de los chorros de la depuradora; las risas del resto de los niños; el murmullo detrás de los adultos; el olor a barbacoa que llegaba hasta mi nariz desde la parte trasera de la casa… ¿Eso era la felicidad? Para mí, en ese instante irrepetible, sí.

Los gritos de Pura y alguien más que no distinguí en un primer momento, quebraron mi paz. Llamaron a los niños para comer. La piscina casi se quedó vacía, así que aproveché para sumergirme en sus aguas. Buceé de un lado a otro, envuelta por el silencio. Me transporté a mi niñez. En aquel elemento, tan ajeno y cercano a mí, disfruté de la libertad; me sentí tan viva, como agradablemente insignificante. Emergí a la superficie.

—¡Wau, mamá! ¡cuánto aguantas! —exclamó Álex, maravillado.

Sonreí. Para nuestros hijos, los padres siempre somos unos viejos carcas, así que me alegró que aún se sorprendiera con las proezas de su madre. Me resultó algo simpático y halagador.

—¿Sí? Tú también buceas muy bien. Venga, vamos a comer algo. Y luego nos bañamos otro poquito.

Sin resistencia, los saqué del agua. No quisieron secarse, yo tampoco lo hice. Hacía demasiado calor, así que se agradecía permanecer mojados.

En otra gran mesa aparte y adyacente a la de los mayores, sentaron a los niños. Los padres, las madres, los tíos y abuelos comenzaron a pulular alrededor, como si de una colmena de abejas se tratara. Una vez estuvieron servidos y atendidos, los adultos regresamos a la otra.

Después del baño y, ante tanta comida con un aspecto excelente, se me

abrió el apetito. Uno de los sobrinos me acercó un vaso con cerveza helada. Mientras, cogí un plato para servirme un poco de cada uno de los aliños.

—¿Te has enterado de lo último? —indagó Pura.

—No, ¿qué ha pasado? —me daba miedo preguntar.

Pura comenzó a llorar. Ella era una persona un poco dada al melodrama, pero si hacía honor a la verdad, en las últimas semanas tenía mucha razón. No cabía dudas de que su relación con Marcos había sido muy especial: más que hermanos, parecían madre e hijo.

José María, más sosegado y objetivo, comenzó a explicarme.

—Tenemos ciertas sospechas de que Rosa está viviendo con un hombre en la casa de mi tío.

Antes de que yo pudiera cerrar los ojos, que los tenía abierto de par en par, llena de perplejidad, Ana apostilló:

—Sospechas, no, Cati: estamos seguros.

—Mi Marcos se lo olía. Pensaba que estaba con un tipo del gimnasio, con un tal Paco —explicó entre lágrimas Pura—. ¡Y digo!, aún podría estar caliente el cuerpo de mi niño, sino… ¡Ay, ay!

Los gemidos alertaron a los niños.

—Venga…, ya… Pura —intentó calmarla su marido.

—¡La guarra esa lo ha metido en la casa! En su casa, Cati. La compramos para él… Y mira… ¡Es una asquerosa! —Volvieron a lanzarles miradas para que bajara el tono— ¡Que los han visto, Cati…! ¡Cómo te lo cuento…! ¡Los han visto haciendo marranadas en la piscina!

—¡Cómo! —exclamé, sin dar crédito a lo que decían.

—Sí, una de las vecinas es muy amiga mía. Y los has visto, haciendo de todo, ¡de todo! —aclaró Ana.

No sabía qué decir.

—Os lo he dicho, os he dicho…, que *esa guarra* está detrás de lo de mi Marcos. Es que voy a ir un día y la voy a coger por los pelos… —se irritó más aún Pura.

—Tita, ese asuntó está en manos de los abogados —intentó poner calma José María—. La Guardia Civil está llevando una buena investigación, si hay algo más, ellos lo averiguaran —lanzó una advertencia a su tía, sin variar la calma que lo caracterizaba—. Nadie va a ir a casa de nadie a hacer nada.

Pura rompió a llorar de nuevo. Supuse que con una mezcla por igual de dolor y rabia. Uno de los nietos de Amparo se acercó a ver qué sucedía.

—No pasa nada, cariño. Vuelve con los primos —explicó su madre—. La tita se ha dado un golpe y le duele mucho; pero enseguida se le va a pasar.

El niño se conformó y regresó al alboroto que formaban los demás. Los demás solicitaron a Pura que se contuviera un poco.

—Mi pobre Marcos, mi pobre Marcos. Estará retorciéndose en el Cielo, viendo como la zorra esa… Si ya lo dije yo… Seguro que durante el funeral estaba con ese en la playa, segurito… Y ahora, todo cuadra, se encuentran a los otros dos muertos… ¿Por qué, eh, por qué? Porque fueron ellos quienes los enviaron; quienes ordenaron que se cargaran a mi niño… Por eso los han quitado del medio, para que nadie llegue a saber nada —vociferó de nuevo Pura.

—Tita, esas son elucubraciones tuyas. Esos tipos eran dos buenos fichajes. Tenían muchos otros líos. Seguro que les sobraban motivos para que alguien los quisiera quitar del medio —expuso el sereno de José María.

Yo miraba a unos y a otros, como el resto de los comensales, como si asistiéramos a un partido de tenis. No tenía palabras; no tenía opinión: no

conocía a Rosa. La novia de Marcos, porque hasta el momento de su muerte lo había sido, no me gustaba en absoluto. Pero no era quien para juzgarla. ¿Qué sabía yo sobre los sentimientos que el asesinato de Marcos había causado en ella? ¿Y de su nueva pareja? Nada, menos aún. ¿En qué estado se encontraba la relación de ellos antes del terrible suceso? Por mucho que Pura supiera de boca de su hermano, aquellos asuntos eran muy delicados; además, pertenecían a su intimidad, siempre había que escuchar a las dos partes. Ella disponía de una información sesgada que no podía contrastar.

A decir verdad, aquellos asuntos no me incumbían demasiado, a mí lo que en realidad me importaba era que aquellos tipos no volverían a asustarme ni a acechar sobre las cabezas de mis hijos.

Como no tenía opinión, me limité a comer, beber, escuchar de vez en vez, y mirar cómo bromeaban Víctor y Álex con sus primos; como reían y jugaban.

La jornada transcurrió entre atracón y atracón. Aún no se había terminado de recoger los restos del almuerzo, cuando alguien pensó en que era hora de tomar el café. Al café le acompañaban dulces, tartas, bizcochos, helados… Algunos, la mayoría, se retiraron a dormir la siesta. Mis hijos se metieron de nuevo en el agua, y yo los acompañé. Otros se quedaron divagando alrededor de botellas de ron, de ginebra, de vodka y de güisqui.

No transcurrió mucho tiempo, cuando comencé a percibir de nuevo el olor de la barbacoa. Habían limpiado cualquier rastro de la merienda, para colocar varias cervezas frías. ¡Dios!, suspiré. Yo aún no había terminado de digerir el almuerzo. Sin darnos cuenta, la noche se adentró. Duché a Víctor y a Álex y, después, yo. Estaban agotados.

—Cati, quedaos esta noche aquí, hay camas de sobra —pidió Pura. Sabía

que sus palabras eran sinceras, así que acepté. A mí también se me apetecía mucho. En el campo haría mucho menos calor que en mi piso y, además, mis hijos disfrutaban de lo lindo allí con sus primos.

Les di algo de cena. Junto al resto de niños, se tiraron en varios sofás del salón a ver la televisión. A los pocos minutos, fueron cayendo, uno tras otro, en un sueño profundo. Acosté a mi par correspondiente en el mismo dormitorio en el que lo haría yo más tarde. Regresé al porche con los adultos que quedaron. Sonó mi móvil, era David.

—Hola.

—He estado en tu piso varias veces, aún no has llegado, ¿no? —preguntó, como una ametralladora, sin tregua.

—No —titubeé—, estoy en casa de mi cuñada.

Pura seguía la conversación con disimulo, como si no le interesada. Noté que le halagó que aún me refiriera a ella como cuñada. Al que pareció gustarle menos fue a David.

—¿Tu *cuñada*? —inquirió, alargando las palabras: bastante molesto. Hice oídos sordos— ¿Cuándo vuelves? ¿Te espero?

—No. Me quedo aquí a dormir con los niños.

—¡*Aaah*! —en su tono se transmitía el hastío— ¿Mañana entonces?

—Será mejor que no. Quiero prepararme un poco lo de la entrevista, la verdad. —Le había enviado un mensaje para informarle—. Ya te llamo, ¿vale?

—Si quieres te llevo el lunes a la entrevista, estoy de descanso. —Más que a ofrecimiento, sonó a imposición.

—No, gracias, ya se ha ofrecido Sherezade.

—La llamo para decirle que te llevo yo, tal vez no le venga bien.

—¡No! —Me alarmé. Empezaba a enfurecerme, pero no quería que se me notara. Sin embargo, tenía que disuadirlo como fuera—. Ya lo hemos hablado. Fue ella la que se ofreció… Además —dudé—… se nos apetece estar juntas.

—¡Ah! —espetó con sequedad.

Por el tono de la voz, supe que le había molestado. Unas ciertas nauseas aprisionaron mi estómago, hasta subir a la garganta, tenía la desagradable sensación de que estaba haciendo algo mal. Me sentí culpable. David comenzaba a atosigarme, y yo necesitaba respirar lejos de su aire. Agradecía su apoyo, pero necesitaba recobrar mi vida, mi ritmo y mi soledad. Daría cualquier cosa porque él hubiese sabido cuando era oportuno replegar sus tropas después de la batalla. No, por el contrario, continuaba allí apostado con su ejército, intentando colonizarme en contra de mi voluntad.

—Bueno, adiós —dijo, ofendido.

—Hasta luego. Ya hablamos.

—Te quiero…

Colgué el teléfono como si no hubiese escuchado lo último. Deposité el móvil entre frutos secos, copas de licor y alguna cerveza que otra. Nos habíamos trasladado a otra zona, más confortable, del porche: un rinconcito acogedor compuesto por varios sofás y un par de mesas bajas.

Pura me miró inquisitiva, sin querer parecerlo.

—David… —expliqué por obligación; escueta.

—Se sabe algo más de los tipos esos.

—No, no me ha llamado para hablarme de ellos.

Y ella lo sabía, porque no se había perdido nada de nuestra conversación.

—¡Ah…! Entiendo…

No sé qué entendía, pero no quería que pensara eso de mí.

—Parece muy buen chico, Cati, me alegro por ti.

Callé, no quise dar explicaciones, aquello pertenecía a mi intimidad. Hacía más de un año que Marcos y yo nos habíamos separado: no era la viuda, era la exmujer. Sabía que no me juzgarían por ello, pero me incomodaba de igual forma.

—Cati, yo —balbució Pura—… Me gustaría que me perdonaras.

Me sorprendí al oírla.

—No hay nada que perdonar.

—Hija, tienes que entendernos… Al principio, erais tan jovencitos… Tú venías de una familia… Sí, buena, pero…

—Pura, mi padre se mató trabajando para sacarnos adelante, e intentó inculcarme muchos valores, él y mi madre —atajé, indicando que se estaba metiendo en terreno fangoso.

—Ya, hija, ya lo sé… Y eso lo veo ahora, pero antes… Tú sabes cómo estábamos con mi Marcos… Era tan guapo…, tan bueno…, tan simpático… Se le acercaron muchas hijas de amigos nuestros… pero él se enamoró de ti… Y tú sabes… Y él era muy bueno, mucho… pero la noche le perdió, hija, le perdió…

¡A mí me lo vas a contar…!, pensé.

—Dejémoslo así, Pura.

—Hija, lo que yo no sabía es que tú estabas dedicada en cuerpo y alma a mis niños. Hija… a la vista está lo bien que los has educados… Pero, hija… Ay… Desde aquí solo veíamos que el dinero se iba y que mi Marcos estaba cada vez más y más preocupado… Y que tú… —hizo una pausa. La agradecí porque sabía lo que venía a continuación—. Y él…, prudente que era el

chiquillo... —seguía excusándolo. Pura tenía una venda que le impedía ver los verdaderos defectos de su hermano—. Por no pedir más dinero, pues se metió en esos problemillas…

No quise contar mi versión de los hechos.

—Pero él era tan bueno, tanto… Se equivocó la criatura, se equivocó… Y en vez de cuidar de ti y de sus hijos, se perdió en brazos de la golfa esa. Que es mala, muy mala… Es el mismo demonio. Y ya te digo yo que esa está detrás de todo. Es mala como la quina. Mala. Y el otro, ¿quién será el otro? Malnacido. Metido en la cama de mi niño… Cuando él está ahí…, muerto, en una urnita… ¡Ay, Cati, ay…! Eso es lo que me ha quedado de él, una urnita de polvo; mientras la guarra esa se revuelca con el otro.

Empezó a llorar.

—Ya, Pura, ya —ordenó José Roncero con cierta voz de mando—. Ya está bien. No ganas nada poniéndote así, ni dando más vueltas a este asunto. Está en manos de los abogados y de la Guardia Civil. Así que ya está.

Se secó las lágrimas. Su marido se acercó hasta nosotras para darle un beso en la frente.

—Mañana no te vas a poder levantar con tus dolores, así que no te sofoques más. Descansa un poco.

Pero ella siguió:

—Se tenía que haber quedado contigo y con sus hijos. Tenía que haberse dado cuenta antes de lo buena que eres. Por eso, hija, por eso, quiero que me perdones…

—No hay nada que perdonar, Pura.

Llena de emoción, le di un beso.

—Te mereces comenzar tu vida de nuevo. Desde luego que tu amigo

David es la mejor elección que podrías haber hecho, hija. Es muy atento contigo y muy bueno con mis niños. Se le ve un buen hombre… Verás cómo sois muy felices —expuso, dándome su beneplácito.

¿Qué decir?, pensé. Aún seguía sin tener las riendas de mi vida, comenzaba a sentirme como una niña pequeña o como una marioneta. No quería eso.

Capítulo 44

Cati

El polígono industrial La Isla, a esa hora, las nueve de la mañana, ya era un hervidero de camiones, coches y transeúntes que iban de un lado para otro, como hormiguitas a finales de verano. En Sevilla, en pleno julio, era preferible aprovechar el frescor matutino: el calor caía como ácido candente según transcurrían la jornada.

Nos llevó unas cuantas vueltas, entre calles de naves agolpadas, encontrar la empresa que estábamos buscando.

Sherezade me despidió con un «Suerte». Entré. Tras la puerta principal, a la izquierda, se abría un recibidor fresco y acogedor. Estaba vestido con escasos muebles, de diseño: un par de sofás, una mesa baja, algunas estanterías. A la derecha, a lo largo, se extendía un mostrador. Detrás de este, se encontraba una joven de cabello moreno, piel clara y una sonrisa color carmín intenso. Se apartó un auricular con micrófono de la barbilla, que se conectaba a una centralita, para saludarme con una sonrisa blanqueada artificialmente:

—Buenos días, ¿qué deseaba?

El teléfono sonaba sin cesar.

—Vengo a una entrevista…

—¡Ah, sí! ¿Su nombre, por favor?

—Catalina González Portillo.

Sacó una lista y pintó una marca con un rotulador en ella.

—Espere ahí. —Señaló el rincón con los sofás y la mesa baja—. Enseguida la atienden.

—Gracias.

El corazón comenzó a acelerarse dentro mi tórax. Respiré suavemente. Durante los minutos de espera, repasé, punto por punto, el esquema que había confeccionado con la información que encontré en internet sobre la empresa. Lo llevaba anotado en un trozo de cuartilla, y lo tenía camuflado con mi currículum, para que no fuera muy evidente. También afiancé mis características, las que más se podrían ceñir al puesto que ofertaban, y las más destacables según mi propio criterio.

En el rato que estuve allí sentada, la centralita no dejó de sonar. La recepcionista respondía siempre con la misma amabilidad; empezaba con el mismo encabezado y terminaba las conversaciones con la misma coletilla.

Me hallaba ensimismada, observando su ajetreo, cuando una voz habló:

—¿Catalina?

Me levanté con prisas, me premié por no dejar caer los papeles que tenía sobre las rodillas. Un hombre de casi un metro noventa se había apostado frente a mí, con su mano extendida a modo de saludo.

—Sí —balbucí, asombrada por su atractivo.

—Buenos días, soy Juan Carlos —informó mientras me estrechaba la mano, recordé que tenía que apretar la mía con firmeza; ni demasiado fuerte, ni como un pez—. Soy el director de recursos humanos.

—Buenos días.

Me observó sonriendo. Él sabía que embelesaba a las mujeres. Y yo sabía que él se había dado cuenta de que me había quedado estupefacta.

Abrió una puerta ante mí e indicó que pasara. Así lo hice. Una estancia

diáfana se abrió delante de mis ojos. No sé cuánto mediría, pero se veía amplia y espaciosa. La luz entraba a raudales por unas cristaleras que recorrían los dos muros trasversales. En los lugares en los que incidían el sol con más fuerza tenían bajadas unas persianas venecianas de *PVC* en color marfil. Un pasillo largo separaba las hileras de mesas con ordenadores, me sorprendió que la mayoría fueran portátiles. Las zonas se definían por unas paredes bajas de *Pladur*. Se trabajaba a conciencia, aunque se respiraba muy buen ambiente.

Acompañé al director de recursos humanos y al aroma aturdidor a *Hugo Boss* —reconocí ese perfume tan de moda— que le envolvía, a lo largo del pasillo, hasta llegar a un despacho. Tras él, tomé asiento. Comenzó a preguntarme sobre mí, sobre mi experiencia laboral; y mi pregunta preferida: que si tenía información acerca de la empresa. Contesté con mucho pudor, aunque con seguridad, sin dejar de sentirme turbada por su presencia.

Vestía un traje de chaqueta gris claro, con camisa blanca y corbata. A pesar de ser rubio, a mí nunca me habían gustado los rubios, era guapo, muy guapo, con cara de niño travieso, ojos almendrados azul claro, tez sonrosada y una sonrisa perpetua. La boca era pequeña, de labios voluptuosos, la nariz recta y fina, con aire nórdico. A pesar de querer mantener el pelo hacia tras, este, lacio, siempre volvía a caerle sobre la frente, así que él aprovechaba para apartarlo con gesto seductor.

—Catalina, tenemos que terminar de entrevistar a algunos candidatos más… Sin embargo, por ahora usted está entre las primeras seleccionadas. Así que el resultado final, si ha sido la elegida, se lo comunicaremos en una o dos semanas.

Me quedé muy sorprendida, gratamente sorprendida. No me explicó nada

acerca de las condiciones laborales; pero en ese momento no me importó demasiado: quería trabajar.

Nos despedimos con un apretón de manos. En ese instante, tan cerca, me volvió a envolver su olor. De un modo inconsciente, la imagen de Sherezade se me vino a la mente. Ella, seguro, no se podría resistir al atractivo del director. Definitivamente, yo debía pertenecer a una clase rara de mujer: el despliegue de encantos varios, no me encandiló. Me apabulló su presencia, la seguridad arrolladora que desprendía; solo eso.

Cuando regresé a la recepción, una chica preciosa, mucho más joven que yo, aguardaba sentada en el sofá. Ojeaba una revista con absoluta tranquilidad. Al oír su nombre en boca del director de recursos humanos, situado dos pasos tras de mí, se levantó. Era mucho más alta que yo, aunque se hubiese descalzado de aquellos tacones de vértigo, lo seguiría siendo. Además de una belleza racial y salvaje, su aspecto era impoluto: peinado, maquillaje, vestimenta… Adiós al puesto, pensé al contemplarla.

De súbito, pese a las palabras de aliento del entrevistador, me sentí una perdedora al compararme con aquella maravilla de la naturaleza. Quería ese puesto de trabajo…

Con un hilo de tristeza en los ojos, me despedí de la recepcionista. Busqué en mi bolso el móvil para dar una llamada perdida a Sherezade. Salí a la puerta para esperarla. A los pocos minutos paró su coche ante mí. Entré en él.

—¿Qué tal todo? —se interesó, entusiasmada.

—Bien —susurré.

—No estás muy convencida.

—Me han dicho que estoy preseleccionada…

—¡Eso es bueno!

—Sí, pero…

—¿Pero…?

—Que justo antes de salir, he visto a la siguiente candidata, y era un cañón de mujer, y más joven que yo… Seguro que estará soltera, sin hijos…

—No seas tonta, Cati.

—Ade, es que ya se sabe cómo funcionan estas cosas… El físico es lo primero.

—¡Tú vas guapísima!

—Sí… dentro de mis posibilidades…

—De verdad… algunas veces eres un poco boba.

—Es que quiero tanto este trabajo, Ade…

—Pues que se note. ¿Y tú entrevista que tal ha ido?

—Yo creo que muy bien. He hablado con mucha seguridad de mí, de mi profesionalidad y sobre lo que conocía de la empresa.

—Pues eso es lo que valorarán, tonta… Por cierto, aún no me has explicado a qué se dedica la empresa.

—Es una empresa de destilaciones.

—¿Destilaciones? ¿Eso qué es? Me suena a película de gánster.

Sonreí.

—No, no van por ahí los tiros. Destilan plantas para extraer sus aceites, el aroma… Después los venden para la elaboración de perfumes, alimentos, medicamentos, velas, productos de limpieza…

—¡Ah!

—Bonito, ¿verdad? —afirmé más que pregunté, con ciertos destellos en los ojos que yo misma noté.

—Bueno…

—A mí me resulta muy interesante. —Sonreí.

—Pues me alegro. —Rio—. Yo tengo que trabajar en algo de eso y me da un sopor.

—¿Sí? A mí, por el contrario, me encantaría. Es algo diferente, sutil. No sé… El jugo, el extracto de las cosas… ¡Apasionante!

Sherezade enseguida cambió de tema.

—¡Apasionante tuvo que ser lo tuyo con tu amiguito la otra noche! Hija, que después de tanto tiempo debías de tener *ahí* hasta telarañas.

Ella no sabía que, durante mi separación, en varias ocasiones, había sucumbido ante los encantos de Marcos; así que el tiempo de *escases* no era tan largo como ella pensaba.

—No quiero hablar de eso… —pedí sin demasiada rotundidad.

—Hija, te has ido a la cama con un hombre diez y no sueltas ni prenda. Hija, por Dios… Esos músculos…, esa tableta de chocolate, que se le nota toda todita, debajo de las camisetas ajustadas que lleva… Ese cuello…, ese culito tan bien puesto…

—¡Ade!

—¡Ay, perdona, que es tu novio!

—¡No!, no es mi novio, bueno… sí, bueno… un poco. ¡Ay!

—Aclárate.

—Es que no sé lo que quiero, Ade. Es muy buena persona, me trata como una reina, a mis hijos… ni te cuento…

—Es guapísimo y tiene un pedazo de cuerpo.

—Sí, todo lo que tú digas… Pero…

—Pero ¿qué, Cati? Las parejas son así. No hay fuegos artificiales en el cielo, ni lluvia de estrellas cuando están juntos. Eso solo ocurre en las

películas.

—No sé… no sé qué hacer.

—¿A qué te refieres?

—¿Sabes lo que necesito, Ade?

—¿Qué?

—Unas vacaciones de mi vida.

—¡Eso está hecho!

La miré con el ceño fruncido.

—¿Cómo?

Pensé que había interpretado que necesitaba un viaje a solas con ella. No era ese mi anhelo, sino estar con mis hijos lejos de nuestra realidad.

—Es que no quiero dejar a Víctor y a Álex aquí. No sé cómo explicarlo… Necesito desconectar, pero con ellos.

—¡Hecho! —insistió, impasible.

Estaba perpleja. Sherezade algunas veces me desconcertaba.

—Este viernes tengo pensado ir a Melilla. Pedro no puede acompañarme en esta ocasión. —Hizo un mohín de resignación—. Pensé en ti; pero supuse que no querrías, por eso de estar empezando a salir con tu amigo… —La miré a modo de reproche—. Bueno, a salir o lo que sea… El caso es que voy a alojarme en la casa que era de mis padres. Un sobrino de Aadina la ha estado cuidando, un tal Miha Il…

—Primo tuyo, ¿no?

—¡Sí, es verdad! —Rio— ¿Te puedes creer que no había caído en eso? Pues, nada, que tengo muchas ganas de ir a verla. Ya he hablado con él. Voy a pasar una semanita allí. Si se te apetece venir conmigo, no tienes más que decirlo. Además, por lo visto, la playa está muy cerca de la casa, Víctor y

Álex se volverán locos allí. Ya han terminado el colegio, ¿no?

Una extraña alegría me invadió. Sí, sí, quería hacer ese viaje. Sería estupendo para nosotros. Pasaríamos un fin de semana alejados de lo que terminaba por dejar atrás.

—¿Cuándo hay que estar preparados?

Fue mi respuesta a su invitación.

Capítulo 45

Sherezade

—De acuerdo, Miha Il. El viernes estaremos por ahí. Hasta entonces. ¡Ah!, y muchas gracias.

Sherezade finalizó la llamada. Ya tenía los billetes para Melilla, y acababa de concretar con Miha Il los detalles de la estancia en la ciudad autónoma, en el chalé que su padre le había legado. Guardó el teléfono en el bolso.

Antes de marcharse, echó un último vistazo al portátil. La pantalla estaba levantada. Revisó los mensajes de *Facebook*. Nada, Inocencio de los Ríos continuaba sin contestarle. Llevaba semanas vigilando el muro de este y, por las actualizaciones de estado, sabía que entraba en su perfil. Sin embargo, no contestaba a ninguno de los dos mensajes que Sherezade le había enviado.

Lejos de tomar el desinterés de este como un desprecio, lo vio como un desafío. «Ahora sí que sí, tiene que ser mío a toda costa», rumiaba una vez tras otra en su mente. Y cuando Sherezade Guzmán de Hinojosa se proponía algo, cualquier cosa, focalizaba su energía en ir a por su objetivo, mientras el resto de su entorno se desdibujaba en la neblina de la indiferencia.

Apagó el ordenador. Antes de salir, se miró de nuevo en el espejo de la entrada del piso. Se vio guapa. Lo era, y ella era consciente de ello, y honesta consigo misma a ese respecto. Reparó en el maquillaje; sí, estaba perfecto. Llevaba un vestido de tirantas gruesas, de color rojo, que resaltaba el busto bronceado y marcaba las pronunciadas caderas. Se ahuecó el cabello con los dedos. A pesar del calor de julio y a los constantes sofocos que sufría, gustaba

de llevarlo suelto. Sherezade sabía muy bien que su melena de rizos negros atraía las miradas de los hombres. Eso le gustaba. Observó lo bien que le quedaba la pedicura de uñas carmesí, con las sandalias de tacón a juego con el bolso.

En un par de días se iría a Melilla. Estaría allí una semana o más, así que tenía que ver a Inocencio de los Ríos antes, costara lo que costara.

En el ascensor se encontró a Juan Jesús, el vecino del tercero, el marido de Paca, una mujer a la que apreciaba bastante. Algunas veces Paca la invitaba a desayunar, y Sherezade acudía encantada. El tiempo que pasaban juntas resultaba siempre una delicia para ambas. Su vecina le brindaba un cariño desconocido por ella. Muchas veces se preguntó si aquello sería similar al amor maternal. Ella y Paca solían hablar de los hijos, de la vida, del tiempo, de las enfermedades, etc. Se ayudaban con los desavíos propios: un poco de sal, una cabeza de ajo, un tomate, una cebolla… Y se intercambiaban fiambreras con las comidas que les salían especialmente deliciosas.

Tanto una como la otra, eran conscientes de que nunca se denominarían así mismas como amigas íntimas, de hecho, Sherezade no tenía nada claro que Paca se hubiese cuestionado en alguna ocasión cómo etiquetar su relación. Pese a ello, las dos mujeres disfrutaban de la compañía mutua.

Cuando entró Juan Jesús, Sherezade agradeció que este bajara con el nieto pequeño. El marido de Paca siempre le había resultado un hombre muy atractivo para su edad. Por ser quien era, lo había respetado hasta entonces; eso sí, sin desterrarlo de sus pensamientos libidinosos.

Pero aquel día, el instinto depredador estaba más desbocado que de costumbre. Si hubiese que buscar algún detonante para el estado de extrema excitación, sin lugar a duda, la culpabilidad recaería sobre los últimos

acontecimientos y el inminente viaje a Melilla.

«Conoceré la casa en la que fui concebida —se decía, con un nudo en el estómago—. No solo empezó mi vida allí; sino, además, mis desdichas».

Esto la tenía más nerviosa y ansiosa que de costumbre. Necesitaba una presa, y pronto. Devorar al vecino resultaría como comer y cantar, quizás demasiado poco riesgo para su gusto. Como una gacela enferma y desvalida que se queda atrás, sería fácil saltar sobre él sin dejar huellas. Por una vez su Pepito Grillo le advirtió de que aquello no estaba bien. «En otra ocasión», pensó, molesta.

Le pareció buena idea buscar a *Sonrisas*, a esa hora podría estar a punto de coger al coche. No, no merecía la pena, tendría que subir de nuevo al piso, retocarse el maquillaje… *Uff*, una verdadera lata. De una cosa sí estaba segura: tenía que repetir con él. Todavía le temblaban las piernas y le palpitaba el sexo cuando recordaba aquella mañana con él en el coche. Le gustaría repetir, de eso estaba segura, pero con más tiempo y en un lugar en el que pudiera gritar a gusto, a pleno pulmón, ya que las envestidas de él lo merecían.

Ahora continuaría con el cometido prioritario. Buscó el coche, estaba aparcado en la calle. Entró en él, metió la llave, lo arrancó y encendió el aire acondicionado. Tenía calor. «Seguro que hoy pasamos de los cuarenta grados», lamentó.

Comenzó la marcha. La calle Álvarez Hazaña siempre solía estar muy concurrida, tanto de tráfico como de transeúntes, por lo que le extrañó lo contrario. Pasó el centro médico, no había casi nadie sentado en el jardincito de la entrada, ni el lateral siquiera.

Al llegar a la rotonda frente a la calle Morales, miró hacia la izquierda, en

la puerta de los juzgados sí que había movimiento. Un par de guardias civiles escoltaban a un presunto delincuente hacia el interior de las instalaciones judiciales. Sin prestar demasiada atención a ello, Sherezade giró hacia la derecha.

Ya se encontraba en la calle San Juan Bosco. Antes de la esquina con la calle Arenal, en un extremo de la puerta del supermercado Día, una mujer de mediana edad moño algo greñudo y sentada en el suelo, vendía claveles. Al otro lado, un hombre, no muy mayor, pero sí en muy malas condiciones estéticas e higiénicas, pedía limosna.

Ella continuó. En un trayecto corto, no más de cien metros, dejó atrás cuatro bares; llenos. Algunas personas desayunaban, otras ya habían comenzado con las cervecitas. «Demasiado temprano», pensó. Sin embargo, en Sevilla, cuando el calor aprieta, muchos son los que no miran el reloj antes de pedir una cerveza.

Paró en la gasolinera al final de San Juan Bosco. Llenó el depósito. Una vez hubo terminado, enfiló la calle hacia la rotonda frente al McDonald. Dejó el restaurante a la izquierda, y se preguntó cómo podían llamar a aquello restaurante. Sherezade nunca había comido allí, y jamás se le ocurriría hacerlo. Algunas veces sí se podía decir «De esta agua no beberé»; o como en este caso «En este tugurio no comeré», solía pensar.

Contempló el paso vivo de un grupo de mujeres, enfundas en mallas, que andaban en dirección a la Carretera Cortada. Un poco más allá, en el jardín frente a las casitas de *Vistalegre*, observó el incansable juego de varios perros de diferentes tamaños y razas; y a sus dueños que los vigilaban a una distancia prudente.

Giró a la derecha. Enfiló con bastante nerviosismo la nacional IV. Pasó de

largo el primer desvío a la derecha, ese desembocaba en la autovía para Sevilla. Avanzó unos metros más para coger el siguiente. Leyó la indicación: «*A-375 El Coronil, Ronda*». Sí, esa era la que debía coger.

Una vez en la carretera autonómica, bajó el termostato del aire acondicionado. Los Morales y El Coronil quedaron atrás. A tan solo unos pocos kilómetros antes de llegar a Montellano localizó el camino de albero que tantas veces había recorrido con *Google Earth*. Este llevaba hasta el cortijo de Inocencio de los Ríos. Le resultó fácil reconocerlo: estaba franqueado por una hilera que alternaba palmeras de diferentes tamaños con adelfas de flores fucsias y que se veían bien desde el satélite.

Detuvo su coche justo enfrente, en un cambio de sentido que había un poco más adentro del arcén izquierdo. El pánico frenó su impulso inicial. El morro de su coche apuntaba hacia aquel embudo ocre, verde y fucsia, cuyo último destino era la cancela de entrada. Como así se lo había confirmado una y otra vez la web.

Se apostó en el medio círculo asfaltado durante un buen rato, a cierta distancia; para observar sin ser percibida. Quiso saber quiénes entraban y salían.

Sabía que el pintor estaba soltero y vivía solo. A pesar del aspecto zarrapastroso, Inocencio pertenecía a una familia bien acomodada. Su padre, típico señorito andaluz, fue un auténtico terrateniente. Tras su muerte, dividieron sus tierras entre los dos únicos hijos, el bohemio de Inocencio y la hija menor. Según había oído, la pequeña continuó con la estela del padre, pero el primogénito solo conservó el cortijo que tenía allí enfrente. Por lo que Sherezade averiguó, mediante las publicaciones que este colgaba en su muro de *Facebook*, el artista era de ideologías de izquierdas. A la izquierda de la

izquierda, solía mofarse ella. Debió salirle rana al padre.

Sí, le gustaba. A Sherezade Guzmán de Hinojosa le fascinaban las personas rebeldes, las capaces de plantar cara a la vida.

En los primeros veinte minutos, ningún coche, ningún transeúnte. Desde su posición no se podía ver nada en absoluto, más allá del camino. La casa, o el lugar donde intuía que debía encontrarse esta, aparecía protegida por árboles frondosos, como si el dueño pretendiera guardarse de miradas indiscretas. «Como la mía», se burló de sí misma Sherezade.

Le aburría la espera. Era una mujer de acción: la pasividad la exasperaba. Comenzó a morderse las uñas. «¡A la mierda la manicura!», se lamentó sin remediarlo. Tenía la radio puesta. Sonaba una tertulia; aunque no podría decir a ciencia cierta qué emisora tenía sintonizada. Tampoco prestaba atención a lo que se hablaba en ella.

Los coches pasaban con cierta frecuencia en ambas direcciones. No se fijó si alguno de los conductores o pasajeros reparó en ella: no le importaba demasiado lo que pudieran pensar esos rostros fugaces y anónimos.

Pasó una patrulla de la Guardia Civil. Estos sí le preocupaban. Echaron un vistazo rápido y se alejaron. Sherezade respiró aliviada. ¿Qué les respondería si indagaban acerca de lo que estaba haciendo allí parada? «¡*Uff*, menos mal que han pasado de largo!», se oyó suspirar.

Sacó el abanico del bolso, y se echó aire con él. «¡Maldito calor!», bufó. Se miró en el espejo retrovisor, se le había perlado la frente. Estos sofocos van a acabar conmigo, pensó. Buscó en la guantera un paquete de pañuelos, en los últimos meses siempre llevaba uno consigo. Extrajo uno; se secó la frente. Buscó el neceser con los bártulos de belleza, como solía llamarlos Cati, burlona. Repasó su maquillaje. Seguía estando perfecto. Sonrió.

Sin embargo, la sonrisa se le borró de súbito de los labios, cuando observó como la patrulla de la Guardia Civil, la misma que acababa de pasar, regresaba en sentido contrario y se detenían junto a ella.

Uno de los agentes se bajó del coche.

—Buenos días, señora —saludó, con el rostro impávido.

A Sherezade le tembló la garganta; tragó saliva; por nada del mundo permitiría que aquel hombre percibiera su nerviosismo.

—Buenos días.

Agradeció haber acabado de untar con carmín rojo sus voluptuosos labios. Sabía cómo colocarlos para que cualquier varón se fijara en ellos.

—¿Le ocurre algo, señora?

—No. —Mostró su dentadura resplandeciente, al tiempo que se apartaba con suma coquetería el pelo del cuello—. Estoy esperando a una amiga, íbamos juntas a Zahara de la Sierra y se me ha perdido.

Se aproximó a la ventanilla abierta, por donde le hablaba el guardia, para mostrarle su prominente escote. Él retrocedió asustado.

¡Dios, ¡cómo me ponen los uniformes!, se dijo. Además, el señor agente no está nada mal. ¡Lástima que esté en el coche su compañero! Advirtió como la sangre corría de prisa por su cuerpo. Además, yo he venido aquí a lo que he venido, se centró.

—Por eso he parado, agente, quería llamarla para indicarle con exactitud dónde estoy. —Bajó y subió las largas pestañas, como si pensaran—. Ya sabe que no se debe llamar y conducir al mismo tiempo.

—Ha hecho usted muy bien, señora —sin más, saludó y se alejó.

Le doy miedo, se dijo triunfante. No podía permanecer por más tiempo allí. ¿Y si los guardias civiles volvían otra vez? Por otro lado, tenía que saber

más de Inocencio de los Ríos, fuera como fuera, costase lo que costase. Quería a ese hombre y lo quería ya. No podía resistirlo por más tiempo.

Miró hacia los campos sembrados de trigo. Para Sherezade no era relevante la situación del trigo ni los árboles; salvo uno que le ofrecía sombra. El calor amenazaba con fundir el techo del coche. Bajó de nuevo más el termostato del aire acondicionado. La radio se apagó. «¿Qué sucede?», se alarmó. El ordenador de abordó le informó de ello con un escueto mensaje. En esencia, dejaba de funcionar cuando el motor no estaba en marcha; de ese modo, no continuaba consumiendo batería. Lo arrancó unos minutos para que se recargara.

«¡Ya estaba bien de tanto pensar y requetepensar!». Pisó el pedal del embrague; metió primera; bajó el freno de mano; se dispuso a cruzar al otro lado. Su objetivo la aguardaba al final de aquel tramo de camino de albero, palmeras y adelfas de color fucsia. Posó el pie en el acelerador. Esperó a que la carretera se despejara. «¿¡Le ha dado a todo Cristo por pasar ahora por aquí!?», vociferó irritada. Nadie la escuchó. Empujó con rabia el pedal del freno. Un coche, otro, otro más… «¡Mierda!», maldijo, dando un golpe seco con la mano sobre el volante.

Justo cuando se hizo un claro, comenzó a acelerar para cruzar al otro lado. De repente, se detuvo. Divisó una polvareda amarillenta por el camino del cortijo. Aguardó. De entre el polvo, el albero, las palmeras y las adelfas con flores fucsias apareció un todoterreno de color verde.

Reaccionó a prisa. Dio marcha atrás para apartarse de la visión del conductor. Desde la seguridad de su lejanía, pudo reconocer a Inocencio de los Ríos al volante. Se agachó para no ser vista. Y se dispuso a seguirle. Agradeció que la carretera estuviese despejada.

Condujo su coche a cierta distancia del todoterreno. No era a Inocencio de los Ríos al primer hombre que seguía. ¿Me estaré convirtiendo en una psicópata como la protagonista de *Atracción Fatal*?, pensó sin importarle la respuesta que no se dio.

Dejaron atrás el desvío hacia El Coronil, también el que llevaba hasta Los Molares; hasta que al final, el pintor tomó el que les conduciría hasta Utrera.

Continuó siguiéndolo, dejando entre ambos unos prudentes metros de separación. En la primera rotonda, ya dentro del municipio utrerano, el todoterreno no continuó hacia delante, sino que giró a la izquierda. Está desandando justo el mismo camino que yo he recorrido hace unas horas, sonrió Sherezade.

Entró en los aparcamientos del *Mercadona*. Y ella tras él. Inocencio subió por el ascensor. Sherezade por la escalera. Dentro del supermercado, el pintor cogió una cesta verde con ruedas; ella otra. Se las tuvo que ingeniar para seguir con su labor de investigación, sin ser descubierta y sin perderlo de vista.

¿Qué compraría? Se moría de curiosidad por saber hasta el detalle más insignificante sobre él.

Con la premura que marcaba su entrepierna, planeó hacerse la encontradiza. Tendría que buscar el momento oportuno. ¿Por qué le resultaba tan difícil conquistar a Inocencio? Cada vez que pensaba en ello, se irritaba más y más, como una niña mimada.

Recorrió el pasillo de los vinos, persiguiendo a su presa. Mientras él leía las etiquetas de algunas botellas, ella se dispuso a coger varios tetrabriks de vino blanco y algún que otro licor. Inocencio depositó con sumo cuidado en la cesta un par de riojas, algún vino blanco y tres rosados. Desde su ángulo,

Sherezade no pudo reconocer las marcas. Pero no le cupo duda de que estaba frente a un buen enólogo.

Luego, él, con su caminar parsimonioso, se dirigió hacia las latas de conservas. Cogió algunas de calamares, sardinillas, mejillones, etc. Las colocó en riguroso orden, junto al resto de la compra. Qué meticuloso es, observó Sherezade. Se hizo con varias piezas de embutidos: fuets, caña de lomo, chorizo, salchichón… En la sección de quesos fue a tiro hecho: se notaba que sabía de antemano que producto quería comprar. Terminó el recorrido por el establecimiento, no sin antes abastecerse de tres panes de pueblo, nueve barras y algunos paquetes de picos.

Este tiene invitados hoy…, se dijo con disgusto. Inocencio de los Ríos era ya algo tan suyo, que le molestaba no ser partícipe de su vida.

El nerviosismo le vibraba en las venas del cuello. Su persecución estaba llegando al final y se temía que se le escapara vivo. ¿Por qué tenía tanto miedo? Con otros hombres no se lo había pensado ni un segundo. De nuevo, no esperó a escuchar una respuesta.

Agradeció que hubiese dos cajas abiertas. Sino ella misma hubiese gritado: «¡*Clave ochenta*!». Inocencio de los Ríos pagó con tarjeta. Ese hecho le sorprendió: lo veía demasiado sofisticado para él. Una vez hubo abonado el importe de la cuenta, recogido la compra en una bolsa reutilizable.

—Pase, usted, señora… —pidió Sherezade a una mujer que aguardaba tras ella en la cola—. Estoy esperando a mi marido.

¿Cómo podía mentir tanto? No le importó la explicación que tampoco llegó a darse. El objeto de su deseo se despidió con suma amabilidad de la cajera. Sherezade la odió en su fuero interno. Observó con atención cómo él se encaminaba hacia el ascensor. No había tiempo que perder. El cubículo de

acero sería un buen lugar para atacar por fin. Su gozo en un pozo. La señora a la que solo unos minutos antes había cedido el paso, se dispuso a bajar con él.

«¡Mierda! ¡Desagradecida…!», murmuró por lo bajini. No había tiempo que perder. Abandonó la cesta verde con ruedas delante de la caja. Dentro de ella quedaron los mandados que había ido cogiendo para disimular.

—No llevo nada —informó a la cajera que la observó con cara inquisitiva.

Se dio prisa para no perderlo de vista. Bajó por la escalera. ¿Por qué no serán sexis las zapatillas de deporte? ¡Maldita sea!, se lamentó al comprobar como tenía que ralentizar el paso a causa de sus sandalias de tacón.

Allí estaba él, de espaldas, guardando las bolsas en el maletero. Quiso ir por detrás, hablarle con voz sugerente, y que sucediera lo que tuviera que suceder. Sin embargo, mientras sus pensamientos se entretenían con lo que podría ser, los pies la llevaron hasta su coche.

Aguardó agazapada dentro del vehículo. Esperó a que él terminara. Ese hubiese sido un magnífico momento para interceptarlo. ¿Por qué no se había atrevido? ¿Qué la llevaba a tener un comportamiento tan cobarde con Inocencio, si de todos, era quien más deseaba? Sherezade Guzmán de Hinojosa no alcanzaba a comprender que temía un rechazo de él; le horrorizaba intuir un nuevo desaire. Había algo en Inocencio de los Ríos… Le fascinaba tanto como la desorientaba.

«Pues nada… ya que no eres capaz de abordarlo; a seguirle de nuevo se ha dicho…», se riñó.

El todoterreno verde abandonó los aparcamientos del Mercadona. Antes de llegar a la gasolinera, giró a la izquierda. Tomó la calle que bordeaba la barriada del Matadero. Sherezade temió ser descubierta: aminoró la velocidad; entonces, le asaltó el pánico a perderlo de vista; así que aceleró un poco más.

Dejaron atrás el Telepizza y la Fuente de los Ocho Caños. Encaminaron hacia arriba la calle Cristo de los Afligidos. Pasaron junto al antiguo cuartel de la Guarida Civil, convertido hacía ya varios años en viviendas. Rodearon el monumento erigido en honor a Fernanda y Bernarda. Subieron por la calle con el nombre de las dos célebres artistas utreranas.

«¿Adónde leches irá!», se preguntó cansada, con el ánimo cada vez más decaído por su falta de arrojo.

Nada más pasar la rotonda de la Fuente Vieja, empezó a tenerlo claro. Subieron por la Corredera. Inocencio aparcó. Ella paró el coche en doble fila, para observar las intenciones de él. Enseguida las averiguó. Su destino era el bar *El Carlitos*. Sherezade tuvo suerte, pudo estacionar cerca. Desde su ángulo de visión podía vigilar cada movimiento del pintor, sin ser vista.

Había seis mesas colocadas sobre la acera. Todas vacías menos una. En ella estaba sentada una mujer; parecía esperar a alguien. El corazón de Sherezade se heló durante unos segundos. «Que no se siente con ella…, que no se siente con ella… Seré buena a partir de ahora…», susurró como una letanía.

De súbito, sus suplicas cayeron en terreno estéril. Comprobó que la mujer se levantaba con gran alegría; ambos se regalaron un caluroso abrazo, aunque no puedo ver si se besaban en los labios o en las mejillas. Lo que los ojos no vieron lo completó la imaginación enervada. Tomaron asiento.

Sherezade sintió que la sangre del cuerpo le subía a la cabeza en forma de ira contenida. «¡Puta! —se oyó decir — Seguro que está con esa puta…», se martirizó con lágrimas en los ojos. En ese momento necesitó bajarse del coche y abofetear a ambos. Sentía que Inocencio de los Ríos era de su propiedad y aquella mujer se lo acababa de arrebatar. Las lágrimas de furia se desbordaron

de sus ojos. Las contuvo. Se secó el párpado inferior con un pañuelo de papel. Por un minuto recobró la cordura: no se permitiría llorar por aquello. Sintió vergüenza.

Metida en sus tribulaciones, volvió a la vigilancia, dudando si debía quedarse o marcharse y olvidarse de él para siempre. Si se decidía por lo segunda opción, se tendría que enfrentar a un fracaso. Aquella palabra no entraba en su vocabulario. Por lo que optó por quedarse un rato más.

Ambos, la mujer e Inocencio, volvieron sus respectivas cabezas hacia la puerta del local. Un hombre, con tres jarras de cerveza entre las manos, apareció. Las dejó sobre la mesa para fundirse en un afectuoso abrazo con el pintor. Se sentó junto a la misteriosa mujer. La víctima de sus celos dijo algo mirando al hombre apostado a su lado. Sherezade se enfadó por no poder oír la conversación. «¡Son pareja! ¡Son pareja!», gritó de alegría, cuando este correspondió a la mujer con un beso en los labios.

En ese momento se sintió feliz y boba a partes iguales. A pesar de las atormentadas dudas que acababan de corroerle el ánimo, no llegó a plantearse qué hacía ella allí, con su edad, con su estado civil, siguiendo a un extraño. Tampoco se planteó qué pensarían sus hijos de ella; y mucho menos le importaba la opinión y el dolor que ese tipo de comportamiento causaría en Pedro, si alguna vez esas fechorías llegaban a sus oídos. Toda cuestión quedaba más allá de lo único que se preguntaba en ese instante presente: ¿Qué relación guardaba Inocencio de los Ríos con sus dos compañeros de aperitivos?

Los observó desde su refugio de caza, sin perder detalle. Tan absorta estaba con su fin, que las horas pasaron sin que Sherezade fuese consciente de ellas. Debido al sofocante calor y al aire acondicionado, la garganta se le secó.

Intentó tragar saliva, pero apenas le quedaba. Igual sucedió con los labios; los contempló en el espejo: empezaban a cuartearse. Fue inútil querer humedecerlos con la lengua: estaba pastosa. Tenía sed, mucha sed.

El pintor y sus amigos no paraban de pedir cervezas. Sherezade se planteó la posibilidad de salir del coche, andar los pocos metros que la separaban del Supermercado Pepito para comprarse un refresco o una botella de agua. Tan pronto como se le cruzó por el pensamiento, descartó esa idea. ¿Y si en ese justo momento Inocencio se marchaba? No, no se atrevía.

La envidia comenzó a corroerle. Al otro lado de la calle, a cada risa y a cada jarra de cerveza, le acompañaba un platito de frutos secos o de altramuces o de aceitunas. Las tripas le rugían.

«¡Esperaré, esperaré! Ya no les debe quedar mucho», se dijo para infundirse aliento. «Debo tener algún chicle por el bolso». Buscó. Y sí, encontró uno de menta. Eso la mantendría alejada de la sensación de hambre y, al salivar, le ayudaría a sobrellevar la sed.

Necesitó llamar a Cati, compartir con ella sus andanzas. Deseaba con fuerzas comunicarle dónde estaba y qué hacía. Durante unos segundos inciertos, sostuvo el teléfono entres las manos. Debatiéndose entre si debía o no marcar el número, se pasó el terminal por los labios. Dudaba. ¿Qué le diría a su amiga? «Hola, Cati. Sí, soy yo… Estoy aquí, persiguiendo y espiando a Inocencio de los Ríos...» Solo de imaginarse la cara que pondría su *Pepito Grillo* particular, fue suficiente para que desechara la idea.

Mientras tanto, los tres amigos continuaban allí reunidos, en la mesa sobre la acera del bar, entre animadas charlas y cervezas, y ajenos a que estaban siendo acechados. Los veía reír con ganas; parecía que se lo pasaban de maravilla. ¿Quiénes serían?, se volvió a preguntar.

Por fin observó cómo se levantaban de sus respectivas sillas. Supuso que se marcharían, pero aún estuvieron un buen rato más conversando de pie. Al final, después de regalarse sendas tandas de buenos abrazos, la pareja se marchó por un lado e Inocencio de los Ríos por el otro opuesto. Anduvo hasta el todoterreno.

Por la hora que era, casi las cuatro de la tarde, Sherezade supuso que el pintor regresaría a su casa; así que no había otra oportunidad, ese era el momento justo para hacerse la encontradiza.

Con apremio se repasó el maquillaje, se pintó los labios, se ahuecó el pelo y pulverizó unas gotas del perfume *Carolina Herrera* sobre el pecho; le gustaba llevar siempre consigo un frasco pequeño. Ya estaba preparada; iba a cruzarse con él, a tropezarse si fuera necesario.

Las piernas le temblaron al salir de su coche; la boca se le antojó seca y acolchada, como si hubiese comido alcachofa cruda. La calle parecía más larga que de costumbre. Entre Inocencio y el todoterreno verde, se encontraba Sherezade, caminando a su encuentro. Cuando el pintor pasó por su lado, las palabras enmudecieron. Intentó despegar los labios, pero ningún sonido brotó de ellos.

Inocencio se alejó, como lo hubiese hecho cualquier otro transeúnte, cualquier otro al que se le hubiera ocurrido la descabellada idea de andar por allí con el calor que caía. Se metió la mano en el bolsillo y sacó de él las llaves de su vehículo. Pulsó el mando a distancia de este y Sherezade escuchó como se abrían los pestillos de las puertas. Clavada en el suelo y con cara suplicante de impotencia, comprobó embobada como su objeto de deseo pasaba de largo. Quiso correr tras él, pero los pies se le hundieron en el suelo, como si el hormigón de la acera se hubiese convertido en arenas movedizas

que la atrapaban hacia abajo.

Inocencio de los Ríos montó en el coche; se incorporó a la calzada y se dispuso a conducir hacia un paradero desconocido para Sherezade Guzmán de Hinojosa. Entonces, solo entonces, cuando la silueta verde se empezó a desvanecer entre el engañoso espejismo que produce el calor sobre el asfalto, pudo Sherezade reaccionar. Despertó del ensimismamiento; subió en su coche tan veloz como pudo; aceleró y le dio alcance antes de que él llegara a la Plaza de la Trianilla. Era imprescindible lograrlo, ya que en aquel punto se bifurcaban los caminos en varias direcciones.

«¡Maldita sea! ¡Maldita sea! —gritó, una vez tuvo controlado de nuevo los movimientos del inocente perseguido— ¡Qué puñetas me ha pasado? ¡Qué me ha pasado? ¡Soy una estúpida cobarde!» La rabia y la impotencia le corroían el cuerpo por dentro.

Sonó el teléfono, sin dejar de mirar hacia delante, echó un ojo para averiguar quién la llamaba. «Cati. Tenemos telepatía. Luego la llamaré para decirle que nos vamos mañana temprano. Pobre, aún no sabe la hora exacta», se propuso sin atenderle.

Por un momento creyó haber perdido de vista a Inocencio de los Ríos. Pero no era así. Lo divisó realizando la rotonda de la avenida María Auxiliadora, intersección entre la calle Álvarez Quintero, conocida como El Arroyo, y la avenida de Juan XXIII, conocida en el municipio como El Paseo de los Coches. Enfiló la avenida de los arcos y los naranjos hasta el final.

Cuando llegó a la rotonda de El Punto, dejó a la izquierda el lugar de encuentro de muchas de las personas que quedan para caminar: el comienzo del Paseo de Consolación. Unos metros más para adelante, cruzó la entrada del supermercado *Supersol*, y estacionó en los aparcamientos exteriores.

Sherezade repitió con exactitud la misma operación que en el otro establecimiento. Tenía que terminar de completar la maleta para el viaje a Melilla. Pedro llegaría más temprano de trabajar. «Hoy llegaré más temprano, Sherezade. Me gustaría pasar la tarde contigo… Te voy a echar tanto de menos esta semana…», le había dicho su marido con un beso tierno antes de marcharse.

Así que no tenía el día entero para andarse con tantos remilgos con aquel descortés que no le contestaba a los mensajes y que ella tanto, tanto deseaba. Se infundió más fuerza y coraje que las veces anteriores, y fue directa hasta él, decidida, como un toro ante un trapo de color rojo. No, no lo dejaría escapar. Y una vez que estuviera enredado dentro de su tela de araña, lo devoraría. Se relamió con solo imaginarlo.

Inocencio de los Ríos cogió una cesta de color rojo; ella otra. Él anduvo hasta la carnicería; ella detrás. El pintor tomó un número para guardar turno; ella no. Había mucha gente. Observó por encima la vitrina con las carnes expuestas. Las pechugas de pollo y el lomo de cerdo estaban de oferta. Eso es lo que ha atraído a tanta clientela, pensó Sherezade. Ambos aguardaron pacientes, él a su turno, y ella a un leve gesto de este que le ayudara a iniciar una conversación.

Lo contempló con devota admiración a escaso metro y medio de distancia. No era tan alto como Pedro, estaba más gordito y su aspecto era bastante desaliñado. Sí, podría decirse que era justo el antagonista de su marido. El ying y el yang. No advirtió que quizás precisamente aquello era lo que tanto le atraía del artista.

Aguardó unos minutos antes de abordarlo. ¡Dios, está ahí! Puedo mirarlo y requetemirarlo, se dijo con una sonrisa quinceañera.

Su Inocencio adorado vestía una amplia camisa color marfil de manga corta. Al aire quedaban unos brazos fornidos de escaso vello. Los vaqueros, aunque anchos, se le ceñían un poco por el trasero. Lo tiene prieto, se relamió. Tal como había reparado una y otra vez en las fotos de *Facebook*, llevaba el pelo revuelto, como acabado de levantar. Deseó introducir sus dedos por los cabellos desordenados de un castaño claro, casi rubio; aferrarse a aquella cabeza de pensamientos misteriosos; rozar con sus labios la barba descuidada de varios días.

Pie tras pie, Sherezade se acercó un poco más. Le agradó descubrir que, bajo aquella fachada zarrapastrosa, latía un cuerpo que olía a limpio. Un aroma fresco, a cítricos, llegó hasta ella. Desde la nariz bajó a la vagina, que se agitó con espasmos incontrolados. Sacó el abanico del bolso. El corazón le golpeaba en el pecho. La respiración sofocada provocaba que el busto se elevara queriendo escapar del ajustado vestido rojo. Notó como los labios exteriores empezaban a pesarle debido al flujo de sangre torrencial que llegaba hasta ellos. Tienes que ser mío, tienes que ser mío, Inocencio, susurró en silencio. La frente y el busto se le perlaron con gotas de sudor que le quemaban como ácido.

Y ahí tenía lo que esperaba: Inocencio, aburrido mientras esperaba su turno, volvió un poco la cabeza, al tiempo que se rascaba el cuello. Sherezade guardó sus colmillos, que ansiaban morderlo, para saltar sobre él. Después de perseguir a su presa a conciencia, con sigilo y sin descanso, como buena depredadora que era, el momento justo y esperando para atacar había llegado. Lo tenía acorralado como a un conejillo indefenso.

La dependienta que atendía en la carnicera comenzó a pulsar los números a toda prisa. No hay tiempo que perder, se ordenó.

—Hola… Eres Inocencio… Inocencio de los Ríos, ¿verdad? —se lanzó sin red.

Él la miró con sus ojos claros como la miel, no solo por el color, sino también por la ternura que escondían. Fue justo entonces cuando Sherezade entendió de golpe el significado de la expresión «*su cara era poema*».

—Sí… —titubeó él, todo lo desconcertado que se podía estar—. Disculpe, ¿nos conocemos?

—Soy Sherezade Guzmán…

Inocencio abrió los párpados de par en par. Por su cara de sorpresa, ella supo que no, que no la había reconocido.

—Discúlpeme…, pero… —se excusó, condescendiente.

Sherezade se sintió como una niña pequeña; las ganas de llorar ahogaron con dos manos su garganta. Pero no se rindió. Prefería morirse antes que abandonar su cometido.

—Estuve en la inauguración de su exposición.

Después de unos interminables segundos dubitativos, en los que se rascó la barba intentando concentrarse, confesó:

—¡Ah, sí, sí! Ahora la recuerdo… Venía usted con una amiga… —Le tendió la mano para saludarla.

Lo que le faltaba, se acordaba mejor de Cati que de ella.

—Me encantaron sus cuadros.

—¡Ah!, gracias, muchas gracias.

—De hecho —se atrevió a entrar a matar—, le he enviado un par de mensajes por *Facebook*, ya que me gustaría comprar alguno.

—Lo siento. —El hombre se sonrojó—. Soy nefasto con las nuevas tecnologías. —Hizo un gesto con las mejillas y el ojo que no llegó a ser guiño

—. La verdad es que no le presto mucha atención a los mensajes. —Se encogió de hombros—. Ni siquiera los veo —confesó.

Sherezade, por un lado, se tranquilizó; sin embargo, por el otro, se inquietó, dedujo que esa forma de justificarse parecía propia de un ladrón al que pillan con las manos en la masa.

—No se preocupe…

—De todos modos, imagino que sabrá que puede pasarse por la galería. Allí sabrán asesorarla incluso mejor que yo —bromeó queriendo quitarse importancia—: son expertos en arte.

—Sí… Estoy segura de ello… —titubeó—. Pero yo desearía que usted me recomendara uno… —fue consciente de cómo arrastraba las palabras para seducir a Inocencio—. Claro, si no es mucha molestia… —pidió con falsa humildad y con un coqueto pestañeo.

—Para nada, lo contrario —afirmó el pintor con alegría, desenfadado, como si no hubiese captado las señales que ella le lanzaba—. Si quiere me acerco por la galería el día que usted vaya a ir —añadió—. Bueno… también poseo una amplia colección en mi casa, puede pasarse por allí si le viene mejor. Vamos… cuando usted quiera.

Sin pensarlo dos veces, Sherezade se lanzó de lleno, y sin paracaídas.

—Ahora —atajó, decidida—, no tengo prisa.

La cara de Inocencio de los Ríos cambió de súbito.

—Lo siento, pero ahora mismo no me viene muy bien. Tengo invitados esta noche a cenar… Ya sabe…

—Disculpe… —dijo ella, más avergonzada que respetuosa.

Él metió la mano en el bolsillo de sus vaqueros, extrajo una cartera de piel, la abrió, cogió una tarjeta y se la entregó a Sherezade.

—Mire, aquí tiene mi teléfono, llámeme cuando usted quiera —aclaró con mesura a modo de disculpa—. En cualquier otro momento estaré encantado de atenderla.

Con un mohín más propio de una niña caprichosa, Sherezade Guzmán de Hinojosa le tendió la mano. Se lamentó de que tan solo unas horas antes de ser mordidas, su manicura lucía perfecta.

—Gracias —respondió lánguida, cual Dama de las Camelias—, pero mañana me marcho de viaje: estaré una larga temporada fuera de la península —exageró a propósito. Tenía que quemar todas sus naves, intentar, por todos, los medios que él cediera.

—No se preocupe, continuaré aquí cuando usted regrese, estoy seguro: no tengo previsto viajar en breve. —Sonrió de nuevo—. Llámeme a la vuelta.

En la pantalla digital de la carnicería apareció el número de turno de Inocencio de los Río. Se disculpó con Sherezade y pidió un kilo de chistorras a la carnicera.

—Bueno, me toca. Encantado de volverla a conocer —le dijo, mientras le extendía otra vez la mano para despedirse de ella.

—Igualmente —dijo Sherezade, decepcionada.

El pintor continuó pidiendo sin reparar más en ella. Sherezade dio media vuelta y se alejó de allí. Posó la tarjeta en sus labios, sintió un dolor desagradable en la entrepierna y una punzada aguda en el corazón.

¿Por qué Inocencio de los Ríos iba a ser más difícil de conseguir que el resto? No mostraba ningún tipo de interés por ella. Poseía un extraordinario radar para averiguar cuando un hombre caía en sus redes, y él no mostraba nada, nada en absoluto.

Las ganas de llorar nublaron sus ojos. Si todavía fuera una niña pequeña,

se tiraría al suelo y sucumbiría ante una rabieta.

De súbito, la apetencia de buscar presas fáciles se le acrecentó. Siempre le quedaba Pedro… ¿Qué hora sería?

Sonó de nuevo el teléfono. «Cati…», dijo, antes de contestar.

Capítulo 46

Cati

—¿Qué es eso de que te quieres quedar con mis hijos esta noche? No habrá gato encerrado, ¿no? —pregunté bastante extrañada a Sherezade cuando me contestó al teléfono.

—¿Cómo…?

Noté que no sabía a qué me refería. Me preocupé.

—¿Te pasa algo, Ade?

—¿A mí…? No…, nada…

—Te conozco demasiado bien…

—No tengo ganas de hablar de eso ahora, Cati… Ya hablaremos en el viaje.

Acerté.

—Está bien.

Me sentía de muy buen humor ante la expectativa del incipiente viaje. Así que me apenaba sobre manera que algo le hubiese hecho estar mal.

—Antes de que se me olvide, Cati, mañana estoy en tu piso a las siete y media de la mañana.

—De acuerdo. —Solté aire, emocionada—. Ya lo tengo todo preparado. ¡Tengo unas ganas…!

Sherezade no respondió. No le insistí, sabía que tenía sentimientos encontrados con respecto a este viaje.

—Ade, una cosilla… Tú primo no estará por allí toda la semana, ¿no?

—No hemos hablado de eso… pero no lo creo.

—Es que me da mucho corte…

—No te preocupes, seguro que no se queda.

Suspiré aliviada.

—Y sobre lo de esta noche… Eso… Que me dejes a Víctor y Álex.

—No me parece muy buena idea, Ade —protesté—. ¿Cómo se van a quedar en tu casa esta noche si mañana tenemos que salir tan temprano?

—¿A caso no te fías de mí? —contestó con otra pregunta, sin responder a lo que en realidad yo necesitaba saber—. Te recuerdo que he criado a dos hijos y muy mal no me han salido.

Reí.

—No es eso, Ade. Además… —dudé antes de confesarle mi verdadero temor— Creo que tramas algo.

—¡No! —mintió. Ella y yo lo sabíamos—. Me apetece que se queden conmigo, así tú tendrás más tiempo para preparar las maletas. Además, te puedes dar un poco de tiempo para ti, que estas semanas han sido muy duras —trató de parecer convincente.

Cedí. Aquello se convertiría en un toma y daca que no llevaría a ninguna parte. Las dos éramos muy testarudas.

—Vale… —zanjé a regañadientes—. Luego te los acerco, cuando pase un poco el calor —aunque tuve la imperiosa necesidad de mostrarle que conocía su juego— Pero que sepas que sé que estás mintiendo. Ocultas algo. Te conozco como si te hubiera parido…

Ambas soltamos una carcajada.

—¡Qué pesada te pones algunas veces, Cati, *hijaaa*!

El silencio se interpuso entre nosotras durante unos segundos.

—No, no vengas, Cati. Luego Pedro y yo nos pasaremos por ellos. Nos los llevaremos por ahí a comer pizzas o hamburguesas.

—¡Ah, eso! ¡Muy bien! Encima me los quieres malcriar…

—Un día es un día, y tampoco estoy tanto con tus hijos…

Me sentía feliz, contenta. Quizás sonará a cuento de hadas, pero en mi estómago se había alojado un presentimiento: algo extraordinario se estaba acercando hacia mí. Gracias a ello, una sensación muy agradable me invadía. Era evidente que desconocía los platos que el futuro me estaba cocinando; sin embargo, parecía como si por fin la vida comenzara a fluir a mi manera.

Muy al contrario, mi mente racional tenía otra visión: si miraba en retrospectiva, era fácil adivinar qué me estaba sucediendo. En unas horas escaparía de la oscuridad de los últimos tiempos. Cambiaría de aires junto a mis hijos y a mi mejor amiga. Tendría espacio y tiempo para reflexionar, buscar un ángulo correcto para mirar con perspectiva y volver a recolocarme. Probablemente esa fuera la explicación más lógica.

El día pasó rápido, mucho más de lo que pensaba. El colegio había terminado hacía varias semanas. Así que puede disfrutar durante la jornada con Víctor y Álex en solitario. Sí, en solitario; porque en los últimos tiempos, David se había convertido en una sombra para nosotros tres. Ansiaba estar a solas con ellos, recuperar nuestra intimidad y complicidad. Empezaba a molestarme que se entrometiera en mi forma de educarlos. Frases como: «Estás muy encima de ellos». «Les prestas demasiada atención». Y otras por el estilo, empezaban a ser más continuas de lo que me gustaría.

Nunca me había planteado si era buena madre o no; pero con los constantes comentarios de él, empezaba a tener ciertas dudas. Intentaba explicarle que mis hijos eran mi mundo. Con aquella aclaración, lejos de

comprenderme, se molestaba aún más. Siempre terminaba con un apocalíptico: «Tú sabrás…, tú sabrás…».

La mañana la pasamos realizando algunas compras. A mediodía fuimos a comer con Pura. Nos despedimos de su familia materna. Y mi cuñada se ofreció para visitar a mi madre en nuestra ausencia. Al final estuvimos en el campo hasta las ocho de la tarde.

Cuando Sherezade subió a mi piso, Víctor y Álex ya estaban duchados y bien guapos, esperando con entusiasmo a que ella los recogiera.

—Me ocultas algo, Ade, esto me huele a encerrona.

—No —mintió—. Tú estate tranquila, estarán bien conmigo.

Les besé y abracé, y me despedí de ellos hasta el día siguiente. Aún no había terminado de ver cómo se metían en el coche de mi amiga, cuando sonó mi móvil.

—Arréglate, en media hora estoy ahí, nos vamos a cenar —ordenó David desde el otro lado del teléfono después de mi «hola».

—Pero…

Ahí estaba la encerrona.

—No me apetece salir, David: mañana tengo que levantarme temprano, estoy muy cansada…

No buscaba excusas: mis pretextos eran ciertos.

—Por eso mismo —por la firmeza de su tono de voz, supe que no aceptaría una negativa como respuesta—. Voy a llevarme varios días sin verte y quiero que nos despidamos con una cena.

Solo una cena, pensé y cedí sin remedio.

—Está bien —convine sin ganas.

—Tienes media hora.

Estaba duchada. Así que solo tenía que cambiar mi cómodo conjunto de pantalón cortos y camiseta de tirantas, por algo más arreglado. En vez de alegrarme, me dio pereza. Yo me las prometía muy felices. Una noche de relax para mí, había previsto ver una película que llevaban días anunciando. Tenía preparado mi sofá, el ventilador; iba a pedir algo de comida china para mí sola. No necesitaba más en aquel momento para ser feliz.

A regañadientes, busqué entre mis vestidos nuevos. Encontré uno muy fresquito de algodón, color hueso con unas flores en azul claro. Sherezade, con más sentido de la moda que yo, me explicó cuando lo compré: «Si lo quieres para ir informal, solo tienes que ponerte unos zapatos planos. Por el contrario, si lo que pretendes es ir elegante, te colocas unos tacones, algún collar y ya está». Seguí sus sabios consejos. Por último, rematé mi estilismo con un maquillaje suave y un poco de espuma para dar volumen a mi pelo.

Justo cuando terminé de calzarme las sandalias, llamaron al portero automático. Me fastidió escuchar la voz de David al otro lado.

—Ya bajo.

Cogí las llaves y el teléfono para guardarlos en el bolso, había un mensaje de Sherezade: «*Los pequeñajos están bien. ¡Qué* disfrutes*, preciosa!*»

Sí, me había destacado «*disfrutes*». Y yo quise asesinarla cuando lo leí. Hubiese preferido quedarme en casita, con mis niños y con la película que anunciaron en la tele.

—Estás… preciosa… —titubeó David embobado y arrastrando las palabras cuando aparecí ante él.

—Gracias —respondí halagada; aunque me había arreglado para mí, por pura coquetería, no para gustarle a él.

Me besó con demasiado ímpetu en los labios. Temí que quisiera subir al

piso antes de ir a cenar o, peor aún, en vez de cenar.

—Porque tengo mesa reservada, sino…

Mis sospechas se habían cumplido. Solté una bocanada de aire para mis adentros: estaba muy aliviada. Mi amigo también estaba muy guapo. Fui cortés y verbalicé mi impresión. Enseguida supe que no necesitaba de mis cumplidos.

—Lo sé —respondió.

No necesita abuela, pensé. Por debajo de su camisa clara se le notaban los pectorales y los bíceps desarrollados a base de gimnasio. Estaba muy moreno y aquella tonalidad le favorecía. Olía a limpio y a perfume. Odiaba su perfume, me revolvía las tripas. Había una explicación para ello: ese olor era el que penetraba por mi nariz cuando él estaba sobre mí, como dirían en *El Color Púrpura*: «*haciendo sus cosas*», y el que más tarde se quedaba impregnado en mi cuerpo, como la huella del ultraje.

—¿A dónde vamos?

—A un restaurante italiano. En Sevilla.

Quise preguntarle a qué se debía aquello, pero no me atreví. Un mal presentimiento enturbió el buen talante que me había acompañado durante el resto de la jornada.

En el trayecto hacia la capital andaluza estuvimos charlando de temas banales. Entre ellos, fanfarroneaba de sus logros en el gimnasio o se comparaba con sus compañeros o cosas por el estilo. Yo, como no tenía mucho de qué alardear, hablé poco.

Me preguntó en varias ocasiones la dirección de la casa de mi amiga en Melilla. Siempre le respondí lo mismo: «No lo sé». Y era cierto. Ni Sherezade ni yo la sabíamos a ciencia cierta. Le expliqué: «Creo que su primo nos

recogerá en el aeropuerto y nos llevará hasta allí». Frunció el ceño con mi aclaración.

—¿Cómo es que os quedáis en casa de un extraño? —refunfuñó.

—No es un extraño: es el primo de Sherezade.

—Al que no ha visto en su vida… —no sabía qué contestarle al respecto: tenía razón—. ¿Se quedará con vosotras? —continuó con el interrogatorio.

Son gajes del oficio, pensé con resignación.

—¡No! Vamos, no lo creo…

Tenía ganas ya de terminar con el *temita*; pero se veía que él no. David continuó:

—Nada más que sepas la dirección me envías un mensaje. Estoy intentando que me cambien un par de días para ir a verte.

—No te preocupes, David: si va a ser solo una semana…

—¡Cómo voy a estar una semana sin verte!

Igual que has estado años sin saber de mí, pensé, pero no lo dije, no quería ofenderle.

David corría demasiado en nuestra *norelación* para mi gusto. ¿Podía haber algo aún peor? Sí. Él era el único que corría mientras yo estaba sentada bajo la sombra de un árbol a la espera de tiempos más propicios, como si me diera pereza colocarme el chándal y las zapatillas de deporte: solo quería descansar.

Recuperar nuestra amistad congelada había traído cierta dicha a mis días, no lo negaba. Siempre nos habíamos llevado muy bien. Y me alegró sobre manera que irrumpiera en mi vida cuando más lo necesitaba. Me entristecía no poder sentir más por él. Si David fuera más inteligente, menos impaciente y supiera darme mi tiempo…; quizás así, algún día…, lograría que yo sintiera algo más allá que algo fraternal.

Echando la vista hacia atrás, tan solo un puñado de semanas, David no formaba parte de mi vida. Rebuscando en mis cuarenta años, él únicamente era una anécdota en un pasado lejano. No me importaría que formara parte de mi futuro, de hecho, me gustaría; pero David había pisado el acelerador con fuerza, pasando de cero a cien en milésimas de segundo. A ello se le sumaba que, en muchas ocasiones, se metía en contramano.

El restaurante estaba cerca de la Maestranza. Buscamos aparcamiento en la calle Adriano. Un *gorrilla* se acercó para indicarle, con gestos exagerados de los brazos, dónde y cómo estacionar. David no le prestó la menor atención. Sin embargo, el hombre, que me pareció de origen caucasiano, siguió sus instrucciones. Cuando nos bajamos del coche, se acercó a por su propina; en vez de unas monedas, lo que recibió fue una mirada tal por parte de David, que tanto el hombre como yo, nos quedamos helados.

—¡Basura! ¡Vuelve a tu país!

El hombre rubio y delgado, de aspecto ajado, no lo escuchó, había huido de allí e intentaba ganarse unos euros con otros conductores; pero yo sí lo oí. Quise soltarle una retahíla de motivos por los que aquel ser humano podía estar allí mendigando unas cochinas monedas; pero no me molesté en hacerlo. Era como echar perlas a los cerdos. Yo venía de estar hundida en el lodo; por ello, empatizaba con el dolor y sufrimiento ajeno, él no.

La noche era tibia, no hacía mucho calor para aquella fecha. Temí que a la vuelta de la cena sintiera frío con mi vestido de tirantas, y no había caído en echar ninguna chaquetilla.

David me echó el brazo por encima de los hombros y caminamos a paso lento. El restaurante, situado en una bocacalle de Adriano, era pequeño y acogedor. Me gustó la decoración y la atención personalizada del servicio.

Para empezar, tomamos una ensalada de rúcula con queso. Mi acompañante se pidió un plato de raviolis y yo uno de espaguetis con almejas. Los acompañamos con un buen vino rosado. La cena resultó deliciosa.

En un momento dado, a lo largo de nuestra velada, David soltó otra de sus opiniones con las que yo no estaba en nada de acuerdo:

—La pareja debe basarse en la confianza mutua. Los dos debemos saber del otro hasta el último detalle. Y para ello hay que contarlo todo, absolutamente todo.

Si hubiese podido habría abierto los ojos espantada. ¿Todo? ¿Qué era todo? Ni mi mejor amiga, Sherezade, sabía todo de mí. Me encontraba a gusto dentro de mi introversión, no necesitaba ir narrando cada acontecimiento que me ocurría, ni cada uno de mis pensamientos.

Guardé silencio, no sabía qué se esperaba que dijera yo.

—Tú misma me lo has dicho en varias ocasiones que no sabías nada de Marcos, te mentía… ¿Y mira cómo acabasteis?

Ante sus argumentos, dudé de mis propias convicciones. ¿Por qué cuando estaba con David mis cimientos y mi personalidad flaqueaban? Tal vez necesitaba replantearme mi forma de ser y de pensar; tal vez él estaba en lo cierto. Fuera como fuera, mi autoestima, o lo poco que quedaba de ella, se debilitaba junto a él.

Llegaron los postres y con ellos la bomba de la velada. David sacó algo de su bolsillo. Extendió una de las manos hasta alcanzar la mía. La puso con cuidado sobre la mesa y la abrió. Sonrió satisfecho. Había un anillo dentro, lo cogió y me lo colocó en el dedo índice.

—¿Te quieres casar conmigo?

La sonrisa dibujada en su cara me resultó grotesca y ofensiva. En ese

momento sentí como si el edificio sobre nosotros se cayera encima de mí. En las últimas semanas había sufrido muchos grandes golpes y acontecimientos terribles, pero aquella pregunta me fulminó. Con la mano que me quedaba libre, me tapé la boca, por miedo a vomitar sobre la mesa lo que acababa de comer.

—No sé qué decir, David: no me esperaba esto.

—Es fácil… Di que sí.

Fácil para ti, pensé y noté como se fruncía mi ceño.

—No puedo aceptar esto…

Hice ademán de quitarme el anillo, pero su mirada me heló.

—Sé que es muy precipitado… No me contestes ahora… —quiso parecer comprensivo, pero no lo logró.

—Yo no estoy preparada para dar este paso ahora, David. Además, llevamos tan poco saliendo…

—¿Para qué necesitamos más? Yo te he querido siempre, siempre has sido la mujer de mi vida…

—Pero…, si has estado casado hasta hace poco…

—Ya, pero nunca he dejado de amarte a ti.

Su afirmación me descolocó. ¡¿Cómo que nunca me había dejado de amar?! ¿En qué momento me amó que yo no me enteré?

Estaba aturdida.

—No sé…

Su cara era un poema o, más bien, un relato de miedo de Edgar Allan Poe. Se retorció las manos y las aletas de la nariz se le abrieron como las de los toros antes de envestir.

—No voy a negar que estoy decepcionado… —Soltó el aire de la

frustración y se mordió el labio inferior—. Sé que ahora tienes muchas cosas en la cabeza, así que ya lo hablaremos cuando vuelvas del viaje —propuso como el que condona una deuda.

—Gracias —susurré, aliviada.

El tiempo era una balsa de salvación para mí: me proporcionaría espacio y claridad mental para pensar en una negativa irrevocable.

¿Casarme de nuevo! ¿Volver a vivir con otro hombre! ¡Dios, no, ni loca! Era lo último en lo que pensaba a mediados de julio de ese año. No, no entraba en mis planes, pero ni entonces ni más a delante.

El resto de la cena trascurrió entre nosotros con cierta tensión, cortada de vez en vez, con escasos monosílabos. En nuestro camino de regreso a Utrera, comenzó a plantar ante mis ojos los planes que tenía para nuestro supuesto futuro en común. Y digo para *nuestro* porque era cuanto él tenía en la cabeza, por lo que averigüé más tarde.

—He estado pensando que como tú vas a trabajar y yo también estoy trabajando, Víctor y Álex se podían ir a vivir con Pura… —lanzó, como los americanos soltaron las bombas en Hiroshima y Nagasaki.

Antes de que terminara la frase bufé:

—¡¿Cómo?!

—Será lo mejor —intentó explicar, y por primera vez su fortaleza sufrió una quiebra—. Estarán con nosotros cuando yo descanse o tú no trabajes… No te lo tomes así, mujer.

Ahora sí comenzábamos a entendernos. Acababa de poner sus cartas sobre la mesa. Ya podía ver su juego. Gracias a ello, la respuesta para su petición de matrimonio se dibujó con luces de neón en mi mente: ¡NO!

Se hizo el silencio de nuevo. Debió notar mi enfado monumental, aunque

no solté ni una sola palabra más.

—Es por el bien de ellos, Cati. Si tienes que ir a trabajar a Dos Hermanas, no te quedará otra que dejarlos en casa de Pura para que se ocupe de ellos… Tú podrás verlos cuando vuelvas del trabajo… Un rato…

¡¿Un rato?!, pensé odiándolo desde todas mis vísceras.

—Aún no me han dado ningún trabajo, David —procuré que el tono de mi voz sonase calmado—. No sé si me lo darán. —Tragué saliva—. Cuando consiga un empleo, no te preocupes que yo —enfaticé el *yo*—, me encargaré de mis hijos.

Agradecí ver la entrada de Utrera y que en un santiamén llegáramos a los aparcamientos de mi piso. Intentó subir. Esta vez no lo permitiría.

—Estoy muy cansada y mañana tengo que levantarme muy temprano para el viaje —atajé con firmeza.

Quiso besarme y algo más. Para no caldear más la situación entre los dos, le presté mis labios para que plantara los suyos. Pero solo eso. Salí del coche con un simple: «Adiós».

Una vez en mi casa, reflexioné sobre sus palabras. Poco a poco estaba aprendiendo a calmarme, a oxigenar la mente y liberarla de los pensamientos dañinos.

Me duché. Bajo el agua solté la rabia. Liada en una toalla, me senté en el sofá, aún no había terminado la película que tantas ganas tenía de ver, *En Busca de la Felicidad,* de *Will Smith*.

Algo más sosegada, comencé a reflexionar. El sonido del televisor me llegaba lejano.

Estás demasiado sensible —me regañé—. Seguro que lo ha dicho con su mejor intención y tú te lo has tomado a la tremenda. Es tu amigo, y solo

quiere ayudar, por eso ha estado buscando una solución para cuando empieces a trabajar. Tú y tu susceptibilidad la habéis cagado otra vez. Me sermoneé.

Sintiéndome culpable, cogí el teléfono y le envié un mensaje para disculparme. No lo vería en una semana. No quería que permaneciéramos enfadados mientras. Maldita sea, David era mi amigo, mi apoyo; nadie me había mimado como él antes. Solo pensaba por y para mí. Sí, la verdad es que muchas veces se adelantaba, demasiado para mi gusto, a mis propios deseos, y que quitaba piedras del camino antes de que yo pudiera siquiera verlas. Sus cuidados me resultaban exagerados en ocasiones…

Sin embargo, concluí que mis tribulaciones tenían una única explicación lógica: me había vuelto muy tiquismiquis después de haber estado acostumbrada a un hombre que solo vivía por y para sí. La protección que David me ofrecía me desconcertaba.

Desde que regresé al piso, con el enfado, me había olvidado del anillo en mi dedo índice. Me quemaba. Así que antes de acostarme lo guardé con cuidado en un cajón de la mesilla de noche.

Abrí la ventana y me coloqué de forma que pudiera mirar hacia el cielo estrellado de julio. El tema boda lo dejaría para otro momento. En aquel instante de mi existencia, solo estábamos el universo y yo. Me quedé dormida con ensoñaciones de un futuro de paz con mis hijos y mi vida en orden. No quería nada más, solo la paz necesaria para respirar sin tener el pecho oprimido por un puño de acero.

Capítulo 47

Cati

Tenía las maletas en la puerta y la mochila preparada con lo necesario para pasar una semana, cuando Sherezade llamó al portero electrónico.

—Bajo.

Tras el nublado de la noche anterior, el sol volvía a brillar en mi día recién estrenado. Ella me esperaba en la entrada del bloque. Le apunté con el dedo, amenazante:

—Que sepas que no te perdono la encerrona de anoche.

Mi amiga, aún con ojos soñolientos, pero perfectamente maquillada, peinada y vestida, sonrió divertida ante mi enfado y me plantó un beso en la cara. Pedro se bajó del coche.

—Buenos días, Cati.

—Buenos días, Pedro, ¿qué tal?

Agarró las maletas.

—No te molestes, Pedro.

—No es molestia, mujer —aseguró. Las guardó en el maletero amplio como un experto en *Tetris*.

—¿Cómo fue todo? —se interesó Sherezade, con mirada cómplice.

—Ya hablaremos tú y yo —respondí, seria, arrastrando las tres últimas palabras.

Entré en la parte de atrás.

—¡Buenos días, chiquitines!

Besé a mis hijos. ¡Cuánto necesitaba volver a verlos! Ellos siempre me devolvían al mundo real. Estaban adormilados, se dejaron achuchar y volvieron a cerrar los ojos.

Nos pusimos rumbo hacia el aeropuerto. Me distraje con el paisaje que íbamos dejando atrás. Mis niños dormían. Sherezade y Pedro hablaban de sus asuntos, aunque de vez en vez me hacían partícipe. A pesar de ser viernes, se notaba que muchos sevillanos estarían ya disfrutando de unas merecidas vacaciones veraniegas, porque la carretera se encontraba casi desierta.

Llegamos con suficiente tiempo al aeropuerto de San Pablo en Sevilla. Mi amiga insistió para que su marido nos dejara en la puerta de «Salidas» y se marchara.

—Pedro, ya nos arreglamos nosotras, hombre…

—No tengo prisa, Sherezade, de aquí me iré directamente para el trabajo.

¡Ay, cómo la conocía! Ignoro si su marido se percataría de ello; pero yo sabía que quería deshacerse de él a toda costa. Seguro que tenía ganas de quedarse a solas conmigo para contarme algo.

Al contrario que Sherezade, yo agradecí que Pedro se quedara con nosotras. No solo nos ayudó a facturar, sino que también se ocupó de Víctor y de Álex mientras que nosotras nos encargábamos de otros menesteres. El marido de mi amiga era un hombre educado, correcto, cortés y muy buena persona. Muchas veces me hubiese gustado tener una barita mágica para lograr que su matrimonio funcionase a la perfección. Pero si no era capaz de arreglar mi vida, ¿cómo iba a solucionar la de los demás?

Como un novio enamorado, con carita de pena, no apartó la vista de su esposa hasta que no terminamos de pasar el control; pero ella no lo supo, no se volvió ni un solo segundo hacia él.

Mis hijos no habían viajado nunca en avión. Así que cuando embarcamos la emoción desbocada hizo que terminaran de espabilarse por completo.

Durante el vuelo Sherezade y yo apenas intercambiamos palabra. Ambas teníamos puesta la atención en ellos, en los dos pequeños protagonistas. No paramos de intercambiárnoslo para que ambos tuvieran las mismas oportunidades de ver por la ventanilla. Fue tan agotador como divertido, y nuestras conversaciones esperarían a otra ocasión más apropiada.

Llegamos al aeropuerto de Melilla. A esas alturas de la mañana Víctor y Álex ya tenían cargados sus depósitos de energía. Esperamos para recoger nuestro equipaje, sin apartarles el ojo ni un segundo.

—¿Sabes cómo es Miha Il, Ade?

—No.

Nos miramos desconcertadas.

—¡Ade! —Reí, nerviosa— ¿Cómo no has caído en eso?

—No sé. —Se encogió de hombros—. ¡Qué culpa tengo yo! En el perfil de su *WhatApps* tiene una foto muy rara.

Negué con la cabeza.

—De verdad, *hijaa* —no daba crédito a su despiste—, eres lo que no hay.

— Él dijo que estaba seguro de que me reconocería.

—Yo también lo creo —me burlé.

Sabía qué foto tenía Sherezade de perfil en su *WhatsApp*: ningún hombre en la faz de la Tierra podría olvidarla.

—Mala…

A unos metros de nosotras un hombre saludó a mi amiga con un tímido movimiento de la mano. Ninguna foto en un móvil, por mucha resolución que tuviera, podría haberme preparado para lo que vi.

De modo inconsciente, intenté ponerme bien el pelo. ¡Mierda! —refunfuñé para mis adentros— ¿Por qué? ¿¡Por qué demonios llevas este catastrófico aspecto!? Me volví a gritar en silencio. Sí, empleando una expresión muy vulgar, pero acertadísima: «La has cagado, Cati, la has cagado».

Me levanté temprano, hasta ahí todo bien. Pero me decidí por un *look* cómodo. ¿Qué mejor para viajar y para ir a un chalé al lado de la playa? ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¿Cuándo empecé a estropearlo? Pues cuando me coloqué una camiseta de tirantas, comprada en el *Kiddy's Class*; unos vaqueros cortos, sosos como ellos mismos; unas sandalias planas, comprada a unos hippies. Y lo rematé al no maquillarme, nada, nada en absoluto, ni una mísera raya en los ojos, ni un toque de pintalabios. ¿Podía haberlo estropeado más aún? Sí, la respuesta era sí. Me cepillé el pelo hacia atrás y me puse una diadema para que no se me viniera el flequillo rebelde a la frente. Tierra, trágame. Me lamenté.

Miha Il apareció ante mí como un dios. No había visto un hombre, en mis cuarenta años de vida, que me hubiese impresionado más que él. No tenía los músculos de David, ni el atractivo canalla de Marcos; sin embargo, me tuve que decir: «Deja de mirarlo, Cati, ¡por Dios, deja de mirarlo así!». Pero… ¡¿cómo?! No podía apartar los ojos de él.

¡Ay, Miha Il…! Miha Il era alto, al menos, bastante más que yo; delgado. Me sorprendió su melena ensortijada que le caía por debajo de los hombros; años atrás sería negra en su totalidad, pero ahora estaba bañada de ondas blancas. Lucía una cuidada barba de más de tres días, en la misma tonalidad que su cabello. De entre los vellos faciales, sobresalían unos labios carnosos. Las cejas marcadas protegían unos ojos marrones que refulgían como el metal. La nariz fina y recta. No reparé en si se parecía o no a Sherezade. Solo

en él, en él, en él… y otra vez en él.

Vestía una camisa, color hueso, tipo Mao. La cubría con un chaleco negro sin mangas, abierto e informal. La llevaba por fuera de unos pantalones anchos de cuadros desiguales en color negro, marrón, beige… que se estrechaban algo más desde la rodilla hasta el tobillo. Tenía un ligero aire hippie.

¿Existían los flechazos? No lo sabía, pero si así fuera, Cupido acababa de lanzarme las flechas, el arco y el carcaj.

El milagro hecho hombre saludó con dos besos a Sherezade. Hablaron durante un minuto como mucho. Supongo. No pude calcularlo a ciencia cierta, ya que había perdido la noción del tiempo, la del sonido y hasta la de la realidad. Sentía como si una aureola luminosa nos rodeara solo a los dos y el resto del mundo desapareciera. Sí, definitivamente había visto demasiadas películas románticas.

Miré al suelo, porque me parecía estar flotando. Aunque mi instinto maternal se aferraba con fuerza a las manitas de mis hijos. No quería perderlos en medio de aquella enajenación mental transitoria, al menos. Esperaba que fuera transitoria.

Sherezade me señaló y él se acercó para plantarme un par de besos. Una corriente de energía recorrió mi cuerpo. ¿Se podía erizar cada milímetro de la piel humana? Sí, yo podía dar fe de ello. Agradecí que mi camiseta de tirantas fuera amplia y, más aún me alegré de llevar un sujetador con relleno, así me libraba de que se notara el efecto que Miha Il había surtido en mi anatomía femenina.

El roce de sus mejillas con las mías fue como rozar una nube con un algodón de azúcar. Al menos eso fue lo más edulcorado que se me ocurrió.

Miha Il olía a madera, a tierra. Cerré los ojos para atrapar su aroma. En mi pensamiento lo comparé con el de David. ¡Dios, qué daría porque el perfume de Miha Il penetrara en cada poro de piel!

De pronto los abrí. Caí en la cuenta de que podría estar mirándome. Y así era. Me contemplaba con una sonrisa dulce y confiada. Yo, por mi parte, me perdí en las arruguitas que se le dibujaban debajo de los ojos.

Sherezade volvió a comentarle algo. Su primo extendió la mano hacia Víctor primero y luego hacia Álex. Ambos le correspondieron con sendos apretones. Miha Il les revolvió el pelo divertido. Y yo de nuevo me embobé con esas dos arruguitas que le salían al reír.

Observé a mi alrededor, hasta ese instante no pude ver más allá del círculo de luz que me envolvía. Había supuesto que el resto de los transeúntes se había detenido en torno a él, atraídos por su magnetismo arrollador. Pero, evidentemente, no era así. Cada cual iba a lo suyo. ¿Cómo iba a ser eso posible? ¿Yo era la única atrapada bajo su embrujo? Continué siguiendo con la vista cada uno de sus movimientos, por insignificantes que fueran. Apreté aún con más fuerza a mis hijos a mi lado contra mis piernas, temía perderlos en medio de mi ensimismamiento.

Salimos del aeropuerto. Sherezade con su maleta, Miha Il con las mías y yo con Víctor y con Álex. Por más que me pregunté, no podía averiguar en qué momento me había arrebatado las dos maletas de las manos. ¿Cuándo habían dicho que teníamos que ir hasta el coche? Tampoco lo había oído. Apreté más las manitas de mis niños.

—¡Me haces daño, mamá! —refunfuñó Álex, levantando una ceja hacia mí.

—¡Ay!, lo siento, cariño.

Me estaba pasando. Se la afloje un poco.

Proseguí con el análisis pormenorizado. Reparé en la espalda de hombros rectos, en el contoneo suave de los pantalones anchos al caminar... Sherezade se retrasó hasta alcanzarme.

—Es guapo mi primo, ¡eh! —dijo asestándome un codazo en las costillas.

—¿Sí…? No me he fijado.

—Pues fíjate, fíjate.

¡Dios, no! Temí que Miha Il se convirtiera en una nueva presa para Sherezade. No creo —me dije para calmarme—. Imagino que no cruzará la línea del parentesco. Aquella cavilación no me provocó la tranquilidad que yo anhelaba.

El primo de mi amiga se detuvo ante el maletero del que supuse sería su coche, un *Wolksvaguen Tiguan*. Tiene familia…, concluí al ver el vehículo. Tuve que realizar juegos malabares para que no se me escapara una lágrima furtiva. Justo entonces, fui consciente de que no sabía nada de él. Culpé a Sherezade. ¿Por qué no me había contado algo sobre Miha Il? Algo, por pequeño que fuera, valdría. ¿Y si estaba casado? ¿Y si tenía hijos? ¿Y si convivía con alguien? Podía ser un exconvicto o un psicópata o, lo que era peor, un hincha de algún equipo de fútbol.

El viaje hasta la casa de los padres de Sherezade lo pasé en silencio, mirando el paisaje. Al menos eso era lo que intentaba, pero no lo conseguía. De vez en vez, observaba el perfil de Miha Il a través del espejo retrovisor. Tenía miedo de que nuestras miradas se volvieran a cruzar, ya que cuando ocurría, su sonrisa hacía que mis mejillas se sonrosaran de pudor.

Centré mi atención lejos de él. Aunque el susurro de su voz, explicando a mis hijos cuanto veíamos por la carretera, tiraba a la basura mi contención.

Observé que girábamos para acceder a un camino asfaltado. Pertenecía a una urbanización de chalés. Después de torcer a la derecha y a la izquierda varias veces, paró delante de una cancela de hierro. Desde nuestra perspectiva, se podía ver el perfil lejano del Mediterráneo.

—¡Mamá, mamá, la playa! —gritaron mis hijos al unísono—¿¡Vamos a ir a la playa!?

—Claro que sí —respondí para clamar sus inquietudes.

Miha Il bajó resuelto; abrió la cancela; volvió a subirse en el coche y condujo hacia el interior. Aparcó debajo de un estacionamiento techado. Salimos del *Wolksvaguen Tiguan*. El primo de Sherezade se adelantó para abrir el maletero y sacar de él nuestro equipaje.

Cogí una de mis maletas. Estiré las piernas. Tenía el resto del chalé a mi espalda, me di la vuelta para contemplarlo. Entonces sentí, por segunda vez en ese día, como Cupido acertaba de lleno en mi corazón.

—¡Qué belleza! —me oí decir, ensimismada.

—Sí que es bonito —repitió Sherezade, al tiempo que cogía otra de las maletas.

Al contrario que ella, me quedé inmóvil. Observé la vivienda rodeada de jardines con detenimiento. Me parecía continuar en un ensueño precioso; primero Miha Il, ahora aquel lugar… Ambos surtían sobre mí el mismo tipo de magnetismo, la misma atracción, como si los dos formaran parte de un único todo.

La casa de dos plantas, el porche delantero engalanado con jazmines y damas de noche… El césped, los senderos delimitados por vallitas de madera que lo surcaban… La sonora fuentecilla, el banco bajo un arco de rosas blancas en plena flor... Los árboles, la hiedra trepando por los muros... Si

alguien pudiera entrar en mi idea del paraíso y sacar una foto, sin la menor duda, sería idéntica a la estampa que tenía frente a mí.

Mis hijos empezaron a investigar por su cuenta, descubriendo entre las flores, los insectos que pululaban sobre ellas. Eso sí, hasta que un cachorro apareció entre los árboles y se plantó en el suelo a sus pies, esperando recibir caricias.

Sherezade tomó uno de los senderos estrechos: el que la llevó a refugiarse bajo la sombra del porche. Noté como alguien me rozaba la mano, sacándome de mi ensoñación. Tenía el asa de la maleta agarrada con fuerza; aunque me había olvidado por completo de ella. Estiré el cuello hacia la derecha. Me topé con la cara de Miha Il. Intentó arrebatarme la maleta de la mano lívida. Así que la solté.

—¿Te ha gustado la casa? —preguntó sin acento marroquí. A decir verdad, no tenía acento de ninguna parte en concreto y de todas.

Plantó los ojos marrones sobre mi rostro alelado. Mi imaginación se desbordó como la de una adolescente. Me engañaba haciéndome creer que la mirada estaba cargada de dulzura y sentimientos hacia mí. ¡Tonta! Me reproché. Y entonces, como si leyera mi mente, mostró sus alineados dientes blancos.

—¿Qué…? ¡Ah… sí! Es una preciosidad. Tengo la sensación de que alguna vez he visto algo parecido; en un sueño, quizás. —Sonreí, él me correspondió de nuevo—. ¿Vives aquí?

Me alegré de poder articular palabra delante de él; había temido que comenzara a pensar que era boba.

—Sí. —Su faz cambió por completo. Percibí como una sombra oscurecía la luminosidad que solo unos segundos atrás resplandecía en su semblante—.

Hasta hace unas semanas, sí. —Las cejas se le unieron sin llegar a fruncir el ceño por completo—. Cuando supe de la muerte de Wenceslao y Sherezade se puso en contacto conmigo, me fui a un apartamento. —Se encogió de hombros con resignación—. Me pareció lo correcto: esta es su casa…

Le escuché con atención mientras caminábamos por uno de los senderos.

—De pequeño pasaba aquí los veranos, hasta que mi familia materna abandonó la casa y regresó a Nador. La cerraron. Ninguno de ellos tenía intención de volver. Pero yo siempre amé este lugar. Por eso, hace unos diez años, decidí restaurarla para establecer aquí mi residencia habitual. —Sonrió con tristeza—. Te parecerá una estupidez, pero creo que estamos conectados. —Abrí los ojos de par en par. ¿Se refería a él con la casa o a nosotros dos? —. Esta casa tira de mí, como si nos perteneciéramos.

Uff, menos mal —me dije, aliviada—. No hablaba de mí.

De repente, comprendí su pesar como si fuera el mío. Experimenté en mí los sentimientos que él albergaba por el que había sido su hogar hasta hacía bien poco. Bajo mi punto de vista, tras escucharle, cuanto nos rodeaba era más suyo que de nadie. Sin dejar de tener en cuenta que aquello resultaba una apreciación muy personal, deseé que su prima entendiera que ese trozo de cielo pertenecía a Miha Il; y actuara en consecuencia.

—Es una preciosidad —afirmé recorriendo con la vista la variedad de colorido—. Entiendo lo que debes sentir.

Él ladeó la cabeza, agradecido.

—Vamos, os enseñaré el resto.

Supe que, pese a su amabilidad, hospitalidad y compostura, en el fondo, le dolía perder aquel trocito de paraíso.

Oteé para ver por dónde andaban Víctor y Álex.

—Creo que he perdido a mis hijos.

—Aquí están seguros —me tranquilizó—. Lo único más peligroso es la piscina, pero está vallada.

Caminamos hacia el porche uno al lado del otro. Sherezade nos esperaba sentada y abanicándose vigorosamente. Dejamos el equipaje a un lado. Miha Il abrió la puerta principal de la casa; con un gentil movimiento del brazo nos pidió que pasáramos. Primero accedimos Sherezade y yo y, tras nosotras, él. Fue metiendo las maletas para ponerlas en el recibidor.

—He venido antes de pasar a recogeros al aeropuerto; quería abrir las ventanas para que se ventilara bien.

—Es muy bonita. No me la imaginaba así —expuso Sherezade, sin parar de abanicarse.

Un recibidor se abría ante nosotros con una mesa redonda en el centro, sobre la que descansaba un jarrón con rosas. Imaginé que recién cortadas del jardín. Había un tragaluz encima de la puerta de entrada, lo que brindaba luminosidad a la estancia. Frente a nosotros, a unos metros, nacía una escalera que subía a la primera planta. Tanto a la derecha como a la izquierda, se ubicaban dos puertas cerradas. Nos mostró primero las dos de la derecha. La más cercana a la entrada era la de la cocina. Esta estancia se comunicaba con el porche. Era amplia y muy luminosa. Olía a eso, a cocina en la que se habían preparado infinidad de platos a lo largo del tiempo. Estaba decorada con muebles de madera en color crema. La encimera era de granito moteado en varios tonos de marrón, desde el chocolate hasta el más cercano al ámbar. En medio, plantada con rotundidad, se hallaba una gran mesa de comedor.

Miha Il abrió la puerta y la reja que daban acceso al exterior. Entre comentarios referidos a su belleza y el encanto que emanaba, salimos para

dirigirnos a la habitación adyacente.

—Este era el despacho de tu padre, Sherezade. Está tal cual lo dejaron. No quise modificarlo cuando hice reformas.

Miha Il y yo nos detuvimos en el umbral para otorgarle el protagonismo a ella. Sherezade anduvo con paso tenue por el espacio que había pertenecido a su padre. Mi amiga me contó en varias ocasiones que a Wenceslao siempre le gustó tener un lugar propio, en cada una de las viviendas en las que había residido, en el que perder las horas leyendo algún periódico o entre libros viejos. Debió imaginárselo allí. Acarició despacio el sillón de piel, la mesa de caoba, las estanterías de libros... Y salió de aquel lugar. Noté que estaba a punto de llorar.

Miha Il, absorto en el propósito de enseñarnos la casa al completo, pareció no percatarse del malestar de su prima. Le seguimos hasta la parte izquierda.

—Este es el baño de la planta baja. Hubo que reformarlo el año pasado.

Sherezade y yo ojeamos sin llegar a entrar. A simple vista se advertía el chorro de luz que entraba en él a través de una ventana que daba al jardín.

Solo nos restaba una puerta de dos hojas, la más grande. Por pura lógica, pensé que debía tratarse del salón. Miha Il, como en un baile coreografiado, pasó delante de nosotras y nos indicó que lo siguiéramos. Las ventanas, como él nos había informado, permanecían abiertas. La brisa del mar mecía los visillos color hueso y refrescaba el lugar. Pese a ello, noté un sudor frío por la frente, náuseas, me zumbaron los oídos y las piernas me flaquearon. Tuve que apoyarme sobre la pared más cercana.

—¡Cati!, ¿estás bien? —preguntó Sherezade, alarmada.

Miha Il se acercó para ayudarme. Me agarró por los brazos y me acomodó en el sofá.

—Túmbate.

—No, gracias, estoy bien. Me he mareado un poco, eso es todo.

Cuando me senté sentí una opresión en el pecho que me impedía respirar con naturalidad. ¿Podía la visión de la librería que tenía frente a mí transportarme a algún lugar en mi mente que desconocía? Ocupaba casi toda la pared del fondo, y a excepción de algún que otro objeto, estaba repleta de libros. Más que un simple mueble, me pareció ver a un fantasma. Al menos ese fue el efecto que causó en mí. Mirase donde mirase, esa extraña sensación cada vez profundizaba más en mi estómago: yo había estado allí antes.

¡Qué estupidez! —me reproché. La solución verdadera siempre era la más sencilla. Seguro que había soñado con algo parecido. O lo más probable sería que, de pequeña, alguna película de miedo se desarrollara en un ambiente similar a aquel y me hubiera marcado sin ser consciente de ello.

A un lado del sofá, vi una mesita árabe de té. Se me erizó la piel del cuello y del brazo derecho. Sherezade se sentó a mi lado y me abanicó.

No podía explicarlo; pero un frío sepulcral recorría mi cuerpo por dentro, porque por fuera sudaba sin cesar. Turbada, solo quería reponerme a como fuera: me horrorizaba llamar demasiado la atención.

Miha Il fue a por un vaso de agua a la cocina.

—¿Cómo estás? —se interesó Sherezade sin detener su abanico. Plantó los ojos en mi vientre— ¿No estarás…?

—¡No! —alcé la voz, enfurruñada, sacando fuerzas de flaquezas— ¡Qué cosas dices, Ade, por Dios!

—Hija, cosas más raras se han visto… Se te ha puesto la misma cara pálida que la otra vez cuando te desmayaste.

—No te preocupes, de verdad, estoy bien.

Miha Il irrumpió portando una bandeja con una jarra de agua y varios vasos. La depositó sobre la mesita a mi derecha.

—¿Te encuentras mejor, Cati? —se preocupó al tiempo que me ofrecía un poco la bebida fresca.

—Sí, gracias.

—Ya tiene mejor cara… —ratificó Sherezade.

—¿Qué os parece si dejamos el resto de la visita para más tarde y ahora tomáis algo? —buscó la aprobación en nuestros rostros—. Imagino que no habréis desayunado.

—No te molestes, Miha Il… —le pidió su prima.

—No es ninguna molestia. Os prepararé algo de comer.

—Gracias —dije.

Tenía hambre y las tripas me rugían. Habré tenido una bajada de azúcar, pensé. Intenté levantarme. Enseguida los dos me ayudaron.

—Estoy bien, gracias —repetí, deseando que se desviara la atención hacia otros asuntos.

—Sentaos en el porche —sugirió el anfitrión—. Enseguida os llevo el desayuno.

Salimos al porche. Llamé un par de veces a Víctor y a Álex antes de que estos aplazaran sus juegos con el cachorrito.

—Venga, lavaos las manos que vamos a desayunar.

Los acompañé al baño; se asearon y regresamos al porche. Miha Il ya había preparado lo necesario para empezar a comer. Sherezade y él hablaban distendidamente. Mis hijos se sentaron en una de las sillas y yo hice lo mismo.

—Mamá, ¿cuándo vamos a la playa? —preguntó Álex con impaciencia.

Mi amiga se dirigió hacia mí, con ese rictus que indicaba que iba a dar su

opinión irrefutable sobre algo.

—Cati, yo no tengo ganas de bajar a la playa: estoy cansada del viaje.

La entendí.

—No te preocupes, Ade, después de desayunar iré yo con ellos. Cualquiera los aguanta aquí si no.

—Puedo acompañarte si quieres… —se ofreció con amabilidad Miha Il.

—No quiero molestarte… —respondí, tímida. Lo deseaba tanto como lo temía.

—No es ninguna molestia. Yo suelo bajar todos los días un rato, tanto en invierno como en verano.

—¿Entonces vamos a ir? —insistió ahora Víctor.

—Sí… —respondí, benevolente.

—¡Bien! —gritaron los dos.

Charlamos sobre temas banales durante el resto del desayuno. Hablamos sobre qué delicioso estaba el té, el café, los zumos de naranja, las tostadas, el aceite y los tomates que acabábamos de comer.

—Ya habéis terminado el cole, ¿no? —preguntó Miha Il a los niños.

—Sí —afirmó Víctor, tímido.

—¿Y qué tal han ido las notas?

—Bien —respondió Víctor sin levantar a penas la cabeza.

—Muy bien, ¿verdad? —aseguré, mirando uno a uno a mis hijos, creyendo que ayudaba a Víctor con su timidez—. Son muy buenos estudiantes los dos —apuntillé orgullosa de ambos.

—¡Ah!, eso está muy bien.

Buscó con la mirada reciprocidad en los ojos de Víctor; pero este continuó con la barbilla hundida. Entonces observó a Álex que tenía elevado el cuello

intentando entrar de lleno en la conversación.

—Yo también estudio mucho en el cole, ¿sabes? Aunque algunas veces, muy poquitas, la seño me riñe porque me peleo con mis amigos. Pero yo no empiezo nunca, nunca. Ellos le mienten a la señorita y le dicen que he sido yo. Pero es mentira. Pero la señorita nos castiga a todos. Aunque yo le diga que no, que yo no he empezado. —«Valiente prenda está hecho», pensé—. ¿Sabes una cosa, Miha Il? —Que bien se había aprendido el nombre—. El otro día fue la fiesta de mi cole y me lo pasé muy bien…

—Me alegro mucho, Álex— dijo Miha Il, mostrando verdadero interés en sus palabras.

—¿Pero sabes una cosa muy importante?

—No, dime.

—Que mi padre dijo que iba a venir y no vino… Eso también es mentir, ¿verdad?

Se me cogió un pellizco en la boca del estómago.

—No puede venir. No seas tonto: está muerto —atajó Víctor, despreciando la conversación de su hermano.

Los tres adultos los mirábamos como si estuviéramos asistiendo a un partido de pin pon. Me quedé muda. ¡Dios mío!, me aterré.

—No está muerto… Y tú sí que eres tonto. La tita Pura me ha dicho que está en el Cielo, con Dios y los angelitos.

En ese momento deseé tener delante a mi cuñada para reprenderla por meter esas ideas en la cabeza de mi hijo pequeño sin consultarlo conmigo.

—¿¡Y eso qué significa, eh, eh!? —reprochó Víctor a su hermano.

Estaba perpleja, no sabía cómo cortar aquella conversación entre ambos. Sin pedírselo, Miha Il me echó una mano:

—¿Sabéis una cosa? Esté donde esté vuestro padre, seguro que se siente muy orgulloso de vosotros —atajó mi salvador—. Se ve que sois unos buenos chicos y muy listos.

Los benjamines de la reunión cruzaron sus miradas desafiantes, cada uno se erigió como el ganador. Inmediatamente volvieron su atención hacia el cachorrito que se apostó entre ambos.

—¿Sabéis otra cosa?

—¿Qué? —preguntaron los dos casi sin levantar la cabeza.

—Yo también soy profe.

—¡Ala! —se sorprendió Víctor.

—¿Y riñes a los niños? Porque mi seño me riñe algunas veces —se excusó Álex con su cara de pillo.

—Algunas sí que riño.

—¿Y tú les dejas jugar a la *plasti* y recortar?

Miha Il rio con una risa libre.

—No, yo le doy clases a niños algo más mayores, y ellos no juegan a la *plasti*…

—¿Nunca? —se alarmó de nuevo Álex.

—¡Anda, preguntón! Vamos a ponernos los bañadores —corté antes de que continuaran con el tercer grado a nuestro anfitrión.

Los elevé a la vez para cogerlos en brazos. Luchaba para que no se me resbalaran mientras les hacía cosquillas. Entramos en la casa envueltos por sus carcajadas. Los dejé en el suelo para poder abrir la maleta. Saqué sus bañadores, mi bikini y las toallas. Los había guardado encima para tenerlos a mano por si íbamos en primer lugar a la playa. Y acerté.

Lo normal hubiese sido subir el equipaje a la planta de arriba, puesto que

era allí donde se encontraban las habitaciones; pero después de mi desvanecimiento, una sensación bastante parecida al miedo, me lo impedía. Tampoco me sorprendió que ni Miha Il ni Sherezade lo sugirieran. Ya habría tiempo de hacerlo.

Los tres entramos en el baño. Al cabo de unos minutos, salimos con nuestros *looks* playeros y protector del cincuenta untado sobre cada milímetro de piel.

Sherezade seguía sentada bajo el frescor del porche, frente a su portátil. Estaba tan vinculada a este, que algunas veces temí que del ordenador crecieran conexiones tentaculares que la ataparan sin remedio.

—¿No te vienes? —insistí, casi suplicante. Me daba mucho corte ir sola con su primo a la playa.

—No tengo ganas, Cati —afirmó, buscando mi comprensión—. Estoy algo cansada del viaje y la verdad es que aquí se está muy bien y muy fresquito.

—Vale —me resigné con un mohín de niña pequeña cuya amiga no quiere ir a jugar con ella.

Mientras esperábamos, mis niños saltaban y corrían nerviosos, como gallinas sin cabeza. Miha Il apareció con el pelo recogido en una cola baja. Al llevarlo hacia atrás, se le veía el nacimiento de las sienes más blanco que el resto. Vestía un bañador tipo calzona y una camiseta con un dibujo.

—¡Ese es Homer! —gritó con alegría por el descubrimiento, Álex.

—Sí, esa es su cabeza —corroboró Víctor.

—Definitivamente, mis hijos ven demasiado la tele. —Sonreí con mezcla de orgullo por su rapidez mental y vergüenza por delatarme ante él como una madre demasiado permisiva.

—¿Habéis visto? —explicó, señalándose hacia el pecho con el dedo índice

— Esto es una radiografía. Esto de fuera es la cabeza y ¿veis?, lo de dentro, tan pequeñito, es su cerebro.

—Por eso es tan tonto, ¿no? —preguntó Víctor, menos vivo que su hermano, pero al que no se le escapaba nada.

Miha Il, le revolvió los pelos.

—Desde luego que tu cerebro tiene que ser grandote, grandote.

Víctor le sonrió orgulloso de sí mismo.

—Víctor —añadió Álex para no quedarse atrás en la conversación— me dijo una vez que por eso no se lo comieron los zombis.

Nuestro anfitrión me lanzó una mirada burlona.

—¡Vaya con los niños, no! —exclamó.

Me encogí de hombros.

—Tienen muchos primos mayores… —afirmé en mi defensa— Todo se pega…

Antes de darme cuenta, mis hijos se habían enganchado a las manos del primo de Sherezade. Elevaban sus cabecitas hacia él sin parar de hablar. El hombre miraba a un lado y al otro, sin tregua. Me despedí de mi amiga, que casi no levantó la cabeza de su ordenador. Aligeré el paso para colocarme a la altura de ellos tres.

—¡Anda, no volváis loco a Miha Il! Venid para acá… —solicité alargando los brazos para que se asieran a mis manos, mi gesto no halló correspondencia.

—No te preocupes, Cati, me divierte oírlos. Tengo muchos sobrinos: estoy acostumbrado.

Sus palabras y su cara de alegría me tranquilizaban a la par que me emocionaba ver como disfrutaban juntos. Un pensamiento cruzó por mi

mente; lo deseché nada más fui consciente de él. Sin embargo, no impedí que me reconfortara.

Miha Il les ayudó a bajar las escaleras que daban acceso a la playa. Canturreaban algo que no llegué a distinguir por completo; aunque me sonó a alguna cabecera de dibujos animados.

Cuando llegamos, no había casi nadie. En el desayuno nos había explicado que aquel lugar no era muy concurrido. Extendimos las toallas sobre la arena húmeda. Solté el bolso que llevaba colgado sobre el hombro y mi acompañante hizo lo mismo con la mochila que portaba sobre la espalda. Sin darnos tregua, Víctor y Álex se habían quitado las camisetas y habían corrido hacia la orilla.

—¡Qué fría! —gritaron entre risas y se quedaron allí, retrocediendo cada vez que el agua les mojaba los pies.

Uff, menos mal, pensé. De lo contrario me hubiese tenido que meter con ellos.

Miha Il se quitó la camiseta con la radiografía de Homer Simpson. De soslayo reparé en su torso moreno y casi desprovisto de vello. Era un hombre delgado con una musculatura suave. Se notaba que dicha mesura en su línea la había conseguido gracias a la práctica de deportes variados, no por pasarse horas en el gimnasio. Tampoco se le marcaba ningún abdominal.

Agradecí haberme traído un vestido blanco de tipo ibicenco, que me llegaba justo por debajo del trasero. No quería ponerme en bikini en aquel momento; me aterraba que el primo de Sherezade reparara en mi cuerpo, justo lo que yo hacía con el suyo. Pese a que en las últimas semanas había ganado algo de peso, estaba mucho más flaca de lo que me gustaría. Mi vientre no tenía la tersura de antaño; pero sí alguna que otra estría.

¿Y los pechos…? Los pechos merecían un capítulo aparte. Rebusqué en todas las tiendas habidas y por haber, hasta encontrar un bikini con relleno que me los recogiera y me los subiera. Habían perdido su firmeza a causa de las dos lactancias y, sobre todo, de mi delgadez extrema de los últimos meses. Deseaba con todas mis fuerzas, que cuando volviera a coger peso, mis senos se llenaran un poco y recobraran algo del volumen y la tensión perdida.

Cuando estaba con David, yo no reparaba en mi cuerpo: este se convertía en un mero instrumento que él usaba para darme una pasión no pedida ni deseada. La verdad es que no me importaba mucho el hecho de estar delgada y flácida, cuando estaba con David sentía pudor y otro tipo de vergüenza.

Sin embargo, con Miha Il era diferente. No me lo podía explicar. Me preocupaba la imagen que de mí le llegaba, y no solo con mi aspecto físico; sino también con mi papel de madre. Necesitaba causarle una buena impresión.

Tomé asiento sobre una de las toallas. Recogí las camisetas que mis hijos habían tirado; las doblé con cuidado y las guardé en el bolso. Observé como los dos continuaban huyendo de las olas que morían en la orilla.

Miha Il se sentó a mi lado con las piernas cruzadas como un lazo. Solo nos separaba mi bolso y su mochila; aunque, en honor a la verdad, el espacio era más imaginario que real, ya que los bártulos se encontraban a nuestra espalda. Por lo que, en realidad, entre nosotros solo había arena húmeda.

Llené mis pulmones del aire limpio que nos envolvía.

—Me encanta verlos así —suspiré, feliz.

—Imagino —apostilló.

Se hizo el silencio entre ambos. Al cabo de unos segundos, Miha Il lo rompió:

—¿Hace mucho de lo de tu marido? —se interesó, siguiendo con la vista a los niños— Se les ve afectados aún, ¿no?

Afirmé con la cabeza. E imagino que la tristeza debió de dibujarse en mi rostro.

—No, relativamente poco.

—Lo siento.

— Gracias —dudé—. ¿Puedes creer que no sé cuánto ha pasado? La verdad es que, de un par de meses para acá, he perdido totalmente la noción del tiempo —intenté hacer memoria—. Fue a mediados de junio.

Miha Il me escuchaba mientras hacía dibujos en la arena.

—Hemos pasado mucho en un corto periodo —respiré de nuevo profundamente—. No sé si te habrá contado Sherezade…

—¿Sherezade? —Levantó una ceja hacia mí—. No, nada… Nos telefoneamos dos o tres veces. Las conversaciones fueron bastante cortas. Pensé que sería mejor hablar sobre lo concerniente a la casa, a sus padres, a mi familia, cuando ella llegara aquí. De ti… solo me preguntó que si me importaba que vinierais tú y tus hijos… Que necesitabais unas vacaciones porque lo habíais pasado un poco mal… Y eso es todo.

—Sí. —Sonreí con melancolía— Se puede decir que este no ha sido el mejor año de mi vida. Marcos y yo nos separados hará unos dieciocho meses. Fue muy traumático y, tanto ellos como yo, lo pasamos muy mal…

Algo en Miha Il me animaba a abrirle mi corazón. Ese algo empezaba a romper los muros de mi introversión.

—En primavera Marcos pareció querer reanudar la relación con sus hijos. Y en ello estaba cuando…

—Entiendo…

—¿Disculpa…? —pregunté porque era yo la que no sabía qué había entendido él.

—Imagino que le estaríais dando una oportunidad a la familia…

—¡No! —me sorprendí elevando la voz.

Me puse colorada, como la canción. Se hizo evidente que no quería que mi interlocutor pensara que yo tenía ninguna relación. Miha Il me sonrió como si hubiese descubierto mis pensamientos. Aún me sofoqué más. Necesité explicarle lo ocurrido.

— No, es que Marcos tras nuestra separación no se comportó, lo que se dice, como un padre. Empezó otra relación y se olvidó un poco de nosotros; vamos… de ellos. Justo unas semanas antes de su muerte, su actitud empezó a ser diametralmente opuesta…

Sentí pena al recordarlo, pero no quise que se me notara. Se me hizo un nudo en la garganta. No quise seguir hablando del tema. Lo miré, estaba atento, sin pestañear. Yo jugueteaba con los dedos en la arena, garabateando figuras sin forma determinada.

—Perdona… No sé a qué ha venido esto...

Me hizo un gesto conciliador.

—Algunas veces nos desahogamos mejor con desconocidos… —Sonrió quitando importancia.

—Cierto.

Sonó *Only Girl, in the World,* de Rihanna.

—Disculpa. Es mi móvil, será Sherezade…

Con la luz de la playa no pude ver el número.

—¿Sí?

Sin tener un espejo delante, pude comprobar que el semblante de mi cara

cambiaba por completo: era David.

— Sí… Hace un rato… Sí, sí… El tiempo de soltar las maletas y desayunar…

Observé de soslayo a Miha Il, sentado a mi lado, lo último que quería era que supiera que había otra persona, aunque para mí David solo era un amigo.

—Bien… Sí… Todo bien…

No sabía cómo cortar la conversación. Pensé que sería mejor levantarme, pero esa actitud esquiva levantaría sospechas. Deseé que fuera Miha Il, el que se acercara a la orilla, aunque mi piel gritaba por tenerlo allí, a tan solo unos treinta centímetros de distancia.

—No se escucha bien… ¿cómo?

Y lo cierto era que, con el aire de la playa, la conversación no se escuchaba con nitidez. Me decía lo típico, que me echaba mucho de menos, aunque habíamos estado juntos la noche anterior, que si continuaba enfadada, que si me había pensado la proposición y, por último, que le dijera la dirección.

—Perdona... Te llamo luego, ¿vale? Es que no te escucho nada bien.

Se despidió con un «te quiero, te echo mucho de menos» y yo con un «vale, luego hablamos». E incluso me envió un beso, al que me fue imposible corresponder.

—Hasta luego…

Ahora el que jugueteaba con la arena era Miha Il; formaba montículos delante de él.

—Me gusta esa canción de Rihanna…

Agradecí que no quisiera saber más de mi interlocutor.

—¿Rihanna…? —por unos segundos no supe de qué me hablaba.

—El tono de tu móvil...

—¡Ah, sí! —le contesté, despistada.

— «*Hold me like a pillow, make me feel right. Baby I'll tell you all my secrets that I'm…*» —cantó con muy buena entonación y una pronunciación perfecta.

—¡Eres una caja de sorpresas! —Reí—. Tu estilo hippie de esta mañana, luego la camiseta de *Homer* y ahora no solo te sabes una canción de *Rihanna*, sino que además la cantas en un perfecto inglés…

No terminé de pronunciar la última palabra cuando me horroricé: ¡Dios! ¡Tierra, trágame! En un santiamén había colocado mis cartas bocarriba. Agaché la cabeza y observé su reacción por el rabillo del ojo. Me lanzó una sonrisa cómplice, antes de aclarar:

—Mi madre es marroquí, como ya sabrás; pero mi padre es norteamericano.

No me perdonaría si malinterpretaba las señales. Debía ser más cautelosa respecto a él, me interesaba demasiado como para fallar.

—Disculpa: he sido un poco indiscreta.

—¡No! ¡Qué va, mujer…! —Rio para aliviar la tensión en mi cara—. Sé que soy una mezcla un poco o demasiado heterogénea y una amalgama de culturas. —Encogió los hombros— ¿Qué le voy a hacer…? ¡Nadie es perfecto!

Rio con aquella alineación inmaculada de dientes blancos.

—¿De dónde eres entonces? —me interesé, primero para desviar la conversación y segundo para saber más y más de él.

—¡*Pufff*, no sé…! —Extendió las manos hacia arriba como buscando una respuesta— Nací en Estados Unidos; he vivido en Nador, en algunos países europeos, en otros de África, en Asia… Soy de todas partes y de ninguna…

Mi abuela paterna era noruega… Así que imagina… Además, mi padre es fotógrafo; durante años fotografió los lugares más recónditos del planeta para varias revistas… Él y mi madre decidieron crear una familia itinerante, ya que a ambos les encanta viajar y no se imaginan estar alejados uno del otro. Y —se encogió de hombros de nuevo—, así he salido yo.

—¿De dónde te sientes? —le pregunté con una devoción verdadera.

—De esta casa —confesó con emoción contenida.

No reparé en que lo contemplaba como si tuviera delante al mismísimo *Martin Luther King* declamando uno de sus geniales discursos, hasta que Víctor llamó mi atención.

—¡Mamá, báñate con nosotros! —gritó desde la orilla.

—¡Sí, enseguida voy!

Llegó el terrible momento, lamenté. Tenía que quitarme el vestidito ibicenco y quedarme en bikini delante de Miha Il. Aunque había observado que a él le salía un poco de barriguita al sentarse y que su piel ya no era tersa como la de un chaval de veinte años; me gustaba así, tal como era. Pero temí que él no fuera igual de benevolente con mi físico. Me hice la remolona todo lo que pude.

—¡Venga, mamá, vamos! —apremió Álex, mucho menos paciente que su hermano.

—Yo también me voy al agua —dijo Miha Il—. Pega el sol, y ya va dando ganas de darse un chapuzón.

—Sí —corroboré nerviosa, y esperé a que él se adentrara primero. Pero no fue así: me esperó.

—¿Vienes? —se interesó, plantado de pie ante mí, al tiempo que extendía la mano para ayudar a que me incorporara.

Atrapada, estoy atrapada, protesté para mis adentros.

Mientras él miraba hacia el mar, yo me volví y me deshice del vestido, lo doblé y guardé en el bolso.

Anduvimos despacio, con la vista puesta en los niños. Una vez hubimos tocado el agua fría, agarré las manitas de ellos dos, y comencé a dar pasos pequeños. Miha Il corrió y se lanzó de cabeza entre las olas. Emergió con el cabello mojado. Con una mano se despejó de la frente. Algunos rizos se le escaparon de la coleta baja.

¡*Diosssss*!, escuché exclamar a mi interior. Si el erotismo existía, acababa de presenciar la imagen más erótica de mi vida. Agradecí poder culpar al agua fría de mi piel erizada.

—¡¿Quién se viene conmigo?! —solicitó con los brazos extendidos hacia nosotros.

Víctor y Álex se soltaron de mis manos; saltaron las olas y se lanzaron sobre él. Yo los vigilaba, oyéndome gritar por dentro: ¡Yo, yo! Lo que hubiese dado por ser otra niña más, poder correr a su encuentro y que también me cogiera entre sus brazos.

Mientras luchaba por no mojarme de sopetón, ellos tres jugaban, empapados, entre carcajadas. De vez en vez, Álex intentaba nadar para lo más profundo.

—¡Tú, ven para acá! —le reprendía Miha Il, ojo avizor, tirándole del bañador hacia atrás; provocando la risa vivaz de Álex al descubrirse sus intenciones.

Pasito a pasito, llegué hasta ellos.

—¡*Mamaaaaaa*! —gritaron, saltando sobre mí como si fuera un banquete de dulces.

Tan pronto como se agarraron, me volvieron a soltar para continuar jugando con Miha Il. En ese momento aproveché para zambullirme y bucear bajo las aguas unos cortos segundos. Me encantaba abrir los ojos cuando estaba debajo y ver el azul verdoso, la inmensidad… Oír el silencio…

Pasamos un buen rato entre risas, los gritos de mis hijos, bromas y carcajadas. Miha Il los lanzaba uno tras el otro por los aires. No terminaba con uno, cuando enseguida tenía al otro diciendo: «¡Ahora a mí, ahora a mí!».

Jamás los había visto así con ningún otro hombre, ni siquiera con Marcos; aunque, a decir verdad, no tenía mucha referencia de ellos en solitarios en las semanas que precedieron a su muerte. Tampoco con sus primos mayores, con los que jugaban, pero no de aquella manera. Mucho menos con David, al que siempre parecían estorbar. Deduje que el secreto estribaba en que Miha Il se mimetizaba con ellos como uno más y sin cansarse.

—¡Ahora a mamá! —solicitó a viva voz Álex.

—¡Sí, Miha Il, tira a mamá! —coreó Víctor.

Si me hubiese valido, en ese momento les hubiese fulminado con la mirada. Pero antes de que pudiera siquiera llegar a reprenderlos, su compañero de juegos ya me tenía atrapada entre los brazos, como si me acunara. La respiración se me entrecortó. Cuando me elevó, nuestras caras casi se unieron. Contemplé sus labios y noté que él hacía lo mismo con los míos. Aquel instante duró más de lo debido. Deseé con cada pequeña partícula de mi cuerpo que no terminara jamás. Aquel hueco, aquel rincón que formaba su pecho, era mi hogar: el lugar que siempre había estado buscando. Desconozco lo que pensó Miha Il. No sé si sentimos lo mismo. No me pregunté por aquello. Mi único interés era el de acercar más mi boca a sus labios que sobresalían entre los vellos de la barba, perlada de gotas de agua.

Entonces, me atrajo con más fuerza hacia él. Desconocía lo que iba a suceder, solo cerré los ojos y me dejé llevar.

—¡Venga, lánzala ya, vamos! —gritaban impacientes mis hijos.

De súbito sentí el agua fría. No me resultó fácil desprenderme de la calidez de su cuerpo. Decidí quedarme sumergida en el mar de mis propios pensamientos. No sabía cómo escabullirme de allí, de esa extraña situación. Cómo volver a mirarle si estuve a punto de besarle. Me moría de vergüenza. Al emerger, escuché a Miha Il.

—Un momentito, dadme un momento de respiro.

Me giré hacia ellos, esquivando fijarme en Miha Il. Los dos cuerpecitos pequeños de mis niños flotaban a su alrededor como los peces pilotos que limpian de parásitos a los tiburones. No pude evitarlo y elevé la cabeza hacia él; Miha Il me contemplaba con una mirada turbadora y los ojos refulgían como el metal.

A lo lejos divisé la silueta de Sherezade; extendí la mano para saludarla y salí, aliviada, a su encuentro.

Capítulo 48

Cati

—¿Qué os traéis entre manos mi primo y tú? —se interesó Sherezade con una sonrisa burlona.

Mi amiga vestía un bañador rojo muy elegante, que realzaba su belleza. Cubría este con un pareo muy florido. Conjuntado con unas chanclas playeras de pedrería, una pamela color verde claro, como uno de los colores de las hojas de las flores de su pareo, y unas gafas de sol grandes. Se había quitado el maquillaje, pero se había dejado los labios pintados.

Saqué una toalla limpia del bolso y me sequé la cara.

—Nada —le respondí, casi sin darle importancia, al tiempo que me envolvía en la toalla—. No sé a qué te refieres.

—¿Y cómo es que te tenía en brazos?

—Nos estaba tirando a los niños y a mí.

—Pues eso no es lo que se veía desde aquí: os comíais con los ojos.

—¡Qué cosas dices, Ade…!

—Yo también me he sorprendido, Cati, no te creas.

—¿Qué te ha sorprendido?

—¡Pues que va a ser, hija! —se alteró, desconcertándole mi pregunta— No me digas que a ti no te parecía… ¿cómo decirlo…? Rarito. Sí, eso, rarito que un hombre a su edad, mi misma edad, claro, continúe estando soltero… Yo creía que era gay. Pero acabo de descubrir que estaba muy, pero que muy equivocada… No veas la miradita que te ha echado mientras salías del agua,

hija… ¡Se han desvanecido mis dudas! —confesó, burlona.

—¡Anda, ya, no seas boba! —protesté, pero no pude evitar que brotara una sonrisa en mis labios— Y, además, como tú dices, seguro que tiene su o sus rollos por ahí.

—Ya, ya, rollito *raro* el de vuestro cruce de miraditas desde que hemos llegado.

Me sonrojé sin poder evitarlo, si ella lo había notado, él también, temí. ¿Sería verdad lo que Sherezade decía? ¿Miha Il me miraría igual a mí? No quise hacerme ilusiones.

Me desenrosqué de la toalla húmeda y me volví a colocar el vestido. Las dos nos sentamos sobre las toallas.

—Hija, ¿qué les das? Me tienes loquito a mi primo, al guardia…

¡David!, de repente me acordé de él.

—Por cierto, Ade, si te llama David, por favor, no le des la dirección, me temo que se presente por aquí.

—¿Esa nos traemos…?

Mi cara se convirtió en una expresión de *eso es lo que hay*.

—Pero…

—¡Pero! Cuando me queráis hacer otra encerrona, pregúntamelo primero. No sabes ni la de veces que pensé ayer en asesinarte con dolor.

Sherezade rio y comenzó a titubear.

—Pero… pero… —no podía parar de mofarse— Él chaval me lo pidió por favor. ¿Qué querías que le dijera? Me comentó que te iba a llevar a cenar a un buen restaurante italiano, que te iba a regalar un anillo… ¿Es que no te gustó la cena? —se mofó de nuevo.

—Muy graciosa, Ade, muy graciosa… Sí, hija, sí. La cena muy buena, el

lugar precioso y el anillo, una maravilla de joya que tengo guardado en mi mesita de noche… ¡Ah!, ¿y has olvidado en qué momento que te *comentó* que me iba a pedir matrimonio? —pregunté irónica.

—No te pongas así, Cati —continuó, burlona—. Tenías que haber visto su carita… Ese hombre está loquito por tus huesos, te aseguro que no se hubiese contentado con un no por respuesta.

—¡Ya! Pues tenías que haber visto su cara cuando le dije que no me quería casar con él.

—¡¿Le dijiste eso?! —se sorprendió—. Le romperías el corazón…

—No intentes hacer que me sienta culpable, Ade.

—Perdona.

—¿Qué querías que le respondiera, Ade? —repuse en mi defensa—. Ya te lo expliqué, me cae bien, ha sido un apoyo para mí en estas semanas…. Pero ha corrido demasiado. Y… no sé… es como si tú me pidieras matrimonio.

—No me des ideas…

—¡Anda, déjate de bromas! Lo pasé muy mal anoche, de verdad… Para colmo, va y me lanza, como si nada, que cuando vivamos juntos mis hijos se deberían ir a vivir con mi cuñada Pura…

—¿Eso te dijo?

Abrí los ojos de par en par.

Miha Il había salido del agua y andaba por la orilla seguido de sus dos pequeños secuaces. Llevaban las cabezas bajadas hacia la arena, como si buscaran conchas, cangrejos o almejas enterradas.

—Tal vez yo lo malinterpreté, Ade. Pero no te puedes imaginar el enfado que cogí.

—Imagino.

—Después le envié un mensaje disculpándome. Pero la verdad es que me sonó fatal.

—¡Mira! Con la boca abierta estoy. Si parece que adora a tus hijos… ¿no?

—Eso creía yo. No sé, no sé… La verdad es que desde el principio he visto cosas que no me han gustado mucho. Pero supuse que se debía a lo susceptible que yo estoy respecto a ellos. Sin embargo, tengo la impresión, aunque seguro que me equivoco, de que solo le intereso yo; y, a ser posible, sin equipaje. Y como tú comprenderás, a mí lo que más me importa en el mundo son ellos dos.

—Pues, con mi primo no vas a tener ese problema: parece que hacen muy buenas migas, ¿no? —apuntilló, pícara.

—Eso parece. Es muy amable con ellos, y tiene una paciencia... *San Miha Il*. Ya me da cosilla… Llevan toda la mañana pegados a él, como lapas. Pero, oye, parece que se llevan muy bien.

—Y con la madre…

—¿A caso contigo no ha sido atento?

—No, todo lo contrario. —Guiñó un ojo—. Pero no es lo mismo, que yo tengo un buen radar para los hombres.

—¡Anda, Ade! —cambié de tema radicalmente—. Por favor, lo dicho, no le des la dirección a David, que este se planta aquí. Y ahora noto cuánto necesitaba estas vacaciones, esta paz. Si no fuera por mi madre, desconectaría el móvil…

—No te preocupes, no se la daré, el único que la sabe es Pedro. No creo que a David le dé por llamarle.

Dudé. Cambié de conversación, en el viaje, pendiente como estábamos de Víctor y Álex, apenas intercambiamos palabra entre las dos, y la verdad es

que sabía que algo le ocurría a Sherezade. Además, me preocupaba cómo podría afectarle visitar aquella casa, que tanto había influido de manera directa o indirecta en el desarrollo de su vida.

—¿Y tú cómo estás, Ade?

—¡*Uff*, no sé…! Es todo tan extraño… En esta casa fue donde me concibieron. En ella mi madre se lio con Khaled, el tío de Miha Il, mi padre… ¡*Uff*, qué lío! Además, casi la conserva, según dice él, como cuando ellos estuvieron aquí… Me da repelús… No sé… Además… —bajó la mirada.

El temido, y no menos rutinario en los últimos meses, pellizco en el estómago me alertó de que de nuevo había vuelto a las andadas.

—Ayer estuve hablando con Inocencio…

—¡Ah, sí! —me alegré por ella —¿Qué tal? ¿Por fin respondió a tus mensajes de *Facebook*?

—No, fue en la carnicería del Supersol…

Me llevé las manos a la boca para no soltar una carcajada. Vaya lugar más ridículo para coincidir con una persona que turbaba su mente; desde luego, poco romántico donde lo hubiera.

—¿¡La carnicería de Supersol!? —Reí— ¡Venga, ya! Bromeas, ¿no?

—No.

—¿Y eso? Qué casualidad, ¿no?

—No.

—Hombre, pues claro que sí; entre otras cosas porque tú no sueles comprar la carne allí... Ya te digo, casualidad en toda regla.

—No, no mucha…

Ella dudó y yo sospeché que había algo más. Le clavé la mirada, inquisitiva.

—¿Qué quieres decir con *no mucha*?

Bajo la cabeza con vergüenza simulada. Me entraron ganas de decirle: «Ya no cuela, Ade».

—Es que lo seguí, Cati.

—¡Por Dios Santo! ¡¿Qué…?! ¡¿Qué hiciste qué?!

Indicó con su mano que bajara la voz.

—No me riñas —pidió con mohín infantil—, ya me siento yo demasiado avergonzada.

—Pero…

—Cati, es que ya estaba cansada de que no me contestara. Y no es tan malo ir hasta la entrada de su cortijo y espera a ver quién entra, quién sale, y dio la casualidad de que él salió. Y entonces, yo…, pues, nada, fui tras él para hacerme la encontradiza. No es tan malo, ¿no?

—¡*Noooo*! —respondí con ironía— Malo no es, es de psicópata, nada más. A ver cuéntame esa fase espía tuya, antes de que llegue tu primo, que como se entere, nos va a poner las maletas, ya no en la puerta de la calle, sino dentro del avión. Dirá: «¡Por dios, por dios! ¿A qué locas he metido yo en mi casa?»

—Te recuerdo que es mía…

—También es verdad. *Uff*, pues por ahí nos vamos a salvar.

Observé su semblante, necesitaba desahogarse y, a mí, inevitablemente, Sherezade me enternecía.

—A ver…, cuenta: no será tan grave.

—Bueno…

—Me das miedo, Ade…

—Pues lo que te he contado, solo eso.

—Anda, cuenta, que te conozco —incliné la cabeza resignada—: sé que

hay más.

—¡Cómo me conoces, Cati! —Se le iluminó el rostro—. Pues, en resumen: ayer estaba muy mal, Cati. —Puso mohín de pedorreta—. Es el único que no cede ante mí y no sé por qué.

—Igual es gay, ¿no? —Le guiñé un ojo.

Le devolví el golpe, y ella ni se enteró. Si en el fondo es más tontina…, pensé con cariño.

—No, ya me he informado. Ha estado casado y ha tenido varias relaciones.

—¿Tú cómo sabes eso?

Levantó las cejas.

—Tengo mis fuentes; además, *Facebook* es muy chivato.

—Desde luego… lo que tú no averigües es porque no existe…

Eché un vistazo. Miha Il y los niños continuaban en su postura de buscadores de conchas, pero bastante más lejos.

—Bueno, no nos vayamos por las ramas…

—Pues nada, Cati, eso… Me levanté con una necesidad imperiosa de él. Por cierto, ¿conoces a mi vecino Juan Jesús, el marido de Paca?

—Sí, claro…

—¿Te he dicho alguna vez que me pone?

—¡Venga ya, Ade! —protesté, con cierta repulsión—. Si es un señor mayor.

—Tampoco tanto; al menos para mí, no.

En mis labios se quedó el mismo gesto que si hubiese probado ojos de vaca.

—Pues se libró por los pelos. Estuve a punto de hacérmelo con él en el ascensor.

—No me lo puedo creer, Ade: tú adoras a Paca.

—Ya, ¿y…?

Le iba a preguntar qué pensaría ella si una amiga suya tuviera pensamientos libidinosos sobre Pedro. Pero temí que la respuesta no me agradaría, así que callé.

—Bueno, sigo.

—Sí, hija, sigue…

Observé como los tres aventureros regresaban poco a poco, subiéndose a la espalda de Miha Il, bajando y corriendo uno tras otro. Sin querer se me vino de nuevo a la mente Marcos y lo poco que lo había visto jugar con nuestros hijos.

Sherezade cogió un abanico a juego con su indumentaria playera.

—Qué calor, ¿no?

—¿Por qué no te das un bañito?

—No me apetece. —Se echó aire con brío—. Continúo. Cogí el coche y me planté frente a la entrada de su cortijo, pero ni siquiera llegué a cruzar la carretera. Creo que estuve allí como tres cuartos hora.

Abrí los ojos asombrada.

—¡¿Tanto?!

Pareció no escucharme.

—Y cuando iba a entrar a llamar a su puerta, su coche salió. Así que lo seguí hasta Utrera. Entró en el Mercadona.

—¿No me dijiste en el Supersol?

—Sí.

—No entiendo.

—Eso fue al final.

—¿El final? Eso quiere decir que hay más por medio, me temo.

—¿Puedo seguir?

—Por favor…

—En el *Mercadona* compró vinos, queso, pan, picos, y no recuerdo si algo más. Después se ve que había quedado con una pareja de amigos o familia o yo qué sé, en *El Carlitos*…

—¿En la Corredera?

—Sí. Así que me quedé allí esperando mientras se tomaron unas cervezas y unos frutos secos.

—¿Dónde es allí?

—Pues en el coche.

—¡Ah! ¿Llevaste las gafas negras y la gabardina de espía? —alargué la última palabra mientras intentaba poner cara de misterio.

—No te burles, Cati.

—¡Ay, Dios, Ade! ¡Pero tú te escuchas?

—¡Ya lo sé, soy tonta! —confesó, poniendo pucheros—. Cati, Cati, no sé… No puedo refrenar este impulso… ¿Me ves ridícula?

—*Nooo*… Es que… No sé, Ade, no estoy en tu piel, no sé lo que sientes… Todos hacemos idioteces algunas veces.

—Pero es que lo necesito, Cati. Siento como si me quemaran las entrañas. Y no veas la paz que me entra por el cuerpo cuando estoy haciendo guarradas. Es como si esa realmente fuera yo. Y creo que, si le pongo un tapón a este impulso, estallaré. Además, no quiero remediarlo. No sé cómo explicarlo, simplemente no quiero, soy feliz así, muy feliz. No hay nada en el mundo para mí como sentir placer.

No sabía que decirle. No hacía daño a nadie, salvo, quizás a sí misma, pero

ella no lo veía de ese modo. Y mientras Pedro no lo supiera, nadie sufriría.

—Bueno —quité hierro—, al final hablaste con él, ¿no? ¿Qué te dijo?

—Que si quería me podía pasar por su casa a elegir algún cuadro.

Dudé entre alegrarme o asustarme.

—¿Y…?

—Pues que nada más lleguemos a Utrera iré. ¡Ay, Cati! Pero creo que no le gusto, ni se acordaba de mí.

¿Debía consolarla, alentarla? Mi propia cabeza era un hervidero cuando ella me planteaba estas cuestiones.

—Si quieres te acompaño…

Me fulminó con la mirada.

—¡*Noooo*! —vociferó, soltando una carcajada.

Entonces reparé en que los tres mosqueteros volvían. Me levanté para acudir a su encuentro.

—Miha Il, lo siento ¿Te están acosando estos mocosos?

—No, al contrario. Les he prometido que vamos a hacer un castillo.

—No quiero abusar de ti…

—No es ningún abuso; tengo la excusa perfecta para, a mi edad, poderme tirar en la arena y hacer castillos, creo que no hay nada más divertido que eso.

—Lo mismo pensé yo cuando los tuve: ya podía coger el cubito y la pala sin que me miraran mal —Reí.

Capítulo 49

Cati

A lo largo del día, Sherezade había sido como un espectro por la casa: aparecía y desaparecía sin aviso previo. Tras el almuerzo se excusó para ir a echarse una siesta. Sobre la siete de la tarde se presentó ante nosotros; tomó un café; al rato se excusó para ir a tomar una ducha; y volvió a volatilizarse. La seguí con el ceño fruncido y una mirada escrutadora. Actuaba de un modo si no extraño, evasivo cuando menos.

Mientras mi amiga parecía llevar su propio ritmo, Miha Il, los niños y yo pasamos una jornada maravillosa, agotadora, pero maravillosa. A pesar de tener que estar bastante cansados, ni Víctor ni Álex quisieron echarse un rato después de comer. En sus mentes solo existía la palabra: piscina. Así que cogí el libro que me había llevado para leer. Me recosté en una de las tumbonas frente a la piscina, cobijada del sol bajo una pérgola de madera cubierta de buganvillas fucsias, rojas y anaranjadas. ¿Estaré ya en el Cielo?, pensé.

Oí unos pasos suaves sobre la tarima de madera que me sacaron de mi éxtasis. Vi a Miha Il. Traía una jarra de cristal llena de cubitos de hielo y limonada. La dejó en una mesa baja, también de madera, situada a mi derecha. Él, tras servir un par de vasos, se sentó en la tumbona contigua, alargó su brazo y me ofreció uno.

—Gracias —sonreí. Me incorporé, tomé un poco y volví a tumbarme.

—Es limonada, recién hecha. Imaginé que tendrías sed.

—Sí, no me había dado cuenta, pero sí —agradecí tras dar el primer sorbo

—. ¡*Uhmm*!, está buenísima, Miha Il. —Sonrió satisfecho—. ¡*Uff*, no me mimes demasiado que después tendré que volver a mi vida real!

—Seguro que allí también tendrás quien te mime.

¡Ay, Dios!, estábamos entrando en terreno pantanoso, me asusté: yo no era muy buena en el arte del cortejo. El color rojo con el que se tiñeron mis mejillas fue el reflejo físico de mi turbación. Desconozco si llevaba algún tipo de intención al decir aquello. De inmediato, me di cuenta de que no era así, ya que se ruborizó ante mi desconcierto. Agradecí que cambiara de tema.

—¿Qué libro estás leyendo?

Le mostré la portada.

—¡Ah! *Seda*, de Alessandro Baricco. Lo leí hace años.

—¿Te gustó?

—Sí, mucho.

—¿Te gusta leer?

—Sí, cómo no. Leo cuanto cae en mis manos. No suelo tachar nada de la lista por adelantado; aunque me entusiasma la novela histórica.

—Yo devoraba los libros de soltera. Empecé por novela rosa —sonreí algo avergonzada sin saber muy bien por qué— Ellas hicieron que me enganchara a la lectura. Pero hoy tampoco tengo un género específico que me guste. Soy como tú en ese sentido, suelo leer cuanto cae en mis manos. O, mejor dicho, solía, porque desde que me casé, lo abandoné por completo. No sé por qué, la verdad. Y cuando nacieron los dos bichitos… Las veinticuatro horas del día se las dedicaba a ellos… Este es el primer libro que leo desde hace años. —Me observó inquisitivo—. He decidido que ya es hora de dedicarme algo de tiempo. —Miha Il me escuchaba, sin hablar—. Me he olvidado de mí durante muchos años, demasiados.

Le eché un vistazo, se había tumbado en su hamaca. ¿Se aburriría conmigo? No.

—Me parece estupenda tu determinación y seguro que la llevas a cabo. —Se incorporó, bebió y se tumbó boca arriba—. Yo, al contrario que tú, me he dedicado solo a vivir a mi aire...

—¿No te has casado? —pregunté extrañada, sin darme cuenta de la indiscreción.

—No. —Sonrió, girando la cabeza hacia mi tumbona.

—No es fácil encontrar a la mujer adecuada.

Bajé la mirada turbada. Pero, por fin respiré aliviada. No era homosexual ni estaba casado. En la cara se me dibujó una sonrisa tonta y supe que él se había percatado de ello.

—No sé si premeditado o no; pero he seguido la estela de mis padres. Estudié Historia del Arte. Lo lógico y normal hubiese sido que opositara para profesor. Sin embargo, necesitaba conocer *in situ* cuanto había visto en los libros. —Se incorporó para tomar otro trago de limonada. Volvió a tumbarse—. He tenido algún romance que otro…, pero yo buscaba otra cosa. —Volteó la cara para clavar sus ojos en los míos, como una espada candente.

—Pero… —repuse obviando la última parte de su discurso y sobreponiéndome a turbación que él me causaba— ante me dijiste que desde hacía diez años esta casa era tu residencia habitual.

—Y es cierto; este es, perdón, ha sido —puntualizó—, mi hogar de referencia desde hace diez años, porque el resto de mi vida no tenía ni país ni ciudad ni casa… Siempre estaba viajando. Hasta que convertí este sitio en el reposo del guerrero.

—¿Y no has echado de menos…?

—¿Qué…? ¿Mujer… hijos… familia…? No, hasta ahora, no. Será por la edad —bromeó—. Y, cosas de la vida, ahora que quería asentarme aquí definitivamente, tengo que dejar la casa…

—Lo siento…

—No te preocupes. Estoy bien. Todo pasa por algo. Estoy pensando en comprársela a Sherezade, de hecho, en varias ocasiones intenté contactar con su padre para proponérselo. Pero el buen hombre prefería dejarla a mi cuidado antes que hablar conmigo. —Se sentó con el cuerpo hacia mí—. En mi familia conocíamos lo ocurrido y entendemos que no quiera saber nada de nosotros.

—En tu familia saben…

—Sí. Nadie habla de ello… pero sí.

—¿¡Y no denunciaron a Wenceslao!?

—No, para ellos era una cuestión de honor. Opinan que fue peor la deshonra de mi tío Khaled. Wenceslao confiaba en él y él rompió la lealtad que le debía. Eso es lo que piensa mi familia. A pesar del dolor, creían que era lo justo.

No salía de mi asombro.

—¿Tú conociste a Khaled?

—No, no llegué a conocerlo por poco. Mi madre estaba embarazada de mí cuando él murió.

—¡Vaya!

—Sí. La verdad es que me hubiese encantado. Creo que tenemos mucho en común. Por lo visto, hasta en el físico. Dicen que me parezco a él, e incluso en el amor por el arte. Me he leído sus diarios durante años…

—¿Escribió diarios?

—Sí. Es uno de los asuntos sobre los que quiero hablar con Sherezade.

Supuse que estaría interesada en leerlos. Pero… no he encontrado el momento oportuno aún.

—Ya… No se lo tomes a mal, es un poco… escurridiza —la excusé.

—No, no la juzgo, cada uno afronta sus emociones como puede.

Quise explicarle a Miha Il un poco como era su prima, pero decidí que yo no era nadie para hacerlo. Se echó de nuevo, con la vista perdida por la buganvilla.

—Vivieron una hermosa historia de amor…

—¿Quiénes…? —me interesé, algo distraída, pensando en mi amiga.

—Mi tío y María de los Ángeles.

—¿No fue una simple infidelidad? Sherezade y yo pensamos…

—No.

Se hizo el silencio entre nosotros durante unos segundos. Observé a Víctor y Álex jugando en la piscina. Con mucho esfuerzo, trepaban hasta la colchoneta de Bob Esponja; cuando alcanzaban su meta entre risas, caídas y zambullidas varias, se lanzaban al agua. De nuevo repetían la misma hazaña. Una vez tras otra y tras otra y tras otra…

—No se cansan… —murmuré, feliz.

—¿Era tu novio? —se interesó Miha Il, sin mirarme, mostrando un desinterés falso.

En los primeros segundos no supe de qué hablaba.

—¿Cómo…?

—La llamada que recibiste en la playa. —Me pareció muy directo. E imagino que mi cara se transformó en cierto recelo—. Perdona…

Por primera vez atisbé cierta inquietud en su rostro. Y aquella vulnerabilidad hacia mí, aún me resultaba más atrayente, tanto como me

asustaba. Necesité beber un poco de limonada. De repente la boca se me había secado por completo y no podía articular palabra ni tragar.

—No, no es mi novio —quise aclararle—: no tengo novio.

¿¡Qué hacía!? Tal vez solo lo preguntaba por tener alguna conversación. No presté atención a mi mente y continué con la explicación:

—El de la llamada era David, un antiguo amigo del instituto… —Tragué saliva y continué sin reflexionar sobre lo que decía—. Sin saber cómo, se ha colado de lleno en mi vida en las últimas semanas… —Respiré profundamente—. Hemos estado quedando… Yo pensaba que… como amigos… hasta que…

—Entiendo…

—No, no te creas, no es fácil de entender… Él parece que quiere algo más… Es un poco… persistente… Pero yo…

No supe a dónde quería llegar. Callé. Me escuché decir:

—Hasta se quiere casar conmigo.

—¿Y tú…?

—¡No! Yo no me quiero casar… con él.

Me incorporé para tomar otro buchito. Aquella conversación me sofocaba

—No siento nada por David… Bueno, sí… Pero no lo que él quiere que sienta… Ha sido un apoyo para mí en estos días… Pero… lo considero *solo* un amigo.

De nuevo tumbada, empecé a juguetear con una buganvilla de color rojo que había caído junto a mí. Miha Il me observaba, paciente.

—No sé por qué te cuento esto… No suelo abrirme así con nadie… —Suspiré.

Él no dijo nada, se limitó a sonreírme y a seguir escuchando con atención.

—Estoy muy cansada de cometer errores. Necesito tiempo para recomponerme. Todo va demasiado rápido para mí.

Le hablaba de tiempo cuando en verdad lo que más ansiaba era tirarme sobre él, besar su boca, acariciar su pelo y que me envolvieran dentro de su abrazo otra vez.

—Necesito recuperar las riendas y dirigir mi vida. Llevo mucho, demasiado, dando tumbos como una hoja seca. Primero Marcos, ahora David… Me tratan como a un títere, como si yo no tuviera personalidad ni criterios… Algo debe fallar en mí… Porque no sé… Me he dejado llevar por ellos… ¿Solo por un poco de cariño…?

—¿Y quién no comete errores por un poco de cariño…? Tal vez el problema no esté en ti, sino en quienes dan poco y se llevan mucho…

—Pues me veo como una tonta.

—Valora lo bueno que tienes. Así serás más resistente…—Me guiñó un ojo—. Y mantendrás a raya a los manipuladores… —Me sorprendió su razonamiento—. Ya verás. Y por lo que me has contado, parece que estás en el buen camino.

Nunca lo había visto de ese modo. Sherezade surgió como de la nada. Portaba una bandeja con café, té, batidos para los niños, varias galletas y dulces árabes.

Merendamos juntos. Al finalizar, mi amiga se excusó: nos dejaba de nuevo.

—Ade, me ha comentado Miha Il que hay unos diarios de Khaled…

Lanzó una mirada tal, que no insistí.

—¿Te marchas, Sherezade? —se interesó Miha Il, con gesto confuso.

—Sí, se me olvidó comentároslo: he quedado con una amiga.

Entonces, la desconcertada fui yo. No me constaba que Sherezade tuviera ninguna amiga en Melilla. Antes de abrir la boca para equivocarme de lleno, callé. Por la mirada pilla que me lanzó, supe que salía de caza. Me dio miedo, ella no estaba familiarizada con aquella ciudad.

—Ten cuidado, Ade.

—No te preocupes, Cati. —Guiñó un ojo, segura de lo que hacía, pero a mí no me reconfortó.

Capítulo 50

Sherezade

¿Diarios de Khaled…? pensó. Sherezade estaba harta de tantos secretos y líos familiares. No quería saber nada más. Al menos, se negaba a leer cada palabra escrita por él, a conocer sus intimidades… Nada. Un pellizco desagradable le estrangulaba el esófago cada vez que lo pensaba. Le rogaría a Cati que lo hiciera por ella y después le pediría un resumen.

Le daba pánico encontrar entre aquellas palabras, frases, párrafos… sentimientos de su padre biológico que ella no estuviese preparada para afrontar. Ya había tenido demasiado. Lejos de encontrarse más a sí misma, se había perdido en una vorágine que la engullía como un remolino en medio de una tormenta y desconocía dónde este la soltaría cuando se cansara de zamarrearla.

No tenía el control, lo había perdido hacía tiempo. Las cosas no estaban saliendo a su manera. Y mucho menos como la imagen idílica que se forjó en la juventud.

De sus dos hijos, Serafín y Wence, sabía poco. Alguna llamada esporádica por *Skype*, algún correo electrónico o mensaje en *Facebook* y poco más. Pedro vivía por y para su trabajo y sus deseadas vacaciones en Rota. No tenía familia cercana; y la lejana estaba ausente bajo una capa de hielo invernal leonés. Acaba de descubrir a qué se debía la distancia que desde un principio habían marcado sus primos y sus tíos; pero, aun así, le dolía en lo más profundo de su ser, en un lugar oculto, casi inaccesible hasta para ella.

Siempre se había visto como en una pesadilla: mientras más corría para acercarse a ellos, para encontrar algo de calor, sus parientes, mudos, sordos, como en las fotos de antiguos difuntos, parecían inmunes a sus súplicas de cariño. La única familia que conocía y que sentía como propia, era Cati. Ella siempre estaba allí, nunca le fallaba. Pero ahora, sabía que se alejaría. Después de mucho, la estaba viendo desplegar sus alas, como la mariposa que acaba de romper la crisálida.

Solo le quedaban sus sueños, sus ligues fortuitos… Y él, Inocencio de los Ríos. No soportaba la manera distante con la que la trataba: era como uno más de su familia de León. Necesitaba a toda costa que la mirara, que repara en ella. Necesito existir para él, se propuso.

¿Sería aquello la soledad? Si lo analizaba, su existencia estaba repleta de gente: familia, amigos o conocidos, vecinos, amantes… Y entonces, ¿a qué se debía aquel aterrador vacío? ¿Por qué se sentía tan sola y perdida? Y, además, esos cambios de temperatura, esos cambios de ánimo. Parecía vivir en una continua montaña rusa.

¡Ya está bien de pensar tanto! —se ordenó—¡Vayamos al grano!

No conocía Melilla. Aparcó el coche en una zona transitada y decidió caminar. Le vendría bien despejar la cabeza. Con cada paso, las piernas se le rozaban con ligereza. Como no llevaba bragas, los labios se acariciaban entre ellos precipitando la urgencia palpitante. Necesitaba una presa para esa noche. Cada vez estaba más ansiosa: lo sabía.

Entró en un bar. Muchos hombres apostados en la barra frente a vasos de cervezas y copas de vino. Oteó. A pesar de excitarse por el olor a tanta testosterona junta, no le interesó ninguno de ellos. Salió de allí y merodeó un poco más. Repitió la misma operación una vez tras otra, sin éxito. Hasta que

al final, en pub de mala muerte, encontró a un hombre joven que le impresionó. No quiso pensar en que parecía solo un par de años mayor que su hijo Serafín.

—Vengo con un amigo —insinuó el chico antes de irse con ella—. ¿Si no te importa con los dos…?

Sherezade nunca se lo había planteado, al menos no por el momento, pero no quería desaprovechar la ocasión.

—¿No seréis…?

—¡No! No somos gay.

Lo que menos quería Sherezade, necesitada de la máxima atención, era poner tanto en juego para que al final los dos se liaran entre ellos.

—Está bien… —accedió con fingida seguridad.

Los chicos se frotaron las manos literalmente. Uno era alto y rubio; con el pelo rapado. Hubiese jurado que era militar. El otro moreno, algo más mayor, achatado. Quisieron invitarle a una copa, pero Sherezade se negó. Deseaba ir al grano cuanto antes. Los dos jóvenes le indicaron la dirección a seguir.

Tras andar por callejuelas oscuras, con olor a orines, llegaron a un hostal. A lo largo del camino, Sherezade no sintió miedo. Su deseo visceral apagaba las alarmas de un cerebro que le gritaba con señales rojas, luminosas y sonoras.

¿Qué me puede pasar? —meditó sin llegar a calibrarlo—, ¿qué me violen? ¿qué los esperen más amigos? Ninguna de las posibles respuestas a aquellas preguntas le resultaba un peligro potencial.

Uno de ellos se adelantó hasta el mostrador que hacía de recepción. Un hombre rudo le dio una llave a cambio de los treinta euros que el chaval sacó del bolsillo de su pantalón vaquero. El dueño del hostal miró de arriba abajo a

Sherezade, se la comió con los ojos. Vestía una camisa que, en otra época, debió ser blanca, con grandes manchas de diversos colores. El cabello negro lo llevaba fijado al cuero cabelludo, sin embargo, Sherezade dudó de que fuera gracias a la gomina, más bien parecía pegajoso por la grasa que le brotaba por la frente y le resbalaba por las patillas. El perfil se le antojó como el de los cerdos, con doble papada.

El primer joven, al que no le preguntó el nombre, regresó triunfante con la llave en la mano. En aquel lugar, lúgubre, sucio y maloliente, no divisaron nada parecido a un ascensor, así que subieron andando una escalera.

Un pasillo, no demasiado largo, les aguardaba. Buscaron el número siete, entre los pintados en blanco, a brocha, sobre las puertas de color marrón descascarillado.

Durante el trayecto, no se tocaron, si siquiera se acercaron. Sus dos acompañantes parecían tímidos, inexpertos. Más trabajo para mí, pensó con cierto desencanto.

—¡Esta es! —comunicó el rubio en tono triunfante.

Cuando abrieron la puerta de la habitación, un olor a moho, clausura y decrepitud se coló por la nariz de Sherezade. De nuevo desoyó la información que su cerebro le enviaba. ¡Vas a pillar cualquier cosa aquí!

Después de casi medio siglo, estaba hastiada de seguir los dictámenes de este: «Obedece a tu padre para que te quiera». «Sé buena madre». «Limpia la casa para tu marido». «Prepara platos exquisitos para tu marido». «Saluda con cortesía a los vecinos». «Sé educada». «No te pongas eso: parecerás una puta». «Sonríe». «No digas eso». «Sé más discreta». «No mires a ese hombre» …

La lista continuaba para llenar varios volúmenes. Estaba cansada de hacer

siempre caso a ese tirano tonto que se alojaba en su cabeza. Durante sus cuarenta y seis años, había coartado su existencia de tal modo, que la había convertido en un cliché de cómo ser una mujer perfecta. ¡Se acabó!

Una vez cruzaron el umbral y cerraron la puerta, los dos hombres ya no le parecieron tan jóvenes. Ambos tomaron el control de la situación. Pese a lo que Sherezade había temido, no tuvo que enseñarles nada, solo dejarse hacer.

No hubo preliminares ñoños, ni besos no deseados. El de mayor edad, se colocó a su espalda; le bajó la cremallera del vestido y le apartó la cabellera de rizos negros para poder morderle el cuello. El rubio se situó delante. Con una mano le apretó los senos. Con la otra buscó el sexo de Sherezade, húmedo pese a la poca excitación previa. No necesitó ayudarles a desnudarla. Sin saber cómo, estaba totalmente desnuda frente a ellos.

El moreno, a su espalda, introdujo con delicadeza y sin prisas, uno de sus dedos en la vagina de ella; solo un poco, hasta la segunda falange. Buscó un punto que Sherezade conocía a la perfección. Poco a poco, notó aquella quemazón tan conocida. El cuerpo empezó a estremecerse. Temió que las piernas no la soportaran.

El otro se arrodilló ante ella. Hundió la boca entre el vello púbico. Con la lengua buscó el clítoris que ya estaba erecto. Primero lo mordisqueó con los labios. Luego, le pasó la lengua una vez… y otra… y otra...

Sherezade solo pudo aferrarse a ellos por los pelos. Irguió la cabeza hacia el techo, como si la expiración le fuera a llegar de un momento a otro. Buscó el cabecero de la cama para agarrarse a él y no caerse.

Sus amantes aumentaron la frecuencia de las caricias, hasta que el cuerpo empezó a dar grandes sacudidas, como si una corriente eléctrica lo atravesara de la cabeza a los pies. Notó como un líquido caía por sus piernas. Nunca le

había ocurrido algo semejante. Se avergonzó hasta que sintió como ellos le abrían las piernas y bebían el jugo que resbalaba por sus muslos. De la garganta, entre jadeos, se escaparon grandes alaridos. No le importó quién o quiénes pudieran oírla.

Entre los dos, la tumbaron sobre el lecho. Dejaron que las piernas le cayeran sobre uno de los laterales. El bajito se subió sobre Sherezade Guzmán de Hinojosa; entró en su interior, con calma. Alojó las rodillas de la mujer sobre sus hombros, y comenzó a balancearse despacio… muy despacio.

El de aspecto militar se ubicó de forma que el pene quedó a la altura de la cara de Sherezade. Mientras, con la boca sobre el pubis de ella, le relamía el clítoris. Con la misma locura que la quemaba y le nublaba la mente, empezó a acariciar el miembro de él y a lamerlo con voracidad.

Antes de que sus amantes pudieran terminar y caer extasiados, cambiaban las posiciones. Conseguían con ello que Sherezade mantuviera el clímax, sin que parara de retorcerse y de arquear la espalda.

—¡Más, más! ¡Quiero más! —gritaba, sin tregua.

El alto culminó su pasión dentro de ella. Cayó a un lado, lánguido, exhausto y sin resuello. Pero a Sherezade no le importó, el compañero lo relevó y aguantó con las oleadas de pasión más de lo que ella creyó poder soportar.

No hubo palabras entre ellos. Tras unos minutos para recuperarse, los dos hombres se vistieron.

—Yo me quedo aquí —susurró Sherezade, tumbada en la cama, desnuda en su belleza.

Los dos salieron sin mirar atrás, sin decir adiós. Sherezade Guzmán de Hinojosa lo agradeció. Se quedó un rato, envuelta en el olor al sexo, en el

sudor mezclado de los tres. Se acarició el cuerpo; tocó su pubis mojado, deliciosamente dolorido; los muslos tersos. Quiso más.

Sin limpiarse, sin retirar los restos de saliva y sudor de la piel, se vistió y bajó. El dueño del hostal seguía en el mismo lugar. Sherezade se sintió poderosa frente a él. Llevaba la llave con el número siete, en la mano. Se acercó sigilosa, como una pantera que ha divisado a su presa. Cuando el hombre alargó el brazo para cogerla, ella retiró el suyo. Lo miró con furor. Sabía que nadie antes le habría mirado así. Dio unos pocos pasos alrededor del mostrador, ante la pasmada quietud del hostelero. Se arrodillo junto a él. Le abrió la cremallera del pantalón. Olía a orina seca y a rancio. Se colocó encima de él. Le llevó poco conseguir su objetivo. Aquel hombre chilló como un cerdo degollado, sin que Sherezade detuviera el vigoroso ímpetu de sus caderas sobre él; hasta que el cuerpo grasiento se sacudió en espasmos incontrolados.

Sherezade se levantó. Dejó la llave sobre el mostrador y salió por la puerta de entrada. No se volvió para ver la cara del hombre; ni para ver cómo se guardaba el pene lánguido dentro de calzones roñosos; y tampoco vio como sacaba un pañuelo, que alguna vez hubo de ser blanco, para secase el sudor mezclado con sebo.

En su interior un agujero negro empezó a devorar algo, como si implosionara. No podía volver aún a la casa: quería más, más, más…

Capítulo 51

Cati

Sobre las ocho de la tarde decidí que ya era hora de que Víctor y Álex descansaran. Me pareció una idea divertida ducharlos con la manguera que había cerca de la piscina; y, en vista del resultado, a ellos también. Miha Il me echó una mano; aunque, a decir verdad, no sé si ayudó o dificultó la tarea. Lo único seguro es que mientras mis hijos acabaron limpios, secos y con sus pijamas puestos; él y yo, por el contrario, terminamos mojados de pies a cabeza. Eso sí, todo ello bajo las risas nerviosas y juguetonas de nuestros pequeños espectadores.

Entre Miha Il y yo les preparamos unas tortillas francesas.

—No sé si comerán esto siquiera: están agotados.

Se habían levantado muy temprano, y no pararon en ningún momento de la jornada agotadora. Tras la ducha los senté ante la mesa con los dos platos por delante. A Álex se le cerraban los ojos. Pero, pese al cansancio de ambos, se lo comieron todo, además de unas natillas de chocolate.

—Ya me encargo yo de ellos. Date una ducha si quieres.

Me resistí. No quería abusar de su generosidad. Insistió. Y yo cedí.

Subí a la planta superior, al dormitorio de María de los Ángeles. Después del almuerzo por fin habíamos terminado con la visita, y nos repartimos las habitaciones. Sherezade no quería la de sus padres, así que decidí quedarme yo en ella.

Antes de empezar a preparar la ropa, escuché los gritos de alborozo por las

escaleras. Salí y observé, divertida, que nuestro anfitrión subía a los pequeñines colgados como si fueran dos monitos. Por más que busqué en mi maleta algo que ponerme, solo encontré una camiseta de manga corta varias tallas más grandes de la cuenta y unos pantalones cortos. Aquel horrible conjunto es el que usaría como pijama.

«¡Mierda! —susurré, malhumorada— ¿Tanto te costaba comprarte un pijama en condiciones, hija?»

Sin querer disculparme, había una explicación para aquel desastre: imaginaba que íbamos a estar las dos solas. Por ello, no le di la mayor importancia. Deseé que Sherezade no lo viera: me miraría con ojos de reproche.

Miha Il y los dos niños, sus risas y juegos, se cruzaron conmigo en el pasillo; ellos, en dirección al dormitorio, y yo al baño.

Me encantó la decoración de este. Poseía un estilo dulce. Olía a violetas, pero no sabía de dónde provenía el aroma. La parte inferior de las paredes estaba alicatada con unos azulejos en tono verde agua. La parte superior lucía un estuco veneciano color hueso. La pieza principal era sin duda la bañera con patas, situada bajo un ventanal amplio. Las hojas de madera de este se hallaban abiertas, permitiendo de ese modo que la fragancia del jazmín y la dama de noche se desparramara por la estancia.

Me miré en el espejo al desnudarme. Aún estaba muy delgada. Subí los brazos para comprobar si los pechos se elevaban también. No hay forma, pensé con horror. La cara huesuda; sin embargo, las ojeras se iban desdibujando; las bolsas casi habían desaparecido; la piel volvía a tener algo de luz; y los ojos me centelleaban. Sherezade solía decirme que era guapa, y mi madre también; pero esa no era la imagen que yo tenía de mí.

Opté por la ducha en vez de tomar un baño, que era lo que realmente me apetecía. Aún no había perdido la costumbre de posponer cuanto deseaba. Reparé en el cuidado que habían tenido a la hora de elegir los cosméticos y productos de higiene personal. Me pregunté quién se habría encargado de ello, se notaba una mano femenina; así que descarté que hubiese sido el propio Miha Il.

A lo lejos escuché mi teléfono móvil sonando. «Ya lo veré cuando salga del baño», dije.

El agua caliente sobre mi cuerpo lo devolvió a su temperatura natural. Llevaba bastante rato con la ropa mojada y me había enfriado un poco. Cuando terminé, aún húmeda, me unté un aceite con olor a rosas la piel. Busqué una crema para la cara. Odiaba la tensión en la frente si no la hidrataba. Y como cabía esperar, encontré varios tarritos. No quería volver a ponerme el sujetador, detestaba llevarlo; pero no quería que se intuyera siquiera la flacidez de estos. Comprobé gratamente que al ponerme la camiseta no se me notaban.

Salí del baño relajada y perfumada, precedida de una bocanada de vapor. Agudicé el oído, desde la habitación asignada para mis hijos, provenía un susurro. Me apoyé en el quicio de la puerta. Miha Il estaba sentado a los pies de la cama de Álex que dormía profundamente. Tenía entre las manos un libro, *La isla del tesoro*. Leía en voz baja, casi en un susurro, mientras Víctor luchaba por mantenerse despierto.

—¿Ya te has duchado? —preguntó, volviéndose hacia mí.

Asentí con la cabeza, no quería irrumpir en aquella estampa mágica. Di unos pasos sigilosos y deposité un beso en la frente de Álex, se revolvió entre las sábanas.

—Me voy a cambiar —comunicó Miha Il con voz tenue.

Se había duchado con los pequeños, pero aún seguía con el bañador y la camiseta de *Homer*.

—Vale —susurré.

Dejó el libro en la mesita de noche y salió con sigilo. Entonces me acerqué a Víctor, acaricié su pelo y lo besé.

—Buenas noches, mamá —dijo sin poder abrir los párpados.

—Buenas noches, mi vida.

Recorrí con suavidad el óvalo de su cara. Bajé un poco la persiana y corrí las cortinas: refrescaba. Antes de salir, me detuve para contemplarlos. Un pellizco de felicidad ahogó mi garganta. ¿Qué pensaría Marcos de esto? ¿Le agradaría saber que otro hombre había cuidado tan bien de sus hijos? Deseé que estuviera vivo: necesité hablar con él. Nadie podría sustituir a su padre jamás. No quise pensar en cómo les afectaría el resto de su vida.

Recordé que el teléfono había sonado, supuse que era Pura para preguntar por los niños. No, me equivocada: era David. No se me apetecía hablar con él. Así que marqué el número de mi cuñada.

La conversación fue breve. Le informé de lo bien que se lo estaban pasando Víctor y Álex, de lo amable y divertido que era Miha Il con ellos. Lamenté que no se pudieran poner al teléfono, ya que habían caído rendidos en la cama. Le agradecí que se hubiese pasado a visitar a mi madre, se lo agradecí de corazón.

—¡Ay, Cati! —dijo cuando estaba a punto de cortar—¿Sabes la dirección de dónde os alojáis?

—No ¿Por…? ¿Tenéis intención de venir?

Sabía de sobra a qué venía aquella pregunta.

—No, hija, sé que son tus merecidas vacaciones… Es David… ha estado preguntando… Y si llama otra vez…

—No te preocupes, Pura, ya hablaré yo con él…

—Bueno, pues nada, buenas noches, Cati.

—Buenas noches, Pura. Y lo dicho, mañana te llamarán los niños.

—Gracias, Cati, gracias.

Noté un hilo de tristeza en su voz. Llamé a Sherezade. Tenía el móvil apagado o fuera de cobertura. Su comportamiento era cada vez más esquivo e impulsivo. Durante el día pareció como si se escondiera de nosotros, como si ella fuera la verdadera invitada. Tenía que hablar con ella: me preocupaba bastante. ¿Dónde andaría?

Bajé. Escuché a Miha Il trastear en la cocina.

—¿Cómo estás de hambre? —se interesó.

—Tengo más sueño que hambre —respondí con un bostezo ahogado.

Él sí vestía con un pijama de verano; hecho que hizo que aún me arrepintiera más de mi aspecto descuidado. Eso sí, se había colocado un delantal. Somos la noche y el día. Sonreí.

—¿Te apetece una cena rápida en el salón?

—Sí, estará bien.

—¿Te gusta el tabulé?

—¿Tabulé?

—Sí, lo que viene siendo cuscús en ensalada...

Reímos.

—Nunca lo he probado, pero tiene que estar bueno.

—Si lo prefieres meto en el horno unas pizzas…

—No, no. Mejor el tabulé.

Llevamos todo al salón y lo colocamos sobre una mesa pequeña situada delante del sofá. Miha Il se acomodó en un *puff*; yo preferí sentarme en el sofá.

El tabulé estaba delicioso.

—Nunca he comido cuscús y eso que me encanta la comida exótica…

—Yo tengo dudas sobre el significado de lo exótico para mí…

Reí.

—Ya… Imagino.

—Quizás la comida más habitual en mi vida haya sido la marroquí; pero no existe lugar en el mundo del que haya regresado sin antes probar los platos típicos de la zona.

Cuando terminamos de cenar, Miha Il apartó la mesita y acercó su puff a mí, yo me tumbé en el sofá.

—¿Quieres que te lea el diario de Khaled?

—Prefiero echarle un ojo mañana, Miha Il, estoy demasiado cansada, y no creo que pueda prestarle la atención que se merece. —¿Prefieres que te lea algo? —Me guiñó un ojo—. Como a los niños.

Se levantó y cogió un libro de la librería, según nos había explicado por la mañana, propiedad de su tío. Si hubiese sido yo la que tuviera que elegir uno, no hubiese sabido por dónde empezar. Había ejemplares de diversos tamaños, colores, formas… Una delicia para la vista, para la curiosidad y para la imaginación.

—Khaled se debería sentir muy orgulloso de su biblioteca, ¿no? —pregunté una vez que se hubo acomodado de nuevo a mi lado.

—Eso dicen en mi familia… Y lo más impresionante es que se los leyó todos…

— Siento que no llegaras a conocerlo…

Apretó los labios.

—Yo también… Mucho… Pero…

Observé el que Miha Il había cogido. La cubierta se encontraba demasiado gastada. Algunos hilos se desprendían por las esquinas, no obstante, logré reconocer algo escrito en ella, unos símbolos dorados «ألف ليلة وليلة».

—¿Qué libro es?

—*Las Mil y una Noches*

No volví a pronunciar palabra. Al principio intenté seguir el movimiento de sus labios mientras leía, primero en árabe y después en castellano; pero enseguida los párpados bajaron el telón.

Aun con los ojos cerrado notaba su presencia, cercana y cálida. El tono suave de su voz me envolvía. Junto a él me sentía en mi hogar. Miha Il me transportaba a un momento perdido en mi niñez. Sí, cómo había echado de menos aquellos sábados de invierno, cuando me sentaba junto a mis padres, después del almuerzo, a ver la película de *Primera Sesión*. Acurrucaban mi cuerpecito en el sofá entre ellos y los tres nos tapábamos con la ropa de la mesa de camilla.

Sí, Miha Il me transportaba a ese recuerdo, a esa dulce sensación de sentirse encontrada y arropada. Él era mi mesa de camilla, la lluvia en los cristales, la televisión de dos canales, la salita pequeña y acogedora, el abrazo de mis padres…

A la mañana siguiente, me desperté entre almohadones de un blanco antiguo, bordados con las iniciales de Wenceslao y María de los Ángeles. Noté que mis labios dibujaban una sonrisa. El sonido musical de los pájaros, que canturreaban en el jardín, entró por la ventana junto con algunos rayos de

sol.

Necesité unos segundos antes de preguntarme cómo había llegado allí desde el salón. Y entonces, apareció ante mí el recuerdo de la cara de Miha Il, sus ojos negros, su nariz fina, las incipientes canas… No había sido un sueño… No podía sentirme más feliz.

Remoloneé un par de minutos más en la cama; al cabo de estos, me levanté. Busqué en la habitación de mis hijos, y solo encontré camas revueltas. Con los primeros pasos en las escaleras, me llegó el alboroto de risas en la cocina. Bajé en silencio.

—¿¡Qué ha pasado aquí!?

El suelo estaba lleno de harina. A decir verdad, no solo el suelo, sino también la mesa, la encimera y mis dos hijos desde la cabeza a los pies.

— Un incidente con el desayuno americano… —intentó explicar Miha Il.

Levanté una ceja.

—¡Álex ha explotado el paquete de harina, mamá! —recriminó Víctor.

—Lo siento, Miha Il. Voy a recogerlo.

—¡No! —me ordenó sacudiéndose la harina de las manos— Lo primero es lo primero, sal al porche que enseguida vamos mis pinches y yo.

—¿Pinches? ¡Pues vaya!

En la mesa del porche el desayuno estaba esperándonos. Tortitas, huevos revueltos, beicon, sirope, chocolate, nata... Eché en falta mis tostadas y mi café con leche. El simple olor al beicon hizo que la cabeza me basculara hacia atrás. Desde luego Miha Il era un batiburrillo auténtico de culturas.

—Aquí tienes tu café con leche.

—Gracias.

Tras él, aparecieron los dos compinches, con las caras algo menos

cubiertas de harina.

—Chicos… ¿¡quién tiene hambre!?

Los niños, con el mismo aspecto que si vinieran de trasnochar en Halloween, esperaron entre palmas a que Miha Il les sirviera un plato con lo que ellos pedían.

¡Verás luego las barrigas!, auguré en silencio, para no romper el jolgorio del momento.

—¿Y tú, Cati, que quieres?

—Una tortita y un poco de sirope de chocolate.

—¿Beicon, huevos…?

—No, gracias.

—El beicon es de pavo —me informó con un guiño de ojo—. No como cerco, lo siento. —Se encogió de hombros.

—No, tampoco se me apetece pavo.

—Bueno…, chicos… ¡Al ataque!

A aquellas horas me daba ciertas nauseas ver tanta comida y tan pesadas, pero las risas, las bromas y ver cómo los tres disfrutaban probando mezclas imposibles, hizo que dejara a un lado mi propio asqueo.

Una vez terminamos de desayunar, de recoger la cocina y de asear un poco a los pequeños de la casa, nos sentamos relajados en el porche, mientras ellos corrían y jugaban con el cachorrito.

—¿Y Sherezade? —pregunté.

—Está en su dormitorio: llegó justo cuando yo me levantaba.

Abrí los ojos espantada. Imagino que Miha Il leyó la preocupación en mi rostro. No hice ningún comentario al respecto y él advirtió que yo no quería que me preguntara por ello.

—¿Te apetece si le echamos un vistazo ahora al diario de Khaled?

—Sí, claro…

Se levantó para buscarlo.

—Miha Il…

—¿Qué?

—Gracias —si hubiese sido un emoticono, mis ojos hubieran aparecido como dos corazones inmensos. Por respuesta, su sonrisa.

Al poco volvió con el libro entre las manos, como si trajera un pájaro herido. Entonces le expliqué uno de los motivos de mi agradecimiento.

—Cada una de las noches de estas últimas semanas mis hijos han preguntado por su padre. —Tragué saliva—. Anoche fue la primera vez que no lo hicieron…

Se acercó a mí.

—Misión cumplida…

Me tendió la mano.

—Ven, hay un sitio mejor para leerlo.

Fuimos hasta un columpio amplio y acolchonado, cubierto con un toldo, que se encontraba muy cerca de la piscina.

—Gracias. Sí, mejor aquí, así también podré vigilar por si a los peques les da por meterse en el agua.

Me senté con las piernas encogidas hacia el lado izquierdo. Miha Il se situó al final de estas. Sujetaba el libro como a un recién nacido.

Comenzó a leer en un perfecto francés. Cuando yo no entendía algo, se detenía y lo traducía. Lo miraba absorta. Sus palabras consiguieron envolverme en una nebulosa onírica que me permitía distinguir dos realidades bien distintas. Una era aquella escena, aquel columpio, sus dedos rozando

cada página... La otra… En la otra podía oír la voz de un Khaled al que nunca conocí. Supe que cada uno de los párrafos que Miha Il estaba leyendo los había escuchado antes, en algún momento distante, impreciso; quizás perdidos entre las ondas que vagan por el universo. También podía verlo a él, a Khaled. Su imagen se fundió con la de Miha Il. Parecía como si los dos, tío y sobrino, se fundiesen en uno. Sin poder explicarlo, supe que amaba ambos, y que los dos eran el mismo.

Me sobresalté con la voz de Sherezade.

Capítulo 52

Khaled

«Cada vez que escribo unas líneas en mi diario, amada mía, las pronuncio en voz alta, deseoso de que esta brisa, la brisa salada y fresca que tanto amabas, las lleve hasta tus oídos.

No permitas que el dolor te ciegue ante la realidad. El destino cruel habrá separado nuestros cuerpos, pero jamás nuestras almas. Quizás esta existencia solo sea una diminuta parada en el camino, un descanso del sediento. Nuestro amor posee la inmensidad de lo perdurable, siempre estará ahí, como las estrellas, como el infinito universo que escapa a nuestro entendimiento. No tiene fin, al igual que no tuvo un principio. Es, simplemente es.

No es un castigo de Dios, como lamentas; ni puede ser pecado, como expresas en tu carta. El más puro y bello de los sentimientos de nuestro creador no puede ser motivo de condena.

Estoy seguro de que ha de existir algo más allá de nuestro entendimiento, que no logramos alcanzar, que explique esta lejanía entre tú y yo, que no es tal.

Porque yo te siento, como cuando te tenía entre mis brazos; escucho tus súplicas y tus ruegos, como si susurras con el aire que entra por el ventanal frente al que te leía cada noche. Estás aquí, como yo estoy ahí. Muchas veces cierro los ojos y extiendo mi mano y casi consigo tocarte con el leve roce de mis dedos. Estás tan cerca, amada mía…»

Extraído y traducido del diario de Khaled.

Capítulo 53

Cati

—Buenos días —saludó Sherezade con una taza de café en las manos.

—Buenas tardes —sonreí mofándome de ella.

Quité las piernas del lado de Miha Il. Mi amiga llevaba puestas las gafas de sol y, por la expresión del resto de su cara, me dio la impresión de que tenía fotofobia.

—Buenos días, Sherezade. ¿Has descansado bien? —se interesó con cortesía su primo.

Como respuesta, ella soltó algo parecido a un bufido. Miha Il dejó el diario de Khaled a mi lado y se excusó por unos minutos. Sherezade se plantó frente a mí, sabía que iba a regañarme.

—¿¡Qué llevas puesto, hija!? —espetó mientras negaba, incrédula, con un balanceo de la cabeza.

Lo que más temía, Sherezade había descubierto mi conjunto a modo de pijama.

—Hija, Cati… Menos mal que, aunque llevaras un saco encima, mi primo te seguiría mirando con esos ojos de corderito… Pero… ¡Vamos…! ¡Ya te vale, *hijaaaa*!

¿Sería verdad que Miha Il me miraba de ese modo?, me pregunté al tiempo que dibujaba una sonrisa en la cara. Tan pronto como fui consciente de ella, la borré.

—Para venir a pasar unos días contigo, en plan tranquilo, no me iba a traer

un salto de cama, ¿no?

—Nunca se sabe, hija, nunca se sabe… ¡Ay, *Pequeño Saltamontes*!, siempre hay que ir preparada…

Reí.

—Parece que ya hay temita con mi primito, ¿no?

No había nada que contar, de hecho, le respondí con otra pregunta.

—¿Y tú qué tal? —inquirí con el ceño fruncido—¿Qué tal con tu amiga imaginaria?

Sherezade se sentó a mi lado, parecía cansada.

—¡*Ufff*, de maravilla!

—Ya… —afirmé observando su exagerado cansancio— Me tienes preocupada, lo sabes ¿no?

—Sí, *mamaaa*….

—No te burles, Ade.

—Soy bastante mayorcita ya, Cati…

—¿Sí?, pues no lo pareces.

—¿A qué viene este sermón? Pareces mi madre, hija. —Llevaba su inseparable abanico en las manos, empezó a echarse aire—. ¡Ah, es verdad! No lo recordaba… nos lo dijo la vidente… eres mi madre.

—No te pases, Ade —intenté hablar en serio—. Me preocupa lo que pueda ocurrirte; lo que te puedes estar haciendo.

No me prestó atención.

—¿Qué es esto? — preguntó, tocando con la punta de los dedos el diario de Khaled, como si fuera un bicho repugnante.

—No cambies de tema.

—¡Ah! El famoso diario de Khaled… Bueno…, mi padre, o quién fuera…

Percibí el dolor que se escondía entre sus palabras.

—Sí. Pienso que te gustaría leerlo.

—Pues yo pienso que no.

—Estaban enamorados, Ade, muy enamorados…

—¡A la mierda su amor, Cati! Destrozaron mi vida.

Por un momento me compadecí de ella; sin embargo, al instante siguiente me escuché soltar una letanía de reproches.

—¿Sabes lo que te digo, Ade? —no aguardé a su permiso—. Eres una egoísta. Y te portas como una niña malcriada. Tienes cerca de cincuenta años, y todavía te refugias en lo mala que ha sido la vida contigo para no tomarla por los cuernos. Ya eres bastante mayorcita para hacerte cargo de ella y dejar de lamentarte por lo que los demás hicieron mal. —Tomé aire, y observé su rostro, al menos lo que se veía debajo de las gafas. Permanecía impasible—. Ya está bien. Todos nos equivocamos, y todos cometemos errores; pero no nos queda otra que madurar y plantar los pies sobre el suelo —no podía refrenar el borboteo que salía de mi boca—. Ade, pese a todo, has tenido una vida muy fácil…

—Voy a darme una ducha.

Se levantó y la vi desaparecer. Mientras la seguía con la mirada, la ira aún golpeaba mi garganta. Pero su figura, a lo lejos, aún me devolvía a una mujer frágil, débil. La ternura que ella me provocaba hizo que quisiera no haber pronunciado aquellas palabras.

Miha Il se acercó con sigilo. Casi no me di cuenta de que estaba detrás de mí hasta que escuché su voz:

—Sherezade dice que no va a salir, que no la esperemos. He pensado que podríamos ir a comer fuera, ¿te apetece? Hay un restaurante árabe al que me

gustaría llevaros.

—Sí —afirmé con un hilo de voz.

Se sentó a mi lado.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. —Forcé una sonrisa—. ¡Vamos! Habrá que vestirse.

Necesitaba llorar, compartir con él el dolor que se acumulaba en mi pecho, explicarle cuánto me preocupaba mi amiga. Pero no lo hice. Como era habitual en mí, guardé los sentimientos a buen recaudo, para que no se descontrolaran.

Nos arreglamos. Después de comer, llevamos a Víctor y a Álex a tomar unos helados. Miha Il hizo de guía por Melilla.

Fue un día maravilloso. Estaba segura de que, a los ojos de cualquier transeúnte, parecíamos una familia. Y, de hecho, así me sentía yo. No recordaba haber salido con los niños y con Marcos nunca. Incluso antes de separarnos, ya me sentía terriblemente sola. Y con David… Cada vez estaba más claro que él jamás formaría parte de nosotros tres. Pero ahí estaba él, Miha Il, como la pieza del puzle que faltaba.

Regresamos a la casa tarde, después de cenar. No había ni rastro de Sherezade. La llamé por teléfono. Apagado o fuera de cobertura. El miedo por lo que pudiera ocurrirle me golpeaba en las sienes con cada llamada fallida.

¡Dios, Ade…! ¿Dónde estás?

Esa noche fue un calco de la anterior. Intenté por todos los medios quedarme despierta mientras Miha Il me leía *Las Mil y Una Noches*. Necesitaba contemplar su rostro sereno al hacerlo, pero de nuevo fue imposible.

A la mañana siguiente, desperté con la misma agradable sensación de

bienestar. De repente, la imagen de Sherezade se vino a mi mente y la tristeza saltó sobre mí como un león agazapado.

Salí de mi dormitorio, del de María de los Ángeles. No escuché voces en la cocina. Me sorprendió. Anduve hasta la habitación de Sherezade. La puerta estaba cerrada, no quise despertarla. En el frigorífico de la cocina una nota: «*Estamos en la playa*».

Toqué la cafetera, aún estaba caliente, así que cogí una taza y me serví un café. Preparé una tostada con aceite y tomate. Me alegré de que a los hombres de la casa no les hubiese dado por cocinar ningún otro desayuno exótico: mi estómago no lo resistiría.

Coloqué todo en una bandeja y me dispuse a tomarlo en el porche. La mañana estaba clara, no se veía ninguna nube y los rayos del sol calentaban sin quemar. Corría una brisa suave, salada. En el silencio, se escuchaba el canto de los pájaros. El olor a jazmín aún embriagaba la estampa. Mi pequeño paraíso.

El sonido de mi móvil rompió el momento de ensoñación. Di un brinco para llegar rápido al salón. Supuse que se trataría de Miha Il para pedirme que bajara con ellos. Respondí sin mirar.

—¡Abre la puerta! ¡Estoy aquí!

Al unísono, escuché el desagradable e insistente pitido de un claxon. Sentí que las piernas me temblaban.

«¡Dios!», exclamé, paralizada. Estaba atrapada sin remedio. No tuve tiempo a buscar una excusa para zafarme de la situación. De pronto, mi cielo, se acababa de convertir en mi infierno. Maldecí a Sherezade, creyendo que había sido su venganza. ¡No seas miserable! Ella jamás te dañaría de ese modo, me reñí turbada. Descarté esa idea ruin tal como vino. ¡Cómo podía

siquiera pensarlo! Era mi mejor amiga.

Un segundo después su voz adormilada me lo corroboró.

—¡Quién puñetas toca el pito a estas horas!

—Es David…

Noté como el móvil se me escurría entre los dedos. Cayó al suelo: por un lado, la tapa, por otro la batería… Volví los ojos hacia Sherezade, aterrada. Las lágrimas me resbalaban por las mejillas. Ella acudió a mí.

—¡Ay, mi *niñaaa*, lo siento! ¡Pero cómo demonios…!

—No lo sé, Ade, no lo sé… ¿Qué hago? ¿Qué hago?

—¡*Puffff*…! No sé. Vamos a abrirle… Algo se nos ocurrirá…

—¡No!

Me dio un beso en la mejilla. Y secó mis lágrimas.

—¡Venga!, seguro que no es para tanto.

Me cogió por los hombros mientras yo arrastraba los pies hacia la puerta. Pensé que así se sentirían los presos en el corredor de la muerte.

Sherezade, con aires de excelente anfitriona, abrió la cancela de la entrada. Indicó a David donde aparcar el coche. En el instante en el que nuestras miradas se cruzaron, empecé a sentirme sucia de nuevo. Y esta repugnancia se acrecentó cuando se apeó; me rodeó con sus músculos como una boa constrictor y me besó con frenesí. Cuando puede zafarme, vi la cara de terror de Sherezade, espejo de la mía.

¿Por qué no lo despedía sin más? ¿Por qué no le decía que no era bien recibido? ¿Por qué no tenía el valor de confesarle que no sentía nada por él? En aquellos momentos no hallé las respuestas y, creo recordad, que ni siquiera me cuestioné tales preguntas.

—¿Qué tal, David? —se interesó Sherezade con una cordialidad fingida,

cuando él me soltó, muy a su pesar— ¿Cómo has sabido…?

—Uno que tiene sus contactos —respondió sin prestar demasiada atención a su interlocutora —. ¡Cuánto te he echado de menos!

Volvió a estrujarme y a besar unos labios rígidos que lo rechazaban.

—Id al porche, Cati. ¿Quieres tomar algo, David?

—Sí, un refresco.

—¿*Coca Cola, Coca Cola zero*, limón, naranja, *Tónica, Nestea, Acuario*…?

—*Coca Cola zero*… mismo…

Noté que se quería quitar de en medio a Sherezade. La busqué con la vista, no quería que se fuera de mi lado.

—¡*Uhmm*, por fin solos! —se alegró mientras comenzaba a manosear mis pechos por debajo de la camiseta.

Por encima de él, verifiqué que Miha Il no apareciera.

—¡Cuánto te he deseado! —Con la otra mano buscó mi trasero—. Subamos a tu habitación… Parece que no hay *moros* en la costa…

Sabía que se refería a mis hijos. Deseé abofetearlo. Como puede, le pedí que nos sentáramos.

Agradecí que Sherezade apareciera justo cuando él me acababa de quitar los tentáculos de encima. Me avergonzaba aquello. No había sido prostituta nunca, pero imaginé que sentirían algo parecido a aquel asco.

—Te he traído una cervecita a ti, Cati —Guiñó un ojo—; y otra para mí.

Mi amiga se sentó con nosotros en el porche. Para mí la luz de la mañana mutó en un nublado bochornoso. Como si estuviera a miles de años luz de allí, o en otra dimensión, los oía en un susurro lejano y ajeno.

David y yo parecíamos estar bailando una danza desconocida: mientras él

se acerca a mí, yo, movida por la inercia, me retiraba de su lado. Por desgracia, no podía alejarme demasiado, ya que se aferraba a mi mano, como un niño a una piruleta.

Al cabo de un rato, que no puede precisar, vi al pequeño cachorrillo correr en dirección a la cancela de entrada. ¡No, Dios míos!, lamenté. Acudía al olor de su amo: Miha Il llegaría en cualquier instante.

Los primeros que saltaron sobre mí fueron Víctor y Álex con sus abrazos y besos.

—¿Por qué no has venido a la playa, mamá? —me reprocharon.

—Hola, chavales —saludó David fingiendo camarería.

Sin ser consciente de ello y desde el ángulo que permite la distancia emocional, percibí que las palabras de David guardaban un sonido algo tosco y dictatorial. Quizás lo observaba desde el contrapunto que me ofrecían los días al lado de Miha Il. Este los trataba con sinceridad, jugaba con ellos con honestidad…

Mis hijos no contestaron. Fui yo las que les obligó a darle un beso. Acto seguido me arrepentí de ello. ¿Por qué forzarlos a algo que no querían hacer? Los niños poseían un instinto natural para detectar las personas que les gustan y las que no.

Tras ellos, apareció Miha Il, con el cabello mojado, su sonrisa y sus andares livianos. ¡Dios, me muero por este hombre!, pensé con cara de bobalicona. Portaba al cachorrillo entre los brazos. Lo soltó para acercarse con cortesía a David.

—David, él es Miha Il, el primo de Sherezade… —Los dos hombres se dieron la mano—. Miha Il, él es David… un amig…

—Su prometido —apostilló él.

¡Ea!, ya ha levantado la pata, ha meado y ha marcado el territorio. Me horroricé. Y si no fuera porque sabía que había sido muy bueno conmigo en las últimas semanas, le hubiese querido asesinar con mis propias manos.

—Encantado —dijo el primo de Sherezade sin mostrar ningún tipo de sentimiento.

—Es nuestro anfitrión, David —apostilló mi amiga con un tono de voz firme.

Ella también sabe marcar el territorio, pensé con cierta alegría.

—Disculpadme, voy a darme una ducha —informó Miha Il con una sonrisa.

Esperé el tiempo oportuno. Imagino que demasiado poco.

—Enseguida vengo, voy a por el protector para los niños.

Cuando estuve segura de que David no me seguía con la mirada, di un par de pasos más rápido; en un impulso, casi llegué a correr tras nuestro anfitrión.

—Miha Il…

Lo encontré en la cocina, bebía un poco de agua del frigorífico. Se giró. Bajé la cabeza, derrotada: quería explicarle. Pero… ¿quién era yo? ¿qué era él? No había nada entre nosotros. De pronto, una sombra oscureció la luz que entraba por la puerta de entrada, me giré. David la tapaba.

—Curioso sitio para buscar el protector. —sonrió con malicia.

—He entrado a beber agua. —Intenté salir—. He recordado que debe de estar por la piscina.

Cuando pasé por su lado, me asió con fuerza, con demasiada fuerza. Besó mi boca, introduciendo su lengua de manera brusca. Volvió a meter la mano por mi pantalón, por debajo de las bragas, y agarró mi trasero con dos manos, sobándolo. Noté los movimientos convulsos de su pene que me golpeaban.

—¡Me vuelves loco! ¡Loco! —Baboseó.

Como pude me liberé de él. Y justo en ese momento, me topé con la mirada chocolate de Miha Il. Cerré los párpados, deseando que se abriera un agujero bajo mis pies. Aquellos ojos de ciervo desvalido… ¿Cómo decirle que era a él a quien quería besar? ¿Cómo rogarle que me rescatara? Imaginé que extendía mis dedos hacia él; que me apartaba de las garras de David; que me llevaba lejos de mi captor; y me acurrucaba bajo su pecho… El pecho hogar, el pecho paz, el pecho deseado…

—¡Cati! —Sherezade surgió como una aparición celestial detrás de mí, nunca me alegré más de verla—. Los niños están diciendo que se quieren meter en la piscina. ¿Te vienes?

—¡No! —intentó parame David sujetándome por el brazo.

—¡Sí, claro! No pueden estar allí solos: son un peligro.

Enseguida salí tras ella. No quise ni ir a ponerme el bikini, tenía miedo de que David encontrara algún resquicio para quedarse a solas conmigo.

El resto de la jornada fue como jugar al despiste. Miha Il bajó tras ducharse, se excusó y se marchó. Mi alegría y entusiasmo se arrastraron tras de él. Sherezade, al contrario de los días anteriores, no se movió de mi lado. En algunos momentos, David hizo comentarios despectivos con referencia a ella y su comportamiento. A lo que yo le respondía: «Estamos en su casa». Mi amiga sabía de los pensamientos de este, pero no le importaban lo más mínimo, y así me lo hizo saber en los pocos momentos en los que nos encontramos a solas.

Recibí con una alegría descomunal la noticia de que se marcharía por la mañana temprano. Así que la última meta a batir era la noche. Después de un día bastante ajetreado, nos sentamos en el salón a charlar y a tomarnos unas

copas. Por su lado, David esperaba a que Sherezade se fuera a dormir; sin embargo, a su pesar, mi amiga no se retiraría de allí hasta que él se cansara. De vez en vez echaba una ojeada a los párpados pesados de la guardiana fiel, y aún le agradecía más el esfuerzo que estaba realizando. Por el otro, yo estaba aguantando en vela a que él se marchara agotado; pero, sobre todo, a que apareciera Miha Il. Pero nada. La incomodidad permaneció en tablas hasta que cedí.

—Estoy muerta de sueño. Hasta mañana.

David se levantó para acompañarme y Sherezade hizo lo mismo. A esas alturas, no permitiríamos de ninguna manera que él entrara en mi dormitorio, ni que se saliera con la suya. En el distribuidor de la planta superior le di un abrazo a mi protectora leal y un beso, e intenté hacer lo mismo con él. En vano. Una vez ella hubo desaparecido de la escena, David me agarró por los hombros con brutalidad y me estrelló contra una pared. Noté un golpe en la cabeza, que a él pareció no importarle. Empezó a intentar desvestirme. Con manos torpes y ansiosas, trató de subirme la camiseta, otra de mis espantosas camisetas anchas, al tiempo que empujaba mi menudo cuerpo hacia el dormitorio de María de los Ángeles.

No, de ninguna manera. No mancillaría esa cama acostándome con él ahí. Lo último que en ella se había vivido había sido una pasión pura; así que no la mancillaría con sus babas asquerosas.

—No, *nooo*.

—¿Qué te pasa?

—Mis hijos están ahí y Sherezade… No puedo…

—He venido por esto… Bueno, por ti… Mañana me voy muy temprano…

Continuó en su empeño.

—No puedo…

Pero a él no le importaban mis palabras.

—Mamá, mamá…

Escuché la voz de Álex.

—Ya voy, cariño…

Mi salvación, mi ángel…

—¡Qué inoportuno! —bufó—. No vayas.

No le respondí. Con mucho cuidado caminé hacia la habitación que ocupaban mis pequeñines.

—Te espero aquí… —dijo, con tono autoritario.

Cuando entré la brisa mecía los visillos blancos. Me acurruqué al lado de mi niño.

—¿Qué te pasa, cariño?

Álex no respondió. Se había quedado dormido de nuevo. Quizás hablaba en sueños. Besé su carita y me quedé acurrucada a su lado.

Al cabo de unos largos minutos, escuché las pisadas de David alejarse, entrar en la habitación que Sherezade había designado para él y cerrar la puerta con cierta rabia. Sonó demasiado fuerte para esa hora de la madrugada. No me importó, para mí significaba que yo, con la ayuda de mis aliados, había ganado esa batalla.

Un beso en la frente me despertó. ¡Dios, no! En un primer momento no quise abrir los ojos. Decidí hacerme la dormida. Pero aquellos labios…, aquel olor… No, no pertenecían a David.

Con el sigilo de una gata, me levanté. Miha Il me tendió la mano. Como si se tratara de una coreografía programada previamente, me llevó hasta el que era mi dormitorio en aquella casa.

Muy despacio, cerró el pestillo.

—Lo siento… —susurré, cuando rodeó los brazos por mi cintura—. Yo...

Puso un dedo en mis labios.

—No hay nada que explicar.

Movió el dedo sobre los labios, como si acariciara la superficie del mar.

—¿Necesitas más tiempo? —me preguntó.

Los ojos se le habían transformado de cervatillo a felino, resplandecían como el metal.

—No.

Me puse de puntillas para llegar bien a la boca ansiada. Hundí las manos dentro de su melena encrespada. Miha Il, con un movimiento suave, me quitó la camiseta gigantesca y horrorosa que usaba como pijama. Nos desnudamos para cubrirnos solo con los besos que tanto deseábamos. Sin separarse de mí, me cogió en brazos y depositó mi cuerpo menudo sobre la cama. Cuando él se quedó de pie al lado, observándome con devoción, quise taparme.

—Eres preciosa.

El miedo desapareció. Alcé los brazos para atraerlo sobre mí y él acató la petición. Enmarcó el óvalo de mi cara huesuda entre sus palmas y entró muy lentamente en mis entrañas. Sus movimientos eran suaves, acompasados. Con el roce de los dedos recorría mi piel, sigiloso, casi sin querer hacerlo, provocando que esta se erizara a su paso. Con un giro de las caderas, intentó que me colocara encima de él.

—No —protesté—. No sé —argumenté, con pudor.

Desoyó mi temor; con bastante maestría, se tumbó en la cama y me subió sobre él, a horcajadas. Sujetó mis senos pequeños y empezó a mover su pelvis, conmigo encima.

—¡*Shhh*! Déjate llevar…

Cerré los ojos y obedecí.

Nunca, durante los años de matrimonio con Marcos, ni que hablar de las relaciones esporádicas con David, había sentido lo que aquella noche. Jamás. Aquella era la comunión entre dos cuerpos y dos almas que se acoplaban como una sola.

Pese a ambos hombres, me entregué a Miha Il virgen, inmaculada… Sin ser consciente de ello, había reservado para él lo más puro de mis sentimientos; y percibí lo mismo de él.

El primer rayo de luz se paseó tímido por nuestra desnudez entrelazada. Escuché un par de golpes secos en la puerta. No estábamos dormidos.

—Cati…, Cati…

Era la voz inconfundible de David.

—¡David! —susurré— Me había olvidado por completo de él. ¿Qué hago? Tengo que abrir.

Comencé a reír con una mezcla de nerviosismo y travesura. La situación era, cuando menos, caricaturesca. Miha Il me tapó la boca.

—Saldré por la ventana.

—¡No!

—No te preocupes, se puede bajar con facilidad.

Saltó de la cama y cogió su ropa. Dejó un beso en mis labios que aprisioné con los dedos para que no se escapara, y se dispuso a salir por la ventana.

—Ten cuidado, Romeo —susurré, comprobando que no había peligro.

Me vestí. Estiré la cama revuelta. Abrí la puerta, simulé que me acababa de despertar.

—Ya me voy…

David estaba apenado, de algún modo sentí lástima por él. Hablaría claramente con él nada más que regresara a Utrera.

—Bueno… pero ha merecido la pena: he estado contigo…

Quiso besarme en los labios. Lo esquivé como pude.

—Te acompaño.

Llegamos a la puerta de entrada de la casa. Miha Il fingió que volvía justo en ese momento. Sonreí sin pretenderlo, llevaba el pelo revuelto y la ropa mal colocada. Al instante siguiente, la sonrisa en mis labios se quebró, y me temí lo peor. Pero su cara irradiaba felicidad, como la de los niños el día de su cumpleaños, creo que nuestras miradas cómplices se quedaron pendidas una de la otra.

—Buenas noches —saludó con un bostezo.

—Buenos días —rectificó, David burlón.

Alargó la mano a David.

—Encantado.

—Igualmente.

—Os dejo. Voy arriba…

Sin más, comenzó a subir las escaleras.

—¡Vaya! ¡Cómo se las gasta el *primito* de Sherezade, eh! Menuda juerga se ha debido montar ese esta noche.

No contesté, no quería seguir con aquel juego. Nos terminamos de despedir. Se fue y yo regresé al dormitorio. Miha Il me esperaba en la cama de nuevo.

—Es muy tarde… Pronto se levantarán… —intenté decirme más a mí que a él. Por suerte, mis esfuerzos fueron en balde, ya que caí de nuevo enredada entre sus brazos como un pobre insecto en una tela de araña.

—Yo no tengo nada que ocultar a nadie. ¿Y tú?

Guardé silencio unos minutos. Reflexioné. Nunca me había comprometido con David. Tampoco pensaba que tuviéramos ninguna relación. Dejarme llevar estuvo mal… eso sí. Pero era tan fácil como terminar de hablarle claro a mi regreso. Con las ideas más despejadas, concluí:

—No, yo tampoco.

Con aquellas tres simples palabras me liberé después de mucho tiempo.

Capítulo 54

Cati

El aroma a café me advirtió de que era la hora de levantarse. Miha Il yacía a mi lado.

—No te vayas… —suplicó.

Me volví a darle un beso.

—¿Te levantas?

—No puedo, estoy agotado… Tengo ya unos añitos… —afirmó, riendo.

Estaba apoyado sobre un almohadón. El pelo revuelto resaltaba sobre el blanco de las sábanas, junto a su torso moreno, que, pese a la edad, aún mantenía bastante firmeza.

—¿Por qué eres tan moreno? ¿No me dijiste que tu padre era estadounidense y tu abuela noruega?

—Sí.

—¿Entonces…?

—Tal vez sea porque mi abuelo era afroamericano…

—¡Venga, ya! —Reí—. Ni se me había pasado por la cabeza. ¡Vaya mezcla que tienes, hijo!

—Pero… Te gusta ¿no?

—Me encantas… Todo tú…

Besé el hombro que le quedaba al descubierto. Aprovechó para asaltarme por la cintura.

—A ver… —pedí, remoloneando—. Que me voy… —dije, desprendiendo

sus manos de mí—. ¡Anda, déjame…! Bastante me cuesta ya irme. —Volví a besar sus labios y a morderlos un poco—. Adiós.

Abrí la puerta despacio, el olor a café aún llegó con más fuerza. En ese momento, vi como Víctor y Álex, medio adormilados, salían de su cuarto. Se agarraron a mis piernas.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, tesoros.

—¡Miha Il! —gritaron y saltaron sobre él, reanimados de súbito. Este les correspondió jugando con las almohadas.

—Bajad conmigo, vamos —ordené con voz suave—. Me los llevo…

—No, déjalos.

—Estamos luchando, mamá —replicó Álex—. Además, hoy nos toca a nosotros levantarnos más tarde, que todos los días eres tú la más dormilona.

Lo miré perpleja ante su desfachatez; sin embargo, en vez de reñirle, me dio por reír, así que giré la cabeza para que no me viera.

—¡Lo que te faltaba, hijo…! —exclamé, intentando buscar con la mirada a Miha Il, que yacía enterrado bajo los cuerpecitos de mis dos leoncitos y varios almohadones—. Tú mismo, ahí te los dejo.

Bajé las escaleras. Al acercarme a la cocina empecé a oír la voz de Sherezade hablando con otra femenina que desconocía.

—Buenos días —se alegró al verme.

—Buenos días —respondí, desconcertada.

—Cati, ella es Samira. Es la encargada de que la casa luzca así de reluciente.

Nos saludamos con un beso en la mejilla. Samira era una mujer de unos sesenta años. Llevaba el pelo recogido hacia atrás en un moño bajo. Pese a su

edad, aún tenía el cabello bastante oscuro y solo salpicado con alguna cana perdida que otra.

—Me ha estado contando que conoce a la familia de Miha Il desde siempre… Bueno, a mi familia.

Por fin escuchaba a Sherezade dirigirse a su verdadera familia asumiendo que eran algo suyo también.

—Dice que me parezco bastante a ellos.

La observé con ternura. Algo había cambiado en su cara.

—Samira, no la entretengo más. Cati y yo vamos a tomarnos los cafés en el porche.

Desde arriba llegaban gritos lejanos de la batalla matutina entre los tres hombres de la casa.

Salimos. El olor a mar se coló por mi nariz, mezclado con el perfume a jazmín. Sherezade soltó la bandeja con las tazas humeantes en la mesa.

—Ven —le pedí, antes de que tomara asiento, con los brazos abiertos. Mi amiga sonrió y se acercó, mimosa, a mí—. Gracias —le dije mientras la achuchaba—. ¿Sabes que te quiero?

—¿A qué viene esta exaltación de la amistad? —preguntó, mientras se sentaba, con su particular mezcla *burlona-cariñosa*.

—Ayer… ¡*Uff*, Ade…! Si no hubiese sido por ti… No sé… *Uff*, David hubiera…

—Cualquiera diría que estás loca, Cati. Tenías a un hombre, mejor dicho, a un pedazo de tío, deseando… ¿Cómo decirlo finamente…? Metértela…

—¡Ade!

—Es que es verdad, el pobre echaba humo. ¡Pobre criatura! Se habrá ido con un dolor de hu…

—Vale, vale, no es necesario que seas tan explícita.

—A ver… Yo, por respeto a ti. Pero, vamos, que ya le podía haber hecho yo el favor; así, al menos, el pobre se hubiese ido *descargadito*… Ya me entiendes…

—Sí, hija, Ade… se te entiende todo.

—¡Oye!, por cierto… el que no ha aparecido aún es mi primo… Demasiado gallo para tan poco corral.

Bajé la cabeza y noté que los ojos me centelleaban al tiempo que en la cara se me dibujaba una sonrisa estúpida.

—Sí, sí ha llegado.

—La puerta de su dormitorio estaba abierta y la cama estaba hecha… —Se quedó muda unos segundos—. ¡No me lo puedo creer! —gritó.

—¡*Shhhhh*! No grites.

—Serás… —Apuntó con el dedo a la planta superior—. Y con el guardia civil ahí… arriba…

Callé, aunque no podía controlar la sonrisa nerviosa que me brotaba de los labios.

—¡Vaya, vaya con la mosquita muerta…!

—Yo no soy ninguna mosquita muerta.

—Pero… ¿Vais en serio?

Afirmé con la cabeza, mientras me retorcía las manos.

—Sí, creo que sí… Al menos, yo sí.

—¡*Ufff*!, tú estás enamorada hasta las trancas…

Se levantó.

—¡Ven aquí! —Me abrazó dando pequeños saltitos de emoción, como las quinceañeras— ¡Ay, mi niña, que se me ha enamorado!

—¡*Shhhh*!

—¿Pero no es oficial ya?

—Sí, pero…

—No es por nada, pero mi primo tiene que ser un portento en la cama… Porque, mujer, no es que sea feo, que no lo es… hija, pero el guardia… con esos musculitos, esa cara, ese cuerpo, ese culo tan bien puesto… Vamos, lo que yo te diga… un portento mi primo para que lo prefieras… Que se le notan los añitos...

—¡Ade…! —le reñí.

—Bueno, eso quiere decir que el guardia ya está disponible…

—Hija, Ade…

—¿Qué? ¿Para ti los dos?

—¡No, ni loca! Por mi parte siempre ha estado libre. Pero, vamos, que nada más llegue a Utrera pienso hablar aún más claro con él. Romperé. Aunque creo que no hay nada que romper.

Se frotó las manos.

—¡Ay, Cati, qué ilusión! Tú, mi primo… Si al final vamos a ser familia y todo.

Cambié de tema:

—Ade, siento haber sido tan dura contigo el otro día.

Tomó un sorbo de café. Y pareció pensar la respuesta.

—No te preocupes, en parte, tenías razón. Esta situación me ha descolocado bastante. Pero, tienes razón, soy ya una mujer hecha y derecha, no tengo por qué seguir culpando a todo el mundo por cómo ha ido mi vida. Ahora soy yo la que tengo las riendas de ella. Te lo aseguro.

—Me alegro.

—¿Sabes?

—Dime

—Le voy a decir a Miha Il que si le apetece llevarnos a Nador.

—¡Sí! ¡Seguro que le encantará!

—¡*Uyy*! Cómo conoces a mi primito… ¿no?

—¡Anda, anda! Déjate de tonterías.

Al cabo de un rato, Miha Il y los niños bajaron a desayunar. Sherezade le confesó su deseo de ir a Nador y él se prestó a llevarnos, muy ilusionado.

—Sí, será un placer ser vuestro guía.

Tras prepararnos para el viaje, salimos en dos coches. Los niños con Miha Il, en el suyo; Sherezade y yo en otro que su primo le había proporcionado para sus desplazamientos durante toda la semana.

—Estoy nerviosa, Cati.

—Me imagino.

—¿Cómo me recibirán, Cati? Para ellos soy una extraña.

—Seguro que bien, Ade. No te preocupes por eso.

—No soportaría el mismo recibimiento que en León.

—No lo creo.

—Piensa que mi padre mató a Khaled.

—Wenceslao, Ade, Wenceslao, tu verdadero padre es Khaled.

Cuando llegamos, el recibimiento fue el esperado. Miha Il había llamado por teléfono, para avisar de nuestra visita a la casa de su abuela. Allí nos esperaba una amalgama de familiares con efusivas muestras de cariño; sobre todo, para Sherezade, que parecía una más entre ellos. Un círculo compuesto por las mujeres mayores de la familia, abuela, tías y alguna prima, la rodearon

entre llantos y abrazos. En especial, nos emocionó la reacción de su abuela. La anciana tuvo que tomar asiento tras estar a punto de perder el equilibrio.

—¡Ay!, ¡cuánto he rezado por verte! —Sollozó en una mezcla de acentos —. Mi Khaled se murió con la pena de no haberte conocido. Y yo creía que me moriría con la misma pena también.

Sherezade y su abuela permanecieron un rato abrazadas entre lágrimas. Tuve que girar la cara para no llorar también. Miha Il me rodeó los hombros con su brazo y besó mi frente.

Me sorprendió sus muestras de afecto delante de ellos. Lo más destacable de la jornada, sin duda, fue el encuentro de mi amiga con los suyos. Pero, para mí, a nivel personal, la normalización de mi relación con Miha Il. Me presentó como su pareja. Ya no había de qué ocultarse. Cuando lo necesitaba tenía su mano o un beso o un abrazo. Hizo que me sintiera parte de aquello.

Aunque las comparaciones eran odiosas, no podía evitar trazar paralelismos entre mi matrimonio con Marcos y el incipiente amor que estaba viviendo. El padre de mis hijos nunca había estado pendiente de mis señales. No se ocupaba de mí en las reuniones con sus familiares, por más incómoda que estuviera. No me tocaba ni me abrazaba. Por lo tanto, cada muestra de afecto de Miha Il hacia mí eran nuevas, desconocidas y gratificantes.

El viaje a Nador se desarrolló entre comida, mucha comida, demasiada comida; risas; llantos, casi más llantos que comida; cariño a raudales; y un repaso amplio a la historia familiar. Y como no, ello, mientras intentaban por todos los medios que Sherezade fuera aprendiendo el árbol genealógico. Le hacían repetir nombres, ensartar parentescos. Sherezade parecía como un bebé al que le van preguntado: «¿Quién es papá?, ¿dónde está mamá…?» Y todos aplauden emocionados cuando acierta. Sin lugar a duda, mi amiga

interpretaba el papel de bebé en aquella obra. Esa situación resultaba desconocida para ella, pero no por ello menos satisfactoria. Solo había que observar la sonrisa en su cara, el candor en sus ojos… Se la veía tan feliz… ¡Cuánto me alegraba por ella!

Mis hijos jugaron divertidos con los más pequeños y algún que otro perrillo callejero.

A la vuelta, además de los estómagos llenos, llevábamos multitud de regalos con los que nos agasajaron, y demasiadas bandejas de pastelillos de miel y frutos secos.

—¡Qué feliz me siento, Cati!

—No hace falta que lo jures, se te ve en la carita.

—¡Cuánto necesitaba esto! Yo no me podía hacer una idea de cuánto he echado de menos este cariño.

—Tu abuela, pobre mujer…

—Aún se me pone la piel de gallina, Cati. Lo que me cuesta más trabajo de entender es que siempre supieron que era Wenceslao el que acabó con la vida de mi padre y no lo denunciaron…

—Eran otros tiempos, Ade... Wenceslao era militar… Te puedes hacer una idea…

—Ya, pero aun así… He podido darme cuenta de que son muy leales. Imagino que, aunque entendieron el amor entre mis padres, a su vez lo vieron como una deslealtad hacia Wenceslao. Por lo visto Wenceslao confiaba en mi padre al cien por cien.

—Eso me comentó Miha Il. Al final, tuvo que ser duro para todos, cada uno por un motivo, pero todos perdisteis.

Un hilo de dolor corrió por el semblante de Sherezade.

—Sí. Hoy he pensado mucho en Wenceslao. Se volvió loco de celos. En una de las cartas que le escribió a su amigo, Miguel Ramón, le explicaba que se arrepentía, que tenía que haber dejado que mi madre se fuera con Khaled. Pero que la quería tanto que no podía soportar estar sin ella.

—También debió de sufrir lo suyo…

—Sí. Pero ¿sabes? Por primera vez en mi vida siento que pertenezco a algo, algo más allá de mi propia familia: Pedro y mis hijos. Con cada beso y cada abrazo parecía como si me bendijeran, como si me abrieran las puertas de sus corazones.

Anhelé con fuerza que aquella felicidad la pudiera transformar en paz, en sosiego interior. Lo que más deseaba para mi amiga era que recobrara el rumbo en su vida; que hablara con Pedro de sus problemas y lo solucionaran. Me aterrorizaba aquellos meses díscolos que solo podían traerle problemas a corto o largo plazo.

Cati

Mi gozo en un pozo. Al día siguiente comprobé que mi esperanza no iba a ser cumplida, al menos, por el momento. Sherezade repitió el *modus operandi* de su llegada; cierto era que, con menos intensidad, pero continuó en su línea.

Por nuestra parte, Miha Il y yo parecíamos vivir en una maravillosa luna de miel, con Víctor y Álex, por allí jugando y saltando, pero para mí ellos eran la guinda de la tarta. Lo que nos restó hasta el final de nuestra estancia allí, fue ir a la playa, bañarnos en la piscina, descansar, reír y hacer el amor.

—No quiero que te vayas, Cati —me susurró una noche Miha Il.

—Tengo que irme.

—Podéis quedaros aquí. Los niños son felices. Yo te necesito… Quiero hablar con Sherezade, me gustaría comprarle la casa…

—Tengo mi vida allí, mi madre, la familia de mis niños…

—Pues tendremos que buscar una solución intermedia, yo no pienso sepárame de ti.

—Eso nunca.

—¿Te apetece que dentro de una semana te visite en Sevilla?

Le respondí que sí con un beso.

—Debo solucionar unos asuntos aquí, pero en una semana puedo ir para allá.

—Sí, yo también necesito una semana.

El recuerdo de la charla pendiente con David hizo que el miedo se

apoderara de la boca de mi estómago. Algo dentro de mí me advertía de que no me lo facilitaría. Pero el inicio de la relación con Miha Il me proporcionaba las fuerzas necesarias para afrontarlo. Pensé que mis miedos eran exagerados. Sin embargo, un terror oculto subyacía bajo las capas de raciocinio que me aseguraban que sería fácil cortar algo que no existía, al menos por mi parte nunca existió.

Ahora, desde la lejanía, podía ver con claridad que David se había aprovechado de mi desconcierto y debilidad. Lo que yo entendí como el apoyo de un amigo, no era más que un atajo para meterse entre mis piernas y acaparar mi vida. Esa conclusión me debería infundir las fuerzas necesarias para no volver a agachar la cabeza ni a ser manipulada.

Aunque por sus repetidas llamadas, las que continúo realizando los días que me restaron en Melilla, supuse que a él no le quedaba muy claro que no había una relación de pareja entre nosotros. Deseaba conservar su amistad; pero, aquello dejaría de ser un ancla que me atara a él. Ya era hora de aprender a decir que no, a saberme colocarme en mi sitio. Estaba cansada de manipulaciones y de vueltas de tortilla que nunca caían de mi lado.

No fui la única que lloró en el aeropuerto la mañana de nuestro regreso. Luché por sobreponerme para consolar a Víctor y a Álex. Aunque, lo peor, resultó ser el momento de tener que arrancarlos, literalmente, de las piernas de Miha Il.

—¡Queremos quedarnos aquí, mamá! —Sollozaban al unísono.

Aquello se me estaba haciendo más difícil de lo que creí en un principio. Busqué con un gesto a Miha Il, para que él intercediera, pero tampoco estaba mucho por la labor. Al final, accedió.

—Le he dicho a mamá, que dentro de una semana voy a ir a visitaros. Me tendréis que enseñar vosotros cosas, ¿no?

—¡No! Una semana es mucho tiempo y, además, no hay nada bonito para enseñarte —protestó Víctor.

Con cierta amargura me topé con la realidad de que, quizás, mis hijos asociaban la vuelta con el sufrimiento que habíamos dejado, entre un paréntesis, atrás.

—¡Sí que hay cosas bonitas, tonto! —explotó Álex —Te llevaremos a un parque con muchos patos. Mamá nos lleva muchas veces allí. Y a otro parque con muchos columpios y juegos —preguntó extrañado a Miha Il: — A ti te gustan los columpios, ¿a qué sí?

—¡Claro, me encantan! Estoy deseando que llegue la semana que viene para ir a pasearme contigo… —Revolvió el pelo de Víctor, que continuaba enfurruñado—. Con vosotros, en los columpios.

—A mí no me gustan los columpios, eso es de niños chicos, como Álex.

¡Adiós, habló el grande!, reí para mis adentros.

—En Sevilla hay un parque de atracciones, tengo entendido ¿no? —buscó la cara de gesto duro del mayor de mis hijos—. Pues, vamos a hacer una cosa, vais vosotros primero, que mamá tiene que arreglar unos asuntos allí y yo otros aquí, veis a vuestras titas y a vuestros primos… Debéis tener ganas de verlos, porque me habéis hablado mucho de ellos…

¿Habían hablado de su familia, de sus sentimientos…? Me extrañé.

—Y os prometo que os llevaré al parque de atracciones. ¡Oye! Y una cosa muy interesante… Cuando vaya a Sevilla vamos a investigar… ¿vale? ¿Recordáis los libros que os enseñé sobre cosas que construyeron otras personas hace mucho, mucho tiempo?

Los dos asintieron con la cabeza.

—Pues allí hay muchas chulas, pero que muchas cosas… Y se me ha ocurrido que podríamos ir juntos a descubrirlas. ¡Qué os parece!

—¡Sí! —gritaron los dos, Álex con mucho más entusiasmo y dando saltitos de nerviosismo.

—Solo una cosa… me tiene que decir mamá que os habéis portado bien…

Extendió su mano como para cerrar un trato por medio de un apretón.

—Ellos siempre se portan bien… —apostillé.

—Miha Il, como sigas vendiendo así ir a ver un puñado de piedras —se burló Sherezade—, me vas a convencer hasta a mí, que odio ir a visitar monumentos.

Su primo rio.

—¡*Hijaaa*, Ade! —le reñí con una sonrisa. Mi amiga era única para romper los momentos de encanto.

Quedamos en eso. Poco a poco mis hijos se fueron conformando.

Capítulo 56

Cati

En el viaje de vuelta, Víctor y Álex durmieron; por lo que Ade y yo pudimos charlar un poco.

—Miha Il me ha dicho que quiere comprar la casa…

Aguardé en silencio unos instantes con la respiración contenida. Conociendo a Sherezade, estaba segura de que no le habría puesto ningún impedimento. Y él sería tan feliz… Quedarse con la casa era su sueño.

—Le he contestado que no —y como si nada, añadió— Tengo otros planes para esa casa.

El mazazo fue tremendo. No me lo esperaba. No quise preguntarle los motivos que la había llevado a tomar aquella decisión. Yo no era quien para pedirle explicaciones. Tuve que hacer malabares por contener las ganas de llorar. ¿Cómo pudo Miha Il esconder el dolor durante nuestra visita? Desconocía cuándo habían mantenido dicha conversación. Fuese cuando fuese, él no había pronunciado ni una sola palabra al respecto.

—He esperado hasta el último momento para tratar todos los temas más burocráticos con él. Ha sido muy amable, y no quería… ya sabes…

Pobre, pensé.

—Eso sí, le he dado permiso para que la siga usando.

Suspiré.

—¡Cambiando de tema! —exclamó, con alegría. Yo no podía cambiar tan rápidamente de pensamiento, lamenté—. ¡He tomado varias decisiones!

—¿Si…? —pregunté distraída en mis propias tribulaciones.

Cuando ella comenzó a hablar, yo aún continuaba absorta en mi embrollo emocional. Acaricié el pelo de Víctor, que dormitaba sobre mi regazo. Álex también dormía sobre el de ella. Sherezade adoraba a mis dos hijos, lo sabía, no me cabía duda; pero entre el pequeño y ella fluía una química especial. Son iguales de cabezas locas, pensé.

—Esta tarde voy a hablar con Pedro.

—¿De qué?

—Pues le voy a contar todo… Ya sabes…

¡Pobre Pedro! Sentí con auténtico pesar. Aquello lo mataría. Pedro la adoraba. Recé para que le causara el menor daño posible. Lo que Sherezade desconocía, era que, si su marido la abandonaba después de la susodicha conversación, ella también se hundiría.

—¿Todo, Ade?

—Mujer… no se lo voy a describir con pelos y señales…

—Menos mal.

—Cati, *hijaaa*, hasta ahí llego —protestó, algo indignada—. He decidido hacerte caso y tomar mi vida por los cuernos.

Nunca mejor dicho, pensé con cierta sorna.

—Voy a arreglar el piso de mis padres, el de Los Remedios, y voy a poner allí mi negocio.

Me alivió saber que no quería la casa de Melilla para sus fines lucrativos. Hubiese sido mancillarla.

—Te vas a prostituir… —Me tapé la boca.

—No exactamente… Voy a elegir a tíos a los que tirarme. A algunos les cobraré y a otros no… Según me dé. No voy a rechazar a un tipo que me guste

porque no tenga para pagarme, *hijaaa*

—¡Ah! Y eso no es prostituirse, ¿no?

—Yo no lo veo así… Y tampoco voy a etiquetarlo —apostilló, molesta.

En eso tenía razón, siempre tendemos a juzgarlo y a etiquetarlo todo. Quise creer que quizás cabría la posibilidad de que Pedro aceptara aquello como un trabajo para su mujer, sin que tuviera por qué interferir en su relación como pareja.

En algún lugar de ese corazón revuelto por la pasión desaforada, Sherezade quería a su marido. Al menos yo estaba segura de ello. Pondría la mano en el fuego. Y Pedro… A él le inundaba la pasión por ella: eso era aún más evidente a los ojos de los demás. Sherezade tenía un don especial para encandilar a las personas. Algunas veces parecía demasiado arrogante, distante e, incluso, temperamental, pero muy dulce y zalamera. Además, le envolvía ese aire elegante, sublime, de señora. Poseía una belleza como las de antes… En Sherezade convergían la voluptuosidad y la feminidad de las mujeres de los años cincuenta.

—He hecho mis deberes en Melilla. Ya lo tengo casi todo atado. Me he puesto en contacto con los decoradores, con los albañiles, los diseñadores para mis tarjetas… He comprado algo de lencería aquí, otra mucha la he encargado por internet... Unos asesores me van a llevar lo concerniente al papeleo… —Se rascó la cabeza—. Primero pensé en el bufete de Pedro… Pero no me pareció lo más correcto. —Acariciaba a Álex con nerviosismo, temí que lo despertara—. ¡Ay, qué ilusión! Ahora solo me queda buscar un recepcionista. Me gustaría que tú ocuparas ese puesto. Pero mucho del trabajo será de noche y no me parece adecuado… Ya sabes…, por los niños… Pero, vamos, que si te interesa… tú eres la primera de mi lista…

—Me lo pensaré. ¿Cuándo tienes previsto abrir? —Dudé si abrir era la palabra más oportuna.

—En un par de semanas como mucho. Ya deben haber empezado con la obra. No hay mucho que hacer, tirar algún murillo y poco más. Ya sabes que lo reformé no hace mucho, cuando quise alquilarlo.

—¿No supervisarás las obras?

—Lo he dejado en manos de gente de confianza. Me han ido enviando fotos…

—Pues sí que has adelantado…

Por eso estaba tan desaparecida en Melilla. Desde luego, había aprovechado el tiempo.

—¿Sabes quién será el primero al que invitaré?

—A ver… déjame que piense… —hice como si dudara— *Uhmmm*… ¿A Inocencio de los Ríos…?

—¡Qué tonta eres!

—*Hijaaa*, es que lo tuyo con ese hombre ya empieza a ser obsesivo.

—Quiero que sea el primero… ¿Tú crees que vendrá?

—No tengo la menor idea, Ade.

¿Quién podía asegurar algo así? Yo, desde luego, no. Había visto una vez en mi vida a ese hombre. Salvo por la información con la que me bombardeaba Sherezade, no sabía absolutamente nada de él.

—¡*Ayyy*, es lo que más deseo en este mundo! He decidido llamarle para ir a su casa a mirar cuadros.

Se ahuecó los rizos.

—¡Ah! Sabes quién vendrá seguro, ¿no?

—No sé a cuál de tus muchos amantes te refieres… la verdad.

—Pues a *Barbitas*… A ese lo tengo comiendo de la palma de mi mano.

—¡Ah!

Me había olvidado de él. Eran tantos ya…

—¡Estoy tan ilusionada, Cati! —Sacó el abanico— ¡*Uff*, otro sofoco!

—¿Has pedido cita para el ginecólogo?

—No, ya lo haré. Mañana mismo he quedado con los decoradores. Tengo hasta el último detalle en la cabeza. Sé perfectamente lo que quiero.

—¿Y tus hijos, Ade?

Aquella pregunta apagó el fulgor de su mirada.

—No tienen por qué enterarse de nada.

—¿Y no temes que Pedro se lo cuente?

—No, Pedro es muy discreto.

—Pero… no sé… si se enfada, si se enfurece… igual…

—Si de una cosa estoy segura en esta vida, Cati, es de la lealtad de Pedro. Además, él quiere a sus hijos; si me apuras, más que a mí. Nunca haría nada que pudiera dañarles y, mucho menos aún, que interfiriera en sus estudios.

—No temes que se corra la voz, que se entere la gente.

—No. Te aseguro que los hombres que van a esos lugares no sueles contarlo después. —Realizó una pausa. Se secó el sudor de la frente con el torso de la mano—. Por la cuenta que les trae…

—¿Y la familia de Pedro? ¿Y tus cuñadas? Ya sabes cómo le encanta a tu cuñada Consuelito llevar y traer chismorreos de la gente del pueblo.

—No me importan lo más mínimo. Además, mi cuñada Consuelito, en vez de tanto criticar a todo ser viviente, debería vigilar más lo que hace su maridito. Que no se meta tanto en la vida de los demás que con la suya le sobra. Por ese lado también estoy tranquila Pedro la quiere mucho, pero sabe

muy bien cómo se las gasta la hermanita. Y te aseguro que no soltará prenda. Pedro preferiría morirse antes de ver mancillada la honra familiar delante del pueblo —explicó con retintín.

—Pobre…

—¡Cati, no le digas pobre! —Se alteró—. Me he llevado años interpretando un papel, asumiendo un rol que no era mío, para que él quedara bien delante de su entorno. Me transformé, me perdí… —Agitó con más fuerza el abanico, pero la frente no paraba de sudarle—. No sé quién es la verdadera víctima de nuestra relación. Pero, claro, él con la carita de bueno, los modales exquisitos… Se gana la compasión de los demás. Yo quiero a Pedro, lo he querido mucho y le he dado hasta la última gota de mí; tanto que Ade quedó anulada, perdida, sin identidad. ¡Ya está bien! Ahora voy a pensar en mí y solo en mí, a quien no le guste… ya sabe dónde está la puerta. Le he dado mis mejores años, mi energía, mis ilusiones…

Sus ojos pardos, comenzaron a llenarse de venitas rojas, y a cubrirse por una capa acuosa. Extrajo un pañuelo del bolso.

—¡Ya está bien! ¡Ya está bien! ¡Estoy harta! —dijo con voz nasal. Se sonó la nariz—. Siempre han estado ellos por delante de mí. Mira mis hijos, pasan las semanas y no dan ni señales de vida; después de dejarme la piel por ellos. Y Pedro, trabajo y Rota, Rota y trabajo. Eso sí, Sherezade ponte mona que tenemos una cena; Sherezade arréglate el pelo; Sherezade sé atenta y distinguida en las reuniones; Sherezade no hables demasiado; Sherezade sonríe; Sherezade, mis trajes; Sherezade, mi comida; Sherezade, este mueble tiene polvo; Sherezade, Sherezade, Sherezade… ¡Qué sí, que me quiere! Nunca lo he dudado, pero ha sido muy egoísta. Así que no me vuelvas a venir con lo de «*Pobrecito Pedro*». ¡Coño!

Le agarré la mano temblorosa, la soltó para sonarse de nuevo la nariz.

—Lo siento, Ade, no sabía…

—Pues ya lo sabes. —Sollozó—. Y encima, el otro, mi única familia, coge y se va al monte, a León; y Sherezade que se pudra. ¡Joder! ¿Tú sabes lo que es no tener madre y que tu padre no te dé un beso, ni un abrazo ni una palabra de ánimo ni de cariño? ¡Joder!

Negué con la cabeza, compungida.

—Muy triste, Cati, muy triste… Y sí, tienes razón, no me puedo lamentar más por el pasado, ni culpar a nadie… Por eso mismo… Solo voy a mirar por mí, los demás… lo dicho, quien me quiera estará a mi lado… quien no… pues adiós muy buenas. En los últimos meses me estoy divirtiendo. ¡No me he divertido en mi puñetera vida! Siempre pendiente de los demás. ¡Coño ya! Ahora me toca a mí.

Desde luego yo sí estaría a su lado.

—No quiero que te hagan daño, Ade… Eso es todo.

Como pudimos, nos abrazamos.

—Yo siempre estaré a tu lado, Ade… Lo sabes, ¿no?

—Sí, pero eres como las mariposas, te están creciendo alas y seguro que volarás.

—Eso no quita para que sigamos siendo amigas…

—Y casi familia. —Guiñó un ojo, con una sonrisa mezclada con lágrimas.

—¡*Ayy*! —suspiré— Miha Il es… ¡*Uff*!, no sé… Aunque suene a *topicazo*, es un regalo del cielo…

—Tú sí que eres un cielo, no te equivoques: él es el afortunado. Va siendo hora de que te valores más, guapita.

¡Cuánto la quería!

—¡*Ahh*, por cierto! No debes preocuparte por mis problemas de salud, Cati. No me va a entrar una venérea ni nada de eso: tomo mis precauciones. Ya sabes que para algunas cosillas soy muy cuidadosa.

Capítulo 57

Pedro

Como cada día laborable, Pedro se levantó a las seis treinta de la mañana, ni un minuto más ni un minuto menos. Siguiendo su habitual rutina, entró en el baño. Se duchó y afeitó a conciencia, le gustaba apurarse bien la barba, menos el bigote. Lo llevaba desde que era joven, desde que tuvo vello suficiente. Pero ese día decidió afeitárselo. Lo había meditado durante meses, había llegado la hora de cambiar.

Como el resto de los aspectos de su vida, lo había pensado desde una mente objetiva y pragmática. Había analizado las rutinas, los anhelos y había visto cuales podía cambiar y cuales podían quedarse igual. Y empezaría por el bigote.

Cuando se lo rasuró, la imagen que de él le devolvió el espejo, fue la de un hombre desconocido, la de un hombre diferente, le costaba reconocerse.

Pero sí, misión cumplida: parecía más joven. Fuera del horario de oficina, cambiaría la forma anticuada de vestir. Su apariencia era como la de un señor mayor, sin embargo, alguna vez que otra, cuando se cruzaba con otros hombres de su quinta, cercanos a la cincuentena, los veía juveniles.

Había decidido trabajar un poco menos; acudir al gimnasio; desempolvar las bicis y salir a correr. Se había marcado un objetivo: recuperar, en lo posible, el cuerpo atlético que tuvo una vez, mucho, muchos años atrás. Para ello, había pormenorizado un plan de ataque contra los kilos de más y la flacidez.

Casi lo más inconcebible en él radicaba en que estaba dispuesto a tirar o regalar hasta el último de los discos de su adorado *Barry White*, los CD y los vinilos. Sin él no se hubiera inspirado durante tantos años de matrimonio. Sin embargo, por su parte, Sherezade también estaba cambiando. La veía más rejuvenecida, más radiante. Y en la cama, en el sexo, había descubierto a una verdadera leona que lo satisfacía completamente. Quería estar a la altura de ella, a la altura de sus expectativas. ¡Cuánto la amaba!

Al salir del baño, ataviado con la tolla que le cubría desde la cintura hacia abajo. La deseó. Dormida como estaba, no quiso despertarla. Sabía lo dormilona que era. Aunque, el nuevo Pedro, sí, sí que podía hacerlo. Sería más impetuoso. Era el momento de vivir la vida, el punto de no retorno.

Vino ayer del viaje a Melilla, estuvo todo el día arreglando asuntos, estará cansada; se excusó ante la fogosidad súbita de su cuerpo y ante el sexo que palpitaba debajo de la toalla. Pero a partir de ahora no frenaría sus impulsos, un nuevo Pedro latía dentro de él, y quería, necesitaba, darle protagonismo.

Se vistió. Fue a la cocina y se preparó un café. Cuánto silencio desde que sus hijos se había marchado. No lograba acostumbrarse a ese silencio plomizo.

Le gustaba el piso, tan limpio y recogido, tan bien perfumado. Aunque tenían a una chica que les ayudaba en las tareas del hogar, Sherezade era una ama de casa magnífica. Siempre lo había sido, incluso cuando los niños eran pequeños. Desconocía cómo lo conseguía. Y ello sin descuidar su aspecto: impecable, bella y correcta. Su mujer era admirable y perfecta. Le daba seguridad, la seguridad de saber que cada cosa estaría justo en el lugar adecuado.

Nunca desayunaba en casa, solo se tomaba un café. En el recibidor, antes

de salir, frente al espejo, se ajustó la corbata. En un primer momento no supo quién era aquel hombre barbilampiño frente a él, le llevaría unos días acostumbrarse a su imagen.

Cogió el maletín de piel marrón. Sherezade se lo había regalado en el último aniversario. Sobre ese brazo, colocó con cuidado la chaqueta del traje. Abrió la puerta, salió y la cerró con dos vueltas de llave tras él. Dentro quedaba su tesoro más preciado. Desde que una vez le mostraron lo fácil que resultaba abrir las cerraduras con una tarjeta o una radiografía, insistía para que Sherezade siempre echara bien el cerrojo. Había que ser precavidos y, además, ella era una mujer que no se sabía defender en la vida. No podía ni imaginarse a su esposa adorada siendo sorprendida o asaltada en la tranquilidad de su piso. Tal como llegó, apartó esa imagen de su cabeza.

Guardaba el coche en una cochera detrás de su bloque. Jamás dejaba el coche fuera en la calle, ni siquiera para realizar un estacionamiento de corta duración. ¡Qué insensatez! Por mucho que lo había intentado, no lograba que a Sherezade le entrara aquello en la cabeza. «Estoy pagando un garaje para nada, Sherezade —le reprendía en ocasiones, pero con tanta calma y serenidad que más bien pareciera que la estaba halagando». «¡Lo siento, Pedro! Suelo ir con prisas y siempre se me olvida»

Alzó la muñeca; miró el *Rolex* de oro, otro regalo de su esposa amada. Las siete en punto. Era justo el momento para pulsar el mando a distancia; abrir la puerta de la cochera y ponerse en marcha. Después de años de ensayos y experimentos varios, había llegado a la conclusión de que las siete en punto de la mañana era el momento exacto para salir.

Tardó una hora en llegar y estacionar en el subterráneo del edificio donde se alojaba el bufete, en pleno centro de la capital andaluza. En esta ocasión

subió por las escaleras. A partir de ya, quedaban desterrados los ascensores. Cuando entró en el recibidor, saludó a la recepcionista, a sus colegas y se encaminó hacia su despacho. En la mente llevaba la mitad del trabajo resuelto; llamó a su secretaria para concretar con ella todos los asuntos pendientes.

—¿A qué viene tanta prisa, Pedro? —preguntó con su habitual simpatía Marisa Villalonga.

—Me voy a tomar un año sabático, Marisa.

La joven no se esperaba esta repentina decisión de su jefe. No conocía los síntomas de un infarto, pero sí el sonido interior de un corazón al hacerse añicos. ¿Cómo viviría un año sin contemplar cada mañana la sonrisa tímida de su jefe? ¿Cómo continuaría sin ver como se pasaba el lápiz por la nuca cuando algún problema le preocupaba? ¿Cómo serían sus días sin observarlo juguetear con las patillas de las gafas mientras meditaba sobre un caso problemático?

El bolígrafo se le cayó de las manos y agradeció haber dejado, solo un minuto atrás, el *IPad* sobre la mesa de Pedro.

—¿Se encuentra bien, Marisa?

—Sí. —Rio ella, torpe—. Disculpe. Desconocía sus intenciones de… marcharse…

—Solo por un año, mujer.

—Ya… Eso significa que tendremos que agilizar el trabajo.

—No se inquiete, Marisa, he delegado la mayor parte en mis colegas. Y en lo referente a su puesto, no tiene de qué preocuparse: continuará con las mismas funciones, solo que con ellos. No quise contárselo antes para no angustiarla.

¿Cómo explicarle que el empleo era lo que menos le importaba en aquel momento? Ajeno a los sentimientos ocultos de Marisa Villalonga, Pedro continuó con el estudiado plan. Esa mañana no salió a desayunar, quería terminar cuanto tenía pendiente. A la una de la tarde, se quitó la chaqueta, deshizo el nudo de la corbata y la extrajo del cuello de la camisa con mucho cuidado; se desabrochó los dos primeros botones de esta y se la remangó.

Descolgó el teléfono y marchó el número del móvil de Sherezade.

—Hola, ¿has descansado? Me alegro… Bien, todo bien… Esta noche me gustaría que fuéramos a cenar fuera… Había pensado… Ah, vale… pero no quería que tuvieras que meterte en la cocina tú… Ah, vale… Es que… tengo algo que contarte… ¿Tú también…? ¡Qué casualidad! Nos hemos sincronizado… Te quiero… Hasta esta noche.

Se echó la chaqueta en el brazo y, encima, la corbata. Cogió el maletín de piel marrón en el que había guardado las fotos de sus hijos y de Sherezade, que siempre habían decorado la mesa del despacho minimalista. Dudó si echar un último vistazo. Decidió que sería buena idea, aquello le daría fuerzas.

Cuando salió, Marisa Villalonga estaba sentada ante su mesa, esta se incorporó al verlo. Jamás, ni en las tardes de duras negociaciones, ni en las noches que se quedaba sepultada bajo una pila de documentos, la había visto tan informal como en aquel momento. Estaba diferente, no sabía qué había cambiado en ella, pero sí, sí, tenía ante sus ojos a una mujer distinta. La secretaria se sorprendió gratamente al percibir que él la miraba con otros ojos. Y una lanza aún más lastimera le atravesó el pecho.

—Bueno… —titubeó Pedro —. Muchas gracias por todo, Marisa. Si necesita algo, ya sabe, no dude en llamarme.

Extendió la mano, y ella, guiada por un impulso irrefrenable, se lanzó

torpemente sobre él y le dio un impreciso beso en la mejilla, tan torpe, que sus labios se rozaron. Pedro, turbado, se sonrojó. Marisa regresó trémula a su escondite, detrás de la mesa.

La secretaria vio como el hombre al que tanto había amado en los últimos siete años, desde que ella terminó la facultad y la contrató como secretaria, se alejaba. Su silueta desapareció y con ella las pocas esperanzas que guardaba. Cubrió la cara, inundada por lágrimas furtivas, con unas manos vacías, de piel blanca y uñas de rojo intenso. Lloró sola, en silencio, con el pecho desahogando el pesar. Lamentó no haber tenido el valor de confesarle el profundo amor que sentía por él. Siempre la retuvo la pasión con la que Pedro hablaba de su esposa, Sherezade. Por su lado, Marisa notaba que empequeñecía ante la sola presencia de ella y, mientras más amable intentaba ser la mujer del jefe con ella, más se reducía su mísera existencia. Sherezade era arrolladora, ella jamás la alcanzaría.

Pedro Campanario Alcoba abrió el maletero del coche y, sin mucho cuidado, arrojó dentro la chaqueta y la corbata. Por el contrario, con el maletín de piel marrón que portaba las fotos de sus tres amores, fue más delicado. Se echó mano al bolsillo trasero, sacó de él la cartera de piel que Sherezade le había regalado por uno de sus cumpleaños. La abrió, sí, allí estaban sus tarjetas de crédito.

—¡Hombre, don Pedro! —exclamó Manolo, el dueño del bar en el que Pedro desayunaba cada uno de los días laborables, a las once en punto de la mañana—. Creí que te habías muerto. —Rio con sorna.

—Pues ya ves que no, querido amigo.

Pedro y Manolo se saludaron con un apretón de manos, mientras que con las libres se daban unos toquecitos bastante familiares en la espalda.

— Ponme una cervecita y lo que tengas por ahí.

—¿Quieres un *aliñito*?

—Sí. ¿Tienes esas *papas aliñás* que no hay un dios que se las coma?

—Pues sí, vas a tener suerte. ¿Media ración o una tapa?

—Media: de algo hay que morir.

—Acabamos de hacer un lomo con tomate que quita el *sentío*.

—Ponlo también.

—¿Media?

—No, una tapa. No quiero llenarme demasiado.

—Qué… bastante trabajo, ¿no?

—No, Manolo: me voy de compras.

—A llevar a la *parienta*…

—Cómo te escuche Sherezade llamarla así… —le reprochó con una sonrisa— No, me voy yo solo.

El camarero le sirvió una cerveza, se puso otra para él y acompañó a su amigo.

—¡Madre del amor hermoso! ¡No me lo puedo creer! ¿Se acaba el mundo? ¿Vienen los extraterrestres...?

Tras reírse de las ocurrencias de su interlocutor, Pedro prosiguió:

—No, que yo sepa. Que hay que renovarse, Manolo, que somos muy jóvenes. Mírate tú, vas echando tripilla ya.

El hombre se acarició la barriga por encima del delantal blanco que llevaba atado a la cintura.

—¿Esto? Esto es la curvita de la felicidad… ¡*Uyy*!, pero lo tuyo me huele muy mal… Tú estás hecho un golfo… Que me huele esto a líos de faldas… Ya, ya… Me parece que por fin has catado a esa secretaria tuya que te mira

con ojitos de ternerita…

En un primer momento Pedro se echó para atrás y lo miró espantado.

—¡Qué bruto eres, Manolo! No, es que uno cambia y ya está.

El camarero lo dejó en tablas, y su amigo ni siquiera le dio importancia a la bomba que acababa de salir de la boca de este. ¡Qué locura! Marisa llevaba unos años felizmente casada, Sherezade y él asistieron a la boda.

Tras la comida, los dos hombres se despidieron con un abrazo.

—Te pasarás algún día a verme por lo menos, ¿no?

—Me temo que no va a ser posible, amigo —aseguró, al tiempo que se levantaba—, voy a estar muy lejos de aquí.

—Bueno, pues lo dicho, disfruta de la vida y ¡Viva *er Beti*!

A Pedro no le gustaba mucho ir de compras, ni andar de tienda en tienda; así que decidió ir a El Corte Inglés de Plaza del Duque. Seguro que allí le proporcionarían cuanto necesitaba. Había oído hablar de la figura del *personal shopper*. No tenía muy claro en qué consistía, pero había escuchado que ayudaban a comprar.

Nada más entrar, al mismo guarda de seguridad le preguntó dónde informarse sobre los servicios de un *personal shopper*. Este le indicó con quién debería hablar, y antes de lo que esperaba, tenía ante él a un caballero muy bien vestido al que explicó detalladamente qué quería.

—Quiero un cambio completo. Desde la cabeza a los pies. Aún no tengo cincuenta años, me visto y me comporto como un viejo y quiero tener un aspecto atractivo y juvenil. Lo primero que he hecho esta mañana ha sido afeitarme el bigote…

—Buen comienzo —respondió el joven—. Ha dicho de la cabeza a los pies, ¿verdad?

—Sí, sé que tengo poco pelo, pero algo se podrá hacer.

—Por supuesto.

Primero lo llevó a la peluquería en la que terminaron de rapar su cabeza. Pasó por la sección de perfumería. Compró todas las cremas que le recomendó su *personal shopper*. Le divertía el sonido de aquellas dos palabras, le recordaban cuando su madre les preparaba los bocadillos y les gritaba desde la cocina: «Aquí tenéis los bocadillos de *chóped*». ¡Qué tontería se me acaba de ocurrir!, pensó, pero no pudo borrar la sonrisa de su cara.

Entre ambos eligieron un perfume : *Eau de Parfum Daim Blond* de *Serge Lutens*.

—Te aseguro que con este perfume caerán las mujeres a tus pies, Pedro.

—Solo quiero que caiga una: mi mujer —afirmó mientras se deleitaba en el aroma seductor de aquella fragancia carísima.

Ahora tocaba lo más difícil para Pedro: la ropa y los zapatos. Solía vestir de forma muy clásica y siempre era Sherezade la encargada de comprarle la ropa informal, que normalmente estaba compuesta por pantalones de pinzas, polos o camisas. Aquel era un mundo salvaje e inexplorado por él; se alegró de que su *personal shopper* hubiese captado con tanta facilidad lo que no supo explicar.

—Eres una monada, Pedro, tienes un porte impresionante, lo único es que estabas un poco anticuado. Ya verás, cuando termine contigo parecerás un actor de Hollywood.

Cesar, que así se llamaba el *personal shopper*, anduvo de un lado para otro en la sección de ropa de caballero, como una madre de ocho hijos en rebajas. Cuando el asistente reunió suficientes vaqueros, camisas y zapatos; y, también ropa interior más juvenil y calcetines; indicó a Pedro que entrara en los

probadores. El cliente, a lo *Pretty Woman*, iba mostrando los conjuntos uno tras otro a Cesar, bajo la mirada de aprobación y exaltación de este. Una vez hubieron terminado, Pedro solicitó a su acompañante que eligiera algo moderno y desenfadado con lo que vestirse antes de salir de los grandes almacenes. Tenía la intención de enterrar allí mismo la imagen formal y seria con la que había llegado.

—¿Qué hago con tu ropa vieja, Pedro?

—Lo que quieras: no pienso llevármela de vuelta.

Pedro observó con rictus serio al dependiente.

—Ahora viene lo más difícil para mí: quiero regalarle a mi mujer un viaje para dar la vuelta al mundo. En hoteles de lujo y que no quede rincón en la faz de la Tierra por visitar.

—Entendido: déjalo en mis manos. Alguna vez me gustaría conocer a la merecedora de tanta dedicación… Tiene que ser una mujer excepcional.

—Lo es, Cesar, lo es… no sabes cuánto.

—Pues lo dicho, vayamos a por el viaje de sus sueños.

En la agencia de viajes escucharon con detenimiento a Pedro y a Cesar; tras ello, programaron el periplo de seis meses de duración al que no le faltaba detalle ni continente por conocer.

—¿Para cuándo?

—Lo más pronto posible.

—¿En dos semanas es muy precipitado?

—No, perfecto.

Aunque la oficina estaba muy cerca de la Plaza del Duque, Pedro decidió ir a por su coche, puesto que le resultaría imposible cargar por la calle con tantas bolsas. Mientras unos jóvenes se encargaban de llevar las compras al

maletero, Pedro se despidió con un abrazo de Cesar.

—Me has ayudado muchísimo…

—¡Muchas gracias, Pedro! ¡Misión cumplida!

Desde luego, no había nada más gratificante, que valorar el trabajo de una persona que vive su profesión.

Esa tarde, de vuelta a casa, fue más atrevido de lo que había sido nunca, buscó en la radio del coche una emisora de rock y, tras subir el volumen, se dedicó a cantar a viva voz, los temas conocidos y desconocidos que fueron sonando. Se sentía pletórico, lleno de ilusión y así lo expresó a grito pelado, cuando en la cadena pusieron el *Don´t Stop Me Now* de *Queen*.

Capítulo 58

Cati

David insistió hasta la saciedad para que nos viéramos la misma tarde de mi regreso de Melilla; tuve que arreglármelas para poner mil excusas distintas. A regañadientes accedió a encontrarnos al día siguiente. Pasado el primer escollo, venía otro aún más importante. Bajo ningún concepto, quería que nos viéramos en mi piso o en el suyo; sabía de sobra lo que buscaba y yo no se lo facilitaría. Siguiente paso, quedar de día y en un lugar concurrido para evitar alguna escena. Decidí que el mejor lugar de Utrera para quedar a desayunar era, sin duda, la Plaza del Altozano. Evidentemente no le gustó la idea, pero yo no transigí. Con cada victoria frente a él, me iba engrandeciendo; aún quedaba por comprobar si él se había empequeñecido o no.

Por la tarde, después de regresar del geriátrico, Pura vino a visitarnos. Víctor y Álex saltaron de alegría sobre ella y, en modo ametralladora, le narraron a su tía con pelos y señales lo acontecido durante las vacaciones.

—¿Quién es el famoso Miha Il, un amiguito vuestro?

—¡Sí! —afirmaron los dos.

Ladeé la cabeza con mirada inquisitiva:

—Bueno… amiguito… amiguito… —rectifiqué— Te hablé de él por teléfono, Pura, se trata de nuestro anfitrión, el primo de Ade.

Antes de que ellos soltaran la bomba, decidí lanzarla yo:

—He comenzado una relación con él, Pura.

—Pero, Cati, no tienes que darme explicaciones…

—Ya, ya lo sé… pero quiero hacerlo.

Mi cuñada debía estar pasando una de sus crisis de dolores. Aunque estaba igual de arreglada que siempre, su rostro parecía cansado y envejecido.

—Ah… yo creía que David… tú…

Negué con la cabeza.

—No… Desde luego que, por mi parte, no. —Me encogí de hombros.

—Pero él…

—Ya, él… Tú lo has dicho: fue David quien forzó algo inexistente.

Empujadas por el ímpetu de los niños, enseguida cambiamos de tema. Le enseñaron regalos y continuaron relatando sus peripecias sin quitase de la boca el nombre de Miha Il.

—¿Se te apetece un café, Pura?

—Sí, descafeinado, por favor, hija; que, si no, después no puedo dormir.

Fui a la cocina y preparé dos, uno para ella y otro para mí. Mi cuñada se acercó despacio hasta la puerta y se sentó a la mesa. Puse los cafés y la acompañé. Me extrañó que no se quedara en el salón con sus sobrinos, ella siempre lo hacía. Su rictus se volvió serio.

—¿Sucede algo, Pura?

Comenzó a llorar. Eché un vistazo por encima de su cabeza, aliviada comprobé que mis hijos habían puesto la televisión. Es curioso, pensé, en Melilla no recordaba haberlos visto en ningún momento frente a ella, ni siquiera nombrarla. Cogí la mano de Pura.

—No te lo quise decir para no trastocar tus vacaciones y le advertí a David que no te dijera nada; aunque él insistió demasiado en que debías saberlo… Que deberías regresar…

—¿Qué ha pasado, Pura? —me sobresalté, no quería que se andar por las ramas.

—Han detenido a esa mujer…

—¿Qué mujer? —De repente una luz se encendió en mi mente, trayéndome la respuesta de súbito—¿A Rosa? —pregunté, espantada.

—Sí, a ella y a su novio el de los músculos.

Me llevé las dos manos a la boca, como tapando un grito que no llegó a salir. La piel de los brazos se me erizó por completo.

—¡No me lo puedo creer, Pura!

—Pues yo sí, Cati, yo sí. No era normal que estuviera el cuerpo aún caliente de mi Marcos en el tanatorio y ella con el sinvergüenza ese en la playa. Ni entra en cabeza humana que a la semana lo metiera en su casa.

—No salgo de mi asombro…

—Gracias a mi Jose Mari, Cati; no ha parado la criaturita. Resulta que el prestamista, el cabecilla, es el novio de ella, el de los músculos, al que metió en la cama de mi Marcos nada más… nada más morir él. Los otros dos, los que se llevaron a mis niños, solo eran unos mandados. Él no, pero ella es del pueblo y, vamos… Esa tipa se sabía muy bien las posiciones de las familias de aquí… Esa siempre supo mucho, mucho… Ahora… ¡Que más hemos sabido nosotros! —afirmó, irguiendo el cuello con ese aire soberbio que caracterizaba a la familia Ontanilla Guirado—. Pero quien ha perdido es quien ha perdido: mi Marcos… Tan joven, tan guapo… Y mis niños, pobrecitos mis niños… sin poder volver a ver a su padre… —Lloró de nuevo escondiendo la cara entre las manos.

Observé su manicura, su peinado de peluquería… En otro momento me hubiese irritado, ahora no: la compadecía. Así que me levanté y la abracé.

—¡Ay, Cati! Si no hubiese sido una cabeza loca, aún estaría contigo, con sus hijos… ¡Cómo no lo vimos antes! ¡Cómo no vimos antes lo que querías a Marcos! ¡Qué mal lo hicimos! ¡Qué mal!

Apreté los labios para no llorar. Siempre lo había intuido, con aquellas palabras tuve la certeza de que desde el primer momento de nuestra relación la familia de Marcos, con Pura a la cabeza, había malmetido entre nosotros dos. Ya no era hora de mirar atrás: no se podía resolver nada del pasado. Ni yo era tan mala antes, ni tan buena ahora.

—Ya, Pura. No te martirices más.

—Pero… ¡Ay, Cati!

—No sirve de nada, Pura, por mucho que miremos atrás, no podemos cambiar nada. A mí solo me queda de vosotros que os habéis portado como mi familia en estos últimos tiempos y, además, adoráis a mis hijos, a los hijos de Marcos… Solo eso, no quiero echar la vista atrás, solo nos traerá dolor.

Pero mis palabras no trajeron paz a mi cuñada, que aún lloró con más fuerza. Así que únicamente me restó quedarme a su lado y abrazarla.

Cuando se calmó un poco, me preguntó si podía llevarse a Víctor y a Álex al campo, yo les trasladé la pregunta a ellos, que respondieron entusiasmados.

Así pues, a la mañana siguiente, a las once en punto llegué a la Plaza del Altozano, infundiéndome fuerzas y con la cabeza bien erguida. Como imaginé, David ya me esperaba. Al verme se levantó con una emoción desmesurada. Intentó atraparme entre sus brazos y besarme. Yo por mi parte, estaba decidida, ya no volvería a permitir que se tomara ciertas libertades. Ahora, mis labios, mis pechos, mi piel y mi cuerpo eran un santuario consagrado solo a Miha Il en exclusiva. No permitiría que nadie lo mancillara

de nuevo. Esquivé su beso como pude, me zafé de sus garras y tomé asiento.

Era evidente que había notado mis límites, la distancia que había interpuesto entre él y yo. No dijo nada y eso me asustó.

Con un gesto de la mano llamó al camarero.

—¿Qué vas a tomar? —me preguntó antes de que este llegara.

—Una menta poleo.

—¡Cuánto te he echado de menos! —me informó con ojos de deseo. Adiviné que iba a cogerme la mano, así que la aparté de su vista— Estoy pensando que no tenemos que esperar a la boda para irnos a vivir juntos. En mi piso hay sitio de sobra para los dos… —carraspeó—. Los cuatro…

Fruncí el ceño. Me hubiese gustado tener más tacto, pero notaba que se aceleraba de nuevo y tuve que pararlo en seco.

—No voy a casarme contigo, David.

Saqué la cajita con el anillo de compromiso y se lo devolví. Él la dejó encima de la mesa, sin tocarla siquiera, como si fuera hierro candente.

—¡A qué viene esto ahora! —alzó la voz demasiado, me sentí avergonzada al observar cómo los clientes de las mesas circundantes volvían la cabeza hacia nosotros.

—No levantes la voz, por favor…

—¡Es por ese maldito moro! —continuó vociferando— ¡Seguro que te has abierto ya de piernas a él! ¡Eres una puta, siempre los has sido! ¡Todas lo sois!

—No pienso aguantar esto. —Intenté levantarme, pero me agarró por el brazo, tan fuerte, que me hizo daño—. Suéltame, David, por favor.

Pareció no oírme.

—Ese ha sido tu jueguecito desde que te conocí. Hiciste que me enamorara de ti en el instituto para después abrirte de piernas a tu maridito. ¿Por qué te

crees que me fui? ¡eh! ¿Por qué! —No bajaba la voz y cada vez apretaba mi brazo con más rabia—. Porque si me quedaba aquí, al final hubiese tenido que cargarme al cerdo y al chulo de Marquitos.

—¡Estás enfermo, David!

—Siempre has sido una puta. ¡Una puta!

La vergüenza empezaba a nublarme la vista y el oído. Las personas de las mesas circundantes parecían no estar atentos a nosotros, pero no era así. Quise gritar para pedir ayuda, pero hacían como si no fuera con ellos. A lo lejos vi la patrulla de la Policía Local que suele aparcar al principio de la plaza.

—David, te lo pido por favor —intente calmarle—, suéltame.

—Esta vez no te saldrás con la tuya, ni tú ni el moro.

Di un manotazo, al pillarlo desprevenido pude deshacerme de su atadura.

—No te vuelvas a acercar ni a mí. ¡¿Entiendes?! No vuelvas a llamarme ni a enviarme mensajes —esta vez, fui yo la que levantó la voz—; de lo contrario…

—De lo contrario… ¿qué? —amenazó burlón con tanto asco y desprecio, que me pareció otra persona. Jamás hubiese pensado que era un lobo con piel de cordero. De él, no—. ¿Me vas a denunciar…? Corre…

Estaba demasiado seguro. Me sentí indefensa, pero me cubrí de vehemencia.

—Olvídate de mí. Ni existo ni he existido para ti.

Di media vuelta y me marché de allí. No sabía a dónde ir, temía que me siguiera. Llamé a Sherezade, ya que estaba al lado de su casa. No cogió el teléfono. Estará liada con su proyecto, pensé, desalentada. Quise llamar a Miha Il, pero no era práctico, tampoco quería asustarlo. Anduve hacia la patrulla, sin tener claro si iba a pedirles ayuda o no. Le pondría en apuros en

su trabajo. Miré hacia atrás y no vi ni rastro de David. Decidí ir a casa por el ayuntamiento. Caí en que podía llamar a José, mi cuñado. Así lo hice. Quedé en irme con él al campo.

—Aún estoy trabajando, Cati.

—No te preocupes, José, te esperaré en la biblioteca, tengo cosas que hacer allí.

—¿Te ocurre algo, Cati?

La voz me temblaba y se escapaba de la laringe en un hilo.

—No, solo que me duele la garganta.

Continué alerta en cada esquina, ante cada transeúnte inesperado, ante voces lejanas. Me volví paranoica en aquel trayecto. Hubiese dado lo que fuera porque Miha Il estuviera ya a mi lado, para buscar el refugio que me ofrecía su pecho. Pero no era así. Además, pensé enfadada: «Ya basta de apoyarse en los demás. Se acabó el vivir escondida y atemorizada. Si tu existencia consiste en luchar, pues a luchar se ha dicho».

Lo único cierto estribaba en que ampararme bajo el paraguas de Marcos me había salido demasiado caro. Y ni qué decir sobre David, ese bastón aún lo estaba pagando con lo más preciado del ser humano: mi dignidad.

¡No, voy al piso!, me ordené con súbito coraje. Marqué el 112 para solo tener que pulsar la tecla de llamada si fuera necesario. Anduve por las calles más transitadas e intenté ir siempre cerca de alguien. Agradecí encontrarme con un par de vecinas que subían la compra, las ayudé y ellas me acompañaron sin saberlo.

Tras entrar, cerré con llave, no sin antes cerciorarme de que David no se encontraba ya dentro. Sí, mis miedos poseían una base sólida. Una vez, al regresar de realizar la compra, me llevé un susto monumental: David salía de

mi dormitorio. No escuché su sarta de patrañas que intentaban explicar por qué se había hecho con una llave de mi vivienda, solo se la pedí. Aun así, no me fiaba de él, lo más probable sería que conservara más de un duplicado. Para quedarme más tranquila, eché la cadena.

En primer lugar, llamé a José, para informarle del cambio de planes y, en segundo, a un cerrajero de urgencia.

Mientras esperaba, encendí el ordenador. Abrí el correo electrónico. Ninguna respuesta a mi envío masivo de currículums. Sí tenía un correo de Miha Il, solo con ver su nombre me alegré. Lo abrí con la ilusión de una adolescente enamorada por primera vez. En sus palabras escritas, muestras de amor, de planes… No hacía referencia a su charla con Sherezade, lo entendí.

Vi que tenía un mensaje de *Facebook*. Así que entré en la red social para abrirlo. ¿Cuándo fue la última vez que lo vi? No lo recordaba. En Melilla me había olvidado de todo, me había desconectado de la tecnología. El nombre no me era familiar; como foto de perfil tenía un campo de tulipanes amarillos, así que poco aclaraba. Pinche en su muro, lo tenía protegido por completo. En el mensaje solo un teléfono móvil, y un «*Llámame, Catalina, por favor, es urgente*».

Cogí mi teléfono en un primer impulso, y luego lo solté. ¿Quién sería? ¿Qué sería urgente? Paranoica como estaba, prefería llamar antes de alimentar al monstruo de mis miedos.

—¿Catalina, Cati? ¿Eres tú?

Dudé.

—Sí… —titubeé— Soy yo… ¿Quién eres?

—No me conoces, Cati. Antes de que lo preguntes, sabía que eras tú porque he comprado esta tarjeta únicamente para hablar contigo, cuando

terminemos esta conversación, la tiraré.

Yo estaba asustada, pero la voz de mi interlocutora aún lo estaba más.

—Escucha atenta, por favor.

—Sí, dime…

—Por favor —continuó igual de nerviosa—, escucha y no me interrumpas, por favor, es muy importante lo que tengo que decirte.

—Adelante.

—No me preguntes cómo, pero ha llegado a mis oídos que vas a casarte con David Camacho Pérez.

Quise rectificar la información errónea que ella poseía, pero me había advertido de que no la interrumpiera.

—¡No lo hagas! Soy su mujer, o, mejor dicho, su exmujer. Cati, es un maltratador. David está loco. No sé si te habrá hablado de mí, y si lo ha hecho, desconozco qué te habrá contado. No me importa su versión, yo te voy a dar la mía. Llevo un año escondida, en tratamiento psicológico. Una asociación contra el maltrato me está ayudando. Cuando lo conocí me pareció el hombre más atento del mundo; pero pronto comenzó a mostrar sus cartas. Me separó de mi familia; dejé de trabajar por estar con él; siempre tenía que estar en casa cuando él llegara; siempre debía tener el móvil encendido y a tope de batería. No te quiero contar lo que ocurría si alguna vez llamaba y lo tenía apagado o fuera de cobertura. Controlaba mis contactos, mis llamadas, los mensajes… todo. Aquello fue duro, pero peor fue cuando empezó a pegarme. Pero... lo más terrible llegó cuando supe que estaba esperando un hijo. No quería que mi bebé viviera en el mismo calvario que yo, así que reuní el valor necesario para comunicarle que me iba, que lo abandonaba. Me dio tal paliza, que estuve varios meses ingresada. Salí del hospital, pero perdí a mi hijo. Desde

allí me pusieron en contacto con esta asociación que te he dicho. Mi fallo fue no presentar ninguna denuncia. Pero es que tenía miedo: él siempre se reía de mí, diciendo que no serviría de nada, que sabía qué hilos mover para que nadie me creyera. Y eso era entonces, Cati, ahora estoy fuerte, y muy asesorada. Que eran una sarta de mentiras. Que tengo que denunciar sí o sí. ni sus hilos, que con mi denuncia lo meterán en la cárcel. No quería hacerlo. Tenía miedo y solo quería olvidarme de él. Borrarlo de mi vida. Pero cuando me enteré de que iba a por ti… No te conozco, pero no me perdonaría que otra persona pasara por el mismo calvario que yo… Y, además, sé que tienes hijos… No quiero ni imaginar cómo sería con ellos, ya que él intenta apartar a su presa de cuanto le rodea.

Tomó aire. Se la escuchaba decidida y firme.

—Te lo agradezco. Y para tu tranquilidad, quiero que sepas que no voy a casarme con él.

—¿Él ya lo sabe?

—Se lo he dicho hoy…

—Entonces… ya conoces al verdadero David.

—Sí.

—Pues no tengas miedo, Cati. Ahora lo haré no solo por mí, sino también por ti.

—Gracias.

—Adiós.

—Suerte, y deseo de corazón que puedas rehacer tu vida.

—No será fácil, pero sí, al final lo conseguiré.

Capítulo 59

Sherezade

—La cena ha estado exquisita, Sherezade: eres una magnífica cocinera. Y cada día te superas más.

A Pedro le dolió que su mujer no mencionara absolutamente nada acerca su cambio de imagen; sin embargo, pronto la excusó. Está absorta con la remodelación del piso de Virgen de Luján: no se habrá fijado. Se limpió la comisura de los labios con una de las servilletas cosidas a mano, a juego con el mantel. Carraspeó un poco.

—Tengo algo que decirte.

—Yo también —se adelantó Sherezade antes de que él pudiera empezar.

—Primero tú —cedió Pedro, galante.

—Gracias.

Parece tan emocionada… Pensó él.

—¿Sabes por qué estoy arreglando el piso de mis padres?

—No, imagino que para alquilarlo o venderlo o… No sé, la verdad. No nos ha dado tiempo a hablar sobre el tema. —Levantó una ceja. Su mujer no se percató de lo nutrida que tenía la piel—. Imagino que lo vas a hacer ahora, ¿no?

La esposa asintió sonriente. Pero enseguida la relajación que mostraba su semblante mutó por cierta rigidez. Se mordió los labios y la frente comenzó a perlársele.

—Sigues con esos sofocos, ¿no?

—Sí —afirmó, al tiempo que hacía un aspaviento de la mano como para que no la distrajera. Se había infundido valor y debía soltarlo todo antes de que este fallara—. A ver… Va a ser duro, te lo diga cómo te lo diga, así que seré directa… Te he sido infiel, Pedro.

El marido pegó un brinco de la silla y los ojos parecieron encolerizarse. Tomó aire. No quería oír ni una sola palabra más. Necesitaba salir al balcón a respirar el fresco de la noche. Hizo aún más acopio de calma de lo que solía ser característico en él. Es tu mujer, Pedro, debes escuchar lo que tenga que decirte.

Él era consciente de que la había descuidado; por ello, su mente racional necesitó más información antes de sucumbir ante la desesperación. Podría tratarse de un escarceo fortuito, o una locura en Melilla; allí lejos de todo y de todos. De repente unas incontrolables náuseas irrumpieron en su garganta. Solo pedía a Dios, que no se hubiese enamorado. De inmediato retiró aquel pensamiento de su cabeza, que empezaba a girar.

—Por favor, explícate, Sherezade.

Sherezade lo odió. Hasta en aquel momento de catástrofe, él mantenía la serenidad y el control. ¡No hay nada que haga que este hombre reaccione! Se irritó.

Aquello aumentó su rabia. Supuso que Pedro era de piedra, que no sentía y que nada de lo que ella hiciera o pensara lo transformaría en un ser sensible y vulnerable.

Así que Sherezade, fría, sin remordimientos, comenzó a detallar sus deseos ocultos, sus escarceos sexuales y sus perspectivas de futuro. Su marido la escuchó paciente, casi inmutable.

Cuando ella terminó el relato, Pedro se levantó y fue al baño. Vomitó la

cena. Se sentó en el filo de la bañera, una punzada en el costado izquierdo, a la altura del corazón le hizo temer lo peor. Abrió el grifo del lavabo, reluciente. Odió tanta perfección. Se echó agua en la cara y detestó la imagen que el espejo le devolvió. Como pudo salió. Sherezade lo esperaba en la puerta, con cara compungida.

—¿Estás bien, Pedro?

—Me voy al *Chare*.

—Te llevo.

—No —ordenó él. Sherezade se asustó y no se atrevió a contradecirle.

Se alegró de vivir tan cerca de la parada de taxis. Tal como llegó al hospital, fue atendido de inmediato, de urgencia. Le realizaron un electro, una radiografía del tórax, le tomaron la tensión y le sacaron sangre. Una vez hubieron terminado con las pruebas, lo mantuvieron en observación, en una de las consultas.

—¿Cómo se encuentra, Pedro? —preguntó con verdadero interés el doctor que le había atendido desde el principio.

—¿Está usted casado doctor…? —Buscó el nombre de este en su placa identificativa.

—Gutiérrez… —Le ayudó el hombre observando la dificultad de Pedro para leerlo desde tan retirado—. No, lo estuve —sonrió—, el suficiente tiempo como para saber que no quería volver a estarlo en mi vida —apostilló.

—Yo sí —sonrió con melancolía—. Dentro de un mes haré veinticinco años. Un cuarto de siglo…

—Me alegro —afirmó el doctor mientras le tomaba el pulso—. Tiene mejor aspecto, Pedro.

El paciente sacó un sobre del bolsillo de su pantalón.

—¿Sabe que es esto? —su voz sonaba triste y apagada—. Tenía reservada mesa para el día de nuestro aniversario en el restaurante de la Torre Eiffel. Le he comprado un anillo con un par de diamantes, el más bonito que he encontrado. Pensaba pedirle que se casara conmigo de nuevo. Mil vidas que viviera, mil vidas que hubiese estado casado con ella.

—Muy romántico… Sí, señor… A su esposa le encantará, se lo aseguro; no creo que exista mujer encima de la Tierra que no se vuelva loca con semejante invitación…

—Ya es tarde, doctor…

El hombre lo miró inquisitivo, frunciendo el ceño.

—Acabo de enterarme de que es una puta.

Era la primera vez en sus casi cincuenta años de existencia que pronunciaba aquel insulto, y jamás se hubiera imaginado que lo empelaría para definir a su único amor: Sherezade.

—Hombre… no diga eso…

—Le aseguro, doctor Gutiérrez, que puedo afirmarlo y con cada una de las letras: me lo acaba de confesar ella.

—Lo lamento.

Pedro observó que el hombre le comprendía, notaba su sinceridad. Es un buen tipo, se dijo.

—Cuando en las novelas o en las poesías se hablaba de romper el corazón, me parecía algo exagerado, y ñoñerías creadas por mentes poco maduras. Y hoy, hace apenas una hora, he escuchado el *crack* de mi propio corazón. ¡Qué ridículo debo parecerle!

El médico se apoyó en la clavícula de Pedro, como si de dos colegas se tratara.

—No, se lo aseguro.

—Gracias por escucharme, doctor.

Éste palmeó un par de veces el hombro del paciente.

—Para eso estamos, hombre, para eso…

—¿Le importa si me quedo aquí un poco más?

—No, para nada; además, se lo iba a recomendar. Imagino que el resto de las pruebas estarán bien también. —Le guiñó un ojo—. Pero sería conveniente que permaneciera aquí un poco más.

—Gracias.

Pedro temía cerrar los ojos, así que decidió mantenerlos abierto. Los pasó por la consulta, sin detenerse en nada. Necesitaba pensar, ordenar las ideas. En un primer momento, resultó más fácil culpar del cataclismo a Sherezade. Aunque, si apartaba por un segundo su dolor, otra punzada distinta aún se clavaba más en él: la evidencia de que había descuidado a Sherezade. Sí, debía ser honesto: no solo la tenía relegada a un segundo plano, también la había llevado a un límite desconcertante y la había obligado a ser otra persona. Delante de su nariz tenía las consecuencias de su torpeza: su mujer se había convertido en una extraña para él.

La puerta se abrió. Apareció Sherezade.

—¿Qué haces tú aquí? —escupió aquella pregunta desde el rencor.

—¿Cómo estás?

Pedro respondió con el silencio.

—Te quiero, Pedro.

—Ya veo, ya veo…

—Es… es que no puedo evitarlo… he descubierto que es mi naturaleza, que yo soy así…

—¿Y qué quieres de mí, Sherezade? ¿Qué quieres, que te espere en casa mientras sé que te estás acostando con otros? —formuló las preguntas retóricas, indignado. Su esposa, para su sorpresa, tenía una respuesta.

—Sí, Pedro, eso es lo que quiero.

La voz del doctor Gutiérrez interrumpió la discusión entre ambos.

—¿Qué tal se encuentra, Pedro?

El hombre entró con la cabeza baja, absorto en el informe que sostenía entre las manos.

—Ella es Sherezade, mi mujer, doctor Gutiérrez.

—Encantado, señora —saludó, sin acercarse a ella siquiera.

Tomó asiento en su mesa más psicológica que física.

—Se quedará un rato más aquí. Luego vendrá una enfermera que le quitará la vía y le ayudará a incorporarse. Tenga el alta.

Extendió el papel con la mano, y Sherezade lo cogió sin cruzarse las miradas.

—Cuídese, Pedro.

Se despidió el doctor Gutiérrez con interés verdadero.

De nuevo el matrimonio se quedó a solas y enmudecidos.

—Sí —Pedro rompió el silencio.

—¿Sí?, ¿qué?

—Te amo demasiado como para perderte… Prefiero compartirte a perderte para siempre…

Capítulo 60

Cati

Estaba sentada en el filo de la piscina, contemplando cómo jugaban Víctor y Álex. Hacía muchísimo calor. Pura me llamó para tomar café.

En la mesa del porche, ya me esperaban ella y José. Tomé asiento.

—Mi Jose Mari viene para acá…

No era extraño que al campo de mis cuñados llegaran familiares, puesto que solía ser uno de los puntos de encuentro de la familia Ontanilla Guirado; pero lo que chirriaba era que José María, el sobrino de Marcos, se presentara por las buenas un día entresemana y a esa hora de la tarde.

—¿Y eso? —pregunté, intrigada—¿Es que se sabe algo más sobre Rosa y su novio?

—No, no tiene nada que ver con esos… —aclaró Pura con cara de asco.

Pero por el rictus serio de su cara me resultó fácil averiguar que algo desagradable ocurría. Mis hijos estaban allí; mi madre se encontraba muy bien, la había visitado antes de quedar con David; por lo tanto, deduje, no se trataría de nada que me afectara directamente.

—Sabes quién es Pepita López, ¿no?

Sí, claro que lo sabía. Pepita López era una de las mayores chismosas del pueblo. Sherezade y yo sospechábamos, entre bromas, que los extraterrestres la habían abducido y experimentado con ella; y, que, para su estudio sobre la humanidad, le habían conectado un radar o una antena parabólica. Nuestra otra teoría se basaba en que tal vez fuera la *célula madre* de un entramado de

subchismosos que la mantenían informada de cuanto acontecía en Utrera y alrededores.

—Sí. ¿Le ha sucedido algo a Pepita?

No me hubiese extrañado. Seguro que un buen puñado de paisanos soñaban con coserle la boca.

—No, a ella no —dudó unos segundos antes de continuar—. Por lo visto una de sus hermanas estaba desayunando esta mañana en la Plaza del Altozano…

¡Acabáramos…! —pensé— En vez de estar cotilleando, ¿por qué no intervino? ¿Por qué no llamó a la policía?

En mi fuero interno me alegré de que por fin se despejara la intriga que nos corroía a Sherezade y a mí. Sí, era la segunda opción: poseía una amplia red de *chismosos-secuaces*.

—¡Ay, hija mía! ¡Qué mal lo habrás pasado! ¿¡Cómo no has dicho nada, Cati!? Por lo visto, se puso como un loco.

—No te preocupes, Pura, no pasa nada.

José nos observaba como en un partido de tenis, pero no pronunciaba palabra.

—¡Ay!, ¡¿qué no me preocupe?! —Cada vez se sulfuraba más—. Con las cosas que pasan…

—No creo que David me haga nada —afirmé con bastante poco convencimiento—. Lo conozco desde pequeña. Pienso que estaba contrariado porque se había hecho una idea errónea de nuestra relación. Pero seguro que se apaciguará.

—Pues, *hijaaa*, tal como están las cosas últimamente, yo no me fio ya de nadie.

Entonces José, sereno y nada dado al drama, eso lo dejaba para su mujer, dio su opinión:

—Yo pienso que deberías denunciar, Cati —propuso con calma.

Observé su cara redonda, los ojos grandes de color miel detrás de las gafas, el escaso flequillo peinado a un lado para ocultar un poco las entradas prominentes. José era una buena persona, ecuánime y, aunque en apariencia indolente, conmigo siempre se había portado con gran cariño y atento; incluso en los tiempos en los que las mujeres de la familia me despellejaban viva. Reparé en cuánto había envejecido desde que lo conocí. ¡Cómo pasa el tiempo! Me alarmé.

—No creo que haya sido para tanto, José. Y, además, prefiero que las aguas vuelvan a su cauce por sí solas. Ya te digo, cuando se enfríe y se calme, seguro que se arrepentirá y me dejará tranquila.

—Esperemos que sea así, Cati; pero me temo que no —continuó él—. Deberías pedir una orden de alejamiento.

—Eso me parece muy exagerado, José. No quiero meterlo en problemas con su trabajo.

Y la verdad era que me gustaría que David se olvidara de mí, pero para nada quería verlo en la cárcel.

Al poco llegó José María. No me sorprendió que ya estuviera al tanto de mi percance en la plaza principal de Utrera. En eso consistía el sello familiar. Cuando uno batía las alas, el efecto Ontanilla Guirado hacía que cualquier otro miembro se percatara de ello, aunque estuviera en China.

—Deberías denunciarle, Cati. ¿Quién te asegura que no te dará un susto otra vez? No solo pienses en ti, sino en los niños…

No le creía capaz de tocar a mis hijos, por eso quizás no había reparado en

ello.

—Si lo denuncio, esto se prolongará, tendré que testificar e ir a juicio… Y yo no estoy dispuesta a pasar por ese calvario. No, no quiero.

—Corres peligro real, Cati —aseguró José María sin la afectación exagerada de su tía.

Me encontraba entre la espada y la pared. En contraposición a mi pose de entereza, tenía miedo, y no me fiaba en absoluto de David. Aún coleteaba en mi mente cómo había averiguado la dirección de la casa de Sherezade en Melilla. Y, por otro lado, de algún modo, sentía pena por él.

—Voy a dejar pasar esta semana. Si vuelve a intentar contactar conmigo, entonces presentaré una denuncia. Pero, por ahora, solo quiero pensar que fue un arrebato producido por el despecho y la ira de sentirse rechazado.

A regañadientes los dos hombres aceptaron mi decisión, Pura protestó algo más antes de dar su brazo a torcer.

—Solo te pido una cosa, hija, quédate aquí con nosotros unos días, hasta que ese loco se calme un poco.

Me pareció buena idea, yo tampoco me sentía muy segura, así que lo agradecí. José me acompañó al piso a recoger algo más de ropa. Mis hijos y yo nos quedamos allí con ellos.

A la mañana siguiente, tuve dos llamadas que le darían un empuje a mi vida, aparte de las que mantenía a diario con Miha Il desde que había regresado a Utrera. Cuando no lo llamaba yo, me llamaba él; además, agradecí con el alma la invención de *WhatsApp* y de Internet. Jamás había utilizado tanto el móvil ni el ordenador. Por las noches conectaba el portátil y nos veíamos por *Skype*; eso sí, después de que Víctor y Álex le narran su

jornada sin saltarse ni un solo detalle. En algunos momentos, necesitaban con una intensidad que debería rozar casi la locura, que la pantalla pudiera ser atravesada y tocarle. Aquella semana se me estaba haciendo eterna.

La primera en llamar fue Sherezade. Me puso al día de cuanto había acontecido en su vida. ¡Dios mío, Pedro! Intuía cómo lo debería estar pasando: yo también había pasado por un sufrimiento similar al suyo; aunque la diferencia estribaba en que yo nunca había amado a Marcos como él a Sherezade. Deseé de corazón poder ir a tenderle mi mano, como él hizo sin dudar cuando lo necesité; sin embargo, me hallaba en una encrucijada. Además, yo conocía de las andanzas de mi amiga desde el principio y, aunque estaba segura de que yo no era quien hubiera tenido que descubrirle la doble vida de Sherezade, en el fondo, me sentía culpable ante él, y desleal.

—Estoy muy liada con los preparativos del piso… Pero ¿podríamos vernos mañana sobre las nueve en la Plaza del Altozano?

Dudé unos segundos, me daba miedo.

—Bueno… mejor aún… iré al campo a recogerte sobre las nueve menos cuarto.

¿Por qué tan temprano? —me pregunté—¡Estamos en verano! Y resolví que tal vez el resto del día lo tendría demasiado ocupado. Ardía en deseos de verla, así que no me importaría madrugar por ella.

—Está bien —accedí.

La segunda llamada me sorprendió. Ya no la esperaba; y, por ello provocó una mayor emoción en mí.

—Sí, a las dos de la tarde. Sí, sí, claro, allí estaré.

Pura estaba en la cocina, me acerqué tras colgar el teléfono. ¡Vaya mañanita que llevaba!, me ardía la oreja.

—¿Recuerdas la entrevista de trabajo en Dos Hermanas? —le pregunté sin poder contener la emoción.

—Sí, sí. ¡Ay, ay…!

—¡Sí!, me han seleccionado.

—¡Ay, hija, qué alegría! ¡Qué alegría más grande!

—¿Cuándo empiezas?

—No lo sé. Me han dicho que me llegue mañana a las dos de la tarde. Quieren que hablemos con tranquilidad.

—Puedes utilizar uno de nuestros coches hasta que puedas comprarte uno, Cati. Lo consultaré con mi José, pero ya te digo yo que no habrá ningún problema. Y por los niños no te preocupes…

La abracé con verdadero agradecimiento.

—Gracias, Pura, muchas gracias, de verdad.

Capítulo 61

Cati

Sherezade, para no variar, estaba exultante. A simple vista no se le notaba afectada por la situación de su matrimonio. Así que respiré tranquila. Mi amiga era transparente. Ella no se ocultaba entre dobleces, ni tenía una mente estratega. En Sherezade la frase «*La cara es el reflejo del alma*» englobaba su verdadero valor. Muchas veces me burlaba de ella reprochándole: «Hija, eres más básica que el mecanismo de un búcaro». Nada más cerrar la cancela del chalé de mi cuñada, se bajó del coche y me abrazó con fuerzas.

—¿Tienes prisa?

—Bueno… A las dos tengo que estar en Dos Hermanas, en el polígono industrial.

—Eso… eso… eso significa que te han seleccionado para el trabajo, ¡¿no?!

—¡Sí!

—Eres una campeona, Cati. ¡Qué orgullosa estoy de ti!

Volvió a abrazarme.

—¿Ves, ves? Al final todo se soluciona… Y la vida, desde ya, solo te traerá felicidad.

—¡Ay! Gracias, Ade. —La achuché, feliz.

—Y… ¿sabes algo de Miha Il?

La miré con chiribitas en los ojos.

—Viene el domingo por la tarde… ¡Ay! —Suspiré—. Tengo tantas ganas de verle… ¡*Uff*, no sé si podré soportarlo!

—¿Y qué hay del otro? ¿Hablaste con él?

Sherezade comprobó cómo me cambiaba el rictus. Creo que palidecí.

—Sí. Fue horrible, Ade. Está loco. Bueno… ya te contaré. No tengo ganas de pensar en él ahora.

Entramos en el coche y se puso en marcha.

—¿Tienes cómo ir a Dos Hermanas?

—Sí, Pura y José me van a prestar uno de sus coches.

—¿Quieres que vayamos juntas? Tenemos tanto de qué hablar…

—Por mí sí, pero pensé que estabas muy liada… Como hemos quedado tan temprano…

—¡Ah, eso…! Es por otro motivo. —La miré inquisitiva. ¿Por qué estaba tan misteriosa? —. ¿Otro motivo?

—Sí, otro motivo. —Sonrió—. Cati, sabes que te quiero, ¿no?

—¡Ay, Dios, Ade! No me irás a pedir matrimonio tú también, ¿no?

Reímos las dos. Era lo que más me fascinaba de estar con ella: las risas. Las carcajadas de llorar y dolernos las mejillas.

—No seas tonta, Cati. Por ahora no me van las mujeres; pero vamos, que no lo descarto.

—Pues conmigo ni lo sueñes…

Se puso seria.

—Quiero hacerte un regalo.

—¿Un regalo? ¿A mí? ¿Por qué?

La observé, expectante, pensando que pararía a un lado su coche y sacaría algo del bolso.

—Hoy vamos a ir a la notaría.

—¿La notaría?

—Sí, tenemos cita con el notario a las nueve y cuarto; por eso quise quedar contigo en la Plaza del Altozano —hizo una pausa que a mí me pareció eterna— Voy a regalarte la casa de Melilla.

Sentí como cada gota de la sangre del cuerpo se me agolpaba en la cabeza. No supe cómo reaccionar.

—¿Cómo…? ¿Y Pedro qué opina…? ¿Y Miha Il…?

—Esa casa fue muy especial para mi madre y para Khaled. El calvario de Wenceslao y el mío, también, empezaron allí. Miha Il la adora. Y tú… no te había visto tan contenta nunca, parecía como si hubieses vivido allí toda tu vida.

» Aunque creas que estoy siempre en Babia, me fijé en tus ojos cuando entraste en el jardín. Estás enamorada de ella, y lo sé; y seguro que ella también de ti. Y qué decir de los dos loquitos… Nada me gustaría más que esa casa fuera para ti, tus hijos y Miha Il. Sé que vais a estar siempre juntos, así que este regalo no es solo para ti, sino también para él. Y… No te rías por la ñoñería que te voy a decir: sé que vosotros continuaréis con la historia de amor que mi madre y Khaled no pudieron terminar. Además, sois una familia tan bonita…

Familia… Hasta entonces no me lo había planteado en esos términos.

—Cati, me harías la persona más feliz del mundo si la aceptaras. No puede estar en mejores manos.

Contuve las lágrimas.

—Ade… —no me salían las palabras—. Eso… eso… es… lo más grande y hermoso que ha hecho nadie por mí jamás.

Se encogió de hombros.

—Te he dicho que te quiero.

—Pero…

Agradecí que hubiésemos llegado a nuestro destino y mi amiga parara el coche, ya que me eché sobre ella para abrazarla con fuerzas, con todas las fuerzas de las que fui capaz.

—No sé qué decirte, Ade…

—No tienes que decir nada, firmar las escrituras y ya está. Espero que lleves encima el DNI.

Asentí.

—¿Y esto cuándo se te ocurrió, hija?

—Cuando supe de los embrollos familiares, del lío de mis tres padres. No quería quedármela. Por eso pensé en llevarte, necesitaba saber si te gustaba la casa o no. Y, ¡bingo!, dos por uno, te quedaste fascinada de la casa y del dueño; entre comillas, claro.

—¿Qué le dijiste a Miha Il, entonces?

—Pues eso, que no se la iba a vender, aunque quería que siguiera viviendo en ella. Pero esto segundo —Puso cara burlona—, depende de ti. A partir de hoy tú serás la dueña y señora.

Me guiñó un ojo.

—¿Eso significa que él no sabe nada de esto?

—No. —Puso cara de niña traviesa—. Vamos, que nos esperan.

A la salida del notario nos volvimos a abrazar.

—¡Qué feliz soy, Cati! ¡En qué buenas manos estará la casa!

—No sé cómo agradecértelo, Ade, y mucho menos cómo pagártelo…

—¿¡Pagarme!? —Pareció enfurruñarse—. Tú eres de mi familia, Cati, como la hermana que nunca tuve. Siempre estás ahí, me escuchas, me aguantas, me riñes… Eres mi mejor amiga, la persona en la que puedo confiar

al cien por cien… ¿¡Por qué demonios lo que tú me das va a valer menos que… el dinero!?

No supe qué contestarle, solo puede fabricar una mirada con amor, con el amor y la ternura que siempre me inspiraba.

—Habrá que desayunar, ¿no?

—¡Sí! —respondí. En ese momento mi estómago rugió— ¿Te importa si no desayunamos aquí en la plaza? Tuve una mala experiencia el otro día… y… le he cogido un poco de repelús.

—Vale —convino Sherezade—Me gusta un bar pequeñito que está frente a los juzgados.

—Bien.

Tenía miedo. Era la primera vez que pisaba la Plaza del Altozano desde que estuve con David y el mal recuerdo me golpeó de pronto, casi sin esperarlo. Comencé a mirar inquieta en derredor, temiendo que él apareciera por algún sito. Cogimos por la calle de las Mujeres, en vez de por Álvarez Hazañas.

—Pedro está de vacaciones… —dijo Sherezade agarrándome del brazo— y tampoco tengo ganas de cruzármelo.

Yo, menos, pensé.

Entramos en el bar, pedimos nuestro desayuno y salimos a la terracita. Nuestras vidas estaban a punto de cambiar. Me entristeció reconocer que un día recordaría nuestros ratitos juntas con añoranza. Pero ese momento aún no había llegado, todavía nos hallábamos en un presente donde disfrutar la una de la otra.

Estábamos sentadas ante una mesa redonda. Entre los cafés, la aceitera, las tostadas con jamón, el cuenco con el tomate triturado, los dos vasos de agua,

el servilletero y nuestros respectivos móviles, casi no había sitio ni para un alfiler.

—Se avecinan cambios, Cati… —dijo Sherezade con cierta melancolía en los ojos.

—Sí. —Le cogí la mano—. Pero seguiremos siendo amigas.

—Sí, eso siempre.

—¿Sabes que te quiero, tontina?

Mi amiga sacó un pañuelo de papel blanco del bolso y se secó los ojos. Al cabo de unos minutos, cuando se nos pasó la emoción, pagamos dentro y salimos. En la puerta, me quedé paralizada, clavada en el suelo, inmóvil y muda.

—¿No es ese… David? —preguntó Sherezade.

—Sí…

Observamos como David y dos compañeros, yo conocía a ambos, conducían a un detenido, esposado, hacia el interior de los juzgados. El hombre oponía una resistencia brutal. La escena resultaba muy desagradable. Quise marcharme, pero las piernas seguían sin responderme. En uno de los forcejeos, David volvió la cabeza y sus ojos se encontraron con los míos. Si alguien alguna vez tuviese la capacidad de matar con la mirada, sin duda alguna utilizaría la que él me lanzó. Desde lejos, pude leer en sus labios la palabra «puta».

Mi cuerpo, trémulo, perdió el equilibrio. Sherezade me sujetó. Agarrándome por debajo de los brazos, me ayudó a sentarme en una de las sillas situadas fuera del bar, en la acera, justo frente a entrada principal de los juzgados. Pidió un vaso de agua fría y me abanicó un poco. Comprendí que no se podía huir del miedo. No había querido ir a la plaza por no encontrarme

con David, había desviado mi camino para no toparme con él o su recuerdo y allí estaba.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Sherezade mientras me abanicaba.

—Sí. ¿Nos vamos de aquí? No quiero volver a encontrármelo.

Pura iba a llevar a los niños a casa de su hermana mayor, para que se vieran allí con los primos. Como teníamos la mañana para nosotras, Sherezade me llevó a su piso de Virgen de Luján.

Me quedé bastante sorprendida al comprobar lo avanzada que iba la reforma.

—En una semanita lo inauguro, Cati. —Se frotó las manos—. ¡Estoy tan, tan entusiasmada!

En mi interior había una dicotomía angustiosa. Por un lado, ver tan feliz y radiante a mi amiga, me llenaba de dicha. Por el otro, no podía apartar de mi cabeza a Pedro.

—Ya tengo las tarjetas. Muchos *caballeros* —pronunció esta última palabra con retintín— han confirmado su asistencia… Quien todavía no lo ha hecho es Inocencio… ¿Tú crees que vendrá, Cati?

Me encogí de hombros. Ni el sufrimiento de su marido hacía que aquel hombre se le fuera de la cabeza.

—Es lo que más deseo del mundo…

Cambié de tema:

—¿Cómo te has puesto en contacto con ellos? —la interrumpí, extrañada.

—Por varios medios, entre otros, con un mensaje de *Facebook*. He creado un perfil nuevo, ¿sabes cómo se llama?

—No.

—*Diván de Terciopelo Rojo* —me informó, satisfecha y orgullosa, elevando el cuello

—¿Y ese nombre?

No me contestó en el momento, sino que me condujo hasta un dormitorio cerrado. Cuando abrió la puerta observé que estaba pintado y terminado por completo. Lo estaba utilizando como almacén, porque todavía estaba lleno de cajas, muebles, lámparas… Cada objeto conservaba su envoltorio.

A un lado, observé que había un gran diván, protegido por varias capas de plástico transparente. Sherezade apartó por una esquina el protector y me mostró el tapizado de la pieza.

—Por esto.

Era un diván de terciopelo de color rojo sangre, precioso.

—No se te escapa ni un detalle, Ade.

—No —sonrió, agasajada por el cumplido—. Si se hacen las cosas, hay que hacerlas bien. Estaba aquí, solo lo he mandado a restaurar y a tapizar. ¿Sabes? Creo que mis padres se lo trajeron de Melilla.

Volvió a taparlo con mucho cuidado. Para después, acariciarlo, con mimo, por encima del plástico.

—¡Mira tú por dónde! —exclamó, irónica— He aprendido algo de Wenceslao y de Pedro… Los dos son muy meticulosos. Bueno, Wenceslao, lo era.

Sobre la una de la tarde, nos tomamos unas tapas en un restaurante cercano a la empresa de destilaciones. Estaba tan nerviosa, que pensaba que no me entraría ni una miga de pan en el estómago; sin embargo, decidí que sería mejor tomar algo, aunque fuera poco.

A las dos en punto, estaba frente al director de recursos humanos, Juan Carlos; quien me explicó punto por punto lo concerniente a mi nuevo empleo.

—Estamos muy comprometidos con el medio ambiente, Catalina. Ni que decir que nuestra empresa depende de la naturaleza al cien por cien. Por ello, además de reciclar, reutilizar, consumir energías alternativas y demás; tenemos una política de bajo gasto energético. ¿En qué se traduce esto?, te preguntarás, Catalina. Procuramos que solo venga aquí el personal estrictamente necesario. Por lo tanto, uno de los requisitos del puesto de trabajo que te estamos ofreciendo es que tendrías que realizarlo desde casa: teletrabajo. Estaríamos en contacto por internet. Y solo tendrían que venir una vez al mes, y si fuese necesario. Para ello necesitarás estar un mes de prueba. Muchos piensan, erróneamente, que es muy sencillo trabajar desde casa; pero nuestra experiencia nos ha demostrado justo lo contrario. Nos avalan varios fracasos. Es difícil fijarse un horario y todavía, lo es más, cumplirlo. Sin olvidar lo tentador que resulta sucumbir a las distracciones que rodean las circunstancias de cada uno.

Para mí era perfecto y estaba segura de poder conseguirlo. Acepté las condiciones, el sueldo, las vacaciones… Estimé que eran bastante justas; además, era nueva, estaba segura de que irían subiendo cuando fuera demostrando mi valía.

Salí con la cara llena de ilusión. Sherezade ya me esperaba en el coche. Mientras le explicaba un breve resumen de mi nuevo trabajo, sonó el móvil.

—Es Pura —le informé tras finalizar la llamada—, por lo visto van a comer en casa de su hermana. Nada, que han dicho de comprar unas tortillas y unos filetes empanados. Y que me pase por allí.

—Vale, pues te acerco.

El móvil sonó de nuevo. Era Miha Il, seguro que quería preguntarme qué tal había ido la reunión.

—¿¡Cómo!? ¿¡Ya…!?

Sherezade me miraba inquisitiva. Con un ademán le obligué a que parara el coche.

—No te escucho bien… dime… sí, sí… ahora mismo…

Solté el móvil. Las manos me temblaban.

—¿Ha pasado algo?

Fijé la vista sobre la luna delantera, con la mirada perdida, como si hubiese visto a un fantasma.

—Está en el aeropuerto, acaba de llegar…

Sherezade se puso en marcha de nuevo, y esta vez en dirección a Sevilla.

—Pero… ¿no me has dicho que venía el domingo?

—Sí… eso me dijo. Pero por lo visto ha terminado lo que tenía pendiente; le ha dado por mirar si había un vuelo y lo ha cogido sin pensar.

Mi amiga me dio un par de palmaditas en el muslo izquierdo mientras cogía el desvío para la *SE-30*.

—¡Ay, qué alegría, Cati!

—¡Sí, sí, sí!

Deseé con unas fuerzas imperiosas sacar los pies por debajo del coche, como *Los Picapiedra*, para que fuéramos más rápidas. A esa hora, en la ronda de circunvalación el tráfico era demencial.

—¿No puedes saltar por encima de los coches?

Sherezade no me contestó; se limitó a seguir maldiciendo e insultando a cada uno de los seres vivientes que para desgracia de ellos se cruzaban en nuestro camino. Me alegré de llevar el aire acondicionado puesto y las

ventanillas subidas. Nerviosa, comencé a llevarme las manos a la boca.

—No te roas las uñas… —protestó Sherezade.

—No me las estoy comiendo, solo las estoy mordiendo.

—Venga, ya queda poco.

Me moría de ganas de volver a verle.

Capítulo 62

Cati

Llegamos al aeropuerto de San Pablo. El corazón me saltó por la boca. Allí estaba él. Esperaba enfundado en unos pantalones vaqueros y una chilaba corta color tierra. Llevaba el pelo recogido en una cola baja, la cara despejada. Y portaba una maleta cubierta de pegatinas de los lugares por donde había viajado con ella. Al vernos llegar, el amor salió se asomó a sus ojos.

—¡Qué guapo, Dios mío! —me escuché exclamar.

Antes de que Sherezade detuviera el coche, me dispuse a abrir la puerta y salir. Estaba impaciente, como una niña pequeña ante su tarta de cumpleaños.

—¡Chiquilla, espera a que pare por lo menos!

Escuché decir a Sherezade en una lejanía ajena a mí. Ya solo tenía ojos y oídos para él, solo para él. Mi atención se centraba en aquella cara morena de sonrisa tierna que me contemplaba y en aquel cuerpo sereno que tanto deseaba. Desoyendo a mi amiga, bajé. Embargada por la alegría y la sorpresa de verlo, di un brinco sobre él.

—En una de estas acabas conmigo. —Rio—. Ya no soy un chiquillo.

Me apartó el pelo hacia atrás, y enmarcó mi cara entre sus manos. Me contempló con su sonrisa.

—¡Qué ganas tenía de verte, Cati! —Tapó mi respuesta con sus labios— ¡No te puedes hacer una idea!

Sí, sí que me la hacía.

—¡Ejem, ejem! —Carraspeó Sherezade—. No quiero interrumpir este

momento tan *idílico*, pero no puedo seguir aquí parada por más tiempo: me van a matar los taxistas.

Guardamos la maleta en el maletero. Miha Il y yo nos sentamos juntos en el asiento de atrás, no estaba dispuesta a separarme ni un milímetro de él.

—Buenas tardes, Ade.

Mi amiga le alargó la mano por detrás, en plan contorsionista, para saludarlo.

—Bueno, parejita… parece que la que va ahora de taxista soy yo… ¿no? —bromeó.

Le regalé una sonrisa de gratitud por el espejo del retrovisor, para que me disculpara.

—No pasa nada, tonta… —me calmo con un guiño.

Durante el trayecto Sherezade y Miha Il hablaron de temas triviales. Yo guardé silencio, prefería permanecer recostada sobre él, escuchando el eco de su voz dentro de la caja torácica, desde donde me llegaban los latidos de su corazón.

—Cati, ¿qué te parece si os dejo en Sevilla para que paséis la tarde solos, y ya luego os volvéis en tren? Conociendo a tus cuñadas, seguro que el almuerzo familiar se alargará hasta después de la cena. —Sonrió.

Miré con ojos de súplica a Miha Il.

—Por mí, encantado.

—Por la maleta no os preocupéis. Os la llevaré cuando regreséis.

Se lo agradecimos, sobre todo, yo. Sherezade nos acercó hasta el centro.

Desde que conocí a Miha Il soñaba con pasear con él por mi ciudad adorada. Quién mejor para explicármela desde un punto de vista artístico que

él. Miha Il realizó su tesis doctoral sobre el legado cultural Andalusí en Andalucía. Sin embargo, lo único que deseaba en ese momento, era que buscáramos un lugar para amarnos.

Deambulamos por las callejuelas angostas del barrio de Santa Cruz sin rumbo fijo, como dos borrachos, embriagados el uno del otro, hasta que nos topamos con un hostal precioso. Entramos. El recibidor, un típico patio sevillano cubierto por una montera, estaba decorado con antigüedades restauradas con exquisito gusto y esmero. En otra ocasión me hubiese parado a contemplarlo con detenimiento; pero en esa, solo queríamos coger la llave, registrarnos y subir a la habitación.

En el estrecho ascensor, camino de la tercera planta, los dos nos contemplamos en los ojos del otro. Sabíamos lo que venía a continuación y cada vez nos costaba más apaciguar una pasión que transpiraba por nuestra piel. No nos tocamos, tan solo mantuvimos las miradas.

Cuando por fin accedimos a nuestro refugio, contuvimos el fuego. Miha Il me estaba enseñando que era preferible avivar la hoguera con calma, a que esta se extinguiera por completo en una gran llamarada.

Levanté con suavidad la chilaba y escondí la nariz por debajo. Su piel desprendía un olor cítrico y dulce. Le acaricié el pecho con la mejilla mientras con el torso de las manos recorría su espalda de arriba hacia abajo. Quizás, fuera de aquellas cuatro paredes, la vida continuara con su monotonía, pero dentro, el tiempo se había detenido en medio de dos cuerpos entrelazados, fundidos como si, en vez de con pellejos, vísceras y huesos, estuvieran compuestos de cera candente.

—Esto es la felicidad —susurré, intentando recuperar la respiración.

Miha Il yacía a mi lado empapado por el sudor, con los párpados cerrados.

Extendió un brazo, exhausto; me agarró y me acurrucó junto a él. Sumida en un delicioso agotamiento, no podía parar de contemplar su rostro.

La luz amarillenta de la calle entraba por un balcón pequeño de visillos blancos. A lo lejos se dibujaba la silueta de la Giralda, única testigo de nuestro amor.

—Hace dos semanas no te conocía, y ahora no me puedo imaginar la vida sin ti —le confesé.

Él sacó fuerzas de flaqueza, me besó en la frente y abrió los ojos.

—Tú siempre has estado en la mía, incluso mucho antes de conocerte.

¿Podía eso ser verdad? Por una vez frené el impulso de mi mente de dar vueltas sobre un mismo tema. Miha Il estaba allí, era real. No había nada más que cuestionarse. Al menos, no en ese momento.

Los besos tímidos y suaves precedieron a los impetuosos. Las caricias tiernas, a las de piel desgarrada. Y la noche entró a visitarnos casi de puntillas, para no interrumpir las risas, las charlas y los besos furtivos.

Nos contamos algo de lo mucho que aún quedaba por saber el uno del otro. Hablamos del pasado, pero más que nada de un futuro en común.

—¡Hagamos una locura, Cati! ¡Vivamos juntos!

No temí esas palabras, no me resultaban precipitadas.

—Probemos este verano. Yo adoro a Víctor y a Álex, creo que ellos me adoran a mí…

—¿Crees…? —pregunté, burlona.

Sonrió.

—No importa si Sherezade no quiere venderme la casa, buscaremos otra, donde tú quieras.

—Yo quiero esa —antes de que pudiera responder, continué—. ¿Sabes una

cosa? —Negó con la cabeza y frunció el ceño—. Sherezade me la ha regalado. —No lo entendió—. Tu casa… la casa de Melilla.

Los ojos se le abrieron de par en par. No pudo articular palabra.

—¿Cuándo te lo ha dicho?

—Esta mañana…

Froté las manos de alegría.

—Eso quiere… Eso significa… —Levanté los ojos y me reí—. Que la pregunta cambia, ¿no?

—Sí —me burlé.

Se levantó de la cama, se arrodilló ante mí, me tomó la mano y me pidió:

—Cati, ¿quieres que viva contigo?

—¡Sí, sí quiero! —grité sin tener en cuenta que pudieran escucharnos.

Con la Giralda de fondo, detrás de los visillos blancos, ultimamos hasta el más mínimo detalle de nuestra convivencia. Nos mudaríamos en una semana. Arreglaríamos el piso de Utrera para cuando yo tuviera reunión con la empresa de destilaciones, mi nueva empresa. Y lo que más feliz me hacía: mi madre se vendría a vivir con nosotros. Por fin podría estar más cerca de ella y rodearla de nuestro cariño.

—No sabes cuánto le gustaba el mar… —le confesé con los ojos húmedos —. Podrá dar paseos de nuevo por la playa. ¡Cuánto bien le hará!

Me emocioné muchísimo al imaginarlo.

—No sé cómo llevarás tú eso de tener una familia con mujer, hijos, suegra… ¡Saldrás huyendo antes de un mes!

—¿¡Olvidas de qué familia provengo!? —exclamó—. Siempre le ha faltado vida a la casa, y vosotros la colmasteis cuando estuvisteis allí.

—Pero colmar que la colmamos.

Llamé a Pura, le expliqué la situación y, como Sherezade había vaticinado, tenían pensado quedarse hasta la hora de la cena.

—Por los niños no te preocupes, están aquí haciendo el cafre con los primos.

Cuando el calor nos dio una tregua, Miha Il y yo salimos a dar un paseo. No devolvimos la llave de la habitación, por si teníamos que regresar con urgencias amorosas.

Sevilla lucía más hermosa que nunca. Él la conocía casi mejor que yo. Disfrutaba explicándome cada monumento, cada casa antigua, cada iglesia y cada cuadro. Pero ante semejante guía, yo solo podía prestar atención a los ojos brillantes, al tono suave de la voz melodiosa y a esos labios escondidos entre la barba de vellos negros y canosos, que tan loca me volvían.

Yo, por mi parte, le di también muestra de una amplia cultura gastronómica. Le llevé al *Bar de los boquerones en adobo* y al *Bar de los escalones*.

—¿No tienen nombre? —preguntó con sorna.

—Sí, pero mis amigas y yo le poníamos mote hasta a los bares.

En la cabeza se fusionaron dos ideas a la vez que dieron como resultado una pregunta.

—Miha Il —no estaba segura, pero continué con ella—, ¿te suena un pintor que se llama Inocencio de los Ríos? —La intriga pudo conmigo.

—Sí, claro. Es un artista muy valorado, de aquí de Sevilla. Creo que es de un pueblo… El Coronil… ¿Puede ser?

Asentí: podría haberle narrado la biografía de Inocencio por fascículos.

—¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada. Sherezade y yo estuvimos no hace mucho en una

exposición de él…

—¡¿Ah, ¿sí?! Pues, si te apetece, me gustaría pasar a verla uno de estos días.

—¡Sí, claro! La verdad es que merece la pena. —Me encogí de hombros —. A mí me gustó. Pero yo entiendo poco de arte.

Pura volvió a llamar. Se puso Álex.

—¿Mamá, podemos irnos a dormir a casa de los primos? Por favor, por favor, por favor…

Accedí, aunque no hubiese hecho falta tanta súplica.

Así que decidimos quedarnos en el hostal a pasar la noche. Hasta que no estuvimos de nuevo en la cama, acurrucados uno al lado del otro y aquí vendría: «*Espacio patrocinado por tal o cual marca de aire acondicionado*», sino, hubiese sido totalmente imposible tanto amor; no le conté desde el principio y con detalle lo ocurrido con David.

—¡Tuve tanto miedo, Miha Il! Y también por ti, como sabe la dirección…

—Esos cobardes no se atreven con otros hombres —afirmó, irritado—. Te lo puedo asegurar, me he topado con muchos granujas como él. Hay que ser muy ruin para tratar a una mujer así. Además, estabas sola… —Nunca lo había visto enfadado—. Me da asco solo con pensarlo. Y lo de la chica que te llamó… Eso no tiene nombre… Lo que te he dicho, hay que ser muy cobarde para ponerle la mano encima a una mujer y, además, en su estado…

—Al final, parece que ha reunido el valor para denunciarlo. Ojalá pueda rehacer su vida…

—¿Conservas el número de teléfono?

—No —lamenté—. Estaba tan atemorizada… Me advirtió que se desharía de la tarjeta nada más que terminara nuestra conversación… En realidad, ella

no sabía nada de mí, no podría estar segura de si yo avisaría a David. Me encogí de hombros.

—No te voy a presionar, Cati; pero esto hay que denunciarlo. Si ella no lo hace, opino que…

—*Uff*, ya hemos hablado demasiado de él. Si ella lo ha denunciado, no hay de qué preocuparse y eso es lo que vale.

—Tienes razón, Cati.

Necesitaba apartar por completo a David de aquellas cuatro paredes. Él no cabía entre Miha Il y yo. Le besé.

—¿Sabes una cosa?

—No, dime.

Comencé a reír sin poder parar.

—¡Cuéntamelo y así nos reímos los dos! —se impacientó.

—Pasó algo más en la galería, cuando Sherezade y yo fuimos a la exposición.

Me miró inquisitivo.

—Sí… Una tontería —proseguí— Bueno… Pues nada… Estando allí, una amiga de Sherezade nos leyó la mano, primero a ella y después a mí.

—¿Y te dijo que te ibas a enamorar de un moreno, guapo, sexy… y que viviríais felices por siempre jamás? —bromeó con pedantería.

—¡No! —le reprendí negando con el dedo—. Nos dijo que Sherezade y yo éramos madre e hija; es decir, que yo era la reencarnación de María de los Ángeles.

No se sorprendió tanto como yo había imaginado.

—¿Tú crees en eso?

Me encogí de hombros.

—No sé.

—Entonces… yo sería mi tío Khaled, ¿no?

Volví a encogerme de hombros con una sonrisa.

—La verdad es que algo extraño me sucedió cuando entré en la casa, parecía como si ya la conociera… Sobre todo, el salón, los libros, tú allí sentado sobre el puf leyendo… Será una estupidez… ¡Ay, no sé! Me parecía haberlo vivido antes, como un *dejavu*.

No pensamos ni hablamos más sobre aquello. Si fuera cierto, formaba parte del pasado, de un pasado empañado por el dolor y la tragedia. Miha Il y yo éramos el presente.

Un frío sepulcral me heló el alma, como un mal presagio. Deduje que se había producido al recordar de nuevo la historia trágica de amor y muerte de los padres de Sherezade.

¡Qué equivocada estaba!

Capítulo 63

Cati

La mañana nos halló despiertos y charlando. Hubiese sido difícil decidir si me fascinaba más escucharlo o contemplarlo. Miha Il estaba recostado sobre un lado, de modo que la melena negra con mechas plateadas caía en la almohada. Mientras hablaba solía mesarse la barba. Lo observaba con detalle.

—Tienes el pelo mucho más largo que yo. —Le tiré con suavidad de un mechón hasta la punta, para corroborar la afirmación.

—Si quieres me lo corto.

—No. No cambiaría nada de ti.

Y era verdad. Nunca me había resultado tan fácil acoplarme a una persona. Miha Il era como un par de zapatillas viejas de andar por casa: con él me sentía muy cómoda.

Habíamos previsto coger el tren de regreso a Utrera. Así que, tras asearnos, decidimos desayunar e ir dando un paseo hasta el apeadero de San Bernardo. Nada más salir del hostal, el golpe de calor nos advirtió de que aquel sería un día de los duros de agosto. Sin embargo, el mayor impacto no vino por parte de la temperatura infernal.

¡Dios, no! El grito que quise lanzar se me quebró en la garganta.

Frente a nosotros, apareció David con una pistola en la mano, apuntando hacia mí. La mirada de odio se ocultó tras el cuerpo de Miha Il, que se interpuso entre ambos cuando sonó el disparo fatal.

Miha Il cayó sobre mis pies, al tiempo que un aullido lastimero se escapó

de mis labios. Rígida, contemplé como David intentaba apretar el gatillo de nuevo, sin embargo, unos chicos se lanzaron encima de él.

Dejé de saber lo que ocurría a nuestro alrededor, solo me importaba el cuerpo de Miha Il que yacía sobre el suelo teñido de rojo. Hinqué las rodillas en el asfalto; con la mano derecha traté de taponar, sin éxito, la herida del pecho. La sangre no paraba de escurrirse entre mis dedos; temí que la vida se le escapara con ella.

—¡Dios mío, ayuda! ¡Ayuda! ¡Socorro! —grité sin parar.

Le acaricié la frente. Tenía los ojos cerrados; empezó a temblar.

—No me dejes, no me dejes…

Se instaló en mí un dolor aguado y conocido, que no supe ubicar en el pasado, justo en el mismo lugar donde Miha Il tenía alojada la bala. Entonces, como en una revelación, comprendí a María de los Ángeles, entendí qué le impulsó a dejarse morir incluso teniendo una hija pequeña.

—No te vayas, no te vayas…

Capítulo 64

Sherezade

—Sí, creo que sé llegar —mintió Sherezade, acordándose de la mañana en la que estuvo haciendo guardia frente al camino del cortijo de Inocencio de los Ríos—. Vale… Sí, ahora nos vemos.

Pulsó el botón rojo del móvil para finalizar la llamada. Se miró en el espejo de la entrada, nunca se había visto tan guapa como ese día. Pedro había salido temprano. No había dicho a dónde iba. Casi no hablaban. No le importó, por fin tenía una cita con Inocencio.

Sí, iría a la casa de este con la excusa de comprar un cuadro; pero… Nadie sabía lo que surgiría del encuentro codiciado. Por si acaso, ella iba preparada. Había dedicado gran parte de la mañana a acicalarse con esmero. Estrenaba lencería, hidratante corporal y perfume. Pero si por algún motivo, algo se interponía en su propósito, había previsto un plan B: guardó en el bolso un sobre pequeño con una de sus tarjetas y una nota escrita a mano, en la que le explicaba al pintor lo que significaba para ella. Sí, echaría el resto de la carne en el asador, se lo jugaría todo a una carta.

Pensó en apagar el teléfono para que nada la molestara, pero un cierto miedo se lo impidió. Un miedo que ni ella misma quería confesarse: el miedo a que Pedro cometiera una locura. Optó por silenciarlo.

Repitió paso por paso el mismo recorrido de unas semanas atrás, con la diferencia de que cuando llegó, en el camino ya le esperaba el todoterreno de color verde. Inocencio de los Ríos le indicó con la mano, y ella le siguió.

Recorrió tras él el sendero franqueado por adelfas y palmeras. Cuando llegaron al final, Sherezade no prestó la más mínima atención a la construcción que se presentó, majestuosa, frente a ella. Aparcaron los dos coches fuera, bajo la sombra de una encina. Se saludaron con un apretón de manos.

—Pase.

La cancela verde y desconchada que daba acceso al cortijo estaba abierta. La vivienda se dividía en varias piezas encaladas y unidas entre sí, que se distribuían alrededor de un gran patio exterior adoquinado. Sí, le llamaron la atención varios cachivaches viejos; muebles antiguos a medio restaurar; algunas esculturas y lienzos, de diferentes tamaños y estadios del proceso creativo; esparcidos sin orden ni concierto. Es un desastre de hombre. ¡Me encanta!, pensó al descubrir que no estaba frente a otro Pedro.

—Disculpe el desorden: son cosillas en las que estoy trabajando —se excusó— ¿Le apetece algo de beber?

Sherezade notó que tenía sed.

—Sí, por favor.

Entro con él en la que parecía la pieza principal de la construcción andaluza. Era un salón decorado con cuadros de gran tamaño pintados por él. Ella conocía su sello. La estancia estaba dividida en varios ambientes bien definidos. Por un lado, un espacio muy acogedor en torno a una chimenea apagada. Otro, hacía las veces de comedor; lo presidía una mesa enorme con sillas; y un rincón más pequeño y retirado con un par de sofás y un televisor.

Anduvo tras él hasta aproximarse a la cocina. ¡Ha llegado el momento! Se ordenó, dispuesta a saltar sobre él. «¡Mierda!», susurró entre dientes cuando vio el cuerpecillo de una señora de edad avanzada que preparaba el almuerzo.

—Buenos días —saludó esta.

—Buenos días —respondió Sherezade con odio concentrado.

—Ella es Josefa. La dueña de la casa. —Inocencio rio mirando con ternura a la mujer.

—¡Si fuera la dueña te iba a dejar que tuvieras el patio así! —riñó con gesto que denotaba bastante carácter. Refunfuñó algo por lo bajo y continuó con la tarea.

Con una sonrisa deliciosa, el hombre se dirigió a la invitada:

—¿Quiere un refresco, una cerveza, un vaso de agua…? —No esperó respuesta, aunque ella tampoco podría contestarle: aún estaba embelesada por la candidez que reflejaba su rostro—. Yo me voy a tomar una cervecita: ya es hora y hace *una caló* horrible.

—Sí, una cerveza estará bien —balbució. De hoy no pasa: tienes que ser mío, se repitió.

Inocencio cogió dos botellines de *Cruzcampo* del frigorífico.

—¿Quiere vaso?

—No, gracias: prefiero beberla del botellín.

Le alargó uno a Sherezade, esta lo cogió rozándole los dedos a conciencia. Salieron de nuevo al salón. Con la misma mano con la que sostenía la bebida, Inocencio señaló hacia los cuadros que colgaban de las paredes.

—Estos son míos también, pero no los vendo. —Guiñó un ojo—. Venga, le enseñaré los del estudio.

Sherezade lo siguió como los perros a las hembras en celo. No pensaba en la pintura, sino en saltar sobre él. Cruzaron el patio central de nuevo, para encaminarse hasta una de las piezas más alejadas de la construcción. Era el estudio. Sherezade cruzó los dedos. Que no haya nadie… que no haya nadie…

Inocencio abrió con un golpe de hombro una puerta de madera, robusta y labrada. Una salamanquesa cayó al suelo.

—¡*Joé*, parece un cocodrilo! —exclamó el artista al tiempo que le propinaba un puntapié al reptil.

Sherezade dio un respingo hacia atrás.

—No se asuste, no hacen ná: solo comen mosquitos. ¿Le dan miedo? A alguna gente le da miedo un bicho tan chico. ¡Hay gente para *tó*!

—No, no me dan miedo: solo me he asustado.

—Menos mal, porque por aquí hay muchas.

Al abrir, el lugar se llenó de luz.

—Entre.

Varias salamanquesas corrieron por las paredes blancas hasta esconderse detrás de los cuadros. Este es su estudio… De aquí no se escapa, se alentó Sherezade. Miró en derredor. Este hombre es el caos personificado. Y tenía razón. El techo alto y de vigas de madera era el único sitio que no estaba lleno de lienzos; pero, no importaba: lo habían ocupado las telarañas. En medio, a lo largo, se disponían varios tableros sujetos con trípodes repletos de pinceles, trapos viejos y botes de pintura. No solo se encontraban en los tableros, sino en el suelo, sobre sillas, encima de cubos vueltos que hacían las veces de mesas… A la izquierda, en un rincón, había un par de estanterías desordenadas y con estantes vacíos. Si alguien le hubiese dicho a Sherezade que por allí acaba de pasar una jauría hambrienta buscando comida, se lo hubiera creído sin dudar ni un segundo.

Pero, aun así, no se maravilló ni por las obras de arte colgadas o repartidas por doquier, ni se alarmó por el desorden. Tampoco le molestó ni el olor a disolvente ni a pintura. Ella solo seguía el rastro de la presa acorralada. Lo

observaba buscando el momento certero para atraparlo entre las piernas. Inocencio se plantó delante de uno de sus trabajos. Entre trazos y trazos se vislumbraba el cuerpo desnudo de una mujer.

—He pensado que podría gustarle este. Tiene fuerza y es delicado a la vez.

Sherezade asintió casi sin prestar atención a la explicación: él era el único trofeo que quería llevarse de allí. Ha llegado el momento, se animó, decidida. Dio un paso más para acercarse a él; irrumpió sin contemplaciones en su zona de seguridad. El pintor no pareció molestarse. Vas por buen camino, Ade: no se ha apartado de ti. Cada vez que él se movía para mostrarle otro cuadro, ella ganaba terreno. Sí, por fin iba a conseguir su propósito.

Sherezade hizo acopio del valor que necesitaba. Sacudió la cabeza de rizos y posó la mano en el brazo de Inocencio.

—Yo…

Escuchó ruido de voces fuera, en el patio central. Se giró alarmada.

—Son mis alumnos, no se asuste.

El odio comenzó a bullir desde los pies hasta la boca; como acalló las palabras de rabia, continuó subiendo y le perló la frente. Sacó del bolso el abanico y un pañuelo de papel. Se secó la piel de la cara.

Un grupo, formado por una decena de chicos, irrumpió en el estudio con gran revuelo. Saludaron con bastante confianza al maestro y con gestos lejanos, a la invitada. Fueron ocupando sus lugares correspondientes. Sherezade los fulminó con la mirada. Le hubiese gustado tener un rayo destructor en los ojos y convertirlos en polvo. ¿Por qué resultaba tan complicado estar con Inocencio? Aunque estar no era precisamente lo que ella quería: necesitaba sentirlo dentro de las entrañas y ya.

El hombre, sin descuidar a los alumnos, continuó mostrando y explicando

los cuadros a la supuesta interesada en la compra de uno. Aunque me den las uvas, no me muevo de aquí sin tirármelo —se dijo—. Tengo todo el tiempo del mundo. ¡Cómo Sherezade Guzmán de Hinojosa que me llamo que los mocosos estos se irán de aquí antes yo!

Mientras con una sonrisa encantadora se iba interesando por los trabajos de los alumnos, con la mirada los iba acribillando sin piedad. Se dedicó a contemplar con detenimiento cada cuadro; a hacer preguntas sobre ellos; sin dejar de echar un ojo a un reloj redondo que colgaba sobre una de las paredes del estudio. También estaba lleno de telarañas, no le extrañó. Pensó en la pulcritud de Pedro que tanto se contraponía al estilo bohemio de Inocencio.

El pintor fue a por un par de cervezas para ellos dos y unas latas de refrescos para los alumnos. El deseo de Sherezade se hizo realidad y, a la hora, los chicos se dispusieron a marcharse.

De nuevo solos. No había tiempo que perder, Inocencio había ido a despedirlos hasta la cancela de entrada. Sherezade cogió del bolso otro pañuelo, se secó la frente. Rebuscó hasta encontrar un espejito y un pintalabios de color carmín intenso que siempre llevaba consigo, se retocó. Continuaba estando bella. Se recolocó el sujetador y el pelo.

Tras unos minutos, Inocencio apareció. Los ojos le habían cambiado, no sabía si por los efectos de la cerveza o por algo más. La respuesta a la duda la resolvió su vulva. El hombre se acercó directo hacia ella, con paso tranquilo y firme; a Sherezade le temblaron las piernas. Guardó los efectos personales en el bolso. Observó una luz parpadeante en el móvil. Lo cogió, solo para estar segura de que no era nada de importancia. Se quedó lívida, tenía una llamada de su hijo Wence y diez de Pura.

—¡Cati! —se alarmó— ¡Le ha pasado algo a Cati!

Aquello no era normal. Sin prestar atención a Inocencio, llamó a la cuñada de su amiga.

—Hola, Pura…

—¡Ay, Ade! ¡Por fin te localizo!

La voz de la mujer era entrecortada, angustiada.

—¡¿Le ha pasado algo a Cati!?

—¡Ay, hija! ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

Un escalofrío húmedo le resbaló por la espalda. Necesitó calmarse antes de pensar en lo peor.

—¡¿Qué ha pasado, Pura?! —gritó a punto de ponerse fuera de sí.

—David ha disparado a tu primo.

—¡¿Cómo?! ¿Y Cati…?

—¡Ay! ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

—¡¿Cómo está Cati?! —chilló con más fuerza.

—Ella está bien, tu primo se interpuso para que el loco ese no le disparara a ella.

—¡Ay, Dios mío! ¿Pero…?

—Lo están operando… Está muy grave, Ade… Muy grave… No se sabe si…

—¿Dónde?

—Está en Virgen del Rocío. Nosotros vamos para allá. Cati está sola.

—Vale, ahora mismo salgo.

Inocencio la observaba con preocupación.

—Tengo que irme… Mi amiga me necesita…

Arrojó el móvil en el bolso. Al hacerlo vio el sobre que había preparado para Inocencio. Alargó la mano hasta él y se lo entregó. Sin decir adiós, se

marchó corriendo.

Capítulo 65

Cati

No podría asegurar cuánto tiempo permanecí arrodillada al lado de Miha Il. Mientras la sangre corría entre mis dedos, sentí como la vida se le marchaba de igual forma. Tampoco podría asegurar cuánto llevaba allí sentada, en aquella sala llena de gente extraña que no paraba de hablar. Solo atiné a llamar a Pura porque era el último número que había marcado. «No te preocupes por nada, Cati —había dicho—. Llamaré a Sherezade. Tú tranquila, hija, tranquila. Dejamos a los niños y vamos para allá».

Parecía como si aquellas cuatro paredes comenzaran a estrecharse entorno a mí. Los murmullos de los familiares que esperaban se elevaron y necesité respirar. Salí al pasillo a por un poco de aire menos viciado. Hubiese deseado escapar hasta la puerta principal, pero no podía alejarme demasiado. Un teléfono colgado en una de las paredes sonaba cada poco. Cuando lo hacía, alguien lo descolgaba y la atención de todos se dirigía a esa persona, la que nombraba al paciente. Llevaba horas deseando y temiendo escuchar el de Miha Il.

Cada vez que la cristalera de acceso se abría para que alguien entrara o saliera del hospital, el calor exterior, como una llamarada, se colaba y le ganaba terreno al frío del aire acondicionado. Y esa era la única conexión que tenía con la realidad, lo único que me empujaba fuera de la nebulosa envolvente de tormento.

A lo lejos, vi la silueta inconfundible de Sherezade, los rizos, las gafas de

sol y el abanico en la mano derecha. Se encaminó hacia el mostrador de información. Di unos pasos hacia ella. Levantó la cabeza y me vio. Entonces fue cuando las fuerzas me flaquearon.

—¡Ay, mi niña! —dijo al acercarse.

Me cobijó en medio del pecho perfumado. Lloré sin tener en cuenta que le estaba mojando el vestido.

—¿Cómo está Miha Il?

—No lo sé. —Gemí—. Le están interviniendo. Es lo único que sé.

Mi cuerpo temblaba como el de una niña que acaba de tener una pesadilla horrible. Y, de hecho, no había mejor descripción: estaba dentro de una. De nuevo tenía esa sensación horrible en el estómago, la misma que cuando desaparecieron los niños y Marcos murió.

Nos apoyamos sobre una de las paredes del pasillo, desde donde podíamos estar atentas por si nombraban a Miha Il.

—Una señora de ahí, de la sala de espera —señalé—, me ha explicado que hay dos momentos críticos en las perforaciones del pulmón por bala: una durante la primera hora y la segunda a lo largo de las cuarenta y ocho horas siguientes. —Busqué consuelo en Sherezade—. ¡Ay, Ade! Y si Miha Il… —no puede pronunciar las palabras que tanto me aterrorizaban.

—No te preocupes… Ya te habrías enterado… Sería lo primero que harían… —Entornó la ceja con un enfado evidente—. Además… ¡qué sabrá esa chismosa?

El labio superior se elevó mostrando asco. Era la forma que tenía de dar apoyo.

—Me ha dicho algo sobre un hijo suyo, pero no le pude presté demasiada atención, solo he entendido eso.

Tomó mis manos entre las suyas y las frotó con bastante vigor; la verdad es que las tenía heladas por el aire acondicionado, el miedo, o por ambos.

—Saldrá de esta, Cati, ya lo verás. Saldrá, él sabe que tú estás aquí, que lo estás esperando…

La mandíbula me castañeó, no pude pronunciar palabra.

—Ya verás, ya verás…

—Ade, esa bala iba para mí… Miha Il no se lo pensó y se interpuso.

Señaló hacia los vellos del brazo.

—Mira, se me ha puesto la piel de gallina, Cati. ¡No me lo puedo creer!

—Te lo aseguro, Ade, David apuntaba hacia mí y, de repente, Miha Il, sin pensárselo, porque no hubo tiempo, se interpuso entre nosotros.

—¡Cati, estaba dispuesto a dar la vida por ti! No lo dejes escapar, hija, si es capaz de eso…

—No pienso hacerlo…

—Si es que se quedó prendado de ti nada más verte por primera vez en el aeropuerto. Sabes que conozco muy bien a los hombres, a mí no se me va ni una. Va a ser verdad eso de que el amor verdadero existe.

—A mí me pasó lo mismo con él. No sé cómo explicarlo, pero nunca he sentido eso por ningún otro. Es como si lo conociera de toda la vida. ¡Ay, Ade, no soportaría que le ocurriera nada!

—No pienses en eso. —Me levantó la cara por la barbilla para que la mirara a los ojos—. Escucha, mi primo va a salir de esta; en primer lugar, porque es un hombre fuerte y sano; pero, sobre todo, porque sabe que tú lo esperas, y está loquito por ti.

Me echó el brazo por los hombros.

—¡Ay, mi niña, estás congelada! —Me dio calor con su cuerpo y

reconfortó mi alma con su ánimo—. Verás como todo va bien… Ya te toca ser feliz.

Después se puso a hablar de temas intrascendentes, yo no la escuchaba y ella lo sabía; pero, aun así, continuó.

Al rato llegaron Pura, José y José María.

—Cati, voy a intentar localizar a alguien de la familia de Miha Il —se excusó, al tiempo que metía la mano en el bolso para sacar el móvil—. Bueno… de mi familia.

—Sí, claro. No había caído...

—Cati, la policía quiere tomarte declaración —explicó José María. Como era habitual, él se encargaba de los temas burocráticos, sin necesidad de que se lo pidieran. Se lo agradecí—. Vendrán un poco más tarde...

—¿A mí?

Asintió con la cabeza.

—¡¿Qué tiene que declarar ella?! —protestó Pura, alzando la voz—. ¡Lo que tienen que hacer es no soltar al loco ese nunca más!

El sobrino de Marcos pareció no escuchar a su tía.

—Tienen testigos de sobra, pero necesitan hablar contigo. Pero no te preocupes, vendrán más tarde. Cuando Miha Il salga…

«Salga…», había pronunciado «salga». Eso significaba que lo daba por hecho. Y yo confiaba en el criterio de José Mará más que en ningún otro.

—Id a comer algo —pidió José.

—No, no tengo hambre… Además, pueden llamar, y yo…

—No te preocupes por eso, Cati, yo estaré aquí —se ofreció el buen hombre.

Negué con la cabeza mientras abrazaba con fuerza la mochila de Miha Il.

Todavía conservaba su olor.

—Cati —Sherezade se acercó de nuevo a nosotros—, ya he hablado con ellos.

—¿Y…? —pregunté con angustia, mientras mi amiga guardaba el móvil.

—Pues nada, los de Nador y Melilla lo tienen bastante complicado. Aunque están barajando varias posibilidades. Luego me dirán algo. También he hablado con su madre… —Bajó la cabeza—. Imagínate. Está en Estados Unidos, ha querido buscar un vuelo y plantarse aquí. La he convencido para que se espere.

La miraba sin perder detalle, aquella era ya, de alguna forma, mi familia también, y ahora estábamos unidos por el mismo dolor.

—Le he dado a Farah tu número de teléfono, ¿te importa?

—No: has hecho bien.

—¿Y los niños? —preguntó.

—Dice Pura que se han quedado con los primos. Están bien, no saben nada.

—¿Vamos a comer algo?

Negué con la cabeza.

—¡Vamos, Cati! Tienes que tomar algo, aunque sea agua.

—No.

Ellos fueron y vinieron a la cafetería. Una de las veces, Sherezade trajo una botella de agua, un refresco y un bocadillo. Solo bebí algo de agua. No me pasaba nada por la garganta.

Pura y José se sentaron en la sala de espera. Mientras él dormitaba, ella informaba a una señora de su historial. José María andaba de un lado a otro, sin despejarse el móvil de la oreja. Mi amiga y yo dábamos pequeños paseos

por el pasillo. En uno de nuestros recorridos hacia la puerta de entrada, se quedó paralizada. Abrió tanto los ojos que parecía como si hubiese visto a Dios.

—Aadina… —balbució.

La cristalera se abrió. Además del calor sofocante, entró una pareja. Sherezade anduvo hacia ellos.

—¡Aadina, eres tú! ¡No lo puedo creer!

Las dos mujeres, tía y sobrina, se fundieron como una.

—Pero… pero…

—Manolo y yo vivimos en Málaga… Así que cuando nos han telefoneado para contarnos lo de Miha Il, hemos decidido venir para acá.

—Pero… No sabía que vivías tan cerca…

Aadina bajó la cabeza.

—Sí… Tan cerca y tanto tiempo sin saber de ti… Tenemos tanto de qué hablar... —Sacó dos pañuelos del bolso, uno para su sobrina y otro para ella. Con voz nasal preguntó: — ¿Cómo está Miha Il?

—¡Cati!

José María salía de la sala de espera. Corrí hacia él.

—¡Vamos! —dijo, extendiendo el brazo para que me agarrara a él.

Subimos. El doctor nos esperaba en la zona de cirugía. Aadina y yo entramos para que nos informara.

Capítulo 66

Cati

—Hola.

No estaba dormida, solo había dejado caer la cabeza sobre la cama, junto a él. Sujetaba una de sus manos entre las mías, mientras jugueteaba con los dedos y observaba con detenimiento la dirección de los vellos negros de su antebrazo en el que tenía puesta la vía con el suero.

—Hola —respondí. Le besé la mano y levanté la mirada. Se había retirado la mascarilla del oxígeno.

—¿Estoy en el Cielo? —Sonrió.

Negué, devolviéndole la sonrisa.

Los últimos días habían sido una acumulación de horas en espera. Iba a Utrera solo para darme una ducha y volvía al hospital. Necesitaba estar cerca de él. Estuvo sedado durante el tiempo que permaneció en la UCI, por lo que solo podía entrar y quedarme junto a su cuerpo inmóvil, los tubos, la vía con el suero, el ruido de monitores que controlaban las constantes vitales y el sonido burbujeante del oxígeno. Pero no importaba: podía estar con él, acariciarle, hablarle para asegurarle que estaba ahí, que lo esperaba y recordarle nuestros planes de futuro, cualquier cosa para retenerlo en este mundo.

Las noches las pasaba en compañía de mis pequeñines, los echaba tanto de menos… A penas descansaba. Cada vez que cogía el sueño, me despertaba

sobresaltada y miraba el móvil: preocupada por si habían llamado del hospital mientras dormía.

Sherezade se encargó de unos primos que vinieron de Melilla, de Aadina y de Manolo. Les buscó un hotel en Sevilla para que se alojaran. Pese a que ambas les ofrecimos nuestros respectivos pisos, ellos prefirieron quedarse allí. Sabían moverse mejor por la capital andaluza y, además, estaban más cerca del hospital, por lo que no dependerían de trenes ni de taxis para desplazarse hasta allí.

Yo, por mi parte, estuve en contacto con Farah, la madre de Miha Il. La pobre mujer telefoneaba de dos a tres veces al día, impotente por no poder acompañar a su hijo en tales circunstancias. En cada llamada agradecía hasta la saciedad el apoyo de cada uno de nosotros. Un apoyo que, para mí, era natural: lo amaba.

Sí, amaba a Miha Il como no había amado a ningún otro hombre. Cuando era más joven quizás buscaba al típico chulo perdido a quien rescatar; por ello, tal vez, caí encandilada por Marcos. Ahora no. Miha Il era un igual, nadie rescataba a nadie. Él era una persona curtida por los años, la cultura, la inteligencia y el sentido común. Yo comenzaba a despegar, nos encontramos justo en el momento cuando había empezado a encontrar el camino hacia mí misma, y a discernir lo que quería y lo que ya no quería. Había surgido fortalecida tras escapar de las garras del tormento. Durante años permanecí aletargada dentro de un caparazón de cobardía: temía vivir bajo unos criterios propios. Si miraba con retrospectiva, podía adivinar que cada uno de los golpes, cada una de las desilusiones y desengaños, simplemente habían servido para despertarme y para encauzar los pies hacia el lugar correcto.

Y allí esperaba Miha Il, paciente, a que yo llegara. Sin embargo, la meta no

culminaba en él, puesto que él no suponía el premio o el trofeo, solo el compañero del nuevo sendero.

Y David… David era aire. Si miraba hacia atrás, ni lo veía. Si alguna vez sentí algo por él, se había quedado en el olvido. Lo borraría por completo de la memoria. No quería ni un solo recuerdo de un individuo tan ruin, ni el más mínimo.

Tras abandonar la UCI, Miha Il permaneció hospitalizado una semana más. La recuperación fue bastante rápida, mucho más de lo que cabía esperar, según nos comunicaron los doctores.

Cuando salió del hospital, Aadina y Manolo regresaron a Málaga. Y los primos a Melilla. Estos se llevaron parte de nuestros enseres. El propósito de vivir el resto del verano en la casa de los padres de Sherezade, continuaba en pie. «Una de las formas de demostrarnos que él no ha ganado es continuar con nuestros proyectos, Cati. Te aseguro que estoy bien para viajar», repuso Miha Il al plantearle las dudas que me suscitaba mudarnos tan pronto.

Cuando estuvo bastante más restablecido, comenzamos a organizar la marcha a nuestro hogar. Me encantaba pronunciar *«nuestro hogar»*. Lo más engorroso fue empaquetar lo poco que nos llevaríamos; lo más pesado, solucionar el papeleo para que mi madre se viniera con nosotros; pero, lo difícil fueron las despedidas.

Pura organizó un almuerzo en el campo para despedirnos de la familia Ontanilla al completo. Volvieron a hacer gala de buena educación y de lo capaces que eran de mostrar cariño y aceptar a las personas, cuando así lo decidían, al acoger a Miha Il como a uno más. Al final de la velada, Pura lloró al tiempo que nos deseó lo mejor.

—Pura, sabes que allí tienes tu casa. No dudes en venir a vernos siempre que quieras.

—Gracias, hija, de corazón. ¡Cuánto voy a echar de menos a mis niños!

—No te preocupes, no permitiré que perdáis el contacto. Ellos vendrán para Utrera. Te lo aseguro. Y vosotros ya sabéis: sois nuestra familia, Pura.

Nos fundimos en un abrazo sincero. Por fin había aprendido a cogerle cariño.

Pero el peor escollo, sin lugar a duda, aún estaba por llegar y tenía nombre de mujer: Sherezade Guzmán de Hinojosa.

Capítulo 67

Cati

Aquella última tarde en Utrera, Miha Il se ocuparía de los dos pequeñajos.

—¡Mamá, Miha Il ha dicho que vamos a jugar a ser turistas! —gritó Víctor entusiasmado durante el desayuno.

Giré la cabeza hacia el creador de la idea, con mirada inquisitiva.

—¿Y ese juego…?

—Pues nada, les he explicado que vamos a fingir que somos turista y vamos a visitar la ciudad con ojos nuevos. ¿Verdad, chicos? —Los dos asintieron con los ojos llenos de chiribitas—. Yo seré el guía y les explicaré algo de la historia, los monumentos…

—¿Y la gastronomía…?

—Nos llevaremos bocatas, pero también nos tomaremos algo por ahí.

—¡Ah…! ¿Y cómo sabes tanto de Utrera?

—He tenido mucho tiempo en el hospital. ¡Ah! Y un portátil con conexión a internet. —Me guiñó un ojo.

A las siete de la tarde, Sherezade subió al piso para despedirse de Víctor, Álex y de Miha Il. Ahí cayeron los primeros llantos.

—¿Por qué lloras, Ade? —preguntó Álex, perplejo.

—Porque os voy a echar de menos.

—Pero vendrás a vernos, ¿no?

—¡Pues claro! —Se agachó para ponerse a la altura de ellos—. Prometedme que cuidaréis de mamá. —Los dos asintieron con la cabeza.

—Miha Il también la cuida, Ade.

—Ya. —Apuntó a su primo con el abanico— ¡Más le vale! —Levantó la ceja de forma cómica. Se acercó a él para darle un beso —Bueno, buen viaje… Y lo dicho: cuídamela.

—Descuida. —Los dos se volvieron hacia mí.

—¡Anda, vámonos! —interrumpí, antes de que se pusieran más ñoños.

Fuimos a Sevilla. Cuando llegamos aún hacía demasiado calor como para estar en la calle; así que buscamos un lugar fresco en el que tomar un café. Allí, frente a una mesita redonda y dos tazas, empezaron los primeros lloros. Sabíamos que nos íbamos a ver pronto, pero cómo nos echaríamos de menos… Cómo añoraríamos nuestras charlas, nuestros desayunos, los paseos por Sevilla... Ella estaba a punto de enfrentarse a una nueva aventura, y yo también; pero las dos seguiríamos unidas para siempre. Es lo bello de la amistad.

Al día siguiente, ella empezaría la trayectoria que se había propuesto y nosotros nos marcharíamos a Málaga a coger el barco que nos llevaría a Melilla. Era nuestra última noche juntas, no sabíamos hasta cuándo.

Cuando la temperatura dio una tregua, las dos propusimos al unísono:

—¡Vamos al bar de los boquerones en adobo!

Reímos.

Salimos de la cafetería. El calor era soportable y aún no había oscurecido del todo. La calle Tetuán era un hervidero de gente que iba y venía. Todavía estábamos en época de rebajas, las segundas o terceras rebajas; por lo que en las tiendas no cabía ni un alfiler. Agradecimos que hubiese una mesa vacía, aunque no nos importaba comer las tapas de pie: el sitio merecía la pena. El camarero se plantó ante nuestra mesa; teníamos muy claro lo que íbamos a

tomar.

—Dos cervezas, dos tapas de adobo y dos de pavías.

—¿Eso es todo?

—Por ahora… —apuntilló Sherezade.

Disfrutamos de la comida y de la charla, mientras la calle angosta se llenaba de hambrientos con bolsas de los comercios cercanos, que pedían la vez para ocupar las mesas que se iban quedando vacías.

—¡Ay, Cati! ¡Cuánto te voy a echar de menos! Primero Cecilia, ahora tú… ¿Con quién voy a disfrutar de estas cosas?

—¡Anda, no seas tontina! —me burlé, secándole las lágrimas—. Yo estaré cerquita… Y… si ya casi somos familia...

—Bueno… eso cuando me deis un sobrinito…

—¡Anda, anda! No corras tanto.

Nos abrazamos y nos quedamos así por un buen rato, sin tener en cuenta que el resto de los comensales nos observaban.

—Te quiero, Cati.

—Y yo te quiero más a ti, tonta. Cuídate, Ade. Prométeme…

—No te preocupes, no me pasará nada.

—Entonces… a partir de mañana ya puedo decir con la cabeza bien alta que tengo una amiga prostituta, ¿no? —me mofé de nuevo.

—Pues sí. ¡Puta, puta!

Reímos. Cuánto iba a echar de menos aquellas risas tontas.

—Ade, nunca he querido interferir en tus asuntos, siempre he intentado respetarte al máximo… ¿Verdad?

—Pero… Porque esto suena a que hay un pero por algún lado.

—¿Por qué no le das una oportunidad a tu matrimonio? Pedro te quiere…

—Ya, ya sé que me quiere… Y no quiero perderlo… Pero…

Si algo definía a mi amiga era la testarudez. Se había propuesto aquello y nada ni nadie la detendría: podría asegurarlo sin lugar a duda.

—A lo mejor yo no quiero sentir un amor verdadero como tú, uno de esos de película. Yo quiero buscar al hombre ideal en muchos. Necesito un poco de cada uno de ellos. Me gustan los hombres, me gusta el olor, la piel, el tacto… Y me gusta variar.

No sabía qué decir ni cómo explicarle la opinión que tenía al respecto. Éramos muy opuestas, solo eso. Igual allí estaba su felicidad. Al menos eso es lo que yo deseaba.

—¿Sabes una cosa, Ade?

—Dime.

—Pedro también se hubiese interpuesto entre tú y cualquier bala.

Calló. Y una voz dentro de mí dijo: «Déjalo así».

Capítulo 68

Sherezade

Sherezade y Pedro pasaron aquella noche en el piso. Él dormía en la habitación de Serafín desde que su mujer le soltó la bomba que hizo que el corazón le explotara en mil pedazos.

Ninguno de los dos se había levantado temprano aquella mañana calurosa de agosto. No solo coincidían en eso, sino también en que ambos tenían perfectamente claro sus cometidos para esa jornada.

Por su parte, Pedro se bajó de la cama, triste y apesadumbrado, arrastrando los pies como si quisiera detener las horas por venir. Sí, no pensó en él mismo, ni siquiera en sus proyectos. Sabía que ese día su mujer culminaría sus planes. Y ese pensamiento lastimero le empujó directo hasta el baño a vomitar de nuevo. Había perdido la cuenta de lo vomitado en aquellas dos semanas. Los escalofríos tampoco le daban tregua. A pesar de la ola de calor que achicharraba al Valle del Guadalquivir desde finales de julio, un frío infernal había helado y arrasado su interior, cubriéndolo de escarcha. En otras ocasiones, sudaba sin esperarlo; se le empapa el cuerpo como si se precipitara sobre él la nube negra que le seguía por doquier.

Buscó con desgana su rostro en el espejo. Había adelgazado muchísimo. Se le marcaban los pómulos y las cuencas de los ojos se le habían hundido por la tristeza. «Quería ponerme en forma, pero no así», se lamentó con una muesca indescifrable, lejos de parecer una sonrisa.

Abrió el grifo del lavabo. Le dio rabia que estuviese tan brillante.

Sherezade no se había desviado de su camino ni un ápice, mientras él… Simplemente ya no tenía camino. Se lavó la cara. Los vellos duros y recios crecidos durante la noche empezaban a despuntar. No tenía intención de afeitarse ni de pelarse. Costase lo que costase, quería borrar la imagen de aquel Pedro que tanto le asqueaba.

Salió. De nuevo intentó desterrar de la mente la visión de su mujer bajo los envistes de cualquier desconocido. Se tapó la boca para contener las náuseas.

Por su parte, Sherezade desconocía por completo los planes de Pedro. A él le apenaba sobre manera que a su esposa ya no le importará lo más mínimo.

Desayunaron por separado. Pedro intentaba no coincidir con ella, la rehuía. Los silencios se le hacían pesados e insoportables. Vivía taciturno, apocado. Nada que ver con el visible y creciente entusiasmo de ella.

Con el almuerzo, ocurrió lo mismo. Se evitaban, no querían ni cruzarse por el pasillo.

Sherezade lo deseó esa mañana y después de comer. Le hubiese gustado hacer el amor con él. Seguía deseándolo. Pero el problema para Pedro era que no solo a él.

Sherezade se dispuso a abandonar el domicilio conyugal en primer lugar.

—Adiós —dijo, buscando la aprobación de su marido con la mirada. En el pasillo, frente a la puerta de la calle.

—Adiós —respondió él, frío, sin levantar la cabeza del periódico.

Ella giró el pomo, dispuesta a salir. Sin embargo, ante la inminente marcha de Sherezade reaccionó.

—Espera.

Tengo prisa, pensó ella malhumorada, pero se detuvo.

—Aún no te he contado lo que tenía que contarte —dijo plantado ante ella.

Con los hombros bajos y la cabeza gacha.

—¿Cómo…?

—Sí, aquella noche… después de la cena. Te dije que tenía que hablar contigo y tú… tú te adelantaste… —La miró sin levantar el resto del cuerpo.

—¡Ah, sí! ¿¡Y ahora me lo vas a contar!? —preguntó altiva y echando un vistazo al reloj.

—Esa noche… —dudó—. Esa noche te iba a decir que estoy loco por ti; que te he amado siempre; que quizás no he sido el hombre que tú merecías; que me miraba el ombligo mientras tú aceptabas cada una de mis peticiones; que te mantenías perfecta para mí; que nunca te he escuchado; que no he prestado atención a tus deseos. Quería decirte, que tu… tu… cambio… de los últimos meses había despertado al Pedro aletargado dentro de mí, y que quería ser mejor hombre para ti. No lo notaste, pero me había cambiado de corte de pelo, de ropa y de perfume por ti. Y quería compensarte estos años de vacaciones egoístas en Rota, con un viaje para ti y para mí, para dar la vuelta al mundo, juntos. Que fuéramos a donde tú quisieras…

Sherezade lo observaba, Pedro creyó intuir que las venas de los ojos se le enrojecían, como siempre le pasaba antes de empezar a llorar. Pero no vio ninguna lágrima en ellos.

—Tengo reserva para cenar en la Torre Eiffel el día de nuestro aniversario de boda. Tenía pensado pedirte que te casaras conmigo de nuevo…

Una tímida gota se entremezcló con las pestañas negras de ella.

—Sherezade, te pediría una y mil veces que te volvieras a casar conmigo. Me casaría contigo vida tras vida. No puede existir otra mujer como tú. —Cogió los billetes—. Olvidémonos de todo. Perdonémonos. —Los alargó hasta ella—. Vente conmigo. El avión sale esta tarde.

Sherezade tragó saliva. Y negó con la cabeza.

—No, Pedro.

—Piénsalo, Sherezade, te estaré esperando.

—Adiós, Pedro —dijo, y se marchó.

Al rato Pedro echó una ojeada al reloj del salón. Era la hora. Fue al cuarto de Wenceslao. Sacó la maleta de debajo de la cama. Se aseguró de que no le faltaba nada. Buscó en el bolsillo de la mochila que llevaría como equipaje de mano; guardó los dos billetes. Deseaba que Sherezade apareciera en el aeropuerto, como en las películas románticas que él se negaba a ver con ella.

Salió de su bloque. No regresaría en mucho tiempo. Recordó la ilusión que les embargó cuando dieron la entrada para comprarlo. La de sueños que él había depositado en esas cuatro paredes. Y si tenía que ser honesto, se habían cumplido. Había visto crecer a sus hijos, convertirse en hombres. De allí también partieron para emprender sus vidas lejos del cascarón protector de sus padres. Sus hijos… Había hablado con ellos. Tenían previsto compartir juntos unas semanas del viaje. No supo qué contestar cuando les informó sobre por qué su madre no le acompañaría. Ya eran los suficientemente mayores para saber que los matrimonios pasaban por crisis.

No necesitó llamar a ningún taxi, había uno aparcado en la parada. Llegó con bastante tiempo al aeropuerto. Dejó una buena propina al taxista y se despidió de él. Necesitaba despedirse de su entorno, de lo conocido.

¿Qué hacer ahora?, se preguntó. Tomaría un café y leería un libro mientras esperaba para facturar.

Sherezade revoloteaba nerviosa por el piso de Virgen de Luján. Quería que cada detalle estuviera perfecto. No pensó en las palabras de Pedro: aquello

tiraría por la borda tanto trabajo, y su sueño. El recepcionista, Julio, además de poseer muy buen gusto para la decoración y para elegir lencería femenina, hacía gala de unos modales elegantes y exquisitos. A Pepa, la señora de la limpieza, la contrató por la perfección y, no menos importante, discreción. Ambos la ayudaban en su tarea.

Con Julio repasó la lista de los caballeros que habían confirmado la asistencia, previo pago, a la inauguración. Le sorprendió que *Barbitas* no la hubiera aceptado.

Todos ellos esperarían el turno correspondiente en una sala acogedora. Había dos, la normal y la vip. El recepcionista agasajaría con cortesía a los hombres de ambas con bebidas y tentempiés. Solo en la habitación destinada a Sherezade, se serviría champán, *Dom Perignon*. La feliz anfitriona también había conseguido que, a través de la refrigeración general del piso, se expulsara una fragancia con olor a rosas. Por enésima vez, le enseñó la foto de Inocencio de los Ríos a Julio.

—Si viene, él tiene prioridad.

—Sí, Sherezade, estate tranquila —la calmó el joven con altas dosis de paciencia.

Pedro se quitó las gafas de leer. Paseó la vista entre los viajeros, que, como él, o esperaban o marchaban o regresaban de sus vuelos. Se les veía tan, tan felices… No se dan cuenta de lo afortunados que son, se lamentó. Imposible imaginar que hubiese alguien en el mundo que sufriera más que él en ese momento.

Echó un vistazo al móvil. Nada. Ni un mensaje, ni una llamada. Nada. Hacía un buen rato que había facturado. Ahora tocaba esperar a pasar por el

control. Casi de forma inconsciente, volvió a mirar hacia la puerta de cristales. Esta se cerraba y abría con sensor de movimiento. La gente entraba y salía. Las películas son una mentira, banales y falsas, pesó con tristeza al ver que el tiempo transcurría y Sherezade no aparecía.

La escasez de mobiliario no resultaba desangelada. Las tonalidades carmín y granate del papel pintado de las paredes conferían calidez al ambiente. La luz tenue de la habitación provenía de las farolas de la calle, se colaba por la ventana, sigilosa, y cruzaba a través de las cortinas. Los destellos ámbar de estas, marcaban las siluetas de la estancia sin llegar a revelar los secretos escondidos por los rincones. Aunque, su verdadero anhelo consistía en acariciar, con sumo sigilo, la desnudez de Sherezade. Ella, recostada sobre el diván de terciopelo rojo, alojado en medio de la sala, aguardaba impaciente.

En el rostro resaltaban unos ojos negros y centelleantes que refulgían metálicos, capaces de iluminar la pieza sombría. Jamás concibieron tanta dicha como la que sentían en aquel momento. Por primera vez, se hallaban liberados de la mazmorra donde los encerró durante más de treinta años. Aquella batalla antigua y encarnizada contra sí misma, por fin había quedado atrás. Recordó cómo había tratado de sofocar las llamas que abrasaban su interior; cómo mantuvo la imagen de una mujer que le asignaron: señora recatada y devota esposa. Mientras, apaciguaba el fuego de una pasión rabiosa por carnes a dentelladas y desgarrar piel bajo las uñas.

Pero esa noche, no solo los ojos se mostraban victoriosos, sino, también, la boca roja de Sherezade, en la que se dibujaba una sonrisa contenida con labios entreabiertos y voluptuosos. Hambrientos. Las mejillas se le coloreaban con cada resuello sonoro, con cada pensamiento; segura como estaba de que los

anhelos en breve se convertirían en realidad.

Tumbada en el diván de terciopelo rojo, cual maja, la silueta se esbozaba en la penumbra. El cuerpo latía con el vaivén de una sangre exaltada, que bullía. El cabello negro, como racimos de uvas en otoño, se desparramaba sobre los hombros bronceados, llegando a cubrir, con cierta timidez, los senos desnudos, exuberantes, llenos, tersos, disparados, expectantes.

Desde la puerta se apreciaba la curvatura de sus caderas. Los dedos de la mano izquierda la recorrían sin descanso. Bajó la mano por el vientre; buscó la caverna húmeda y palpitante, protegida por los muslos firmes.

En ese momento, no recordaba los años de cárcel dentro de sí misma, cuando fingía ser otra persona. Cuando era la esposa y la madre ejemplar. En los que iba al colegio y al mercado como las buenas amas de casa. Tiempos no tan lejanos, en los que ocultaba su naturaleza innata. Amaba a su marido, y siempre lo amaría, de eso no cabía duda. Pero, bajo aquel disfraz de mujer honrosa, se escondía un deseo irrefrenable, un ansia de ser manoseada, devorada a besos, a mordiscos. Había callado y ocultado demasiado tiempo su verdadero yo ante Pedro. Estaba cansada de sentirse culpable, sucia e irresponsable. Durante años la ansiedad corroyó su interior, solo calmado gracias a la comida y a los ansiolíticos.

Recordó las palabras de Cecilia. Quizás su amiga había intuido su esencia, aquello que escapaba a los ojos de los demás.

«¿Sabes de lo único que me arrepiento? —le había confesado en el lecho de muerte— De no haber vivido del todo. De no haber sido yo todo el tiempo. De no haber dejado que las decisiones importantes de la vida fueran tomadas por mí, pensadas desde mí y no desde lo que yo creía que los demás opinarían. Al querer agradar a todo el mundo, lo único que conseguí fue

desplazarme a mí misma. Y, ya ves, Ade, ahora el fin está aquí. No existirá un mañana para mí y ese futuro aplazado jamás llegará. Lo que dejé pasar cuando tuve la ocasión, murió en aquel momento. ¿A dónde irán las palabras que callé, los besos que guardé y los sueños por cumplir? Solo te pido una cosa, Ade: vive. No sabes, nadie sabe cuándo el mañana será un punto final. Así que vive. Hazlo por mí y hazlo hoy».

Tras meses de dolor, de un dolor tan intenso que le carcomía el alma, Sherezade, supo que la única forma de honrar a su amiga, de callar aquella pena que se había asentado en su ánimo como un nubarrón otoñal, sin intención de marcharse, era precisamente viviendo.

Lo meditó durante una semana más. Debía estar segura de sus pasos, porque no tendrían un retorno fácil. Durante años había complacido a su marido siendo la esposa callada, aburguesada, buena ama de casa; a quien acoplaba como un guante en los incontables eventos a los que tenía que acompañarle. Sentada, en las cenas, con una sonrisa impoluta y discreta, siempre en un segundo plano, atenta a la mirada de aprobación de su. Siguiendo las conversaciones de los colegas de él, erguida y señorial. Mientras, en el interior, iba imaginando cómo su interlocutor la poseía con rabiosas ganas. Pero se acostumbró a disimular, debajo del maquillaje discreto, y a sonreír con tibieza. A cambió Pedro le correspondería en la casa con más cariño que pasión.

Sin embargo, ella necesitaba más. Se moría por una sala de espera, repleta por aquellos hombres de las cenas, esperando turno para estar con ella íntimamente. Ansiaba dominarlos con el deseo.

Y, por fin, logró valor. El valor que infunde la mente al cuerpo cuando está decidida a cumplir los sueños, cuando sabe lo que quiere y no le importan las

opiniones ajenas.

Esa tarde estaba segura, más que cualquier otra cosa, de quién quería que fuera el primero en cruzar el umbral de la puerta. El cuerpo estaba hambriento de él. Deseaba con todo lo que sabía desear a aquel hombre con aire bohemio, desaliñado y peculiar. Se moría por sus pelos revueltos y por la delicadeza de las manos. Soñaba con esos dedos aferrándose con fuerza a sus senos; con la barba arañándole los muslos mientras se adentraba entre ellos, para enterrarse entre el jugo que le caía entre los muslos con solo imaginarlo. Daría los tesoros más valiosos por enterrar entre las piernas a aquel cuerpo rudo y grotesco.

Ignoraba si Inocencio de los Ríos se hallaba detrás de la puerta; si aguardaba su turno, el primer turno. El foco de Sherezade se centraba en saber que aquella interminable espera estaba a punto de finalizar.

Tras él pasarían otros, muchos. La mayoría simples extraños. Entre ellos un puñado de conocidos. Hombres a los que había codiciado en silencio alguna vez. Como el panadero de su barrio. Subía cada mañana el pan hasta su piso. Era un hombre escuchimizado, de rosto ajado. De joven tuvo que haber sido guapo, pero el trabajo duro y los madrugones habían enflaquecido el ya delgado cuerpo; las canas habían poblado las sienes un poco antes de lo que tocaba. Sin embargo, cada día, durante años, ella lo había deseado. Procuraba no coincidir con él, temerosa como vivía, en el pasado, de no saber contener las ansias de hombre. Luchaba a cada segundo por borrar de la mente cualquier tipo de pensamiento inmoral.

Aguardaba al policía alto, robusto, de rostro anguloso. De él le fascinaba la seguridad en sí mismo que rayaba lo arrogante. Y ahí estaba, como uno más, esperando el turno, paciente. Sí, tendría para cada uno de ellos.

Pedro, antes de pasar por el control, volvió a echar un vistazo a la puerta de cristales, esperanzado. Estoy seguro de que Sherezade recapacitará y vendrá corriendo para que la perdone. Sí, estoy seguro. Con una sola palabra por parte de su mujer, olvidaría el pasado de un plumazo.

—Vamos, caballero —advirtió el Guardia Civil con cara de pocos amigos.

Pedro no reparó en que estaba retrasando el acceso.

—Disculpe —balbuceó sin parar de torcer la cabeza hacia la puerta.

Hasta el último momento guardó la esperanza. Se mordió el labio inferior para contener las lágrimas provocadas por la certeza: su mujer, el amor de su vida, no vendría.

Cogió la mochila tras pasar por el detector de metales, e irguió la barbilla hacia el frente, hacia un futuro incierto.

Sherezade permanecía recostada sobre el brazo derecho, desnuda y exultante. Observó, sin pestañear, como el picaporte de la puerta de entrada cedía. Al mismo tiempo el corazón brincó de tal modo que temió que se le cayera al suelo. Notó una quemazón punzante el sexo: se le humedeció más. Inocencio de los Ríos apareció ante ella. Tenía una mirada tierna. Se quedó paralizado. Sherezade le indicó con la mano que se acercara. Con paso sigiloso y vacilante anduvo unos pasos hasta ella. Cayó de rodillas, ante el altar de su diosa.

—Has venido…

Expulsó la tensión retenida en una bocanada de aire. Estiró el cuello para dejar caer la cabeza de rizos negros hacia atrás. Inocencio hundió la cara dentro de la gruta trémula y jugosa que le incitaba a entrar.

Capítulo 69

Cati

Farah y Michael viajaron hasta Melilla para estar una semana con su hijo al poco de asentarnos allí. Aunque tenían un apartamento en la ciudad, algunas noches se les hacía tarde y se quedaban con nosotros. Una de esas noches, mientras todos dormían, Farah y yo nos quedamos charlando en el porche frente a un té humeante que me enseñó a preparar con cúrcuma, clavos y canela. Me gustaba mucho hablar con ella. Era una de las personas más interesantes que había conocido en mi vida. Farah era una septuagenaria muy bella. Quizás a la que más se parecía su sobrina Sherezade; pero de rasgos más tenues.

—Cati… —Bebió un poco de su taza y se mordió los labios antes de continuar—. Hace tiempo que quiero decirte algo, pero no me pareció apropiado por teléfono —hablaba en un castellano perfecto; no ocurría lo mismo con Michael, quien solo lo chapurreaba.

—Dime.

Me asusté. Puso una de sus manos sobre la mía.

—No te preocupes, no es nada malo. Solo algo que nadie en mi familia, ni mi madre ni mis hermanas… ni yo… sabemos cómo explicaros a ti y a Miha Il.

Abrí los ojos de par en par.

—Sí que empiezo a preocuparme.

Me apretó la mano.

—Mis hermanas me llamaron nada más irte, el día que visitasteis Nador. El día que fuisteis con Sherezade.

—¿Por qué? Sherezade se sintió muy querida. —Bajé la cabeza y suspiré—. No soportaría saber que tampoco era querida…

—No, no… —Sonrió—. La adoran. En especial mi madre. No, es otra cosa… Y no tiene que ver con mi sobrina.

—Farah…

—No sé cómo decírtelo…

—Dilo y ya está.

—¿Tú has visto alguna foto de María de los Ángeles?

—Sí, una pequeña y vieja que tiene Sherezade del día de la boda de sus padres.

—¿Se le ve bien la cara…?

—No, no mucho.

No sabía a dónde quería llegar. Cogió aire y lo soltó de golpe.

—No hay fotos porque Wenceslao se deshizo de todas cuando su mujer murió. Al menos eso fue lo que vio Aadina.

—¡Qué pena! Sherezade hubiese necesitado tener fotos de su madre…

Movió la cabeza a los lados con los ojos cerrados.

—No lo necesita, Cati.

Fruncí el ceño y me encogí de hombros. Se hizo el silencio entre las dos, solo roto por el canto de los grillos y el sonido de la depuradora de la piscina.

—Cati, eres igual a María de los Ángeles.

—¡Qué curioso! —Sonreí— ¿Tanto nos parecemos?

Farah se pasó la mano por la frente como si retirara un sudor inexistente.

—No, Cati, no os parecéis: sois iguales.

La miré sin parpadear y muda. Debía existir alguna explicación para aquello. ¿Seríamos familia?

—Cuando os vieron en Nador a ti y a Miha Il, tuvieron la sensación de estar ante dos espectros. Yo no los creí hasta que lo he comprobado por mí misma. Mi hijo es exactamente igual a mi hermano Khaled. Eso nos costó asimilarlo. Y tiene explicación porque son tío y sobrino… Pero… No supimos qué pensar cuando te conocimos a ti.

—Farah, debe tener una lógica. Estoy segura.

Temí confesarle mis propias visiones o ensoñaciones. Mi conexión con la casa nada más verla. Las náuseas cuando supimos que Wenceslao había asesinado a Khaled. Y esas sensaciones extrañas, como si dos tiempos diferentes se acoplaran en mi mente a la vez en momentos determinados. Uno de ellos, cuando David disparó a Miha Il. No le había dado importancia porque concluí que estaba demasiado imbuida en la historia de Sherezade y sus padres. Pero las palabras de Farah hacían temblar mis razonamientos.

—Vuelvo en un segundo.

Con sigilo, entró en la casa y volvió de inmediato. Portaba una carpeta en la mano.

—Hay más, Cati.

Apartó las gomas elásticas y abrió la carpeta. Empezó a mostrarme folios con dibujos.

—No sabía que Miha Il me había dibujado. —Sonreí y me sentí halagada.

—Sí, son dibujos de Miha Il. —Cogió uno de ellos y me lo acercó más—. Mira la fecha.

—No entiendo… ¿Mil novecientos setenta y…? ¿Cómo es posible…? Yo era una niña… No entiendo…

—Mira este otro.

Me mostró uno de una mujer igual a mí, pero con el cabello largo y liso y la cara menos huesuda.

—Es María de los Ángeles.

—No entiendo nada, Farah…

—Mira la fecha, Cati.

Eché agua fresca de la jarra en un vaso y lo bebí sin respirar.

—¿Qué significa esto, Farah? ¿Qué dice Miha Il…?

—Miha Il no sabe que estos dibujos existen. No los recuerda. Los pintó cuando era un niño. Quisimos llevarlo a psicólogos porque Michael y yo íbamos a volvernos locos. Pero, un día, sobre los diez años más o menos dejó de dibujarlos y no habló más del tema.

—¿Le preguntasteis alguna vez por ellos?

—Sí. Decía que esa mujer aparecía en sus sueños. —Cogió uno, el que estaba más abajo—. Fíjate en este, Cati.

—Ese es el banco bajo el arco de rosas del jardín, ¿no? —Lo miré con detenimiento—. ¿La que está sentada en el banco es María de los Ángeles?

Farah afirmó con la cabeza.

—María de los Ángeles —Tragó saliva—… Al principio de mudarse a la casa, María de los Ángeles sufría de insomnio, y muchas noches las pasaba sentada en ese banco. Mi hermano Khaled la contemplaba sin que ella se percatara de nada.

Cerró los ojos y se tapó la boca con la mano abierta. No pudo contener el llanto. Le alargué una servilleta de papel.

—¿Cómo podía Miha Il saber eso, Cati? ¿Cómo podía pintarla tal como era? ¿Cómo…? ¿Y ahora tú…? —Se acercó a mí y me acarició el hombro—.

No quiero que te sientas mal, cariño. Llevo años callando esto. Lo había casi olvidado. Y cuando tú has aparecido… Ninguno sabemos qué explicación darle. —Me cogió por la barbilla—. Pero de una cosa estoy segura. Miha Il jamás, jamás, ha estado tan feliz… Y tú… Mírate. Solo hay que veros… Resplandecéis cuando estáis uno junto al otro.

Nos abrazamos. Nos separamos y estuvimos en silencio durante un rato. Bebimos el resto del té, cogí la carpeta y cada una se retiró a su habitación.

—Hola.

—¿No estás dormido?

—No, te esperaba —Miha Il me guiñó un ojo.

Le di un beso en la frente y le rocé con suavidad la herida del pecho.

—¿Te duele?

Negó con la cabeza. Me agarró por la cintura para atraerme hacia él. Le enseñé la carpeta.

—Me la ha dado tu madre. La tenía guardada desde que eras niño.

Se incorporó para verla. Me senté junto a él en la cama. En un primer momento frunció el ceño al ver los dibujos, pero luego me miró de una forma que no supe descifrar.

—Me había olvidado por completo de estos dibujos.

—¿Ahora los recuerdas?

—Sí —respondió mientras se dedicaba a repasarlos uno por uno.

—Cati, eres tú. Y esta tú con el pelo más largo.

—No, esa es María de los Ángeles. Me lo acaba de confirmar tu madre.

Se echó la mano a la frente y se echó un poco hacia atrás. Me dio la impresión de que se mareaba un poco.

—Miha Il… ¿estás bien…?

—Sí, sí… Acabo de recordar el motivo por el cual los dibujaba. Acabo de recordar los sueños… —Levantó la vista de ellos y la posó en mí—. Siempre fuiste tú, Cati.

Un escalofrío me recorrió a lo largo de la columna. No podía escuchar nada más sobre esa historia. Me abracé a él y le besé en los labios. Pegué mi cuerpo a él casi como si quisiera fundirlo con el suyo. Miha Il me rodeó con sus brazos, con sus piernas e inclinó su cabeza sobre mí.

Fue entonces, solo entonces, justo entonces, cuando comencé a llorar las lágrimas que había ahogado en mi alma durante años, durante décadas… Durante demasiado tiempo. Durante esta vida. Durante otras muchas vidas que no lograba recordar.